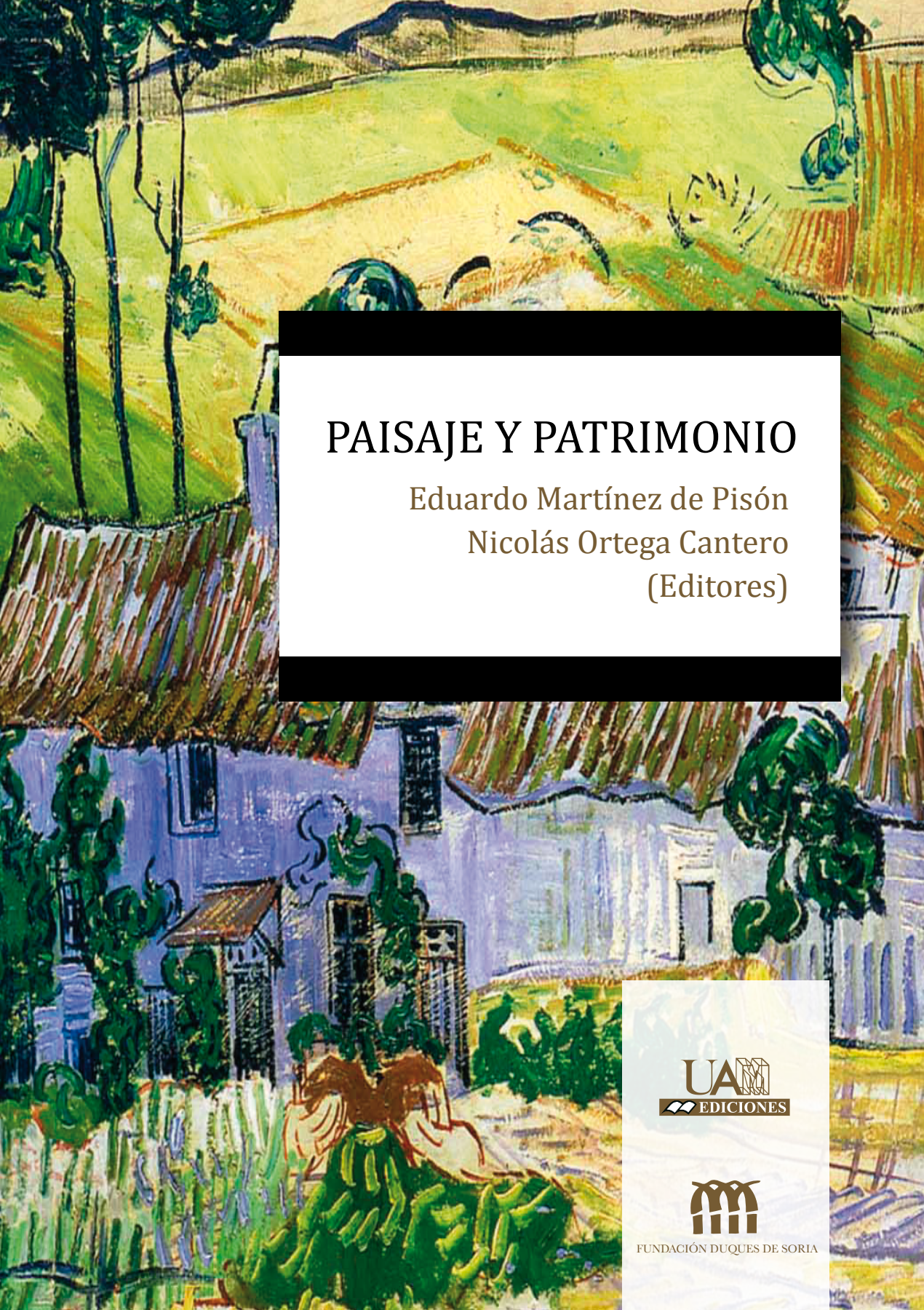


The background of the cover is an impressionist painting. It depicts a village scene with a church featuring a prominent bell tower on the left. The architecture is rendered in warm, earthy tones like ochre and terracotta. Lush green trees and foliage are scattered throughout the scene, particularly on the left and right sides. The brushwork is visible and expressive, with a focus on light and color over fine detail.

PAISAJE Y PATRIMONIO

Eduardo Martínez de Pisón
Nicolás Ortega Cantero
(Editores)

UAM
EDICIONES



FUNDACIÓN DUQUES DE SORIA

COLABORADORES EN LAS ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DEL PAISAJE (FDS).

[Seminarios, talleres, investigaciones (1996-2013)].

Encargados del conjunto de seminarios y talleres:

Eduardo Martínez de Pisón, Nicolás Ortega Cantero, Concepción Sanz Herráiz.

Ponentes, comentaristas, profesores e investigadores:

Miguel Aguiló, Francisco Alonso Otero, Luis Felipe Alonso Teixidor, Damián Álvarez Sala, Ramón Alvargonzález Rodríguez, Fernando Allende Álvarez, Fernando Amores Carredano, Régis Ambroise, Joaquín Araújo, Carmen Ariza, Juan Luis Arsuaga, M. Eugenia Arozena, Jesús María Bachiller, Dolores Brandis, Valentín Cabero Diéguez, António Campar, Dolores de la Calle Velasco, Elia Canosa Zamora, Rodolfo Caparrós Lorenzo, Juan Carlos Castañón Álvarez, Javier Castroviejo, Lucio Cunha, Fernanda Delgado, Isabelle Degrémont, Rafael Escribano Bombín, Mariano Esteban de Vega, Felipe Fernández García, Rui Ferreira, Amador Ferrer i Aixalá, Manuel Frochoso Sánchez, Jacobo García Álvarez, Luis Vicente García Merino, Ángel García Sanz, Josefina Gómez Mendoza, J. Carlos González Faraco, Rui Jacinto, Danièle Laplace-Treyture, Nieves López Estébanez, Antonio López Ontiveros, José Vicente de Lucio Fernández, José Manuel Llorente Pinto, Yves Luginbühl, Javier Maderuelo, Daniel Marías Martínez, Raúl Martín Moreno, Emilia Martínez Garrido, Paloma Martínez Lasierra, Eduardo Martínez de Pisón, José Martínez Sarandeses, Rafael Mas Hernández, Rafael Mata Olmo, Joan F. Mateu, María Medina, Didier Mendibil, Pilar de Miguel Egea, Pedro Molina Holgado, Manuel Mollá Ruiz-Gómez, Carmen Móniz Sánchez, Guillermo Morales Matos, Antonio Morales Moya, Joaquín del Moral Ruiz, Julio Muñoz Jiménez, Laura Muñoz del Río, Juan Luis Muriel Gómez, José Naranjo Ramírez, Pedro Nicolás Martínez, Joan Nogué, Juan F. Ojeda Rivera, José Ojeda Zújar, Francisco Ortega Alba, Nicolás Ortega Cantero, Valerià Paül, Francisco Pellicer Corellano, Emma Pérez-Chacón Espino, Tomás Pérez Delgado, Giorgio Pizziolo, César Portela Fernández-Jardón, Riccardo Priore, Esther Prada Llorente, Jean-Yves Puyo, Francisco Quirós Linares, Aurora Rabanal Yus, Luisa Ramírez López, Isabel del Río, Jesús Rodríguez Rodríguez, Philippe Roudié, Carmen Romero Ruiz, Felipe Ruiz Martín, Ester Sáez Pombo, Miguel Ángel Sánchez del Árbol, Fernando Sancho Royo, Norberto Santos, Concepción Sanz Herráiz, Emilio Sanz Santos, Hélène Saule-Sorbé, Andreas Hildenbrand Scheid, Guido Schmidt, Marcella Schmidt di Friedberg, Leandro Silva Delgado, Rocío Silva Pérez, Antonio Alberto Teixeira Gomes, Rodrigo Torija Santos, Joan Tort, Heider Trigo Marques, Miguel Ángel Troitiño Vinuesa, Carmen Venegas Moreno, Jean Vilar, Juan Villa Díaz, Daniel Zarza, Florencio Zoido Naranjo.

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DEL PAISAJE (FDS)

Seminarios del Paisaje:

Martínez de Pisón, Eduardo (dir.). Vv. Aa: Paisaje y medio ambiente, Valladolid, Universidad de Valladolid y Fundación Duques de Soria, 1998, 152 págs.

Martínez de Pisón, Eduardo y Sanz Herráiz, Concepción (eds.). Vv. Aa: Estudios sobre el paisaje, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2000, 368 págs.

Zoido Naranjo, Florencio y Venegas Moreno, Carmen (coords.). Vv. Aa: Paisaje y ordenación del territorio, Sevilla, Junta de Andalucía (Consejería de Obras Públicas y transportes) y Fundación Duques de Soria, 2002, 353 págs.

Ortega Cantero, Nicolás (ed.). Vv. Aa: Estudios sobre historia del paisaje español, Universidad Autónoma de Madrid, Fundación Duques de Soria y Los Libros de la Catarata, 2002, 186 págs.

Ortega Cantero, Nicolás (ed.). Vv. Aa: Naturaleza y cultura del paisaje, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2004, 221 págs.

Ortega Cantero, Nicolás (ed.). Vv. Aa: Paisaje, memoria histórica e identidad nacional, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2005, 294 págs.

Ortega Cantero, Nicolás (ed.). Vv. Aa: Imágenes del paisaje, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2006, 332 págs.

Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.). Vv. Aa: La conservación del paisaje en los Parques Nacionales, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2007, 237 págs.

Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.). Vv. Aa: La recuperación del paisaje, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2008, 311 págs.

Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.). Vv. Aa: Los valores del paisaje, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2009, 322 págs.

* * *

Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.). Vv. Aa: El paisaje: valores e identidades, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2010, 208 págs.

Talleres del paisaje:

Sanz Herráiz, Concepción (dir.): Talleres de paisaje en la provincia de Salamanca, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid-ActasCD, 2013, 431 págs.

Página web: Divulgación y Participación pública
www.paisajesdesalamanca.es

* * *

Trabajos inéditos el IP:

Sanz Herráiz, Concepción (dir.): Talleres de paisaje en la provincia de Soria (Vv. Aa.: 2007-2008): Los paisajes de la ciudad de Soria (141 págs.). Los paisajes de las ciudades del Duero (245 págs.). Los paisajes de las Sierras de Urbión y Cebollera (80 págs.). Los paisajes de las Tierras Altas (131 págs.). Los paisajes de la Cuenca del Duero en Soria (211 págs.). Metodologías para el estudio del Paisaje (103 págs.). Taller de Cartografía (84 págs.). Los paisajes del occidente de Soria (172 págs.). El paisaje del Pico Urbión en su vertiente soriana (41 págs.).

Martínez de Pisón, Eduardo y Sanz Herráiz, Concepción (dirs.): Estudio sobre las potencialidades de uso de los yacimientos de la Sierra de Atapuerca y su entorno. 2003, 5 Documentos (Vv. Aa: 1, 42 págs; 2, 99 págs; 3, 155 págs; 4, 36 págs y 5, 62 págs + Cartografía).

Sanz Herráiz, Concepción, Molina Holgado, Pedro: Informe sobre las repercusiones paisajísticas de la proyectada Ciudad del Medio Ambiente, 2007, 33 págs.

Sanz Herráiz, Concepción: El Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria. Informe para el Observatorio de la Sostenibilidad en España, 2008, 9 págs.

Martínez de Pisón, Eduardo: Informe sobre el Encuentro Luso-español de patrimonio paisajístico en Ciudad Rodrigo, noviembre de 2010. 5 págs.

PAISAJE Y PATRIMONIO

Esta obra es el resultado del seminario organizado por la Fundación Duques de Soria, y celebrado del 3 al 7 de octubre de 2011, en Ciudad Rodrigo (Salamanca).

© 2013 Fundación Duques de Soria
www.fds.es // fds@fds.es

© 2013 Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid
Ciudad Universitaria de Cantoblanco. 28049 Madrid
www.uam.es/publicaciones // servicio.publicaciones@uam.es

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previsto en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente (salvo en este último caso, para su cita expresa en un texto diferente, mencionando su procedencia), por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.

Imagen de portada: Vincent van Gogh: Granjas cerca de Auvers (1890).
Maquetación y diseño de cubierta: Miguel Ángel Tejedor López

ISBN: 978-84-8344-354-5

PAISAJE Y PATRIMONIO

Eduardo Martínez de Pisón
Nicolás Ortega Cantero
(Editores)



Índice

Nota preliminar.....	7
El paisaje: circunstancia, patrimonio, saber y representación.....	11
<i>Eduardo Martínez de Pisón</i>	
Paisaje, patrimonio y turismo. Claves de la valoración patrimonial del paisaje en la primera política turística española	51
<i>Nicolás Ortega Cantero</i>	
Factores territoriales y rasgos paisajísticos de la frontera hispano-portuguesa	69
<i>Francisco Alonso Otero</i>	
Mixturas y redes en el paisaje: un modo de aproximación a espacio de frontera.....	103
<i>Esther Isabel Prada Llorente</i>	
Paysage des artistes et aménagement forestier: l'exemple de la forêt de Fontainebleau (XIXe siècle).....	131
<i>Hélène Saule-Sorbé y Jean-Yves Puyo</i>	
La memoria dell'abbandono	169
<i>Marcella Schmidt di Friedberg y Stefano Malatesta</i>	
El descubrimiento de los Tatras polacos y su conservación	197
<i>Manuel Mollá Ruiz-Gómez</i>	
Publicaciones del Instituto del Paisaje (FDS)	205

NOTA PRELIMINAR

Dentro de las actividades del Centro Luso Español de Patrimonio, patrocinado por el Ministerio de Cultura español, el Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria desarrolló entre el 3 y el 7 de octubre de 2011 un seminario internacional sobre “Paisaje y Patrimonio” en la sede cultural del Palacio de los Águila de Ciudad Rodrigo (Salamanca).

Este seminario tiene continuidad directa con otro anterior, celebrado un año antes, igualmente fundamentado en una relación profesoral hispano-portuguesa, y, si alargamos el tiempo, en los planteamientos y organización de los seminarios sobre distintos aspectos teóricos, científicos e intelectuales del paisaje que dicho Instituto viene realizando anualmente en el ámbito de la Fundación desde 1996.

Las actas impresas con los contenidos de tales seminarios permiten seguir, por tanto, su desarrollo durante más de tres quinquenios. Volvemos a publicar ahora, en 2012, las ponencias presentadas por escrito en el seminario luso-español de 2011, dando continuidad con ello a la serie de libros, 10 en total, del Instituto del Paisaje. Nuevamente este libro es editado mediante una colaboración entre la Fundación Duques de Soria y la Universidad Autónoma de Madrid, que deriva de la pertenencia de los directores de este seminario -y de casi todos los anteriores- a ambas instituciones.



Figura 1. Sesión del seminario en el Palacio de los Águila de Ciudad Rodrigo.
Fotografía de Manuel Mollá.

Al haberse constituido un equipo de investigadores alrededor del paisaje en el departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid, estrechamente asociado a las actividades del Instituto del Paisaje, una parte de los ponen-

tes, comentaristas y asistentes a estos seminarios tiene esa procedencia académica, Y, al tener esta actividad tradicional una conexión renovada con profesores universitarios de Francia e Italia, con los que se mantienen asiduamente contactos profesionales, también éstos participan una vez más en este seminario con sus voces autorizadas. La apertura del arco de participantes en el seminario de 2011 fue por tanto amplia: profesores de Portugal, Francia, Italia y España, por lo que Ciudad Rodrigo acogió no sólo una activa conexión luso-española, centro de las jornadas, sino transpirenaica (Universidades de Pau y Burdeos) y transalpina (Universidad de Milán), lo que permitió alcanzar una riqueza notable de perspectivas y aportaciones europeas. Es de agradecer la elevada calidad de todas ellas.

Participamos en el seminario de 2011 nueve ponentes y tres comentaristas. Además, un día completo se dedicó a la observación directa de los paisajes fronterizos próximos a Ciudad Rodrigo, a ambos lados de la Raya, en una excelente excursión guiada por el catedrático de geografía de la Universidad de Salamanca, Valentín Cabero Diéguez, a quien agradecemos aquí su sabia colaboración, que aportó a la reunión su depurado y profundo conocimiento de las comarcas recorridas.



Figura 2. Participantes del seminario en Almeida (Portugal). De izquierda a derecha: Isabelle Degrémont, Francisco Alonso Otero, Esther Prada Llorente, Manuel Mollá Ruiz-Gómez, Hélène Saule-Sorbé, Eduardo Martínez de Pisón, Elia Canosa Zamora y Jean-Yves Puyo. Fotografía de Nicolás Ortega Cantero.

Nuevamente en el seminario se expresaron y debatieron datos y posiciones intelectuales sobre el paisaje tanto en aspectos teóricos como geográficamente concretos y se establecieron intercambios activos sobre las tesis expuestas en los coloquios diarios entre los distintos participantes. Se iniciaron las jornadas con una reflexión sobre el paisaje como patrimonio de E. Martínez de Pisón. Posteriormente, N. Ortega Cantero concretó su exposición en la relación entre paisaje, patrimonio y turismo, y F. Alonso Otero centró la suya en las conexiones de la frontera hispano-portuguesa y sus paisajes inmediatos. Los profesores de la Universidad de Oporto A. A. Teixeira Gomes y H. Trigo Marques hablaron respectivamente sobre Geopatrimonio y paisajes en Portugal y sobre la perspectiva geográfica de sus aspectos inmateriales. La profesora de arquitectura E. Prada Llorente expuso además los resultados metodológicos y específicos de sus trabajos en los paisajes agrarios transfronterizos. Los profesores J. Y Puyo y H. Saule-Sorbé mostraron, por un lado, los resultados de sus investigaciones sobre las relaciones en el paisaje entre artistas y ordenaciones forestales, por otro I. Degrémont mostró el carácter patrimonial del paisaje en Francia, y, finalmente, M. Schmidt di Freiberg cerró el ciclo disertando sobre la memoria del abandono. Además, el profesor M. Mollá Ruiz-Gómez presentó una comunicación sobre el descubrimiento y la conservación de los montes Tatras, en los Cárpatos. Como comentaristas actuaron, junto al ya mencionado Manuel Mollá, los doctores en geografía Elia Canosa Zamora y J. García Álvarez.

Nuestro planteamiento estuvo fundamentado, como viene siendo habitual en estos seminarios, en un método geográfico abierto a un concepto de paisaje amplio y asentado en la teoría y la cultura.

Hemos reunido en esta publicación 7 de las aportaciones que hemos mencionado, las disponibles por escrito entregadas por los distintos ponentes y el comunicante. Lógicamente, los editores hubiéramos deseado incluir en este libro todas ellas, pues sin duda todas fueron interesantes, pero la muestra conseguida es suficiente y significativa, por lo que basta para conformar una obra extensa y más que satisfactoria.

*Eduardo Martínez de Pisón
Nicolás Ortega Cantero*

EL PAISAJE: CIRCUNSTANCIA, PATRIMONIO, SABER Y REPRESENTACIÓN¹

Eduardo Martínez de Pisón
Universidad Autónoma de Madrid
Instituto del Paisaje (FDS)

“-Señor –dijo el primer oficial irrumpiendo en la cabina del capitán- el barco se hunde. –Muy bien, señor Spoker –dijo el capitán-, pero esa no es razón para presentarse a medio afeitarse”.

R. L. Stevenson. *Fábulas*.

Perfiles dentro del cuadro

El paisaje como patrimonio geográfico.- Habitualmente se reconoce que existe un patrimonio histórico o artístico o natural, pero aún hay que inculcar que el paisaje es el patrimonio geográfico de un país. Es patrimonio como morfoesfera terrestre global, con sus modalidades compuestas o con las de intensidades preferentes en lo natural, lo rural, lo urbano, lo histórico, lo monumental, lo etnográfico, lo estético y escénico, lo industrial, lo caminero, o en su reflejo y representación en las imágenes culturales. Muchos de esos paisajes están amenazados y requieren respuestas urgentes, pero también es necesario proceder mientras tanto con esmero para enfocarlos, definirlos y tratarlos intelectualmente. El paisaje es un patrimonio expuesto a las inclemencias sociales y es una realidad geográfica y una construcción intelectual que requiere conocimientos, métodos y agudeza. Si no es tratado con estas exigencias hasta su defensa como bien patrimonial puede desencaminarse.

Hay una materia que llamamos paisaje y hay una idea a la que debemos denominar concepto del paisaje. Hay además una aportación a la que podemos referirnos como representación del paisaje. La contribución geográfica al paisaje tiene que comprender el conjunto de esos tres constituyentes: materia, idea y aportación. Y responder así, por un lado, a sus dos caracteres propios, el de ser circunstancia territorial y constituir un bien patrimonial, y, por otra parte, a sus dos modos de atención como conocimiento y como imagen.

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el FEDER.

Para lograrlo se requiere experiencia del mundo y método profesional. Es decir, conocimiento y formación científica, teórica, práctica y cultural. Lo necesario, pues, para dominar la materia, poseer los conceptos adecuados y originar rendimientos válidos. Si desbordamos lo profesional al ámbito de la aplicación, considerando al paisaje como unidad de gestión, se amplían los requisitos a otras técnicas de trabajo y a otros fines de la expresión.

No ocultamos que este trabajo es difícil. El mayor obstáculo que encuentra la aceptación externa del paisaje geográfico reside en que, para entenderlo y tratarlo, es preciso saber geografía. Quien no domine esta materia no lo podrá captar, no le será accesible y lo rechazará. El geógrafo, por ello, tiene la obligación añadida de saber comunicar. Por supuesto, tiene que tener conceptos claros, conocimientos amplios y métodos precisos y explícitos, pero también ofrecer aportaciones bien construidas con manejo de textos y gráficos de calidad.

En efecto, es indispensable saber geografía física y humana, como especialistas en ambas y en sus conexiones. De ello derivará la apreciación de su espacialidad, de su morfología y sus dinámicas en mutuas relaciones. En otras ocasiones he recordado, y ahora me parece oportuno repetirlo, aquello que decía Saint-Exupéry sobre las necesidades que impone el ejercicio de un oficio, que enriquecen la percepción del mundo al obligar a tener una perspectiva atenta y activa, de modo que aplicado a los paisajes el geógrafo documentado, experto y sensible puede volver elocuente el panorama aparentemente mudo.

Un concepto y un método exigentes.- Lo mismo que le ocurre al profano con otras ciencias y sus lenguajes suele pasar con mayor rebeldía en el caso de la geografía, puesto que casi todo el mundo piensa que ésta, de la que se presume que se conoce con el solo ejercicio de viajar, no tiene derecho a ningún cuerpo hermético en el campo de la investigación y de la expresión. De modo que si, por poner un ejemplo, el término ecología se ha desplazado al ecologismo desde su acepción rigurosa, la palabra geografía también ha derivado de su campo como saber a lo meramente escénico e incluso popularmente al turismo, a la gastronomía y a la “multiaventura”. Hay incluso tiendas con ropa de moda y estilo de explorador tropical, que llevan como reclamo el rótulo de “geografía”. Hay también quienes, más espirituales, toman el paisaje como un sentimiento íntimo, un magma compuesto por tantas impresiones como personas hay y, por tanto, como una emanación anímica intelectualmente ingobernable, es decir, sin vínculo posible con la razón geográfica. Son repetidas las tesis académicas culturalistas que reducen explícitamente los paisajes a sus representaciones artísticas y hay disciplinas que llegan ahora al paisaje como si fuera un descubrimiento suyo ocurrido hoy

mismo. Decía Voltaire que nadie niega que un paisaje bien pintado tenga su origen en la habilidad y la inteligencia; pero añadía: ¿y el original no? De cualquier modo, bienvenidos a la selva.

Por todo ello, hay que asumir ciertos rechazos al concepto geográfico de paisaje cuando nos ponemos serios. Como antes he dicho, parecen proceder de su inaccesibilidad aparente al presentarse como conocimiento específico con métodos propios. Pero las mismas tesis fundacionales de la geografía moderna (que lleva doscientos años alrededor de los paisajes) ya eran exigentes: por ejemplo, sin ir hasta Humboldt, las ideas de Vidal de la Blache partían del principio de la unidad de lo terrestre, de la combinación, correlación y encadenamiento de los fenómenos, así que reclamaban el conocimiento de todos ellos y de sus modos de relación.

Pero, si salvamos este nivel básico de acceso, y entramos en los contenidos de tal concepto geográfico, lo primero que encontramos son dos modalidades de relación, una entre espacios, territorios y paisajes propiamente dichos, y otra entre los componentes que constituyen ese paisaje. Y ambas modalidades se entrelazan, se decantan y se formalizan espacialmente. Y, como es lógico, se producen, forman y mudan en su dimensión temporal, con variedades, inercias, sorpresas e irregularidades. Por ello, los geógrafos atendemos, primero, a las relaciones entre espacios (estructuras y dinámicas geográficas explicadas), territorios (concreciones de esas estructuras activas precisadas) y paisajes (morfologías interpretadas); segundo, a las conexiones entre los elementos componentes del paisaje; y tercero, a la dimensión temporal del paisaje. Las tres cosas son necesarias, no sólo en general sino fundamentalmente sobre un lugar. En el primer caso hay que reconocer los sistemas, las estructuras, las funciones, las dinámicas y las formas geográficas. En el segundo hay que distinguir los constituyentes, sus disposiciones y sus relaciones mutuas. En el tercero, es preciso acudir a la evolución y a la historia, cada una en sus dimensiones, velocidades y ritmos. En fin, es básica en geografía la aplicación de escalas a las aproximaciones a los territorios y los paisajes, a sus mosaicos, asociaciones y disociaciones. La dialéctica entre panorama y detalle, entre fuera y dentro, lejos y cerca, grande y pequeño, complejo y elemento, la armonía y la “tensión espacial”, en afortunada expresión de la antropóloga Nuria Cano, etc. requieren ante todo claridad escalar, que es un precepto geográfico manifiesto. Por eso es esencial el recurso al mapa, la cartografía del paisaje.

Por otro lado, la geografía descriptiva dejó paso hace tiempo a la de propósito explicativo, lo que fue un avance en cierto sentido científico y una pérdida en otro, el expresivo, sobre todo teniendo en cuenta que no son incompatibles.

Ello ocasionó un abandono bastante generalizado del saber describir, de modo que hoy es preciso proponer que, sin perder la voluntad fundamental de explicar, la geografía del paisaje recobre, por indispensable para su cometido, el sentido comunicativo de la descripción y lo añada sin recelo a su método. No basta, naturalmente, con tener historia, hay que saber crear, pero tampoco se deben olvidar valores tradicionales, que siguen siendo eficientes, por la única culpa de ser de ayer. Recordemos lo que escribía Vallaux en 1925: “la geografía explicativa ha comenzado por una poesía científica” y este signo quizá no le abandone jamás. Me refiero, claro está, a la geografía con profundidad, es decir, a la entendida como saber, como cultura y como ciencia, no a un mero peritaje geográfico en técnicas y aplicaciones coyunturales. Aunque esta tendencia parezca asentarse por razones prácticas en los tiempos que corren, nadie desconoce en la profesión que viene a ser, en expresión de antaño, como empezar el Credo por Poncio Pilatos. Tomándonos las cosas con buen sentido del humor, se podría decir que, si el análisis territorial pone en marcha particularmente el hemisferio izquierdo del cerebro y su percepción emocional es propia del derecho, el discernimiento completo del paisaje debería lograr que colaborasen ambos hemisferios en intenso funcionamiento simultáneo. Todo es intentarlo.

Además, todo paisaje es cultural, de modo que incluso un bosque es más que una arboleda, pues es también un bosque de símbolos. Todos los paisajes son rostros. Claro está que tales rostros revelan la forma tomada por el territorio y que todas las formas territoriales son cristalizaciones y expresión de estructuras geográficas decantadas por cambios temporales y usos históricos. La puesta en rendimiento de los terrenos disponibles, por ejemplo, es productora de formas territoriales y de rasgos paisajísticos. Estos rasgos derivan, pues, de una historia sobre un cuadro natural, de unas necesidades, unas posibilidades, unas técnicas, unas decisiones y una cultura, todas ellas cambiantes. Su presente no es más que un estado en el tiempo, con acumulación de pasado y ya con tendencias hacia cierto futuro. Incluso, todo paisaje es una idea, es él y su imagen. Es su interpretación, su representación, sea científica, estética, moral, política, vivencial, profesional. De ello deriva una parte de su entidad y toda su identidad.

Paisaje, geografía, medio ambiente, cultura.- Por eso, sostener los paisajes es más que sostener un decorado. Es también más que sostener un territorio con sentido pragmático o más que hacer el medio ambiente sostenible o que mantener un lugar monumental. Todo el espacio geográfico se constituye en paisaje, pero si se trata al paisaje como equivalente a territorio se comete un serio error, pues es dejar en abandono sus caracteres culturales. La misma sensibilidad nacida

de la percepción cultural de su valor y de su deterioro indica la necesidad de un tratamiento propio. Por eso la política del paisaje está más cerca de la política cultural que de la meramente territorial, técnica, económica e incluso ambiental. Si enfocamos el paisaje como expresión o como recurso medioambiental, o como perteneciente a su ámbito lo desenfocamos.

Por llevar la argumentación a su mismo extremo, está claro que muchas acciones territoriales producen daños al paisaje, por ejemplo, en el campo de lo ingenieril y arquitectónico, ya sea en el medio natural, en el rural o en el urbano. He visto un anuncio ferroviario que dice: “AVE, más de trescientos paisajes por hora”; es evidente que no hablamos de lo mismo. Pero también hay que reconocer que son bastante variadas las actuaciones medioambientales que pueden desfigurarlos, tanto que se podría escribir un artículo que podría titularse “El medio ambiente contra el paisaje”.



Fig. 1.- El medio ambiente contra el paisaje.

Se me ocurren en este momento casos como la proliferación de ostensibles contenedores de basura en lugares naturales, incluso en sitios protegidos, agrarios, ciudadanos y monumentales, los basureros regionales fantásticamente

denominados “puntos limpios” como si las palabras enmascararan, las negras parcelas de los llamados “parques” de placas solares, las filas funestas de aerogeneradores repetidamente asomadas a cerros, colinas y montañas para salvarnos, según dicen sus promotores, del apocalipsis nuclear, las quimeras ambientalistas de exigencia en protección de la naturaleza que acaban sacando el tiro por la culata al impedir con su aparente purismo la plasmación de conservaciones evidentes e imprescindibles, las excesivas prohibiciones al tránsito respetuoso por áreas protegidas que malogran la extensión de su poder educativo (¿no decía el punzante escritor Lichtenberg que el mundo no está ahí sólo para conocerlo sino para educarnos en él?), la conversión de rincones de naturaleza espontánea en vitrinas intocables o en muestras, exposiciones o museos, lo que suprime su carácter agreste y con él la posibilidad de su experiencia sin más signos que los propios, la entrega a la abstracción de la representatividad ecológica que sustituye a la concreción del lugar y prescinde de su configuración, la polarización de la preservación en las especies con olvido de los paisajes, las pistas forestales para vehículos todo-terreno para agilizar a los operarios, las repoblaciones tantas veces sin criterio, los cortafuegos como cicatrices, la artificialización de los medios de las guarderías ambientales, que requieren tránsitos motorizados, antenas, torres, construcciones, helipuertos, las instalaciones y construcciones de depuradoras y desaladoras... La vertiente industrial del medio ambiente puede dar lugar a que éste, como el caricaturizado don Mendo, pase de emparedado a verdugo.

Nuestra conservación de la naturaleza se ha desplazado de tal modo de los paisajes a las especies, que aquellos ni siquiera se consideran, incluso en su papel como soporte: y, sin embargo, existen. Ocurre como en esos documentales de naturaleza repetitivos de televisión que tienen un título aparentemente geográfico, por ejemplo algo así como “El Ártico, desierto blanco” o “El Rift: tierra de volcanes”, pero que tras él traicionan al espectador, pues sólo dedican los seis primeros segundos a un rápido panorama del lugar, mientras el resto de su programa se restringe al seguimiento detallado de las costumbres básicas de determinados animales que habitan tales lugares. El paisaje para ellos no existe o es un telón borroso sin interés, porque el foco de la cámara está concentrado en el efecto a contraluz de la pelambrera de osos o primates, etc. o del plumaje de las aves correspondientes, como una fijación de la atención en la que rebrotase el instinto ancestral del cazador. En los viajes turísticos a la selva amazónica los guías no conducen a sus clientes a observar las formaciones de la arboleda o los meandros, sino exclusivamente los pájaros que pululan semiocultos entre los ramajes, realmente vistosos si se dejan ver además de oír, aunque

tales avistamientos de menú apenas se logren. Otro tanto se podría decir de numerosos escenarios, tantos de ellos catalogados como espacios protegidos. Lo mismo ocurre, pues, *–mutatis mutandis–* con la conservación de la naturaleza. En todos estos casos es evidente que se concede mucha más importancia al organismo que al medio, lo que ya es un error. Pero además el paisaje tiene una entidad tal que su desenfoque o elusión constituye una pérdida natural y cultural particularmente sensible. Al mismo tiempo, la clasificación administrativa suele sustituir al lugar en su representación mediática, arrastrando todos sus caracteres y apariencias: por ejemplo, un hecho cualquiera ya no ocurre en El Teide, respetable volcán, o en Peñalara, noble macizo del Guadarrama, o en Ordesa, genial cañón boscoso pirenaico, sino en el “Parque Nacional” de El Teide o de Ordesa o en el “Parque Natural” de Peñalara, de modo que es suplantado el hecho geográfico por su figura burocrática, se disfraza el paraje, se altera su sentido y se esfuman de nuevo sus paisajes. En suma, por lo común, carecemos de un enfoque geográfico de los asuntos ambientales y así no es posible que se hagan visibles los paisajes.

Por eso, entre otras cosas, hemos escrito en repetidas ocasiones que no basta, al menos, con hacer un estudio de impacto ambiental cuando lo obligan determinadas acciones, sino que es fundamental añadirle un análisis de impacto paisajístico, que es cosa diferente. La custodia del medio ambiente debería siempre estar a favor del paisaje, pues, si no lo hiciera así, dejaría de ser tal defensa para convertirse paradójicamente en uno más de sus peligros.

Debería enlazar, pues, la defensa del paisaje con la ambiental, claro está, aunque ésta sea más heterogénea y difusa, como lo hace también particularmente con la de los monumentos, que es la más antigua, aunque sea más circunscrita. La catalogación y el nombramiento de los monumentos histórico-artísticos han tenido similares principios a los que han regido los lugares protegidos, naturales y culturales, aunque aplicados a otros objetos que no dejan de ser igualmente territoriales. En alguna ocasión he mencionado el temprano alegato de Joaquín Fontanals del Castillo, publicado en 1869, dedicado “a los demoledores españoles”, sobre la conservación de monumentos (*Algunos recuerdos de dos revoluciones democráticas francesas o de la conservación de monumentos franceses en 1780 y en 1848*), como una explícita raíz conservacionista en nuestras letras. Hay, más recientes, como es natural, otras fuentes venerables en este mismo orden. Como ejemplo que se acomoda a mis gustos recuerdo a Pío Baroja cuando en 1944, en su novela *El puente de las ánimas*, describe el proceso de deterioro de la torre de Olázar, con consideraciones que parecen actuales. Dice así: “Ahora... esta vieja y romántica torre de Olázar, como ve usted, tiene un aire ruinoso. La

quisieron convertir en almacén de cemento. Le pusieron por dentro unas vigas, la dividieron en dos pisos y le hicieron una escalera de hierro... Con la obra murió la hiedra que cubría el torreón; en el tejado ya no vienen a anidar ni los mochuelos ni las lechuzas... En la puerta pusieron esos cierres metálicos, como los de las tiendas... y que ya están carcomidos... Es como si a un guerrero antiguo le vistieran con gabán y sombrero hongo... Ahora he oído que en la pared que da hacia el jardín algunos quieren hacer un frontón... –Lo que es lástima es que hayan estropeado la torre. Le quitan al pueblo un atractivo. –Nadie la estimaba. –... Esta gente directora de los pueblos tiene muy poca imaginación y ningún sentido estético. Yo creo que el mejor día derribarán la torre”. Como si fuera hoy.

Ortega y Gasset hablaba ya antes de mediar el siglo XX sobre “el confinamiento en la Tierra”. La “Terra Incognita” había sido dilucidada fundamentalmente tras la exploración de América, pero hasta entonces la Tierra había sido “una realidad en que predominaba lo desconocido”, y aún parte de ella siguió siéndolo incluso hasta ese siglo XX. El planeta ignorado era, pues, cualitativamente infinito, en él era posible no sólo lo ignorado sino lo portentoso y la sorpresa. A partir de entonces –añadía Ortega– “apenas ha habido jornada en que algún trozo del planeta no haya pasado de desconocido a conocido”, en que no redujéramos “esa potencia de infinitud”. Con ello, por un lado, la Tierra no era ya a fines del XIX sólo conocida, sino “asequible” y, por otro, nosotros hemos quedado reducidos a lo conocido, expulsados del misterio, y conscientes de estar confinados en la esfera: “La Tierra es habas contadas” desde ese momento. La visión “ya lograda anula toda fuerte probabilidad de que se descubra ni un paisaje, ni una planta, ni un animal, ni un hombre cuya condición no quede inscrita en el círculo de las dimensiones conocidas, por tanto, de lo ordinario”. Hay un haz de paisajes computados, ordenados y bien atados. Los encargados de llevar sus libros somos los geógrafos. No obstante, de vez en cuando también hay sobresaltos. El sagaz Álvaro Cunqueiro añadía también por los años ochenta del siglo pasado: “La superficie de nuestra redonda Tierra parece haberse resumido, y al hombre le queda pequeño el mundo terrenal... Una de las cosas tristes de nuestro tiempo es que ya no es posible la geografía imaginaria. El hombre lo ha fotografiado y cuadrículado todo, y ya no queda isla perdida en el océano que no esté en las previsiones de los promotores turísticos, ni reino tumbado al sol en la costa de África que no tenga delegado de las Naciones Unidas”.



Fig. 2.- Relieve y clima como paisaje.

Los componentes materiales del cuadro.- Según tales geógrafos, encargados de llevar los libros de la Tierra, los perfiles del cuadro de la naturaleza a una escala media están dibujados ante todo por el relieve, por las formas estructurales y de modelado que dan entidad morfológica al cuerpo terrestre. Este soporte más o menos rugoso en sus diferentes estilos y modalidades no es pasivo ni inerte, sino que fluye e influye, cambia y condiciona, dialoga con el clima, el agua, la vegetación y el hombre. Afecta y es afectado. Es la base de toda geografía. Es la trama primera de cualquier paisaje: costas, colinas, llanos, cuevas, montañas, volcanes, glaciares, desiertos, valles, desfiladeros... Por sus divisorias nacen las aguas que luego corren por sus depresiones, por sus flancos se extienden los bosques, por sus canales se asientan los pueblos, de implantan los cultivos y se trazan las comunicaciones, en razón de sus altitudes se escalonan los climas, las plantas, los aprovechamientos, según sus pendientes se acomodan procesos, vegetales y utilidades, según sus afloramientos rocosos aparecen y desaparecen oportunidades para las fuentes, los suelos, las minas. A escalas generales el relieve define los escenarios y a escala de detalle el elemento y su dinamismo. Y a veces es hasta la clave de una expresión poética del paisaje, como en el caso de los versos de Unamuno sobre Fuerteventura (“Ruina de volcán esta montaña /por la sed descarnada y tan desnuda, / que la desolación contempla muda / de esta isla sufrida y ermitaña”), para identificarse espiritualmente con su propia estructura geográfica al decir: “Raíces como tú en el Oceano / echó mi alma ya”. Pero, si hablamos con escrupulosidad geográfica, tendríamos que entender como cuestión previa la litología, la tectónica, la paleogeografía, fallas, pliegues, volcanes, karst, litorales, cordilleras, zócalos, cuencas, y tipos de modelados como los fluviales, áridos, húmedos, glaciares... Todo ello reclama, además, la asistencia de una geografía física global en la que insertarse, porque cualquier relieve se incluye en un estado evolutivo igualmente global de la naturaleza.

Sobre el relieve, que es ya fundamento del paisaje, la tierra dialoga con el aire. Con la limitada burbuja gaseosa que rodea al planeta y que llamamos atmósfera, libre en su esfera superior pero apegada a las formas terrestres en la inferior, y toda ella en actividad constante con flujos, intercambios y turbulencias que la hacen un conjunto. En combinación con el relieve, los demás componentes de la naturaleza aprovechan y experimentan ese estado dinámico que llamamos clima para ofrecer sus acomodaciones y variantes. Pero ese mismo clima es cambiante y no sólo estacionalmente, sino en el más largo tiempo de la evolución del planeta, por lo que ha dejado las huellas de sus estados anteriores impresas en el paisaje, como valles glaciares actualmente sin hielo o cauces hoy secos en el desierto, terrazas de guijarros suspendidas sobre los lechos vivos, entre tantas otras formas de modelado heredadas, o incluso, por sus consecuencias en variaciones del nivel marino, abandonando acantilados antiguos tierra adentro y ocultando valles y sedimentos fluviales ahora sumergidos. Si a esto añadimos la historia de los cambios ambientales de determinadas regiones por modificaciones no sólo en la evolución del clima sino dependientes de su misma posición latitudinal, variable en la deriva continental, y por sus modificaciones orogénicas, que hundieron piezas del relieve y levantaron otras desde las fosas a las cumbres, la relación aparece más estrecha y la variabilidad más acusada. El primer paisaje es obra de todo ello.

De la combinación entre clima y relieve se establecen obviamente las posiciones de las aguas. Por un lado, las marinas y oceánicas ocupan los grandes vasos de la Tierra, abiertos como resultado de la general dinámica tectónica de la corteza, en los que se salinizan ¿La llanura aparente del océano es un extenso antirrelieve opuesto a la rugosa topografía de su fondo y a la de los continentes e islas? ¿Es el símbolo de lo “inmutable”, como escribió Unamuno? Esa primera impresión geográfica de la frontera litoral, siempre con las aguas en asaltos medidos contra los desgastados promontorios de la costa o acariciando las playas, lleva a consideraciones sobre si, en el tiempo largo, ese templado dinamismo del panorama es permanente o efímero, si es fijo o móvil. Ante todo, es conocido para el geógrafo que, aunque el océano es un todo único y continuo, muestra niveles medios distintos según sus mares costeros. Es decir, que presenta pendientes en su aparente horizontalidad. Estas pendientes pueden ser más o menos fuertes y cambian según las estaciones. Hay varias hipótesis que lo razonan al estilo de los vasos comunicantes basándose en las distintas densidades, es decir, salinidades y temperaturas, de unos mares a otros, aunque interfieren en este esquema sencillo corrientes, vientos y, como ya se ha señalado, la estacionalidad. También originan incidencias las atracciones mareales, los vientos, etc. Pero, además, el nivel medio del mar está afectado por variaciones de escala geológica, debidas por ejemplo a la influencia de glaciaciones e interglaciares,

movimientos tectónicos, erupciones, sedimentaciones, tipos de costas, batimetrías, situación en el globo, entre otras causas.



Fig. 3.- El panorama sin fin.

Recuerdo ante este mar que en los orígenes de la teoría moderna sobre los movimientos eustáticos, considerados como oscilaciones alternantes ascendentes y descendentes del nivel de los océanos, por movimientos verticales o epirogénicos de la corteza terrestre, aparecen las tesis mantenidas por Suess en el siglo XIX, en aquella obra clave que tituló *La Faz de la Tierra*, que dieron lugar a una reconsideración de la hipótesis o dogma tradicional de la fijación del nivel de los océanos. Pero ya a comienzos del siglo XX, el geógrafo de Martonne no dudaba sobre el descenso del nivel oceánico en las glaciaciones cuaternarias, por “sustracción” del agua que se quedó congelada en los casquetes de hielo. Por un lado, en principio, como todo está enlazado, algunas de las viejas tesis se relacionaron con los orígenes de los relieves de los valles submarinos (y hasta en algún caso de los subaéreos, puesto que algunos clásicos los creyeron de origen sumergido): sin entrar en ello, llegaron a darse hipótesis de regresiones exageradas relacionadas con las glaciaciones, aparentemente justificadas por la elaboración de tales relieves ahora sumergidos. Por otro lado, en cambio, las precisiones de detalle sobre transgresiones y regresiones vinculadas a las fluctuaciones glaciares se establecieron

con criterios geomorfológicos, por ejemplo, en las terrazas y playas emergidas del Mediterráneo. Entre ambas aportaciones ha habido, pues, un progresivo afinamiento. Pero este estudio proliferó lógicamente por todas las costas glaciadas, al principio en el Ártico y luego hasta el Antártico, incluyendo los valles sumergidos cercanos a la costa, de modo que se obtuvieron ya en la primera mitad del siglo XX (y luego también, claro) bastantes datos y cálculos de relación llamada glacioeustática (entre la acumulación y fusión de masas glaciares terrestres y las respuestas del nivel marino), incluyendo las deformaciones locales, aparte de la catalogación y cartografía de formas litorales relacionadas.

Hubo, pues, desde fines del siglo XIX muchos autores que relacionaron el nivel del mar y las glaciaciones, lo que conduce a consideraciones sobre tierra, agua y aire como un todo en cambios relacionados. Con bastante seguridad habría para una tesis sólo en el punto de la costa en el que nos hemos detenido. Por tanto, queda claro que, puesto que el mar es un paisaje básico de la Tierra, solamente tras su apariencia hay ya un mundo de interpretaciones geográficas, que vienen de lejos y cuyo repaso ilustra y valora los esfuerzos entregados para su logro. Su composición, dinámica, repartos, corrientes y hábitats multiplican ese universo con una riqueza intelectual creciente: quien quiera hablar del paisaje marino acodado en la barandilla del faro tiene ante sí un horizonte inagotable no sólo en espacio sino en materia susceptible de interpretación. Y una posibilidad de interés para la inteligencia igualmente ilimitada. Esta es, pues, la primera reacción del geógrafo: describir, entender, explicar con la misma abundancia que el objeto requerido. Aunque quien explica un paisaje sólo debe hablar de lo que se ve o desde lo que se ve. Nunca de lo que no se ve. Para eso es necesario saber lo que dicen los libros y aplicarlo, pero sobre todo en el lugar es preciso saber leer el terreno.

Si el lector vuelve la vista hacia tierra adentro y aún sigue animado a emprender esa lectura del paisaje desde sus primeros pasos, deberá sumar ahora a las aguas marinas las terrestres, ríos y lagos, núcleos de la vida. Tienen sus reglas propias, estudiadas por la hidrogeografía, sus ámbitos biogeográficos característicos, pero además les distinguen tantas interferencias con los asentamientos y usos humanos, que no pueden abstraerse de esta referencia que los mediatiza sin dejar su análisis incompleto. Y han adquirido tantas connotaciones culturales que sin tales aguas no habría una buena parte de los símbolos de la vida y de la muerte. El agua adquiere un sentido clave de relación con la tierra, y especialmente donde escasea. El manadero es siempre tan importante vitalmente que adquiere sentidos religiosos, militares, de pertenencia, de posesión, y los canales naturales definidos por los ríos son los ejes que ordenan el mundo, aunque haya también en el extremo opuesto grandes cuencas inhóspitas y, por ello, vacías. Todo está en relación, desde

el rocío al manantial o a las aguas muertas de la laguna o a los sotos frondosos. Hay tantos mitos del agua como pragmatismos, tanta memoria de las fuentes sagradas como técnicas ingeniosas de captación, distribución, represamiento, canalización, jurisdicción, de paso en los vadeos y de construcción de puentes, pozos, galerías, norias, aljibes, acueductos, sistemas de riego y de abastecimiento. El agua es la “madre-paisaje” conjuntamente en la sed, la economía y el sentimiento. El puente, por ejemplo, es un hecho y un símbolo: además de sus significados constructivos y geográficos, que son muchos y decisivos en la organización de las redes territoriales, los puentes son elementos añadidos estéticos, con frecuencia monumentales y hasta cordiales, en los paisajes. Y hay también a veces puentes sin río que ahora corra bajo ellos, con alguna historia humana y fluvial perdida, como también le ocurre al pozo seco, al acueducto roto o al canal vacío.

Entre la roca, el clima, el hombre y el agua está lo que se ha dado en llamar el paisaje vegetal, que se muestra organizado en el espacio geográfico con fisonomías definidas. En la tradición paisajista de la geografía alemana de principios del siglo XX se proponía entender las grandes líneas del mismo relieve por sus conexiones ambientales con los climas y los cuadros de la vegetación. De este modo, Siegfried Passarge, describía primero las formas, las enlazaba luego con la geología y finalmente las clasificaba en razón de sus entornos, atmósfera, suelos, aguas, nieves, glaciares, costas, y de sus formaciones en “zonas de paisajes”, con énfasis explícito en su conexión con las cubiertas vegetales, como los países de bosques, de estepas, de desiertos, de tundras y de hielos, con todas sus modalidades internas.

Nos situamos ante una arboleda tupida, continua y extensa que cubre la ladera de una sierra. A su vista repensamos las palabras con las que las denominamos. Si tomamos la definición de bosque que da nuestro clásico *Diccionario de Voces Geográficas Españolas*, de 1796, será un “terreno poblado de árboles silvestres y maleza”. Pero a esta definición debemos añadir complementariamente la de “monte”, como “parte de terreno inculto, que no ha sido labrado de continuo y se halla poblado de árboles, de arbustos y matas”. Aunque inmediatamente aparece la dualidad de este término: “también se denominan así los puertos, sierras y cordilleras, cubiertos a trechos de peñascos, de árboles y de pastos”. Es decir, como equivalente a montaña. De modo que, por un lado, podemos hablar de monte en sentido forestal, ya sea como monte alto, bajo, hueco, monteverde..., entre otros calificativos, para designar sus distintas formaciones arbóreas y arbustivas en relación con sus aprovechamientos y formas. La idea del uso está implícita, pues, en el término monte y explícita en su calificativo de alto, bajo, hueco, tallar, bravo, grueso, pardo, etc.

Por otro lado, “monte” se aplica toponímicamente, como es sabido, tanto al conjunto forestal, por ejemplo en el Monte de El Pardo, Montejo, Montes Universales,

Montes Torozos, Montcada, Monte del Agua, Montes de Toledo, etc., como al relieve con sus elementos paisajísticos (Monte Olimpo, Monte Perdido, Montes Malditos, Montes Pirineos, Mont Blanc, Montes Urales, Monte Vinson o Monte Everest, etc.).

Montaña, en cambio, según el mismo *Diccionario* de 1796, sería específicamente un “terreno elevado y pendiente en las sierras o montes”, lo que de nuevo envuelve ambas palabras. Y “también se denominan así las cordilleras de peñascos en que se advierte la misma desigualdad de superficie; y colectivamente se toma por un país o territorio de suelo desigual y difícil de transitar”. Recordamos numerosas denominaciones de los distintos tipos de montañas: sierras, picos, cordilleras, cordales, sistemas, colinas, macizos, cadenas, nevados, cerros, montículos, cuetos, motas, oteros, bloques, domos, volcanes... Y también se conoce la designación inversa en las sierras andinas tropicales como “ceja de montaña” precisamente al marcado piso de bosques de sus laderas húmedas.

El bosque-monte ha sido, pues, el lugar del aprovechamiento maderero tradicional, con frecuencia muy organizado. Y su fisonomía es herencia de esa actividad económica. Es también un objeto especial de la investigación científica y farmacéutica. El bosque útil. Por lo tanto, estas masas forestales son un patrimonio a la vez natural y social. Natural, como territorio y paisaje. Social, como espacio económico y patrimonio histórico. Como casi no ha habido civilización material sin uso de la madera (claro está salvo donde ésta no existe), su carácter histórico es fundamental. Durante largo tiempo el monte ha servido para necesidades básicas y hoy, en línea con un proceso que arranca en el siglo XVIII, es sentido también como saludable recurso cultural. Fue y es lugar de caza y terreno vedado.

Además ha tenido significados adversos como lo inculto y despoblado, lo peligroso por su naturaleza, clima, caminos, escondites, laberintos, espíritus, elfos, faunos, alimañas y emboscados. La realidad y la leyenda de los emboscados pueden ir del célebre Robín de los Bosques al castellano Tejedor de Segovia y pasar sin duda por la mala fama de los ladrones de los Torozos, acogidos entre sus espesuras, según Miñano, *ad peddem litterae*, “con perjuicio, pavor y espanto”.

Aunque el bosque siempre ha sido simultáneamente útil y simbólico, por lo que tiene esa doble historia, es su explotación lo que ha mostrado caracteres mayores y variados, por ejemplo, para la industria naval, la minería, traviesas, construcciones, leñas, carbón, la pez, y ha sido una actividad complementaria del ganado y los cultivos, lo que ha dejado sus marcas en el reconocimiento del pasado y del paisaje. Por causas naturales y humanas ha sufrido incendios y ha experimentado recuperaciones.

Casi todos los bosques son, por tanto, una historia y todos los nuestros tienen rostro humano. Hay montes adaptados, como las dehesas, de gran significado geográfico y asombran preservaciones como el Monte del Pardo, prácticamente envuelto por la ciudad de Madrid, o reconversiones de sotos en jardines como el llamado “Real Bosque” de Aranjuez. Por supuesto, hay montes de repoblación y ordenación, plantaciones productivas, pero también los hay que han evolucionado hacia una naturalización de sus paisajes, y hoy asistimos tanto a desertizaciones como a procesos espontáneos de colonización forestal en parcelas de antiguos cultivos abandonadas por la emigración rural y los cambios de usos territoriales.

El monte tradicional ha sido un terreno regulado utilitariamente durante siglos. Los bellos montes asturianos, por ejemplo, han sido reglamentados por normas de conservación desde el siglo XVI y tradicionalmente usados para madera, utensilios, abonos, leñas, construcción, navíos, con plantíos y castañares, han convivido con prados y cultivos o han sido talados para luchar contra las alimañas. Con toda esta carga, los montes mezclan indisociablemente en sus montañas cumbres, puertos, lagos, ríos, prados, brezos, tojos, robles, hayas, encinas, pinos, peñas, animales y terrazgos. Este es el verdadero paisaje entendido como construcción de formas.



Fig. 4.- El paisaje interior.

Pero además, el interior del bosque es bastante más que sus grandes árboles, pues en él conviven diferentes pisos, estratos, tamaños, edades, dinámicas, especies, parcelas, formas de vida, cambios en sus estados y relaciones mutuas. En el bosque, verdadera ciudad de la naturaleza, hay procesos, economía espontánea, pluralidad de habitantes (vegetales, animales y humanos).

El bosque, como todo lo vivo terrestre, adquiere entidad real cuando es comparado con su entorno, tal vez desarbolado, y hasta con las dimensiones cósmicas de nuestros vecinos planetas desiertos, insalubres, demasiado fríos o demasiado calientes, de atmósferas letales o sin ellas. Recuerdo en este sentido la reacción de Pío Baroja ante al paisaje de alta montaña en Peñalara en una excursión que realizó en el año 1898 y que relató en su novela *Camino de perfección*: “era aquello un verdadero páramo, lleno de piedras, desabrigado; el viento muy frío... Era un paisaje extraño, un paisaje cósmico, algo como un lugar del planeta inhabitado, de la Tierra en las edades geológicas” antiguas. Decía Savater que los planetas del sistema solar sólo están habitados por la proyección en ellos de nuestros terráqueos fantasmas, proyectos y temores. En el desierto casi generalizado del sistema solar la Tierra es el único oasis.

Aquí, el reparto geográfico de los bosques, que afecta a un tercio de las tierras emergidas, es por lo tanto exclusivamente terrestre y delimita además su presencia remitiéndonos a precisas franjas climáticas zonales, que facilitan o niegan su presencia, adaptadas a los dibujos continentales y a sus relieves, y a las deforestaciones de origen antrópico. Quedan así hoy sólo dos bandas de amplia extensión fundamentales por la conservación de su naturalidad: la de los bosques boreales (que se desarrollan en la anchura norteña de los continentes septentrionales) y la de los intertropicales. Pero el adelgazamiento de los continentes en el hemisferio sur y la Antártida congelada no dan lugar a su réplica austral en superficie, pese a la merecida fama cualitativa de los bosques patagónicos, andinos y fueguinos. Sin embargo, basta una selva aislada en una región desarbolada para que exista una intensificación de valor en el paisaje y con él del patrimonio, y a veces estos contrastes son más llamativos que extensiones monótonas como la taiga.

Frecuentemente, además de tal taiga y de las cuencas fluviales selváticas, las montañas son, por sus climas y retiro, el asiento de numerosas formaciones forestales, por lo que su escalonamiento en altitud y la adaptación a la rugosidad son unas de sus características más señaladas. Evolutivamente, tanto en las montañas como en las altas latitudes es perceptible el progreso espacial de la vegetación desde el comienzo de la retirada de los hielos de la última gran glaciación. Incluso hoy, cuando un frente glaciar del norte de las Montañas Rocosas se retrae a una

altitud que permite aún la presencia de arboledas, primero se asientan en el espacio liberado herbáceas, luego matorrales, más tarde arbustos y árboles pioneros y finalmente coníferas que acaban por formar bosques maduros. Así, el bosque fluye también en el espacio y en el tiempo.

Los hombres, el último gran agente activo en los paisajes terrestres, hemos recompuesto (sin duda algunos más que otros) la película de la morfoesfera, y con ello hemos modificado también el centro de interés geográfico, colocándolo en lo propio de la especie, enfocándolo muchas veces de modo prioritario porque concierne a nuestros propios actos y porque se refiere a reconfiguraciones y artefactos distintivamente humanos: de ahí deriva el peculiar interés de la antropogeografía. Este cuadro, plagado de herencias y concreciones históricas que requieren su control intelectual, es sustancialmente móvil en razón de sus caracteres funcionales, porque reposa sobre la territorialidad, en parte fijada y en parte fugaz. Y además es depósito de sedimentaciones culturales, inscritas en el paisaje o vinculadas a él. Lo es, por supuesto, en los paisajes rurales y urbanos, pero sus contenidos abarcan también toda la naturaleza y hasta los astros, planetas, satélites, estrellas, galaxias y meteoritos, como un cortejo de símbolos y significados. El entendimiento del cuadro es también múltiple y tal cuadro es a la vez la estructura, la forma, la faz y el significado del paisaje. Sin embargo, como decíamos antes al referirnos al relieve, la geografía pide un cuadro preciso demográfico, económico, social, histórico, para cimentar como es debido su modo de entender el paisaje hecho o rehecho por el hombre y para relacionarlo ajustadamente con la integridad del paisaje final, el resultante en el que se agrupan en conjunto todos sus componentes, espacios y fuerzas.

De este modo, el paisaje en el que participa lo agregado y lo recompuesto por el ser humano con mayor o menor incidencia en el producto final es, como se decía antaño, un “complejo” físico y antrópico, y este es el patrimonio habitual que, en este orden de cosas, aparece en la superficie terrestre. Tomado en su temporalidad, en su fluir y quedar, este paisaje patrimonial que suma, mezcla y dialoga entre sus constituyentes requiere, para su entendimiento, valoración y tratamiento, solvencia en tales componentes y en sus relaciones, es decir profesionales propios bien preparados, tal como propuso la geografía de siempre, aunque con las modalidades de hoy incorporadas, de modo que, por un lado, la aproximación al paisaje sea lo menos etérea posible y, por otro, la orientación y la dedicación del geógrafo retornen al interés por el “complejo” y no sólo deriven a las microespecialidades y a sus técnicas internas de obtención y laboreo de datos. Algunos científicos critican algo que podría incluso ser aplicable a ciertos casos de esta tendencia: la persistencia del llamado “error preciso”, es decir, alcanzar

resoluciones muy detalladas obtenidas por procedimientos sofisticados que no corresponden sino a una apariencia de precisión extrema: es el caso habitual de datos originalmente mal tomados, pero elaborados luego muy técnicamente, que no dan sino yerros abultados con aspecto de exactitud. En cualquier caso, la especialización geográfica, que tantas veces es necesaria, consigue más sentido si sabe en lo que participa y la referencia superior donde se incluyen normalmente sus aportaciones para que adquieran significado.

El patrimonio paisajístico, por tanto, que se inicia en la morfología y morfogeografía natural, termina o a veces hasta culmina en la elaboración humana territorial: en el patrimonio rural, en el urbano, en el del sistema de relación regional, en el monumental y funcional, en el llamado paisaje construido, y en la vivencia, la comprensión y en la representación. Y estos tres últimos aspectos, condiciones y logros, son sustanciales al paisaje patrimonial.

Perfiles fuera del cuadro

El estilo de la naturaleza.- La naturaleza es el marco, el ciclo, el sistema. Somos naturaleza, vida natural en el planeta natural, en los espacios que lo incluyen y en los que se prolonga. Ha sido dominante y partícipe, objeto de diálogo, de oposición y de aprecio, de realismo y sensibilidad; conjunto de normas, de hechos de los que estoy formado y entre los que me encuentro, base de la vida que somos y son. Pero la naturaleza no es informe, sino que se constituye en el espacio en estructuras con morfología y rostros. Y aquí, en las escalas terrestres, se mezcla a las novedades de la vida y ambas se adaptan en sistemas de relaciones y en configuraciones cambiantes. Naturaleza, en este sentido, es todo lo espontáneo del mundo, es decir, casi todo. El espacio ingente o inmediato está construido por objetos “naturales” y el tiempo, que nos desborda tanto en el universo como aquí mismo, es tiempo natural. Escribía Juan Luis Arsuaga en un artículo que titulaba “Dos mundos, dos historias”, que la historia de la Biosfera tiene dos etapas muy desiguales en duración: “la primera, larguísima, de 3.800 millones de años [...] La segunda, cortísima”, desde que hace unos 10.000 años nuestros antepasados introdujeron en la superficie terrestre prácticas agropecuarias modificadoras de la biosfera y transformadoras de los paisajes. E incluso esta breve historia no puede sino manejarse en lo natural, entre sus cosas, con sus productos, condiciones, fuerzas y ritmos.

El paisaje es una percepción holística de las formas de la Tierra. Predomina en ella un sentido de integración, de asociación y composición de los componentes

y de las partes del todo. Y esto es adecuado porque, aunque compuesto por cosas, dinámicas, materias, tiempos distintos, que el análisis distingue y separa, tales cosas están reunidas en el paisaje con mutuas conexiones, flujos, diálogos, cambios particulares y generales, agrupadas, asociadas, y es tal sociedad de los elementos la que lo conforma como un cuerpo propio en su disposición concreta en el espacio geográfico. El paisaje es un estilo de agrupación de los elementos geográficos, de sus formas y de combinación de sus procesos, con sus contenidos culturales, los comprendidos en él y los otorgados a él. Un estilo de conjunto. “Estilo” era el punzón con el que los griegos grababan su escritura en la cera de sus tablillas y, derivadamente, el signo que distingue un modo de expresión; con esta palabra aludimos, pues, voluntariamente a la lectura en el espacio geográfico de un rasgo básico de factura común. Los paisajes de un territorio son su mosaico formal, trabado, y su exposición de entes y de valores geográficos, con sus significados. Si cada individuo resulta de una combinación particular de normas, dinamismos, materias y formas, todos ellos participan de las mismas bases generales (rocas, aires, aguas, vidas y culturas). Los resultados son diferenciados, pero las claves de partida son variantes de unos mismos componentes y de sus distribuciones. Esto es la faz de la Tierra: un mosaico de estilos geográficos, a veces felizmente armónicos y a veces por desgracia desastrosos.

Aquí establecemos nuestros cuadros de la naturaleza y del hombre entre los principios, por un lado, de ley, norma, orden, determinación, predisposición y, por otra parte, de diversidad, posibilidad, libertad, jugando entre ellos y tomando múltiples formas en el tiempo y en el espacio. Las partes y el todo, lo abstracto y lo concreto, el canon geográfico y la localización, los componentes y sus agrupaciones, todos ellos son los ingredientes en combinación y distribución constantes que constituyen los lugares. No hay estrictamente espacios vacíos: todo lugar corresponde a un paisaje y al revés. Una historieta muda del dibujante Istvan Banyai es la secuencia de un zoom interminable que comienza en la cresta de un gallo en una maqueta de una granja que aparece en la portada de una revista en la cubierta del anuncio de un yate en un autobús de una ciudad que está viendo un indio en una televisión en un desierto, lo que ilustra un sello de un sobre en una playa tropical de una isla sobre la que pasa un avión sobre las nubes... y así el encadenamiento llega a la estratosfera y hasta tal lejanía que nuestro planeta se reduce a un minúsculo punto de luz en un oscuro vacío.

Y más allá de la burbuja magnética protectora de la helioesfera se extiende formando nuestra bóveda natural el aparentemente interminable espacio de las estrellas, en realidad el espacio cósmico de la Vía Láctea, a la vez limitado e inmenso, la oscuridad perforada por infinitas luces, y luego otras y otras galaxias

con borrascas de materia, agujeros informes, espirales de mundos, placentas de universos. Estamos abrigados en esta burbuja soplada por el Sol del letal dinamismo del espacio interestelar, acogidos en un planeta menor, uno entre tantos, sin pretensiones, casi escondido, pero de temperaturas confortables, abundante en agua y envuelto por una fina capa gaseosa, que acepta y forma la vida. Sin embargo, otras esferas de piedra, desiertas, heladas o ardientes, venenosas, bombardeadas por meteoritos, que giran cerca de nosotros por el vacío nos advierten de la normalidad inquietante del Cosmos ¿De qué nos quejamos?

Pero, en el fondo de esta singularidad doméstica que nos abriga y distingue, hay una impresión de que todo lo distinto y extremo, en dimensión y en materia, inorgánico y orgánico, se configura con las mismas pautas de formación. Encontramos isomorfismos a todas las escalas que siguen tendencias y sistemas físicos generales. Hoy, cuando llegan a los periódicos lo mismo imágenes de las más remotas nebulosas que de lo que se ha dado en llamar “paisajes neuronales”, los profanos nos asombramos de la semejanza aparente en esas figuras de sus tejidos, fibrosidades y composiciones fractales, del mutuo reflejo de disposición del macrocosmos y del microcosmos, como si las galaxias fueran vísceras y el detalle de los organismos pareciera un lienzo del universo. De la redundancia de la geografía de lo minúsculo y de lo inmenso, como si todo estuviera tramado del mismo modo.

Si tomásemos esas imágenes como texturas reales nos llevarían a pensar que toda la organización de lo que podríamos llamar naturaleza universal tiene la misma arquitectura, y que lo que cambian son sus escalas y materias. Pero queda la razonable duda basada en las limitaciones de nuestra percepción: ¿es apariencia o realidad?, ¿son los principios elementales del mundo o es sólo una restricción de nuestra traducción a imagen? Quedan fuera de esta analogía, claro está, los dinamismos, tan dispares, por ejemplo entre los agujeros negros o las cunas de mundos o las espirales de estrellas, las supernovas o los sistemas solares, y los organismos, sus componentes, fibras y energías. Pero, por ahora, a nuestros ojos todo lo representado parece mostrar un mismo estilo de tejido.

La idea es ésta: la decantación del estilo de lo natural para el ojo del hombre. Nada como la geometría fractal ha contribuido a revelar esa disposición escalar y repetitiva en lo físico y en lo vivo, en lo orgánico y en lo planetario. Ya la predisposición geométrica del cosmos estaba establecida (esferas de los cuerpos celestes, elipses en sus traslaciones por el espacio, tramas tectónicas en la corteza del planeta, pautas de erosiones en sus superficie...), pero su dimensión fractal en los agrupamientos formales de costas, ríos, montañas, islas, caparazones, plantas,

lacerías, etc., abrió un nuevo capítulo a las simetrías espontáneas y artísticas de todo lo observable en materiales sólidos y a su cálculo. La dinámica es caótica y la forma geométrica.

La bóveda del cielo con sus constelaciones era para Ulises una gran máquina giratoria gobernada por los dioses y el envolvente restante, el caos. Sólo hemos pasado de reconocer las agrupaciones mitológicas de las estrellas en la noche del campo, al fin y al cabo geometrías elementales, al naufragio cósmico de contar metagalaxias, pero la impresión de inmensidad de lo natural a la que pertenecemos, a partir de cierto nivel espacial que empieza en un planisferio celeste y acaba en un torbellino infinito de galaxias, es la misma. Decía Lucrecio que ningún objeto nace aislado, sino que se clasifica en la cadena de los seres que se prolonga “en las llanuras del espacio sin fin”.

El día y la noche, las estaciones, las zonas, los meridianos y paralelos, las fases de la luna, los eclipses, los giros, movimientos, órbitas, tiempos y formas de los cuerpos astronómicos, las posiciones de las estrellas, el lugar del sol, el correr de los vientos y las aguas, todo lo exacto era cálculo, pura geometría. Y lo borroso y especulativo, imperfecta observación. Sorprende ver todo lo que se desconocía aún del interior de África al empezar el siglo XX. En su tipología sobre las concepciones del mundo, el filósofo Wilhem Dilthey escribía en 1911: “volvemos los ojos sobre un inmenso campo de ruinas de tradiciones religiosas, afirmaciones metafísicas, sistemas demostrados: el espíritu humano ha ensayado y probado durante muchos siglos, unas tras otras, posibilidades de toda índole para fundamentar científicamente, expresar poéticamente o proclamar religiosamente la conexión de las cosas [...] Cada uno de esos sistemas excluye al otro, cada uno refuta al otro, ninguno es capaz de demostrarse”.

He seguido desde hace años con interés particular de geógrafo las imágenes de la superficie de Marte que nos han ido llegando y he conseguido a veces descifrarla a través de mi experiencia de la Tierra y, a la inversa, he entendido ciertas formas afines nuestras gracias a lo aprendido en las del vecino. No tanto las de volcanes, las más similares a las nuestras (salvando las dimensiones), o las de los bombardeos de meteoritos (vulgares en el Cosmos), sino sobre todo las de elaboración de escarpes, flujos, glaciares, valles o acumulaciones de sedimentos. El hecho es que hay analogías y, por supuesto, hay novedades, pero no contradicciones. Marte, el planeta hermano y desolado, con sus polos, desiertos, volcanes y cañones, está claro que no es la Tierra, pero es, a su modo, como la Tierra, es una novedad, una ampliación, otra modalidad, un enriquecimiento de la geología de la Tierra, aunque no una antítesis. A su través se prolonga y diversifica a la vez,

sin contradicciones, el estilo del sistema, porque existe. Y la Tierra, aunque haya dejado de ser considerada el centro del mundo, sigue siendo inevitablemente para nosotros el término de cualquier comparación con el resto de los componentes del universo y el punto tácito desde donde medimos sus distancias en años luz.

La dialéctica entre lo general y lo particular, y entre lo regular y lo imprevisible, sigue dando frutos a todas las escalas. Y los lugares siguen siendo paisajes en tal juego, porque en sí se constituyen de ese modo y porque mi mirada así los capta, conceptúa y representa. Tengo ante mí, pues, paisajes neuronales y de nebulosas, con todas sus casi infinitas dimensiones intermedias. A todos los hago paisajes en cuanto los miro. El estilo de la naturaleza tiene pautas que comprendo, porque aplico una idea, un método adecuado de percepción, de juicio y, en fin, de entendimiento. Esa pauta del universo parece que siempre descansa en estilos claves extraídos de la accesible naturaleza local y, por lo que se deja ver, de los que tejen la inaccesible naturaleza global. Mi imagen del estilo acorde de la naturaleza del mundo, tras su abrumadora diversidad aparente, no es aún sino una metáfora, una actitud del espíritu.

Camino de la comprensión.- Además, no basta con el paisaje escogido, es necesario contar con su entorno, porque continúa por él. No es suficiente con lo que ves en el asunto enmarcado, sino que tienes que contar con lo que no ves pero también le pertenece. Si lo que hay allí es por sí mismo una composición es preciso aun abrir ésta a lo que está alrededor y a experiencias, sentimientos, gustos, pensamientos, representaciones, proyectos que están en otras partes, es decir, es necesario entrar en composiciones mayores y ocultas, porque tal conjunto de lo visible, lo invisible y lo que enlaza con lo externo es el verdadero paisaje. E incluso, habría que estar abierto a lo que está más allá de lo tangible aunque sólo fuera por aquello que al parecer dijo La Rochefoucauld: quien vive sin alguna locura no es tan sabio como se imagina.

En uno de aquellos libros que para nuestra ilustración nos hizo llegar hace años desde Europa la vieja Revista de Occidente, y que sirvieron al menos a dos generaciones, se decía directamente que el pensador empírico, como el geógrafo, necesitaría para su buen pensar una base de fantasía. Me refiero a las *Formas de vida* de Eduardo Spranger. Ciertamente es, sin embargo, que, con frecuencia, en la jerarquía actual de valores de los geógrafos se han filtrado los motivos arquetípicos del “homo oeconomicus”, es decir los basados en la utilidad, por lo que hoy pesan con primacía, desde luego bastante más que tales fantasías. Las preferencias, como siempre, son expresivas de un significado determinado en el amplio arco que media entre la satisfacción de necesidades y el goce contemplativo.

Sin embargo, cuando el tibetólogo Fosco Maraini escucha el modo de entender los tremendos enigmas de su país a una persona culta nacida allí, concluye que esos misterios adquieren nuevos matices porque ya no ve “las cosas desde fuera, sino desde dentro; las siento, y cuando una cosa se siente ya se está en camino de comprenderla”. Y luego, siguiendo la filosofía tántrica, añade: “la verdad no es algo que se ha de aprender, sino algo que se ha de vivir”. Hay dos greguerías paisajistas de Ramón Gómez de la Serna que son expresivas, por un lado, de nuestra identificación cultural del paisaje con un escenario simbólico institucionista, noventayochista y orteguiano y, por otro, de los mutuos traslados de identidad entre paisaje y persona. La primera dice así: “Bajo la sombra de ese árbol que hay en medio de la llanura están en cuclillas y de tertulia todas las ideas del paisaje”. Y la segunda: “al agonizar el viejo marino pidió que le acercasen un espejo para ver el mar por última vez”. La cultura, la experiencia, la subjetividad, la reciprocidad son ingredientes (aunque no todos) del paisaje.

Pero además, como alguna otra vez he escrito, la geografía imaginaria ha ocupado acaso más páginas y mapas que la real y no sólo antes de los grandes descubrimientos que cambiaron la percepción del mundo desde fines del siglo XV sino voluntariamente hasta fines del XIX. Un eco de una parte de esta geografía, la inventada por la literatura, aparece expresado en unos párrafos nuevamente de Pío Baroja en su obra *El laberinto de las sirenas*: “un novelista inglés, Tomás Hardy, ha hecho con gran cuidado el mapa de los lugares de acción inventados para sus novelas con el designio, sin duda, de aclarar la inteligencia de sus lectores respecto a la fantástica topografía imaginada por él”, aunque sería “difícil encontrar a un español que agradeciera a un novelista de su país que le diera un curso de geografía fantástica”. Hay así también mapas recientemente elaborados de las aventuras creadas por Verne y por Tolkien y atlas que recogen los repetidos islarios fantásticos tanto de novelistas, de utópicos y de embaucadores como de recopiladores torpes o poco escrupulosos o incluso como deslices de cartógrafos con fama de rigurosos. Ellos han compuesto un mundo paralelo con ficciones de paisajes a veces muy influyentes en la cultura social.

De modo que el dominio del símbolo otorga una capacidad mayor de interpretación de la realidad que es objeto de conocimiento. La lectura cultural del mundo es la lectura correcta.

El paisaje interpretado.— Hay que dibujar, pues, el cuadro y trazar los perfiles que están fuera y más allá del cuadro para tenerlo completo. El primer esbozo de formas articuladas, de dinámicas comunes, de dependencias entrelazadas, corresponde a una geografía del paisaje como configuración territorial. La segunda

aportación es cultural, iluminadora, explicativa y referencial. Es, por tanto, un campo complementario necesario, pero al que hay que abrir el método de estudio. En el bello libro de Hermann Hesse *Pequeñas alegrías*, el autor relata una experiencia del paisaje boscoso en la hondura de la noche a través de las distintas sensaciones de calor, de frío, de humedad, de viento, de modo que reconocía las diferentes formas de la arboleda a través de la oscuridad completa por otros sentidos distintos a la vista que constituyen “delicados matices” de percepción y que influyen en el temple vital. Si esto es así, si esto es paisaje, no habrá más remedio que incorporarlo. Además, no nos arrepentiremos.

Aunque, para entender bien esto, hay que alertar al viajero de hoy, acostumbra-do a la cápsula traslaticia coche, al tren y al avión, indicándole que debería reaprender lo que es el verdadero viaje que no consiste en una transmisión de su cuerpo en el vacío de un punto a otro sino en el desarrollo vital y llenado geográfico de ese mismo traslado por todos sus puntos intermedios. Y en la calma, el sosiego, la lentitud, la atención abierta a lo que es cada lugar, la puesta en disponibilidad de la inteligencia, en la información, en el vivir y en los sentidos. En la preparación, el examen y la deferencia. De cualquier modo, entre esto y el atinado – por sintomático- título de aquella película, *Si hoy es martes, esto es Bélgica*, hay tal abismo real, que, pese a nuestra voluntad, los hechos no conducen al optimismo.

La alta montaña alpina ha parecido a los hombres el símbolo de lo permanente, de lo eterno romántico, de la naturaleza perdurable y fija, de las nieves “perpetuas”. Sin embargo es un paisaje físico cambiante. Los glaciares que le dan su especial identidad son tan fluctuantes que lo que se suele llamar paisaje alpino es, en razón de ellos, un paisaje particularmente tornadizo. Pero sobre todo, como tantas veces hemos dicho, también mudaron fuertemente los gustos a su favor a comienzos del siglo XVIII con el “sentimiento” de la naturaleza nacido de una mirada lanzada desde la Europa culta. Lo que había sido entendido como yermo y temible, pasó a ser estimado como atractivo y sublime. Luego se incorporó el símbolo a las modas viajeras y ello significó un gigantesco paso en la valoración del paisaje: de un vacío, de una forma invisible o repudiada surgió uno de los mayores arquetipos de paisaje. Los glaciares se hicieron así indirectamente influyentes en el pensamiento y, a su través, la incorporación a esa línea cultural quedó abierta a cualquier viajero. ¿Se podría hablar del resultado como una “orosofía”? Con mayor razón, el saber y el arte occidentales nacieron y se propagaron con un volcán al fondo, de modo que en estos conos, cráteres y erupciones radica una de las mejores expresiones de la relación modulada entre cultura y paisaje. En ellos, el lugar de la exaltación, del peligro y la mudanza, la razón de griegos y latinos se fundó al lado de la fantasía. De este modo el arte de la peña, del fuego terrestre y del hielo no

ha sido nada escaso. El periodista A. Armada sintetizaba con humor ese sentir en un viaje al Pirineo: “son montañas de geología tan desnuda que corres el riesgo de ponerte metafísico” (*ABC*, 30, 7, 11).



Fig. 5.- Macizo del Aneto, Pirineo.

En su reciente discurso de entrada en la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, el naturalista y escritor Joaquín Araújo reclama el entendimiento del paisaje “como productor de inspiración para la filosofía moral” e incluso señala que “al paisaje siempre le conviene el lenguaje poético”. En efecto, cuando, en el horizonte actual, plagado de la prosa amenazante de las cifras de las primas de riesgo, del desempleo, de los votantes, de los recortes, de las operaciones bursátiles, del déficit, oigo hablar en estos o parecidos términos de la Sierra de Guadarrama, de sus productividades, inversiones, costos, tácticas, ordenaciones, normativas, siento la necesidad de una oleada poética compensatoria, de hondura espiritual, porque en ella reside la verdad, noto una intensa exigencia de profundidad en los valores que aprecio, en la belleza y sentido de los paisajes, como si estos me reclamasen volver a lo cierto de su sustancia expresada literariamente o figurada por los pintores. Siento que esta es la razón de fondo de mi sierra y no sólo sus cifras prácticas, estrategias productivas, movimientos políticos, ordenanzas, diagnósticos, directrices y zonificaciones, que únicamente corresponden a sus mecanismos de política, de planificación, gestión y mercancía. Bienvenida, pues, la poesía al terreno que esencialmente le corresponde.

Hace alrededor de diez años se publicó una *Antología poética del paisaje de España*, recopilada por Cayo González y Manuel Suárez, con intención didáctica, que podría ser un portal de entrada a este otro modo de entendimiento de lo mismo. Esta antología recorre igualmente, con criterio geográfico, el relieve, los climas, los ríos, el mar, la vegetación, los campos, las gentes, pueblos y ciudades. Así, al comentar los poemas sobre el mar, los autores recogen una lista de noventa y seis palabras marinas utilizadas por los escritores a los que luego dan lectura, desde ancla a velero, pasando por bajel, caracola, escama, isla, nácar o perla. Es, pues, ahora, el mar de Unamuno, el “campo de misterio” “cantándonos recuerdos de aquel tiempo / en que no era el hombre”. O es la montaña recorrida desde el abismo al volcán, con alcores, congostos, esteros, horcajos, oteros, peñascos, serrijones y trochas. Se habla aquí del lugar donde “nada se oye” de Maragall, del “aliento de la tierra” unamuniano, de “sotos de grama, valles de amapolas” de Miguel Hernández, y de los barrancos hondos y cumbres agrias de Machado. Y es el otro campo del frío y el encinar, del “tiempo airado” de Garcilaso, del “viento achubascado” machadiano, del estío de “sonora quietud y luna grande” de Panero, y de los “arces divinos en furor” de Jorge Guillén. Y aquí también cobran su significado complementario aceñas, azudes, brocales, espumas, linfas, regueras y venas. Los ríos símbolo, los que trabajan tanto para ir a morir, los espejos de los paisajes.

Es evidente que esta muestra puede extenderse a casi todos los lugares y a todas las manifestaciones culturales. Incluso a Aldebarán que vio desde el firmamento a la Tierra rodar por el vacío y tal vez escuchó al poeta Unamuno cantar su soledad desde el paisaje castellano. Los escritores del 98, por otra parte, no se acantonaron en nuestro terruño, sino que también miraron fuera. Baroja, en la novela antes citada, que ubica en Italia en buena parte, describe el terreno de Roccanera desde los Apeninos al mar a lo largo de la estaciones (segunda parte, libro segundo, capítulo IV) con una prosa que debería ponerse de ejemplo a los alumnos de geografía para que aprendieran a contar paisajes. Allí está detallado el perfil de robles, hayas, abetos, castaños, encinas, pinos, cipreses, chopos, mirtos, adelfas, retamas, cornicabras, jaras, romeros y cantuesos. En Baroja está con frecuencia presente el fluir del tiempo en los cuadros sucesivos de un mismo lugar, lo que es un acierto no sólo literario sino geográfico. En el mismo prólogo del libro que comento hay un relato del cambio de la luz con el paso de las horas desde el alba al crepúsculo en el paisaje napolitano que debería recogerse en una antología de escritos de geografía. El paso del tiempo, del día o del año, en el lugar, bien contado, es el paisaje como acción.

En el mismo concepto chino de paisaje es fundamental la relación entre montaña y agua. Y en la pintura china de paisaje, la nube sintetiza esa relación en

conexión con la fértil idea de vacío. Tal relación bipolar equivale al paisaje mismo y a la suma de corazón y de entendimiento que permite la conceptualización, la representación y la observación correctas del paisaje.

El bosque, que antes vimos en su concreción material, ha sido también el lugar del mito y del miedo pánico. Incluso en tiempos recientes ha sido el lugar de la fantasía y de la literatura, hasta el mismo Conrad. El bosque no es, pues, sólo un conjunto de árboles sino de significados, con su arraigo en el sentimiento romántico de la naturaleza y en el agobio de la arboleda interminable que se repite a sí misma sin horizonte ni referencia. El bosque ha lanzado el espíritu a la conquista también de estados superiores, como ocurre con los libros de Thoreau en el siglo XIX o de Giono en el XX o en las pinturas de Claude Lorrain en el XVII o de Friedrich y de A. B. Durand en el XIX. Hay un bosque cultural. De modo que tal paisaje es tanto una entidad natural e histórica objetiva como una identidad elaborada y subjetiva. En el tránsito repetido de los peregrinos a Santiago por los bosques pirenaicos de Roncesvalles o del Somport hay un otorgamiento de cualidades que no sólo emanan de las hayas, sino que se combinan con ellas. Y el símbolo del bosque lo sobrepasa e inspira al que interpreta otros lugares sin árboles, y así se habla de bosques de piedra para los laberintos kársticos o para las agujas góticas de una catedral o para las columnas agrupadas de un templo egipcio o para ciudades densamente edificadas.

Pero, sobre, todo, es la belleza del bosque lo que trasciende su carácter físico, técnico y económico para situarlo entre los bienes de la cultura, como se ha hecho tantas veces en la literatura de viajes, en la pintura, en ensayos, en fotografía e incluso en la misma ciencia. La vivencia y los mitos personalizan y transforman las realidades. El regulado monte asturiano es además de un recurso un ámbito de penumbra, de troncos huecos, caminos borrosos, sendas cerradas, aguas oscuras, luz verde, olor intenso a maderas húmedas, de seres fabulosos como las xanas hijas del hayedo “hundidas en el tiempo” y con copas “ásperas y bufadoras cuando el viento les enfurece”, como escribía Díaz-Caneja. Hace falta ser muy insensible para pasar por alto un bosque frondoso en otoño.

En la reflexión de raíz geográfica que Ortega y Gasset escribió en 1914 sobre el bosque dice que éste es más lo latente que lo patente, lo profundo que lo superficial, lo invisible que lo visible, el dentro que el fuera. Tal diferencia entre el mundo patente, el de las puras impresiones, y el “trasmundo” latente, que exige más para ser percibido, encierra una lección que puede conducir a la teoría de que el bosque existe para mí al interpretarlo yo como tal. La sugerencia del bosque señala la vía de explicación del mismo bosque, que en realidad está detrás y tal

vez es invisible. Dicho de otro modo, la realidad tiene más de un plano y los más profundos y más difíciles, que son los más sugestivos, pueden no ser aparentes. De este modo, "hay sobre un pasivo ver, según dice Ortega, un ver activo, que interpreta viendo y ve interpretando; un ver que es mirar". Evidentemente, son las ideas sobre las cosas. El método, pues, es la profundidad visual. Gaston Bachelard añadía, sin contradecir a Ortega: "El bosque es un antes-yo, un antes-nosotros". En él, de nuevo según Ortega, "cada hecho natural revela un conjunto de mutuas relaciones", por lo que, para entender bien una cosa, "es preciso ponerse a su compás". Y por ello, "en el nacimiento de una brizna de hierba colabora todo el universo". De este modo, tanto la generalidad como la particularidad son simultáneamente propias de la geografía. Así, la personalidad del conocimiento geográfico está presidida tanto por el objeto concreto como por las posibles leyes que definen sus repartos, formas, funciones o cambios y, además, por su trasmundo lleno de sugerencias y explicaciones.

Recuerdo las sugerentes reflexiones rápidas de Baroja ante la costa cantábrica batida por el mar como enseñanzas para dar calado interior a la observación de lo casi rutinario. Acodado en la misma barandilla del faro desde el que calculamos antes el nivel de las aguas marinas en el tiempo y en el espacio, mi experiencia tiene también el latido de su prosa. En el singular relato "El hombre de Arkangel", de Arthur Conan Doyle, se dice: "¿Qué compañero puede compararse con el inmenso mar, inquieto y agitado? [...] Pero cuando las olas enormes sacuden sus cabezas coléricas y el viento chilla por encima de ellas [...] entonces hasta el más melancólico de los hombres comprende que la Naturaleza encierra un principio de melancolía más tenebroso aún que sus propios pensamientos". Es el encuentro del ánimo de lo inanimado.

También el ánimo (o "atmósfera") de un paisaje urbano puede correr mejor por la prosa de Dickens que por un tratado de urbanismo. Las líneas siguientes, extraídas de los *Papeles póstumos del Club Pickwick* podrían corroborarlo: "a uno y otro lado se disparaban contra el cielo casas vacilantes, altas y desmedradas, cuyas fachadas ostentaban la pátina del tiempo y cuyas ventanas parecían haber compartido el destino de los ojos humanos por lo sombrías y hundidas. Seis, siete, ocho pisos tenían estas casas, que se superponían como en los edificios de naipes de los niños. Todas arrojaban sus negras sombras sobre el piso desigual del camino, oscureciendo más a la noche misma. Unos cuantos faroles de aceite veíanse espaciados, pero sólo servían para señalar la inmundada entrada de algún estrecho callejón o para marcar por dónde comunicaba una escalera común con los pisos superiores por medio de intrincados pasadizos". El resultado es que el lector está allí.

Escribía Bruno Zevi por los años cuarenta del siglo pasado, en su conocido libro *Saper vedere l'architettura*, que en su mayoría los hombres no están habituados a entender el espacio, lo que puede explicar también de paso la incomprensión corriente del paisaje geográfico. Pero incluso ese espacio, cuando es aprendido a través del arte y en concreto de la pintura, aparece como una visión externa bidimensional que realmente necesitaría las tres dimensiones propias de la escultura o incluso, mejor, las de la arquitectura, para situarnos dentro de él, envueltos en él, como completa experiencia espacial, y hasta requeriría ser completado por un desplazamiento sucesivo del ángulo visual en un “sinfín de perspectivas desde los infinitos puntos de vista”, algo así como hacer girar el paisaje ante y en torno a nosotros. La experiencia del paisaje se vuelve su centro porque su espacio nos contiene. El paisaje es así, más allá del plano, del mapa, del cuadro, una composición dinámica de espacios tridimensionales. Hay, pues, que agregar interioridad, tridimensionalidad y movilidad a la vista externa, estática y bidimensional que se ofrece de modo incompleto como “paisaje”.

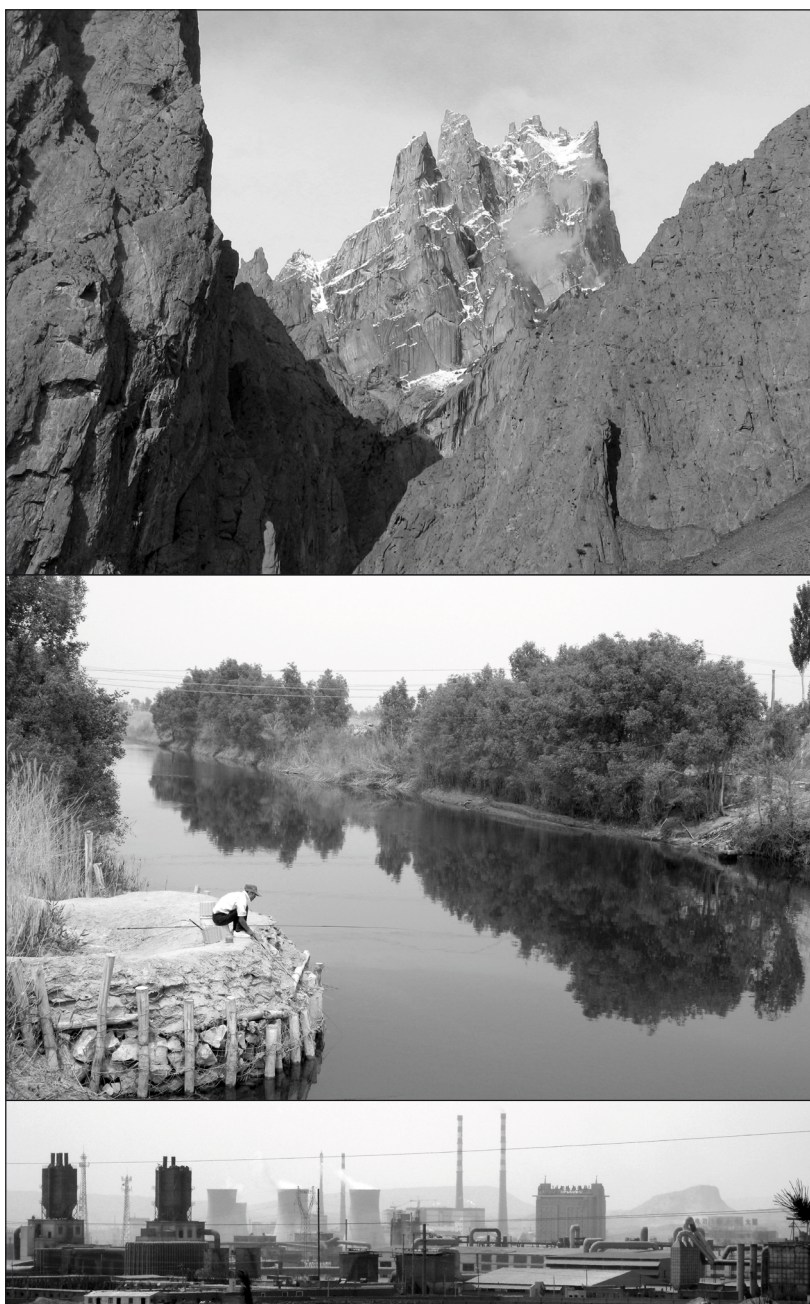
Enseñaba complementariamente el gran cartógrafo Imhof que el dibujo típico de un paisaje frontal desde un lugar de observación implica menos fidelidad pero más expresión que una fotografía. Porque el dibujo parte de las dotes individuales de quien lo hace. Y esa mirada es una entre miles de posibilidades de representación. De modo que no puede ser una imagen objetiva, sino una visión con acento propio, con intencionalidad, con selección. El paisaje del paisaje contiene, pues, la personalidad del observador. Es interpretación.

Y además de todo lo dicho (y como colofón de su contenido) el sentido patrimonial del paisaje reside en su conjunto, en su visión comparada, en su carácter dinámico y, claro está, procede de una decantación de sus valores. Reside, primero, en su conjunto porque el paisaje totaliza todo lo expresado, porque se manifiesta como una plasmación formal integradora de todos sus componentes, pues es la manifestación configurada del lugar. Arraiga, en segundo lugar, en su dimensión comparativa porque pertenece a una red geográfica como una célula concierne a su organismo. Y radica, tercero, en su esencia dinámica porque es tal su formalización espacial, cambiante en el tiempo, porque posee evolución natural e historia humana y, por tanto, porque el paisaje actual no es sino un estado en ese proceso dinámico, que sigue abierto y proyectivo. El paisaje es un momento y un aspecto en un transcurso, no un cuadro estático, cerrado y definitivo. Y surge finalmente de unos valores que derivan de sí mismo o, mejor dicho, de la revelación de sus elementos, configuraciones, relaciones, dinámicas, entramados y semblantes propios, y al

mismo tiempo de la información de sus contenidos culturales otorgados, es decir, de las valoraciones sociales, artísticas y científicas que añaden calidades y que enseñan a ver esos paisajes. De modo que sin valoración del paisaje difícilmente se decantará su sentido patrimonial como lugar de la experiencia y como legado cultural. Aunque está claro que tales valoraciones sólo las puede obtener, establecer y dar quien esté cualificado. Hay casos excepcionales pero en general lo mayoritario no suele coincidir precisamente con la decantación del adecuado sentido patrimonial. Por poner un ejemplo sencillo, no es lo mismo en calidad lo experimentado por el paseante solitario de Rousseau ante el sublime torrente de la sierra que lo que buscan en el mismo lugar quienes han acudido allí en tropel la tarde del fin de semana para lavar el coche. En casi todos los casos hay que decidirse por los unos o los otros, con sus exigencias, sus riesgos o sus concesiones. O, según Goethe, “Eines schickt sich nicht für alle, / Sehe jeder, wie er's treibe, / Sehe jeder, wo er bleibe” (más o menos: “no todo conviene a todos, que cada cual sepa lo que hace, que cada uno sepa donde está”). Sin desdeñar incluso aquella reflexión nacida de la más vieja experiencia, creo que original de Catón, según la cual no hay esfuerzo más inútil que aconsejar a los necios.

Paisajes paralelos imaginarios.- Vamos a exponer ahora, como remate, otro ejemplo de perfil fuera del cuadro para complementar con un nuevo caso concreto y remoto ese entendimiento geográfico de las siluetas escondidas de determinados lugares, mediante representaciones y lecciones polares. Se trata de un paisaje construido mediante una geografía fantástica y también de un paisaje intelectual, del esfuerzo del proceso intelectual visto como un paisaje. Hemos escogido nada menos que el Polo Norte, por ser bien distante y distinto a nuestro horizonte, y por ser el lugar expresivo para este doble significado del paisaje paralelo. Pero, con el fin de que nos sirva para lo que venimos diciendo, no nos referimos ahora al Polo Norte material y sus vericuetos, sino a algunos de sus significados externos a su configuración o a su experiencia directa, como otros polos y pasos del noroeste imaginarios o convertidos en representaciones y alegorías.

Existen, claro está, más geografías actuantes en la interpretación ártica subjetiva o externa, como la de sus lugares definidos por gestas en la exploración y no por los hechos físicos sobresalientes, o la relacionada con la perspectiva del cazador esquimal o con sus tradiciones espirituales, pero, como no hay ahora páginas para todo, aquí me voy a referir sólo a otras imágenes igualmente interesantes.



Figs.- 6a, 6b y 6c.

6 a.- El relieve como paisaje. Valle de Hushé (Karakórum, Pakistán).

6 b.- El poder del paisaje del agua en el desierto. Río Tarim (Taklamakán, China).

6 c.- El peso del hombre: paisaje industrial en el valle medio del Río Amarillo (China).

Hay un cuento de Edgar Allan Poe que, con su singular sentimiento poético del terror, puede servirnos de nudo o de clave de la etapa fantástica del mundo polar. Su título, *Manuscrito hallado en una botella*, es ya una tentación para leerlo. Se publicó en 1831 y, aunque se refiere al Polo Sur, es realmente la puerta a la utopía del Polo Norte. Un “navío desmelenado” es arrastrado a toda velocidad por una corriente irresistible hacia las tinieblas del sur y a un abismo de agua, un “precipicio líquido” en el que gira un gran velero sin tiempo, impregnado por el “espíritu de la Vejez”. Este barco es a su vez conducido, a través de una grieta abierta entre borrosas murallas de hielo, a una catarata veloz y tronante colocada en el mismo polo, dando vueltas vertiginosas en círculos concéntricos, hasta que acaba por arrojarse en el torbellino. Pero el autor añade además una pista al final del relato en forma de nota, en la que indica que posteriormente conoció los mapas de Mercator, “en los que se representa el océano como precipitándose por cuatro bocas en el golfo Polar (Norte), para ser absorbido por las entrañas de la Tierra. El Polo aparece representado por una roca negra, que se eleva a una altura prodigiosa”. Es el volcán polar. Un admirador de Poe, Julio Verne, siguió similar propuesta geográfica en sus *Viajes y aventuras del capitán Hatteras*. Aquí los viajeros llegan a un Océano Ártico abierto en el entorno del Polo, plagado de maravillas –entre ellas también remolinos-, y en cuyo centro se alza un imponente volcán activo como faro boreal del mundo. Más aún que en el *Viaje al centro de la Tierra* el volcán del norte es un formidable ingrediente de la fantasía.

Entonces ¿qué pasa con Mercator, cartógrafo renacentista tan fiable? Tiene, como dice Poe, varios mapas del Ártico. Por supuesto, aparte de Mercator, hay diversos mapas de inicios del siglo XVI con variables y provisionales interpretaciones de los mares, las islas y las tierras del Ártico o con su elusión, por ejemplo los de Maggiolo, de Ruysch o de Ortelius. Entre estos cartógrafos hay que destacar a Oronce Fine (Orontius Finnaeus) por su mapamundi de 1531 de doble representación acorazonada de los hemisferios norte y sur, centrada en ambos polos. En esta representación asombra en primer lugar su imaginario pero verosímil dibujo de la Antártida, pero, además, sitúa en el Ártico cuatro principales islas internas, separadas entre sí y de los bordes septentrionales de los continentes por estrechos, y un mar interior. Sin duda Mercator conoció este mapa, pues constituyó la base de representación de su planisferio de 1538, también de igual proyección doble cordiforme. Pero, si bien la “Terra Australis” es de contorno muy similar a la de Fine, el Ártico es bastante diferente en esta versión, pues aparece como una superficie extensa que enlaza con Eurasia, aunque se separa de América por un estrecho. Además está el equívoco mapa veneciano de Zeno, de 1558, que también unía la Europa del norte por el Ártico, incluso con Groenlandia, por lo que parece que había diversas corrientes de interpretación de las tierras boreales.

Hay un grabado del XVI que representa a Mercator con un compás apoyado en un globo de la Tierra sobre la zona polar. El Ártico dibujado con las mismas cuatro islas internas del mapa de Fine, con el mar interior y con un islote central. Una de las puntas del compás está concretamente sobre el “Polus magnetis”, como un punto de orgullo por su posicionamiento geográfico por el mismo Mercator, pues, en efecto, el gran cartógrafo también lo señalará con claridad en sus mapas del Ártico, en colaboración con Hondius. Para ello ha de adoptar una visión vertical sobre la región polar, ya que en los mapamundis al uso con su propia proyección tal región se deformaba o incluso se salía del borde superior de la carta. Su detallado mapa de 1569 muestra como posible la navegación de los continentes euroasiático y americano por la apertura de sendos pasos marinos abiertos al norte. Y esta región vuelve a ser objeto de otros mapas expresos suyos y de Hondius, donde sus contornos están redibujados, reajustados y nutridos de observaciones descriptivas.

Es curioso que el conjunto polar presente en tal mapa una planta concéntrica con canales interiores, que parece evocar la de la Atlántida platónica. Son cuatro los anillos concéntricos, constituidos sucesivamente, del más externo al central, por los bordes de los continentes exteriores, un círculo marino, un anillo de cuatro islas, y un mar interior con una peña erguida en el Polo. El primer anillo del borde continental, por donde pasa el “Circulus Arcticus”, dibuja primero la costa asiática como de borde montañoso e interrumpida, con propiedad, por cuatro desembocaduras de grandes ríos, establece luego sus islas próximas y lo que puede asimilarse a Spitzbergen, aquí con alguna costa indeterminada, y traza también los litorales ruso y noruego con el Mar Blanco de Arkangel. Claro está, en el sector insular entre Europa y América está incluida, aparte de otras islas identificables, la pertinaz y falsa isla de Frislandia (“Frislant insula”), con sus puertos, pueblos y cabos, situada entre Islandia y Groenlandia para equivocar en sus cuentas a los navegantes que iban computando las tierras que avistaban. Entre América y Asia, está dibujada la de Wrangel y la posición del “Polus magnetis”, a la que antes nos referimos. La costa americana es aquí principalmente lineal, aunque con una señalada bahía o albufera de agua dulce y un marcado estuario. Un estrecho, el de Anian, separa ya en este mapa América de Asia. El siguiente anillo es el “Mar Glaciale”, con sus islas, que sólo se angosta en dos puntos, cerca del oeste del borde americano y del este del de Asia, formando sendos estrechos. En la descripción de Groenlandia aparecen advertencias tomadas de distintas referencias, donde armoniza testimonios textuales de un invierno de nueve meses con su antigua fama de verdor y buenos pastos. La misma imagen del Ártico, tan imaginario como dado por sentado, reaparece con pequeñas diferencias ocupando su lugar en el formidable *Orbis terrarum* de Christian Sgrooten, realizado en 1592.

Lo más llamativo de esta geografía conjetural del Ártico de Mercator son las tierras internas, que en su dibujo podrían hoy asimilarse a la extensión de la banquisa, abierta por canales, pero que aquí se proponen como un conjunto circular cuyo límite sólo está indeterminado cerca de Svalbard. Este círculo de tierras árticas está dividido desde su centro en cuatro gajos por cuatro ríos. Una mirada simple al mapa podría hacer parecer, en contradicción con lo que dice Poe, que tales ríos parten del centro hacia fuera, pues parecen sus desembocaduras formar deltas en algunos de sus bordes externos, pero la lectura de los rótulos latinos añadidos al mapa aclara lo contrario, es decir, que la dirección de las aguas es de afuera adentro, lanzándose sin cesar hacia el polo, donde son tragadas hacia las vísceras o entrañas de la Tierra (“in viscera terre absorbetur”). Las islas resultantes, partidas por tales ríos, están rodeadas externamente por montañas, salvo en la mencionada cercanía de Svalbard y tienen escritas algunas curiosas y eruditas advertencias relativas a sus condiciones y habitantes, como por ejemplo, “Insula optima est et saluberrima” o “Pygmei hic habitant”, entre otras. Y en el centro del mapa y de los anillos propone la existencia de un mar interior o un gran lago en el que convergen los ríos o canales dichos. En su centro está el “Polus Arcticus” y su posición precisa hay dibujada una gran roca oscura (“Rupes nigra et altissima”).

A este cuadro el tiempo añadirá las teorías de Kircher, en su *Mundus Subterraneus* de 1665, sobre las corrientes circumpolares surgidas del Polo Sur y que formarían un gran torbellino en el Polo Norte, determinando la segura destrucción de cuantos navegantes se aventurasen en sus aguas. Este escenario dispuesto para la imaginación tendrá repercusiones, entre sus efectos literarios, en Villarroel, Poe y Verne, aunque hay también otras derivaciones.

Entre ellas, la de John Cleves Symmes jr., quien en 1818 lanzó su “Hollow Earth Theory”, es decir, su teoría de la Tierra Hueca, según la cual los polos serían sendas aberturas al interior del planeta, no sólo hueco sino habitable, conformado por cinco esferas similares y concéntricas. Symmes (jr.) quiso comprobar directamente su hipótesis mediante una expedición que no consiguió llevar a cabo. Algunos cálculos previos sobre la densidad de las montañas con resultados negativos, como los de Boscovich en 1755, habían dado lugar a una hipótesis sobre la posible existencia de una cavidad bajo sus bases. Pero Symmes se basó sobre todo en fantasías anteriores, que habían llegado a indicar la existencia de planetas interiores al nuestro. La idea de que los polos fueran la puerta de entrada a ese mundo dio pie a otra novela, publicada en 1892 en Nueva York, en los primeros pasos de la ciencia-ficción, la de William R. Bradshaw titulada *The Goddess of Avatabar*. Contiene las aventuras singulares de los exploradores del mundo dentro del mundo, con las vicisitudes y descubrimientos propios del gran paso del

Océano Polar al Mundo Interior, con sus tierras, mares, habitantes y batallas, y con su “Map of the Interior World”, en el que se representa un cascarón terrestre con los boquetes polares abiertos, que dan paso a un interior cóncavo y dotado de sol propio, la noche en el día y el día en la noche. Otras derivaciones fueron el “Polo Norte Auténtico” de Shiel, en 1901, o el país subártico del “Reino del Polo Norte” de Derennes, de 1907, o el continente subterráneo también polar llamado “Pellucidar” de Burroughs, de 1922. Hay incluso, cómo no, una película de Disney sobre un pueblo vikingo olvidado en un oasis en pleno Ártico, en otra de las islas fantásticas invisibles entre la bruma, también con su cráter como entrada y salida.... Y aún hoy la tradición sigue teniendo sus fieles.

Aunque ya alejados de Mercator, está claro que también la fantástica excursión de Torres Villarroel al interior del planeta desde la Cueva de Salamanca, o el fabuloso libro de Verne, ya citado, *Viaje al centro de la Tierra* enlazan con aquellos antiguos planteamientos cartográficos, teóricos y novelescos, aparte de otras influencias. Aunque tal vez el más bello relato de las profundidades terrestres, no polares, sea el de George Sand, titulado *Laura*, en el que los protagonistas penetran igualmente en el interior hueco de la Tierra, descubriendo que su bóveda esférica posee la forma extraordinaria de una gigantesca geoda de cristales transparentes. Podría ser como si la escritora hubiera tenido una premonición, extendida al planeta, de la Cueva de los Cristales gigantes de selenita en Naica (México), sorprendente cavidad que no fue descubierta hasta el año 2000.

Y sin duda, en enlace con la tradicional asociación de los abismos cratéricos con las bocas del infierno y de las lavas con manifestaciones de sus fuegos internos, quedará siempre la fantástica ubicación del antro infernal imaginada por Dante bajo Jerusalén, como inspiración de los demás descensos hasta el mismo centro de la Tierra por sucesivos estratos ocupados por indiferentes, lujuriosos, glotones, avaros, herejes, violentos, fraudulentos, rufianes y traidores. El proceso cultural lógico sería la influencia directa o indirecta del viaje infernal de la *Divina Comedia* desde la cueva de Jerusalén, independientemente, por un lado en el *Centrum Terrae* de von Grimmshausen, de 1668, luego en Torres en 1724, a partir de Salamanca, y finalmente en Verne en 1864, comenzando en Islandia, siendo muy improbable que este último conociera la obra del anterior que partía de la cueva salmantina.

El llamado *Viaje fantástico* de Diego de Torres Villarroel (o Gran Piscátor de Salamanca), de 1724², se refiere, en efecto, al infierno en los más profundos antros

2 Se volvió a publicar en Valencia, Prometeo, Clásicos españoles, s. a., y recientemente en Barcelona, Edicomunicación, 1996. Pero también lo reeditó su autor en 1752 en Salamanca con modificaciones de redacción en *Libros en que están reatados diferentes quadernos physicos, medicos, astrologicos, poeticos, morales y mysticos...* Tomo I, *Anathomia de lo visible, e invisible: compendio universal de ambos*

terrestres, tal como lo leyó en Dante: “donde totalmente no hay esperanza”, con sus capas sucesivas hacia abajo de perezosos, vanagloriosos, lujuriosos, iracundos, avaros, soberbios y, “en la más horrorosa y última mansión, los traidores”. No obstante, en lo científico Torres se inspira para esta lección viajera directamente en el *Camino extático* de Kircher, o Atanasio Kirquerio como él escribe, aunque haciendo también difíciles equilibrios entre Copérnico y la Sagrada Escritura. Parte Torres, como sabemos, con sus discípulos de la cueva de San Cebrián, en Salamanca, “aquella universidad donde enseñaba el diablo” y desde allí recorre, Tierra adentro, sus metales, minerales, rocas, pirofilacios (magmas), hidrofilacios (aguas) y aerofilacios (vientos) internos. Es bastante expresivo, en relación con lo que venimos señalando, que en su aventura han de atravesar Torres y los suyos un río subterráneo que forma “una horrorosa garganta, que está debajo del polo Ártico, y dividiéndose esta agua por ocultas sendas y conductos, se va repartiendo por todo ese globo interior, y luego se vuelve a unir y salen por otra puerta o rotura que está por debajo del Antártico, siendo esta circulación de las aguas subterráneas el motivo de perpetuarse en la superficie de la tierra las fuentes, ríos y lagunas, volviendo éstas a entrarse en el mar”, y si no se sabe más de sus puntos principales es “porque debajo del Ártico y Antártico jamás han podido llegar naves, porque es tan precipitada la furia con que se despeña el agua a estas bocas y roturas, que arrebatadas de su corriente se sorbe también las naves”. Entran, pues, nuestros eruditos por Salamanca y salen por una rotura abierta por el fuego subterráneo en Sicilia, es decir, por el Etna.

Torres Villarroel, 1752

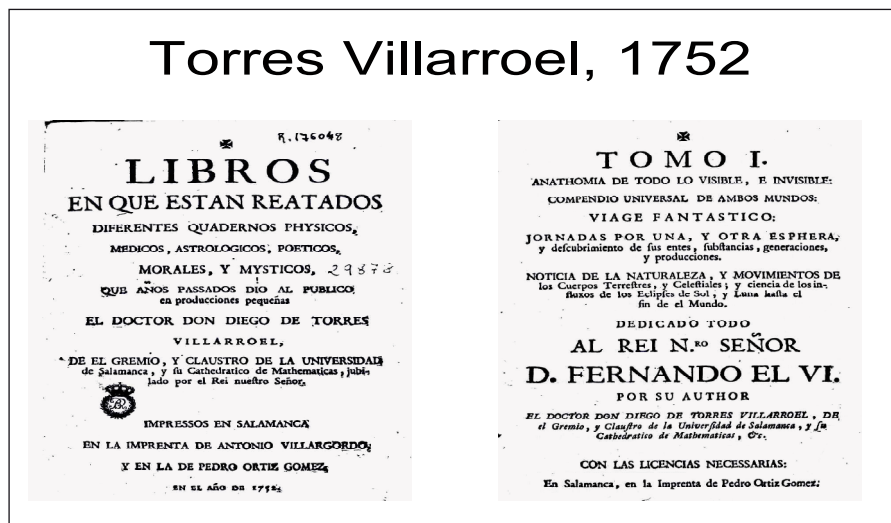


Fig. 7.- Tierra adentro.

mundos: viage fantastico: jornadas por una, y otra esfera, y descubrimiento de sus entes, sustancias, generaciones y producciones.

La suma de los símbolos de descenso (infierno) y ascensión (purgatorio y paraíso) que está en tantas expresiones religiosas, quedó, pues, poetizada por Dante y ha sido reinterpretada con sendos modelos culturales: por una parte, en el “viaje hacia abajo” expuesto entre otros por Sabater como “lección del abismo” o iniciación épica y magistral hacia lo interior, profundo, compacto, cerrado, oculto y oscuro, invirtiendo el esfuerzo habitual, para luego renacer en el retorno a la superficie, a lo abierto y a la luz. Y por otra parte, también ha sido retomada la alegoría por ejemplo en Samivel, aunque en el arrojo de sentido contrario, el de la ascensión, hacia lo más, lo elevado y lo cumbreño, que termina en la recompensa moral de la cima.

Pero, volviendo tras esta divagación, suscitada por Poe y por Mercator, a lo que contábamos del Ártico, aquí, en nuestra particular historia de navegantes, nos llegaron primero las imágenes relacionadas con tentativas para otear potenciales colonias y hasta un posible cruce del mar polar. Y quien quiera disfrutar más con la inagotable geografía de la imaginación y la conjetura puede desviarse aquí de nuestro argumento e iniciarse en ella con las sugerencias de la clásica “Geografía legendaria” de Correa Calderón o con la imprescindible *Breve guía de lugares imaginarios* de Manguel y Guadalupi y con la sugerente *Geografia fantastica e viaggi straordinari* de Calabrese, Giovannoli y Pezzini. La exploración, el racionalismo, la imagen veraz y el dato probado han evaporado, tal vez desgraciadamente para una percepción literaria del mundo, “las fábulas sugeridoras” de países felices, refugios bondadosos, reinos perdidos, supervivencias de pasados olvidados, lugares secretos, ensueños mágicos, ingenuidades de navegantes, paraísos ocultos con abundancia escondida en lo inaccesible (o simplemente un paso más allá, tras la siguiente curva), bosques élficos, islas de utopía y mares imposibles, edenes terrestres, localizaciones imprecisas de fuentes vivificadoras. Cuántos paisajes disueltos que nunca tuvieron lugar. Su recolección se plasmaría en una larga biblioteca y cartoteca, de Homero a Tolkien pasando por Chrétien de Troyes, depósito ingente de fábulas muertas, aunque incluso con restos de alguna rebelde que todavía acusaría a los geógrafos y cartógrafos de ocultar su emplazamiento imaginario por confusas, veladas, interesadas y desconocidas razones. Nada tan poético, está claro, como la “Ciudad de la Niña de Alta Mar” de Jules Supervielle en lo exclusivamente ajeno al territorio real.

Hay que recordar en este punto del realismo a nuestros viajeros paisajistas por el lejano norte. Sin embargo, también nos lo mostraron a través del arte. Podemos poner como ejemplo de esa contribución artística las obras gráficas de Fernando Brambilla (o Brambila) (1763-1834), que llegó a ser pintor de la real cámara e ilustrador en la expedición de Malaspina: realizó dibujos, aguadas y bases de grabados

descriptivos de vistas de navíos, bahías y puertos –aunque alguno de gran ambiente romántico de los mares fríos, pero del hemisferio sur, como el titulado “*La Corveta Atrevida entre Bancas de nieve la noche del 28 de Enero de 1794*”-. Pero si Brambilla no vio directamente estos parajes de la costa noroeste, retrabajó luego apuntes del puerto de Nutka de otros dibujantes, artistas que dejaron también su testimonio gráfico, como José Cardero, marinero y pintor, nacido en 1766, o Felipe Bauzá (1764-1834), cartógrafo de la Armada. De un croquis de éste de 1791 se piensa que deriva también la aguada de Juan Ravenet representando el Puerto del Desengaño (lat. 59° 45'), con un evocador fondo de relieves nevados y unos amplios celajes de estilo paisajista inglés. Pero la plantilla estuvo también nutrida por otros artistas, como Suria, Pineda, del Pozo, Lindo, Gutiérrez o Guío, que atendieron con sus imágenes a las necesidades científicas y descriptivas de la expedición, con el fin de, según el propio Malaspina, “representar al vivo aquellos objetos que nunca las plumas más diestras pudieran describir cabalmente”. Así que hicieron más de ochocientos dibujos. Excelente tradición que nunca es tarde para recuperar, pero además esta aportación es una imagen y, como tal, un mundo en sí misma.

Por último, el “Paso” es también fuente de meditación. O, mejor, lo son ambos “pasos” del Gran Norte, el del Noroeste y el del Nordeste, que se han convertido en símbolos de la exploración y de la conquista de nuevas rutas de navegación y también de un modo de pensar. Dicho sea de paso, es singular lo pronto que se editó una traducción al español en gran formato y con grabados de los viajes polares de Nares y de Nordenskjöld

Cuando se habla de tales pasos no se suele decir que uno los libros sugerentes de la filosofía moderna se titula justamente *El Paso del Noroeste*, escrito por Michel Serre. Claro está, tiene su propio sentido, pues tal título no es sino una metáfora del conocimiento del mundo. Para establecer ese sentido metafórico Serre describe el escenario del Paso por el Gran Norte de modo sugestivo: “El laberinto global del recorrido se reproduce cada mañana bajo la proa del navío en el paraje local”. Está en el hielo movedizo, en los canales angostos y ensenadas, entre los icebergs, donde “el mapa se estrangula” y la navegación se hace difícil y laboriosa, y donde los bancos helados obligan a adaptaciones constantes de la derrota. “Ópticas fantasmales que engañan en un medio blanco, cristalino, diáfano, brumoso. La tierra y el aire y el agua se confunden, sólidos y líquidos, borrosos copos y neblinas se mezclan... Déjalo de errores y precisiones para la mirada atenta”. Tal vez el lugar te atrapa y has de retroceder o volver a empezar o invernar durante meses o abrir un canal paso a paso y el tiempo se torna paciencia, imita la clausura del espacio. El descubrimiento del pasaje completo se fragmenta, pues, en el de cada uno de sus tramos y en su encadenamiento.



Fig. 8.- Hielos del Ártico, según Foulquier. *Le Tour du Monde*, 1865.

El filósofo quiere también franquear su propio paso de este mismo modo en el terreno no menos penoso del saber, con sus invernadas y su soledad. Es decir, el paso en blanco de la conexión entre las ciencias exactas y las humanas, entre el hombre y el mundo, necesitado de una doble cultura que haga visibles los itinerarios, los archipiélagos en ese pasaje “raro y angosto”, plagado de estorbos y cierres. Quedémonos, para mayor riqueza del contenido del itinerario, con su símbolo de que el viaje no consiste sólo en ir del punto de salida al de llegada, sino que atraviesa un espacio propio y, de hecho, infinito y de recorrido aleatorio, en el que, además, la ciencia no impide el acceso al resurgir del sentido donde se juntan los fragmentos del mundo, el conjunto de las aguas, las ráfagas de viento y el caos de las estrellas. En suma, el mundo entero, dice Serre, es como un gran Paso del Noroeste, con sus conexiones entre ciencia y cultura, universo y lugar, precisión e inexactitud, soledad y entrega al conocimiento. Es como el itinerario de la comprensión del paisaje.

Y sólo tras tal capacitación y este esfuerzo de comprensión entre ciencia y cultura se alcanza la noción adecuada de paisaje y, por añadidura, la de éste como patrimonio. En esto del paisaje hay que seguir lo que Herman Melville recomendaba al viajero: estimular el deseo de ver y, con él, renunciar a los prejuicios, atender a los detalles, descubrir horizontes, explorar nuevas ideas y, en suma, abrir el espíritu.

PAISAJE, PATRIMONIO Y TURISMO. CLAVES DE LA VALORACIÓN PATRIMONIAL DEL PAISAJE EN LA PRIMERA POLÍTICA TURÍSTICA ESPAÑOLA¹

Nicolás Ortega Cantero
Universidad Autónoma de Madrid
Instituto del Paisaje (FDS)

El proceso de patrimonialización de la naturaleza de España se inició en el último cuarto del siglo XIX, y fue promovido principalmente por los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza. Se desarrolló desde entonces, y hasta el comienzo de la guerra civil de 1936-1939, un proceso de apropiación patrimonial de la naturaleza y del paisaje de España, con una dimensión geográfica notable, apoyada en la atribución de valores y en la conformación de imágenes acordes con el imaginario (de signo liberal y reformista) de quienes la protagonizaron. Este proceso de patrimonialización se concretó siguiendo caminos diversos, y uno de ellos fue el de la primera política turística española, que comenzó a principios del siglo XX y se prolongó después, con cambios sucesivos, hasta la guerra civil de 1936-39. La gradual modificación de sus planteamientos la fueron acercando cada vez más al horizonte intelectual promovido por la Institución Libre de Enseñanza. Se consideran aquí las tres etapas sucesivas de la primera política turística española, teniendo en cuenta tanto sus conexiones con la perspectiva patrimonializadora de la Institución Libre de Enseñanza, como, en relación con ello, el alcance de su contribución al proceso de apropiación patrimonial de la naturaleza y el paisaje de España.

Desde su fundación, en 1876, la Institución Libre de Enseñanza fue un centro educativo privado, principalmente dedicado a la primera y segunda enseñanzas, promovido por un conjunto de destacados intelectuales, con Francisco Giner de los Ríos al frente, casi todos separados entonces de sus puestos docentes universitarios por no acatar las instrucciones, contrarias a la libertad de cátedra, que el Ministro Orovio impuso en 1875 (Véase Azcárate, 1967). Dentro del panorama del liberalismo reformista español del siglo XIX, la Institución promovió el más acabado proyecto de reforma educativa, cultural y científica del país, que tuvo una influencia muy notable en diferentes ámbitos de la vida nacional, inclu-

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el FEDER.

yendo el político. Llevó a cabo una labor importante de modernización o europeización del panorama intelectual español, y uno de los aspectos de esa labor fue la introducción y el consecuente desarrollo de los puntos de vista de la geografía moderna y, en particular, de su modo de ver el paisaje (Ortega Cantero, 2004a). Esos nuevos enfoques geográficos y paisajísticos contribuyeron a conformar, en el círculo institucionista, junto a otras perspectivas científicas igualmente actualizadas, una renovada valoración del patrimonio nacional, tanto en su vertiente natural y paisajística, como en sus dimensiones históricas, artísticas y monumentales (Ortega Cantero, 2007).

La incorporación de los enfoques geográficos modernos, estrechamente asociados a ópticas naturalistas igualmente modernas, permitieron al círculo institucionista elaborar una nueva valoración del patrimonio natural y paisajístico español. Geólogos destacados como José Macpherson y Salvador Calderón, profesores de la Institución y fundadores de la geología española moderna, elaboraron en los últimos decenios del siglo XIX una nueva interpretación de la evolución geológica de la Península Ibérica, señalando el fundamental papel que había jugado en ella la Meseta central o castellana, con su cordillera intermedia, de la que formaban parte las Sierras de Gredos y de Guadarrama. Esta nueva interpretación llamó la atención sobre el alto valor patrimonial que cabía atribuir a la naturaleza y al paisaje de Castilla, fundamento y expresión de los rasgos más característicos de la organización física peninsular. Esta perspectiva abrió la puerta a un modo de valorar ese patrimonio natural y paisajístico similar al que cabía aplicar al de carácter histórico, artístico y monumental. El círculo institucionista promovió así una valoración equivalente de ambos patrimonios que se mantendrá vigente en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas², y que se dejará sentir además en otros horizontes culturales y políticos influidos por aquél (entre ellos, como veremos después, en el horizonte de la primera política turística).

Con la nueva interpretación naturalista ofrecida por Macpherson y Calderón se relacionó estrechamente la visión cultural del paisaje conformada por Francisco Giner y, siguiendo sus pasos, el círculo institucionista. Esa visión incorporó la

2 Un buen ejemplo de la vigencia posterior de esa valoración patrimonial puede encontrarse en Eduardo Hernández-Pacheco, catedrático de Geología de la Universidad de Madrid desde 1910, director del Laboratorio de Investigaciones Geológicas del Museo Nacional de Ciencias Naturales, dependiente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, entre 1910 y 1936, y vocal primero y vicepresidente después, entre 1917 y 1936, de la Junta (desde 1931, Comisaría) de Parques Nacionales. «Con las bellezas de la Naturaleza —escribe— se trata de hacer lo que en todos los países cultos se ha hecho con los monumentos importantes del arte y con los monumentos arqueológicos de gran relieve: evitar su destrucción y protegerlos por el Estado» (Hernández-Pacheco, 1933, 6-7). Veremos luego como esta dualidad valorativa —naturaleza y paisaje (natural) / historia, arte, monumentos— aparece también en algunos enunciados de la primera política turística.

idea de que el paisaje debe entenderse como la expresión visible del orden natural, y, a partir de ahí, se interesó no sólo por sus componentes naturales, sino también por sus cualidades y valores, por los significados culturales que cabía atribuirle. Al igual que el paisajismo geográfico de cuño humboldtiano, la visión gineriana e institucionista del paisaje aunó la dimensión explicativa y la comprensiva, la mirada científica y la artística, la razón y el sentimiento. Basta leer, para comprobarlo, el artículo publicado por Giner, con el título de «Paisaje», en 1886, que constituye un verdadero manifiesto fundacional de ese modo de entender el paisaje (Giner de los Ríos, 2004). Con esa perspectiva actualizada, acorde con los planteamientos del paisajismo geográfico moderno, ofrecieron Giner y los institucionistas una nueva manera de ver y valorar el paisaje español, buscando en él no sólo sus características naturales, sino también sus cualidades culturales, sus valores estéticos y aun morales, lo que tenía de testimonio histórico y de símbolo de la identidad colectiva conformada a lo largo de la historia.

A la valoración institucionista del patrimonio natural y paisajístico se añadió la referida concretamente al patrimonio de carácter histórico, artístico y monumental. Aunque directamente conectada, en este caso, con perspectivas anteriores, también se vio esta segunda valoración influida por la incorporación de los puntos de vista del paisajismo geográfico moderno, ya que éste, en rigor, planteaba una visión de corte eminentemente natural en la que quedaba incluida, sin embargo, la presencia de los grupos humanos y sus obras de variada índole. Francisco Giner y sus colaboradores de la Institución conocieron y utilizaron regularmente el *Viaje* de Ponz, los tomos de las dos ediciones de los *Recuerdos y bellezas de España*, y las obras de Ford y Street (Véase Ortega Cantero, 2001, 169-172 y 195-203, y 2004b, 189-190). Y ésa fue la tradición viajera, ilustrada primero y después romántica, que prolongaron Francisco Giner y sus colaboradores de la Institución, añadiendo a sus resultados, como señaló Altamira, «el descubrimiento de no pocos tesoros artísticos de la vieja España, olvidados y aun menospreciados, y que la diligencia de Giner y de sus discípulos, la persistente búsqueda y el amoroso estudio mediante las excursiones a los más escondidos sitios, incorporaron al saber de nuestra historia, que desde los tiempos de Quadrado y Pífferrer parecía dormida en este punto»(Altamira, 1915, 117).

Los institucionistas procuraron un mejor conocimiento y una valoración más precisa del patrimonio histórico, artístico y monumental español, sin olvidar la elaboración de un repertorio detallado de las obras y monumentos que lo componían, y animar a los demás a acercarse a él y cobrar conciencia de lo que era y significaba. En una de sus notas excursionistas, advirtió Giner la conveniencia de ver las obras de arte con detenimiento y precisión, sin «omitir un solo dato, por

secundario que parezca, con tal que presente algún carácter y valor artístico», con el doble fin de «contribuir al inventario de nuestros tesoros en este respecto», y, además, «estimular la atención de nuestros indiferentes compatriotas, y aficionarlos a que se muevan, y viajen, y se enteren de lo poco o mucho que tenemos en casa»(Giner de los Ríos, 1933, 17). Y a ello se añade otro aspecto importante, no menos influyente que lo anterior en posteriores planteamientos, incluido el de la primera política turística: su concepción, evidentemente moderna, de la restauración. Giner se mostró muy crítico con las restauraciones de las obras de arte de su tiempo. El patrimonio español había sufrido, en su opinión, dos tipos de barbarie: la de quienes se amotinan y lo destruyen en momentos de lucha, y la de quienes, en momentos de paz, se dedican a reconstruirlo. Detestaba cualquier acción que tergiversase el carácter de la obra de arte o del monumento histórico, los rasgos genuinos de su identidad. Salvo muy contadas excepciones, lo mejor que se podía hacer con una obra arquitectónica arruinada era, según Giner, procurar «la conservación de la ruina, como tal ruina», porque «los remiendos», por logrados que parezcan, «impiden la libertad del espíritu para representarse y completar idealmente la construcción cuyos restos contempla»(Giner de los Ríos, 1933, 42, 132-133 y 230). Ha podido decirse que «gran parte del concepto moderno de restauración»arrancó de la Institución Libre de Enseñanza, y que ese concepto fue incorporado y desarrollado después por el Marqués de la Vega Inclán, principal responsable de la primera política turística española, quien promovió entre los arquitectos, como advirtió Bernardo Giner, «el respeto a las ruinas existentes, cosa más de apreciar pues eran los hombres de su generación los que aún mantenían aquella escuela detestable de las imitaciones»(Menéndez Robles, 2004, 218 y 530).

El interés del círculo institucionista, heredero de Krause y de Herder, por la historia interna o intrahistoria de España, aquella en la que se expresa la conciencia colectiva propia de la comunidad, la psicología del pueblo, el espíritu o carácter nacional, les llevó a prestar mucha atención a las manifestaciones artísticas. El arte era una puerta para acceder a la historia interna del país. Alberto Jiménez Fraud recuerda las continuas excursiones de Manuel B. Cossío «a ciudades históricas, a pueblos apartados, a palacios, conventos y rincones olvidados de toda España, en busca y descubrimiento de bellezas con que iba reconstruyendo la gloriosa participación de España en la historia del arte». Era, añade, un modo de acercarse a «la historia artística de su país, aprendiendo a interpretar a través de ella la historia viva —social, como hoy diríamos— del pueblo español»(Jiménez Fraud, 1948, 200-201).

La Institución Libre de Enseñanza quiso, en suma, conocer y catalogar de forma más precisa el patrimonio histórico, artístico y monumental español, y quiso al tiempo darlo a conocer a los demás, animándoles a viajar y a acercarse a él. Se trataba, en realidad, de educar a los españoles, de formarlos en ese terreno patrimonial. Y ésa era una labor patriótica, de afirmación nacional, ya que el verdadero patriotismo debía apoyarse, como decían ellos mismos, en «el estudio real y positivo de España»(Sociedad para el estudio del Guadarrama, 1886, 367). Fue ésta la orientación (decididamente educativa y cultural, con ánimo reformista) que presidió la actitud institucionista hacia el patrimonio artístico y monumental, y fue precisamente ésta la orientación que se proyectó claramente en la primera política turística española, que tuvo una notable intención cultural, educativa, y también reformista.

La primera manifestación concreta de esa política turística se produjo en 1905, con el Real Decreto del Ministerio de Fomento que creó una «Comisión nacional encargada de fomentar en España las excursiones artísticas y de recreo del público extranjero». (Véase Real Decreto, 1905). Aunque esta iniciativa legislativa no tuvo resultados apreciables, sí ofrece algunos aspectos que merece la pena comentar, por remitir al horizonte institucionista del que se ha hablado anteriormente. El Real Decreto, del 6 de octubre de 1905, se aprobó siendo Ministro de Fomento el Conde de Romanones, en el Gobierno de Eugenio Montero Ríos, catedrático de Instituciones de Derecho Canónico de la Universidad de Madrid y destacado político liberal, que participó en la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, de la que fue además rector en el curso académico 1877-1878. Pertenecía Montero Ríos, por tanto, al círculo intelectual de la Institución, y la iniciativa de crear, bajo la responsabilidad de Romanones, una Comisaría nacional para fomentar el turismo respondió a una orientación gubernamental liberal y reformista que mostraba indudables puntos de contacto con los planteamientos de aquél.

Los argumentos del Real Decreto expresaban esa conexión. Se hablaba en él del carácter modélico, desde el punto de vista turístico, de Suiza e Italia, y se afirmaba que España reunía condiciones similares a las de ambas, tanto por su caracterización geográfica, natural y paisajística, como por su riqueza histórica, artística y monumental. Las dos dimensiones patrimoniales que el círculo institucionista valoró con criterio moderno están presentes en la primera disposición de la política turística española.

También se hablaba de los medios que debía utilizar la Comisión para fomentar «las excursiones artísticas y de recreo del público extranjero». Además de

procurar la mejora de los desplazamientos por ferrocarril y de los alojamientos y servicios conexos, había que elaborar y divulgar en el extranjero itinerarios de viajes que ayudasen a visitar «los principales monumentos artísticos nacionales, paisajes, etc.», además de publicar y difundir también fuera de España, en los idiomas correspondientes, «datos históricos, descripciones de nuestros monumentos y cuanto se considere útil para la mejor apreciación de las bellezas artísticas y naturales, para el conocimiento de nuestra historia y para despertar la curiosidad de los extranjeros». El empeño tenía así un marcado carácter cultural y educativo, que se concretaba en su intención de enseñar a los extranjeros a apreciar mejor las bellezas de España, y se mostraba además, por su simultánea consideración de lo natural y de lo histórico-artístico y por su atención paisajística, directamente relacionado con el horizonte intelectual de la Institución Libre de Enseñanza. Este Real Decreto ofrece, en suma, una primera muestra de la proyección de la valoración patrimonial institucionista en la política turística española.

Tras seis años de vigencia de la perspectiva apoyada en la Comisión nacional, que demostró en ese tiempo su ineficacia práctica —se ha llegado a decir que «fue mucho más simbólica que real»(Moreno Garrido, 2007, 73)—, se modificó legalmente el rumbo de la política turística. Se creó, en sustitución de la Comisión anterior, mediante un Real Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros, del 19 de junio de 1911, una «Comisaría Regia encargada de procurar el desarrollo del turismo y la divulgación de la cultura artística popular». (Véase Real Decreto, 1911a). Con la misma fecha, otra disposición de igual rango nombraba al Marqués de la Vega Inclán Comisario Regio, poniéndole así, por tanto, al frente de la política turística que se iniciaba entonces. (Véase Real Decreto, 1911b). Tanto el momento en que se promovió oficialmente el enfoque turístico vinculado a la Comisaría Regia, como su adscripción gubernamental y la persona a quien se confió su dirección, merecen algún comentario.

La iniciativa se planteó en 1911, y su valedor gubernamental fue José Canalejas, destacada figura del Partido Liberal y entonces Presidente del Consejo de Ministros. Conviene recordar que ese Partido promovió, desde principios del siglo, un proyecto político reformista que pretendía, entre otras cosas, modernizar el país, apoyándose en la defensa del poder civil y en una mayor participación del Estado en la vida ciudadana, y ensanchar los apoyos sociales del régimen monárquico, atrayendo a algunos exponentes del republicanismo moderado. Al tiempo, la debilidad de esos liberales respecto de los sectores conservadores les hizo concebir al Rey como el motor principal del cambio que pretendían poner en práctica. Esta intención reformista, que se mantuvo vigente hasta 1923, coincidió en parte, hasta 1917, con la etapa en la que el Rey estuvo más cerca de los planteamientos

liberales. Y la convergencia entre la perspectiva reformista del Partido Liberal y los propósitos regeneracionistas del Rey fue particularmente clara durante el periodo de gobierno de Canalejas, entre febrero de 1910 y noviembre de 1912.

Fue justamente en ese periodo, con Canalejas al frente del Gobierno y el Rey muy dispuesto a apoyar y aun encabezar los propósitos liberales, cuando se creó la Comisaría Regia, directa y conjuntamente impulsada por ambos. Su planteamiento se inscribía plenamente en el horizonte reformista y modernizador promovido por el liberalismo y alentado por el Rey. Y además, en directa conexión con todo ello, se puso al frente de la misma al Marqués de la Vega Inclán. No es fácil entender cabalmente el significado de la política turística desarrollada por la Comisaría Regia, enmarcada en el proyecto liberal y reformista impulsado por Canalejas y el Rey, sin tener en cuenta la personalidad de Benigno de la Vega Inclán, Marqués de la Vega Inclán. Cuando fue nombrado Comisario Regio, en junio de 1911, Vega Inclán, apartado desde hacía más de diez años de su primera dedicación militar, era militante y diputado del Partido Liberal, y estaba bien relacionado tanto con Canalejas, que le había introducido en la militancia política liberal, y que siempre apoyó sus iniciativas, como con el Rey, a cuyo círculo de confianza se había incorporado unos años antes. «Va y viene con S. M. como yo con mi hijo», escribió Aureliano de Beruete en una de sus cartas, de marzo de 1911 (Marín Valdés, 1985, 86). Aunaba así el Comisario Regio la condición de liberal, y decidido partidario del proyecto reformista y modernizador alentado por esa orientación política, y la proximidad a Alfonso XIII, entonces interesado, como ya hemos señalado, en sacar adelante ese proyecto, e interesado también en acercarse a ciertos círculos intelectuales significativos, alejados de la monarquía, entre los que se contaban los de filiación institucionista. El Marqués de la Vega Inclán, familiarizado con esos círculos (liberales, reformistas, y generalmente republicanos), podía desempeñar un papel sumamente valioso para el Rey. Él fue, por ejemplo, el que introdujo a Alfonso XIII en el mundo de la Residencia de Estudiantes, dependiente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y expresión fidedigna del ideario educativo y cultural institucionista, que el Rey visitó por vez primera en febrero de 1911³.

3 Durante su primera visita a la Residencia de Estudiantes, el 19 de febrero de 1911, dijo Alfonso XIII que él la conocía porque le había hablado de ella el Marqués de la Vega Inclán. José Castillejo, Secretario de la Junta, le contestó que el Marqués era «un calavera» y le gustaba frecuentar el centro, donde había estado comiendo unos días antes. Ambos recordaron después, como dice Castillejo en una de sus cartas, lo mucho que había hecho ya Vega Inclán por España. La anécdota resulta, como se ve, sumamente expresiva del papel mediador entre el Rey y los círculos intelectuales desempeñado por el Marqués de la Vega Inclán. (Véase Pérez-Villanueva Tovar, 1990).

Otro aspecto que hay que tener muy en cuenta para caracterizar la personalidad y la labor del Marqués de la Vega Inclán es su conexión con el mundo de la Institución Libre de Enseñanza. Aunque ha sido ignorada en ocasiones, tal relación resulta fundamental para entender su actuación al frente de la Comisaría Regia, y, más concretamente, las dimensiones patrimoniales y paisajísticas que esa actuación entrañó. Sin ser un institucionista en sentido estricto, Vega Inclán conoció y compartió los planteamientos de los intelectuales de ese círculo, con algunos de los cuales estuvo en contacto directo, y su manera de entender y practicar la política turística incorporó con bastante fidelidad las perspectivas trazadas por aquéllos en todo lo referente a la valoración del patrimonio español, tanto en su vertiente natural y paisajística, como en su dimensión histórica, artística y monumental. De manera que no es fácil entender el sentido de la labor desarrollada por Vega Inclán al frente de la Comisaría Regia sin tener en cuenta esa notable y sostenida influencia institucionista. «Sin duda —escribió, en 1922, Ramón Pérez de Ayala—, en la formación de la sensibilidad del marqués de la Vega Inclán influyeron los graves y delicados maestros de la Institución Libre de Enseñanza (ese lar de alta cultura al cual se debe casi todo lo que hay de saludable y puro en la España de hoy)». Y de esa sensibilidad se alimentaba su «don íntimo», como lo llamó Pérez de Ayala, «el instinto estético o potencia de vivificación sobre lo viejo y arcaico», y una «especie de afinidad secreta» que le arrastraba hacia «las cosas bellas» (Pérez de Ayala, 1991, 207).

Vega Inclán mantuvo relaciones estrechas con algunos de los más destacados representantes de la Institución Libre de Enseñanza, incluyendo a sus dos principales responsables, Francisco Giner y Manuel B. Cossío. La conexión con este último, debido sobre todo a su común y simultáneo interés por el Greco, fue particularmente estrecha. Mientras Cossío preparaba su fundamental monografía sobre el pintor, publicada en 1908, Vega Inclán levantó en Toledo la casa y el museo a él dedicados, contando en todo momento con la ayuda y el asesoramiento del primero. Vega Inclán mostró en todo momento una gran proximidad a los planteamientos sobre el patrimonio artístico y monumental suscritos por Cossío, que fue, sin duda, su principal fuente institucionista, quien ejerció sobre él, debido al alto grado de coincidencia de sus dedicaciones, una influencia más intensa y más determinante. Incorporó plenamente su modo de valorar y de procurar la adecuada conservación de ese patrimonio, venciendo las habituales incurias y desidias. En una de sus cartas a Cossío, de diciembre de 1907, en la que elogia el contenido del libro sobre *El Greco*, que acaba de leer, habla de ello con claridad Vega Inclán. «A usted debo y muy principalmente por Vd. conocí, empecé y he realizado la salvación de la Casa del Greco, en Toledo. [...] Por la

fe y confianza que en Vd. siempre puse y por el alto y levantado espíritu con que me alentó, es hoy una realidad la Casa del Greco. Quien sabe si esta modesta obra precursora será punto de partida ejemplar para sacudir la indiferencia y miseria espiritual por la que hoy se desmorona y yace una gran parte de nuestra riqueza monumental»(Traver Tomás, 1965, 93).

Estuvo también relacionado Vega Inclán con otros intelectuales vinculados a la Institución Libre de Enseñanza y a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (fiel exponente, como dijimos, del horizonte institucionista), como el pintor Aureliano de Beruete, destacado paisajista y Profesor de Dibujo en la Institución, José Castillejo, Secretario de la Junta, o Manuel Gómez-Moreno y Elías Tormo, ambos Catedráticos de la Universidad de Madrid y Directores de las Secciones de Arqueología y de Arte del Centro de Estudios Históricos de la Junta⁴. Diversos testimonios epistolares muestran el alcance de esas relaciones, apoyadas en ocasiones en el común interés por los asuntos relacionados con el patrimonio artístico y monumental, como sucede ejemplarmente en el caso de Gómez-Moreno (Véase Castillejo, 1998). Junto a su condición de intermediario entre los círculos intelectuales liberales y reformistas y el Rey, posibilitada, como se indicó antes, por su conexión directa con unos y otro, la influencia institucionista termina así de caracterizar las claves que conviene tener presentes a la hora de acercarse a la labor llevada a cabo por el Marqués de la Vega Inclán en la Comisaría Regia, que dirigió durante toda su existencia, a lo largo de la etapa comprendida entre junio de 1911 y abril de 1928.

El Real Decreto de junio de 1911 que creó la Comisaría Regia señaló las líneas maestras de la política turística que debería promover. Su exposición de motivos dejaba ver con meridiana claridad un modo de entender el turismo y su promoción directamente entroncado con la visión patrimonial de cuño institucionista que caracterizaba al Marqués de la Vega Inclán. Tal planteamiento puede resumirse en los términos que siguen. En primer lugar, se considera que el principal atractivo que España puede ofrecer al turismo exterior es precisamente

⁴ Vega Inclán coincidió con Cossío y Beruete —y con el pintor Joaquín Sorolla, próximo también al círculo institucionista— en el Patronato del Museo del Greco, constituido en abril de 1910, al tiempo que se formalizó legalmente su cesión al Estado (Véase Real Orden, 1910). Sorolla pintó en los años diez un cuadro dedicado a ese Patronato, que, tras permanecer un tiempo en el Museo del Greco, fue donado por Vega Inclán a la Hispanic Society en 1933. En él están representados, bajo la presidencia del Rey, los patronos de entonces: Manuel B. Cossío, Aureliano de Beruete, José Ramón Mélida, Joaquín Sorolla, el Marqués de la Vega Inclán, Archer M. Huntington, fundador en Nueva York, en 1904, de la Hispanic Society of América, el Conde de Cedillo y José Villegas, entonces Director del Museo del Prado. (Véase Muller y Burke, 2004, 94). También coincidió Vega Inclán con Cossío y Beruete —y, en este caso, con Tormo— en el Patronato del Museo Nacional del Prado, formado en 1912.

la riqueza de su patrimonio, tanto el de carácter artístico, «los tesoros de arte que heredó de la antigüedad», como el que se refiere a «las bellezas naturales, de paisaje y de clima». Se señalan, en segundo lugar, dos aspectos que dificultan o impiden que esas riquezas patrimoniales desempeñen el papel de motor del turismo que les corresponde: por una parte, la insuficiente atención gubernamental dedicada a esos tesoros de arte, que han permanecido «un poco desamparados de la tutela oficial», y, por otra, la inexistencia de unas condiciones que permitan que la contemplación de las bellezas naturales «sea todo lo holgada y cómoda posible para el forastero». Y, por último, en consecuencia con lo anterior, se propone una actuación encaminada a mejorar esa situación, en el doble sentido de mejorar el cuidado del propio patrimonio y los medios para acercarse a él, y de mejorar, a la vez, el conocimiento de sus valores entre los posibles turistas, procurando así, en fin, «estimular la curiosidad del viajero, las investigaciones del sabio y del artista, ofreciendo facilidades a unos y otros, con el objeto de llevar a su noticia datos precisos de las riquezas que España atesora». Ésta es la perspectiva que se propuso en 1911 para desarrollar la renovada política turística que se encomendó a la Comisaría Regia, bajo la dirección del Marqués de la Vega Inclán.

Las funciones concretas que se atribuyeron a la Comisaría respondieron a esa perspectiva. Su labor debería centrarse en dos aspectos principales: vigilar la conservación eficaz y la adecuada exhibición de «la España artística, monumental y pintoresca», y facilitar «el conocimiento y el estudio de España», atendiendo tanto a la comodidad de los alojamientos y a la seguridad y la rapidez de las comunicaciones, como a la facilidad para acceder a sus «bellezas naturales y artísticas». Tales atribuciones expresan la orientación eminentemente cultural de la política turística de la Comisaría Regia, dirigida sobre todo a fomentar el mejor conocimiento del propio patrimonio, asegurando al tiempo su adecuada conservación, y a facilitar la difusión de ese conocimiento, para estimular la curiosidad y el interés de los turistas.

En el terreno del conocimiento y la conservación del patrimonio histórico, artístico y monumental, la Comisaría desarrolló una labor valiosa, que incorporó los planteamientos del círculo institucionista. La renovada valoración de ese patrimonio promovida por la Institución Libre de Enseñanza, su modo de entender la restauración de esos bienes, y hasta su manera de concebir cómo debía organizarse un museo —concepción ejemplarmente plasmada en el Museo Pedagógico Nacional, dirigido por Manuel B. Cossío desde 1883 (Véase Institución Libre de Enseñanza, 1985)—, se proyectaron directamente en las actuaciones desarrolladas en ese campo por la Comisaría Regia. Hay una innegable continuidad entre las consideraciones inicialmente planteadas por Giner y Cossío sobre diversos

aspectos artísticos y monumentales, prolongadas después en el quehacer de estudiosos como Gómez-Moreno y Tormo, y la labor llevada a cabo en esa misma dirección por la Comisaría Regia. Porque la actuación de ésta incorporó y puso en práctica los puntos de vista sobre el patrimonio histórico, artístico y monumental acuñados por el institucionismo.

El Museo del Turismo de Madrid ofrece un ejemplo elocuente de esa conexión con el mundo institucionista. Se instaló en la sede de la Comisaría Regia, en la calle del Sacramento, siguiendo el modelo del Museo Pedagógico Nacional (Véase Menéndez Robles, 2004, 528). Tenía, como éste, una intención predominantemente educativa, y se asoció a él la elaboración de un catálogo que permitiera conocer mejor los ámbitos geográficos más ignorados de España. Comprendía el Museo varias salas, dedicadas a diferentes temas. Algunas de ellas se referían al patrimonio histórico, artístico y monumental, incluyendo desde los monumentos religiosos hasta las excavaciones arqueológicas. Otra sala incluía lo relativo a los balnearios y estaciones climatológicas y de altura. Y, por último, las denominadas salas de alpinismo se centraban en el patrimonio natural y paisajístico, comprendiendo tanto los paisajes de montaña como otros de playas, lagunas y cornisas costeras. A todo ello se añadía una oficina de información sobre ferrocarriles, alojamientos, carreteras y deportes. El Museo ofrecía así una muestra ordenada —un catálogo— de los variados componentes patrimoniales y paisajísticos españoles, componentes cuya valoración respondía sobre todo a los puntos de vista institucionistas, y que constituían, en relación con esa valoración, el factor principal del desarrollo turístico que pretendía impulsar la Comisaría Regia. Y con esa misma valoración de las dos modalidades de tales componentes (naturales y paisajísticos, por una parte, e históricos, artísticos y monumentales, por otra) cabe relacionar asimismo las localizaciones, en la Sierra de Gredos y en Mérida, de los dos paradores construidos por la Comisaría Regia, muestras acabadas y valiosas, por lo demás, de su intención de mejorar las condiciones del acercamiento turístico a las «bellezas naturales y artísticas» de España.

Otra vertiente importante de la actuación de la Comisaría Regia fue la editorial. En ella se apoyó principalmente su intención de divulgar entre los posibles turistas los valores patrimoniales y paisajísticos que habrían de mover su curiosidad y su interés por España. Tales publicaciones, en general asequibles, cuidadas y bien ilustradas, en las que participaron autores solventes, resultaron especialmente importantes para proyectar el legado institucionista incorporado a esa perspectiva turística: tanto su renovada manera de valorar los bienes artísticos y monumentales, como su visión moderna del paisaje, iniciada antes, en los años ochenta del siglo anterior, por Francisco Giner.

A lo primero, al ámbito artístico y monumental, la Comisaría dedicó varias series de sus publicaciones, entre las que se contó la que probablemente fue la más interesantes de sus iniciativas editoriales: la Biblioteca de «El Arte en España». Publicada por la Editorial Thomas, de Barcelona, bajo el patronato de la Comisaría, se compuso de un conjunto de libros de pequeño formato, con textos breves en español, francés e inglés y cerca de cincuenta láminas de notable calidad en cada uno de ellos, en los que colaboraron destacados historiadores del arte. Baste decir, a título de ejemplo, que Elías Tormo se ocupó del libro sobre el *Monasterio de Guadalupe*, Manuel B. Cossío, del dedicado a *El Greco*, y Manuel Gómez-Moreno, del de *Valladolid*.

La dimensión más expresamente paisajística, en la que se proyectó de manera más clara y directa la visión moderna del paisaje de cuño institucionista, se concentró en las publicaciones de la «Sección de montaña». Además de algunos folletos de divulgación sobre paisajes montañosos de gran valor —como Gredos, Sierra Nevada o Picos de Europa, entre otros—, en esta Sección se incluyeron algunas obras notables y paisajísticamente significativas de Constancio Bernaldo de Quirós, fundador y primer Presidente de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, que había sido alumno de Francisco Giner en las clases del Doctorado en Derecho de la Universidad de Madrid, y se mantuvo siempre fiel al modo de entender las excursiones y el paisaje alentado por el círculo institucionista. Bernaldo de Quirós, que había pensado en algún momento en la posibilidad de que su «amigo» el Marqués de la Vega Inclán, Comisario regio, ayudase a hacer de la Cartuja del Paular «la Casa de Juan Ruiz, el arcipreste de Hita, nuestro más remoto guadarramista», en términos parecidos a los de las casas del Greco y Cervantes (Bernaldo de Quirós, 1918, 309), publicó en la Sección de montaña de la Comisaría Regia, en 1926, un breve folleto sobre el *Alpinismo en España*, que apareció también en inglés, y, tres años antes, en 1923, dos libros de mucha mayor enjundia e interés, respectivamente dedicados a *Sierra Nevada* y a *La Pedriza del Real de Manzanares*. En éste, que era la segunda edición de un trabajo publicado dos años antes en el *Anuario del Club Alpino Español*, proporcionaba su autor una visión de conjunto de la Pedriza, de su localización en la Sierra de Guadarrama, de sus sitios principales, de su formación y de su toponimia, y daba indicaciones sobre itinerarios, refugios y vías de escalada. Se refería también Bernaldo de Quirós al carácter del paisaje de la Pedriza, en un capítulo que contenía además algunas consideraciones interesantes sobre la evolución de las formas de percibir y valorar la montaña, y hablaba, en otro capítulo, de la figura de Francisco Giner, «el más ilustre y eficaz de los precursores del alpinismo castellano» (Bernaldo de Quirós, 1923, 118).

La actuación en el terreno del turismo de la Comisaría Regia tuvo, en suma, un carácter eminentemente cultural, que se mostró además directamente conectado con el horizonte patrimonial y paisajístico, de corte liberal y reformista, promovido desde algunos años antes por la Institución Libre de Enseñanza. Es precisamente esa conexión, en efecto, la que permite explicar la notable dimensión cultural de la política turística de aquellos años, y también, en relación con ello, el interés que mostró por la naturaleza y el paisaje. Se pensó que el desarrollo del turismo debía apoyarse en un mejor conocimiento del propio patrimonio, de los bienes artísticos y monumentales y de los valores naturales y paisajísticos del país, que debían ser protegidos y conservados, y de la divulgación de ese conocimiento entre los posibles turistas.

Prolongando las intenciones del círculo institucionista, ese modo de entender el turismo muestra una evidente orientación educadora: se trata de formar al turista, de despertar su curiosidad y su interés, de ayudarle a conocer el patrimonio español, de enseñarle a verlo y valorarlo como es debido. Se transfiere así al ámbito de la política turística un programa educativo, una perspectiva pedagógica que remite inequívocamente al horizonte del institucionismo. Como la escuela, o las excursiones, o las visitas a los museos, el turismo —una forma de viajar, de hacer excursiones— es un modo de educar, de formar personas. Hay así una concepción radicalmente educadora, hondamente cultural, del turismo, y la política turística, dirigida por Vega Inclán, próximo, como vimos, a ese horizonte, se pone al servicio de esa concepción, incluso en los momentos en que se ocupa de aspectos materiales (como las comunicaciones o los alojamientos). La política turística de la Comisaría Regia contribuyó así, en fin, a prolongar y proyectar los modos de ver y valorar el patrimonio y el paisaje acuñados inicialmente por el círculo institucionista. En ese sentido, tal política turística constituyó un ámbito sin duda significativo en el proceso de arraigo y desarrollo del paisajismo moderno, de cuño geográfico, humboldtiano, conformado en España por Francisco Giner y sus colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza.

Tras sus casi diecisiete años de actividad, la Comisaría Regia fue sustituida, el 25 de abril de 1928, ya en el periodo de la Dictadura de Primo de Rivera, mediante un Real Decreto de la Presidencia del Consejo de Ministros, por un «Patronato Nacional de Turismo» (Véase Real Decreto, 1928). Con una organización interna relativamente compleja, inicialmente basada en un Comité directivo y ejecutivo y en un Consejo general, se mantuvo, introduciendo cambios en la estructura organizativa, que pasó a apoyarse finalmente en una Junta del Patronato, y entre sus responsables, en tiempos de la Segunda República, con una breve interrup-

ción entre abril y diciembre de 1931, e incluso continuó después, adaptado a la situación bélica, en el territorio republicano durante la guerra civil.

El Patronato se planteó con más envergadura y funciones que las de la anterior Comisaría Regia, y se añadieron a las perspectivas culturales, patrimoniales y paisajísticas, otras que procuraban atender más eficazmente a las condiciones mismas de la actividad turística, procurando, entre otras cosas, estimular el desarrollo de la industria hotelera, establecer relaciones de colaboración con numerosas sociedades y entidades de variada índole, y promover la creación de escuelas y agencias de turismo en España, y centros de información y viajes en el extranjero. Con todo ello se perseguía, como decía la exposición de motivos del Real Decreto fundacional, lograr un «mayor y más eficaz desenvolvimiento» de la actividad turística. Respecto de los planteamientos de la anterior Comisaría Regia, hay en el nuevo Patronato líneas de continuidad —las encaminadas a «divulgar, en todos sus aspectos, el conocimiento de España»— y también, desde luego, aspectos que introducen notables modificaciones, principalmente referidos a la intención de «asegurar el enlace entre todos los elementos que cooperan a la atracción turística». Ésta fue la principal novedad: considerar que el desarrollo del turismo requería actuar simultáneamente sobre los muy variados factores relacionados con él (Véase Pellejero Martínez, 2002). Tal perspectiva se tradujo en una ampliación de los campos de actuación de la política turística (que comenzó a prestar atención, por ejemplo, a ciertos aspectos folclóricos, deportivos y gastronómicos), y en la introducción de puntos de vista más «empresariales», más «profesionales», más orientados hacia las dimensiones económicas, hacia la «gestión» de la «industria» movida por el turismo. En este sentido, se ha podido decir que «el Patronato representó un modelo profesional y serio de entender la gestión turística» (Moreno Garrido, 2007, 117).

En relación con la dimensión patrimonial y paisajística, que es la que aquí nos interesa especialmente, baste señalar que el Patronato siguió dedicando parte de su actividad, sobre todo en los primeros años, a difundir «el conocimiento de España», incluyendo lo que el Real Decreto de abril de 1928 definía como «la magnificencia de su Arte, la belleza de su territorio y el interés vivísimo de su Historia». Esta labor de divulgación se concretó principalmente a través de las publicaciones, que siguieron la doble pauta de atención a los aspectos artísticos y monumentales, por una parte, y naturales y paisajísticos, por otra, establecida por la anterior Comisaría Regia, al tiempo que se amplió su cobertura con aportaciones cartográficas de índole turística. En conjunto, las actividades desarrolladas en esta dirección patrimonial y paisajística, en las que no es difícil distinguir un cierto descenso de la altura intelectual y un simultáneo crecimiento de la utilidad práctica, perdieron importancia, con el Patronato, en el seno de la política turística. Fueron éstos, en suma, unos años

en los que estuvo presente esa perspectiva de cuño institucionista heredada de la etapa anterior, pero lo estuvo en forma declinante, perdiendo importancia relativa, lejos del alto grado de significación que llegó a adquirir, como vimos, en tiempos del Marqués de la Vega Inclán y su Comisaría Regia.

Ésta fue, en fin, la trayectoria de la primera política turística española, desde sus comienzos con la Comisión nacional, constituida en 1905, hasta el periodo del Patronato Nacional, que llegó hasta los años de la guerra civil. En ella hubo, sobre todo en la etapa de la Comisaría Regia, dirigida por el Marqués de la Vega Inclán, entre 1911 y 1928, un muy notable interés por conocer, conservar y dar a conocer tanto el patrimonio histórico, artístico y monumental de España, como su patrimonio natural y paisajístico. Y ese interés, que tuvo su apogeo en esos años de la Comisaría, pero se manifestó también, más débilmente, antes y después de ellos, tradujo la conexión de esa primera política turística con el horizonte intelectual, de signo liberal y reformista, de la Institución Libre de Enseñanza, primero, y de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, prolongadora de la anterior, después. La proximidad del Marqués de la Vega Inclán a ese horizonte, y su relación con algunos de sus más destacados exponentes —entre ellos, Manuel B. Cossío, Manuel Gómez-Moreno y Elías Tormo—, permite entender las razones y el sentido de esa orientación patrimonial y paisajística de la primera política turística. Y todo ello supone además otro hecho significativo: el importante papel desempeñado por esa política en la proyección de los renovados puntos de vista promovidos inicialmente por el círculo institucionista respecto de la valoración y conservación de los bienes artísticos y monumentales de España, y también de su modo moderno, apoyado en los enfoques geográficos conformados por Humboldt, de entender su paisaje. Se incorporaron así los postulados intelectuales y los afanes reformistas del institucionismo, y la orientación derivada de esa influencia, con su continua y muy valiosa atención a las dimensiones patrimoniales y paisajísticas puestas en juego, constituyó una de las facetas más interesantes y fecundas de la política turística española del primer tercio del siglo XX.

Bibliografía:

- Altamira, R. (1915), «Giner de los Ríos y su influencia social y jurídica», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XXXIX, 661, págs. 110-128.
- Azcárate, P. de (1967), *La cuestión universitaria, 1875. Epistolario de Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Nicolás Salmerón*, Madrid, Tecnos.

- Bernaldo de Quirós, C. (1918), «Sobre el aprovechamiento del Paular», *Peñalara*, V, 59, pág. 309.
- Bernaldo de Quirós, C. (1923), *La Pedriza del Real de Manzanares*, Madrid, Comisaría Regia del Turismo y Cultura Artística, 2ª ed., corregida y aumentada.
- Castillejo, D. (1998), *Los intelectuales reformadores de España. Epistolarios de José Castillejo y de Manuel Gómez-Moreno. II. El espíritu de una época, 1910-1912*. Cartas reunidas y enlazadas por David Castillejo, Madrid, Castalia.
- Correyero Ruíz, B. y Cal, R. (2008), *Turismo: la mayor propaganda de estado. España. Desde los orígenes hasta 1951*, Madrid, Visión Net.
- Gaya Nuño, J. A. (1975), *Historia de la crítica de arte en España*, Madrid, Ibérico Europea de Ediciones.
- Giner de los Ríos, F. (1933), *Arqueología artística de la Península*. Nota preliminar de Juan Uña (Obras completas: XX), Madrid, s. e.
- Giner de los Ríos, F. (2004), «Paisaje»[1886], en *Obras selectas*. Edición de Isabel Pérez-Villanueva Tovar, Madrid, Espasa Calpe, págs. 792-801.
- Institución Libre de Enseñanza (1985), *Manuel B. Cossío y el Museo Pedagógico, 1935-1985*, Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Educación y Juventud.
- Jiménez Fraud, A. (1948), *Ocaso y Restauración. Ensayo sobre la Universidad española moderna*, México, El Colegio de México.
- Menéndez Robles, M. L. (2004), *Un mecenas de la España alfonsina: el II Marqués de la Vega Inclán (1858-1942)*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia Contemporánea. Tesis doctoral.
- Moreno Garrido, A. (2007), *Historia del turismo en España en el siglo XX*, Madrid, Síntesis.
- Muller, P. E. y Burke, M. B. (2003), *Sorolla. The Hispanic Society*, New York, The Hispanic Society of America.
- Ortega Cantero, N. (2001), *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Caja Madrid y Raíces.

- Ortega Cantero, N. (2004a), «Educación geográfica y valoración del paisaje en la Institución Libre de Enseñanza», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 2ª época, 55, págs. 39-68.
- Ortega Cantero, N. (2004b), «Excursiones y libros de viajes en la Institución Libre de Enseñanza», en *Andanzas y caminos. Viejos libros de viajes*, Valladolid, Junta de Castilla y León, Ayuntamiento de Valladolid y Caja Duero, págs. 171-195.
- Ortega Cantero, N. (2007), «La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla (1875-1936)», *Ería*, 73-74, págs. 137-159.
- Pellejero Martínez, C. (2002), «La actuación del Estado en materia turística durante la Dictadura de Primo de Rivera», *Revista de Historia Económica*, XX, 1, págs. 149-158.
- Pérez de Ayala, R. (1991), «El Museo Romántico»[1922], en *Ramón Pérez de Ayala y las artes plásticas*, Granada, Fundación Rodríguez-Acosta, págs. 206-209.
- Pérez-Villanueva Tovar, I. (1990), «La primera visita de Alfonso XIII a la Residencia de Estudiantes», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Historia Contemporánea*, 3/1, págs. 199-212.
- Real Decreto (1905), Real Decreto de 6 de octubre de 1905, creando una Comisión nacional encargada de fomentar en España las excursiones artísticas y de recreo del público extranjero, *Gaceta de Madrid*, 7 de octubre de 1905.
- Real Decreto (1911a), Real Decreto de 19 de junio de 1911, creando una Comisaría Regia encargada de procurar el desarrollo del turismo y la divulgación de la cultura artística española, *Gaceta de Madrid*, 20 de junio de 1911.
- Real Decreto (1911b), Real Decreto de 19 de junio de 1911, nombrando a D. Benigno Vega Inclán, Marqués de la Vega Inclán, Comisario Regio encargado de estudiar, proponer y plantear los medios conducentes al fomento del turismo y a la divulgación de la cultura artística española, *Gaceta de Madrid*, 20 de junio de 1911.
- Real Decreto (1928), Real Decreto de 25 de abril de 1928, creando el Patronato Nacional de Turismo, *Gaceta de Madrid*, 29 de abril de 1928.

Sociedad para el estudio del Guadarrama (1886), «La nueva Sociedad para el estudio del Guadarrama», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, X, 236, págs. 367-368.

Traver Tomás, V. (1965), *El Marqués de la Vega-Inclán. Primer Comisario Regio de Turismo y Cultura Artística Popular*, Castellón, Dirección General de Bellas Artes, Fundaciones Vega-Inclán.

FACTORES TERRITORIALES Y RASGOS PAISAJÍSTICOS DE LA FRONTERA HISPANO PORTUGUESA

Francisco Alonso Otero
Universidad Autónoma de Madrid

Introducción

La frontera hispano-portuguesa, conocida más comúnmente como “La Raya”, tiene una longitud aproximada de 1.300 kms., orientada de oeste a este en su sector más corto, que es el más septentrional –480 kms de longitud- y de norte a sur en su sector más largo –820 kms. de longitud-. Aproximadamente el 60% de su trazado discurre por el lecho de diferentes ríos, tanto de orden principal –Miño, Duero, Tajo Guadiana- como de orden secundario, y constituye lo que se denomina genéricamente como “La Raya Húmeda”. El 40% restante, conocido como “La Raya Seca”, tiene un trazado mucho más irregular; se ajusta a diferentes tipos de accidentes geográficos –cordales montañosos, lomas interfluviales, espigones rocosos, alineaciones de cerros- salvo en aquellos tramos en los que los reajustes fronterizos han sido más tardíos, con una topografía muy poco accidentada, por lo que se adapta a caminos o cercas, fundamentalmente.

La frontera fue diseñada y delimitada a lo largo de los siglos XII y XIII. Todo el sector fronterizo quedó prácticamente configurado mediante el Tratado de Alcañices, en 1297; por ello se la ha considerado como la frontera más antigua de Europa, aunque hasta el siglo XIX haya sufrido diversos retoques. En 1864, mediante el Tratado de Delimitación de la Frontera, se procedió a su amojonamiento definitivo entre el río Miño y el río Caia, y en 1926, mediante el Convenio de Límites, el resto de la frontera, aunque ha quedado excluido el pequeño sector que contornea la villa de Olivenza, que aún está sin ratificar.

El trazado de la frontera y los paisajes que la orlan

Debido a la gran longitud que abarca la línea fronteriza, se va efectuar una subdivisión por tramos caracterizados por unos rasgos geográficos bien definidos e insertados dentro de los dos sectores antes indicados: el más corto, con rumbo oeste-este, y el más largo, con rumbo norte-sur.

Primer sector: desde la desembocadura del río Miño hasta el río Duero

Con una orientación de oeste a este y con una longitud aproximada de 480 kms. se interna por el curso bajo del río Miño en el interior de la Península Ibérica hasta alcanzar el curso del río Duero cuando éste abandona la meseta castellana y se introduce en la garganta de los Arribes, cortando antes transversalmente el alto valle del río Limia y el del río Tâmega –subsidiario del Duero-. Se ha subdividido en cinco tramos (1. Bajo valle del Miño; 2. Entre el río Miño y el río Limia; 3. Entre el río Limia y el río Tâmega; 4. Entre el río Tâmega y el río de Onor; 5. Entre el río de Onor y el río Duero), cada uno de ellos con marcados caracteres geográficos que más tarde se describirán.

Este sector es el de más remotos orígenes de toda la línea fronteriza; se originó por la segregación de Portugal del Reino de Galicia por el curso bajo del río Miño, las cresterías de las sierras de Gêres (Xurés) y Larouco, al sur del macizo central de la provincia de Orense y al sur también de los zamoranos valles del Tera y de Aliste. Esta segregación supuso la interrupción de la principal vía de comunicación entre el valle del Duero y el sur de Galicia hasta sus costas atlánticas, la calzada romana de Braga a Astorga por Chaves y Braganza. La necesidad de nuevas y seguras vías de comunicación a ambos lados de la recién creada frontera para volver a enlazar los distintos sectores de estas tierras es la pieza clave para poder entender el trazado de la misma.

1. El curso bajo del río Miño

En este tramo, con una longitud de unos 80 kms. y con rumbo SO-NE, la raya se ajusta al cauce de dicho río desde su desembocadura hasta los estrechamientos en que atraviesa perpendicularmente por su margen derecha la denominada Dorsal Gallega, con rumbo meridiano, y por su margen izquierda (en la parte portuguesa, por tanto) las estribaciones septentrionales de la Sierra de Laboreiro, aguas abajo por ello de la comarca del Ribeiro ourensano.

No todo su trazado es homogéneo, por lo cual es susceptible de dividirse en dos subtramos que presentan ciertas diferencias: el primero va desde la desembocadura del río en el Océano Atlántico -entre las poblaciones de A Guarda al norte y de Caminha al sur- hasta el punto en que en tiempos no muy lejanos se alcanzaban las máximas mareas y en donde se sitúa el punto de contacto entre el ámbito litoral y el estrictamente fluvial -entre las poblaciones de Tui al norte y de Valença al sur-. El segundo comienza en este punto y llega hasta los estrechamientos entre los macizos montañosos antes citados.



Figura 1. Desde el lado portugués, la impresionante fortaleza de Valença vigila el cauce del río Miño y, en su otra margen, la ciudad gallega de Tui.

El primer subtramo se enmarca en un amplio valle en el que el río Miño ensancha su cauce y se abre al mar. Los aportes sedimentarios del río han originado varias islas más o menos móviles, que han sido objeto de sucesivos pleitos, los más recientes de los cuales han llegado hasta el definitivo amojonamiento de 1864 -Tratado de Delimitación de la Frontera-, que afecta especialmente a la isla Canosa, cercana a la margen derecha e inmediata a la villa de A Guarda.

El principal paso fluvial se sitúa justo en su límite de aguas arriba, en el punto en que es más vadeable, y como tal ha sido utilizado al menos desde época romana hasta el presente –por él atraviesa la vía de ferrocarril, la carretera y la actual autovía-, entre las poblaciones de Tui y Valença; aguas abajo sólo es vadeable mediante pasos de barca, aunque recientemente se ha abierto un nuevo puente entre las villas de Goián y Vila Nova de Cerveira. Dicho vado era el punto límite hasta el que podían llegar las embarcaciones desde mar adentro, por lo que su actividad portuaria –especialmente en Tui- ha sido bastante importante.

El segundo subtramo se caracteriza por un curso fluvial más meandriforme y con más pendiente, al ir estrechándose el valle paulatinamente hacia aguas arriba, ya que las vertientes montañosas que lo enmarcan se aproximan cada vez más a

sus riberas. Sólo en su parte final, ya cercano a Tui, se han formado también algunas cambiantes islas, como la agrupación conocida como islas Verdoejo, también amojonadas en 1864. Pero estas no han sido las únicas modificaciones del curso del río a lo largo de la historia, pues la obstaculización del cauce mediante la construcción de diversos azudes, así como la creación de diques transversales para las pesquerías de salmón y de lamprea han contribuido a la desviación de su curso hacia una u otra orilla y han interrumpido su navegabilidad que, en tiempos romanos, llegaba hasta Orense e incluso tal vez hasta Os Peares.

Desde que se constituyó, la frontera ha sido muy vigilada desde ambas orillas, muy particularmente al ser una zona bastante poblada desde antes de la su creación. Se han asentado poblaciones a ambas orillas, unas frente a otras, vigilantes, ocupadas y fortificadas por los ejércitos en sucesivas ocasiones, sobre todo en la Edad Moderna. Abarcando ambos subtramos ahí están, mirándose recelosamente hasta tiempos recientes, A Guarda y Caminha, Goián y Vila Nova de Cerveira, Tui y Valença, Salvaterra do Miño y Monçao.

En los sectores más angostos de aguas arriba sólo se sitúa la villa portuguesa de Melgaço, pero justo en el punto en que acaba el tramo, cuando la línea fronteriza se aleja del río Miño hacia el sur, sobre los contrafuertes rocosos que descienden hacia el cauce desde ambas orillas, se yerguen los restos de arruinadas fortalezas medievales gallegas que protegían el paso hacia la comarca del Ribeiro e impidieron la penetración de Portugal al corazón de estas tierras. Los castillos de Crescente y Rivadavia en la margen derecha, y de Louredo y Sande en la otra margen, testimonian este pasado.

2. Entre el río Miño y el río Limia

Este tramo, de unos 60 kms. de longitud y con dirección N-S, es el más corto de todos; se inicia en el curso del río Miño cuando éste atraviesa los cordales de la Dorsal Gallega, con rumbo meridiano, y su prolongación hacia el sur por la Sierra de Laboreiro. Desde el río Miño, la línea fronteriza remonta el cauce del río Barjas, afluente de aquél por su margen izquierda. Tras alcanzar la zona de cabecera, se encarama a la zona de cumbres de la sierra, arqueada hacia el este, que supera la cota de los 1.000 m. y hace de divisoria de aguas entre las cuencas de los ríos Miño y Limia. Finalmente, desciende por el cauce del río Laboreiro, afluente del Limia por su margen derecha, hasta que alcanza su curso.

La sierra de Laboreiro, a más de 1.200 m., no está formada por alineaciones de crestas cumbreñas; es un “planalto” granítico en el que han quedado en resalte

domos y pequeñas cresterías, separadas unos y otras por alvéolos arenosos de muy diferentes tamaños; en sus bordes escarpados se entallan los múltiples barrancos que se deslizan vertiente abajo; algunos de estos barrancos penetran en el “planalto” y establecen sus cabeceras en los alvéolos, en donde se sitúan las escasas poblaciones que soportan estas alturas, como Lamas de Mouro o Castro Laboreiro.

La sierra ha sido pastoreada por ganados desde tiempos remotos; toda ella está salpicada de monumentos megalíticos aislados o agrupados, y cuya conservación y protección aún está lejos de ser la adecuada. En los espolones rocosos que separan los alvéolos que forman las cabeceras de algunos barrancos, tal como anteriormente se ha indicado, se sitúan los castros; de entre ellos destaca Castro Laboreiro, cercano a la población del mismo nombre y muy próximo al lugar en el que se erigió una fortaleza de origen incierto, rehecha a lo largo de la Edad Media por los leoneses primero y por los portugueses después, y que actualmente es una ruina. En los alvéolos se localizan los mejores pastos, así como las “lamas” o zonas de encharcamiento.

Tras la fundación del reino de Portugal, se vio la necesidad de establecer puntos de referencia para la orientación de la frontera; los domos, los cabezos y las cresterías marcan su rumbo al ser los lugares más destacados, aunque también han servido al efecto otros afloramientos rocosos de menor entidad situados dentro de los alvéolos o en sus inmediaciones. No obstante, a pesar de las distintas demarcaciones que se han realizado desde entonces, los conflictos por la posesión y el uso de los pastos han sido permanentes, y los artículos II y III del Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864 han tenido que dilucidar la adscripción y pertenencia de algunos de esos terrenos.

Por el extremo meridional de este tramo discurre encajado el río Limia, entre la Sierra de Laboreiro al norte y los contrafuertes septentrionales de la Sierra de Xurés –Gerês– al sur. Este congosto separa sus vegas bajas, ya en territorio portugués, de las campiñas de la Baixa Limia y de las tierras pantanosas de la Alta Limia, ambas en territorio gallego. El valle del Limia es un corredor que ha servido como vía de comunicación al menos desde la época romana, cuando se trazó la Vía Nova entre Braga y Astorga; esta vía ha creado fuertes vínculos entre las diferentes comarcas del valle -y aún más allá, con la Ribeira Sacra sobre las gargantas del río Sil- desde su fundación.

El establecimiento de la frontera segmentó el valle del Limia; ninguno de los dos reinos se conformó con esta partición y ambos aspiraron a su posesión total a lo largo de la Edad Media, muy especialmente durante los siglos XII y XIII,

época en que los conflictos fronterizos fueron casi constantes. Para paliar dichos conflictos, se erigieron un conjunto de fortalezas para asegurar y blindar ambos lados de la frontera, pero la mayor parte de ellas están parcial o totalmente arruinadas en la actualidad. Por la parte gallega cabe destacar, entre otras varias, las de Milmanda y Vilanova dos Infantes, cercanas a Celanova, que protegían el paso al valle medio del Miño; las de A Pena, Sandiás, Porqueira y Celme, que oteaban el acceso a la Alta Limia, y más al este, en la retaguardia, la de Maceda, vigilando la entrada a la Ribeira Sacra. Por la parte portuguesa las más destacables son las de Lanhoso, situada sobre un domo granítico que domina la ciudad de Braga, y la de Lindoso, muy próxima a la frontera y al cauce del río Limia, y que por su situación estratégica ha sido rehecha en la Edad Moderna.

También en este tramo han persistido conflictos de muy diversa índole para ajustar la frontera hasta tiempos recientes, como ha sucedido con ciertos terrenos próximos al cauce del río Limia y a la villa de Lindoso, resueltos en 1864 mediante el Tratado de Delimitación de la Frontera.

3. Entre el río Limia y el río Tâmega

Este tramo, con rumbo dominante O-E y con una longitud próxima a los 120 kms. se adapta a las lomas y crestas montañosas que forman la alineación de las Sierras de Xurés –Gerês- y de Larouco, en cuyo sector de cumbres superan los 1.400 m. Ambas sierras constituyen la divisoria de aguas entre los ríos Limia al norte y Cávado al sur, salvo las estribaciones orientales de la sierra de Larouco, cuyas aguas fluyen ya hacia la cuenca del río Tâmega, afluente del Duero, situado más al este.

Desde el fondo del valle del río Limia la línea fronteriza asciende hacia el sur por un margen de su afluente el río Cabril hasta llegar a las crestas de la Sierra de Xurés; una vez alcanzadas, sigue su alineación hacia el este hasta la Portela do Homen –lugar por el que atravesaba la sierra la calzada romana denominada Vía Nova, de Braga a Astorga por el Bierzo- y aún más allá, hasta la finalización de dicha crestería en un amplio collado, que enlaza con las rampas que ascienden hacia las pandas cumbres de la Sierra de Larouco. En este amplio collado la línea fronteriza, en vez de seguir hacia dichas rampas, hace un brusco quiebro hacia el norte para abrazar el concejo portugués de Tourem, situado más allá de la divisoria de aguas antes citada, ocupando un fragmento del valle del río Salas, afluente del Limia por su margen izquierda. Este enclave portugués, que con forma de dedo extendido hacia el norte supera la línea divisoria de aguas, es uno de los lugares más curiosos y originales que existe a lo largo de toda la frontera; su origen parece

remontarse a la Edad Media, de manera similar al del Cercano “Couto Mixto”, que enseguida se comentará.



Figura 2. En Vilarinho da Raia, “pueblo promiscuo” del valle del Tâmega, se ha reutilizado una vieja senda transfronteriza como vía peatonal: el llamado “Caminho da Raia”.

Tras este quiebro, la línea fronteriza asciende por las rampas que alcanzan las lomas cumbreñas de la Sierra de Larouco, dejando al norte el enclave del “Couto Mixto”, un territorio autónomo hasta el siglo XIX, con una extensión de 27 kilómetros cuadrados y con una disposición muy similar a la de Tourem, es decir, con forma de dedo extendido hacia el norte y ocupando un fragmento del valle del río Salas, pero separado del anterior concejo portugués por el pueblo orensano de Randín. Agrupa a tres poblaciones, Santiago, Rubiás y Meaus, separada la primera de las dos siguientes por el curso del río Salas. De origen medieval, fue un territorio que se regía por leyes propias, con independencia de los gobiernos de España y Portugal;

pero su autonomía fue derogada por el artículo VII del Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864, pasando a ser territorio español mediante una permuta a territorio portugués de los denominados “pueblos promiscuos” –Soutelinho da Raia, Cambedo y Lama de Arcos- situados más al este, en las inmediaciones del valle del río Tâmega, y de los que más adelante se hablará.

El sector oriental de la Sierra de Larouco se ramifica en diversos cordales secundarios que paulatinamente se alejan entre sí según descienden hacia el valle del río Tâmega. Entre estos cordales se alojan las cabeceras de varios arroyos que aguas abajo se reunifican y forman el curso del río Bubal, afluente del Tâmega por su margen derecha. Truncando indistintamente cordales y cabeceras de arroyos, se alarga la línea fronteriza hasta alcanzar el valle del Tâmega entre las poblaciones de Verín y Chaves.

El valle del Tâmega es un pasillo de dirección meridiana con comienza al norte de la villa orensana de Verín y termina al sur de la ciudad trasmontana de Chaves. Este pasillo ha sido y es una importante vía de comunicación. Por el sur enlazaba en Chaves -Aqua Flaviae- con la principal calzada romana de toda la zona, la que unía las ciudades de Braga y Astorga a través del distrito minero de Tras os Montes y la zamorana Sierra de la Culebra. Por el norte, se bifurcaba en dos ramales a partir de Verín para contornear el sistema montañoso central de Orense -sierras de San Mamede, Queixa e Invernadoiro- y alcanzar más al norte los valles de los ríos Miño y Sil en Orense y Valdeorras, respectivamente.

El establecimiento de la línea fronteriza por el centro del valle liquidó definitivamente los deseos de anexión del surco del Tâmega por parte de los dos países. Para defender sus respectivos territorios, se erigieron varias fortalezas que desde ambos lados reforzaban y defendían la raya. Por la parte portuguesa son destacables las de Chaves y Santo Estevão, situadas en las inmediaciones del valle, así como la de Monforte de Riolièvre, encaramada sobre un espolón rocoso al este del surco, desde el que se domina todo el sector español del mismo; más alejada y al oeste, el castillo de Montalegre, al sur de la Sierra de Larouco, dominaba las rutas de paso entre los valles del Tâmega, del Cávado y del Limia. Por la parte gallega destaca la espectacular fortaleza de Monterrey, cercana a la villa de Verín; mucho más alejados y hacia el norte, los castillos de Maceda, Viana do Bolal y O Bolal, protegían las dos vías que contorneaban el sistema montañoso central de Orense.

En torno al valle del Tâmega y sobre la misma línea fronteriza se sitúan varios de los denominados “pueblos promiscuos”, tres en su margen derecha (Soutelinho da Raia –el más alejado del río-, Vilarelho da Raia y Cambedo), y uno en

su margen izquierda (Lama de Arcos). Se llaman así a dichos pueblos por estar incrustados en la misma raya, de forma que ésta puede cortar sus calles, casas, cuadras y huertas; puede desgajar al mismo en dos barrios o incluso interrumpir su expansión a partir de los mojones o marcos fronterizos.

Los “pueblos promiscuos” son una peculiaridad de la línea fronteriza, y existen varios a lo largo de la misma, aunque los del valle del Tâmega son los únicos que han permanecido agrupados. Los otros existentes son los siguientes: entre Tras os Montes y Zamora, al norte de la ciudad de Braganza se sitúan los dos barrios de Rionor de Baixo y Rionor de Arriba –hoy conocido como Rihonor de Castilla-, separados por apenas 150 m. de espacio no habitado. Entre el Alto Alentejo y Cáceres, las aldeas de La Fontañera –cuyo caserío toca los mojones desde el lado extremeño- y de Casas de la Duda –de caracteres similares, pero actualmente abandonada-. Entre el Alto Alentejo y Badajoz, los dos barrios de O Marco y El Marco, separados por el curso de un pequeño torrente – el arroyo Abrilongo- cuyo cauce apenas supera unos pocos metros de anchura.

Tres de los “pueblos promiscuos” del valle del Tâmega –Soutelinho da Raia, Cambedo y Lama de Arcos- fueron desgajados de la raya e integrados en territorio portugués por el Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864, mediante una permuta por la que el “Couto Mixto” pasaba a ser territorio español. Los artículos X y XI de dicho Tratado obligaron a rehacer la línea fronteriza y a alejarla de las casas y huertos de dichos pueblos. En todos los restantes no se modificó la frontera, por lo que hoy los mojones o marcos siguen dividiendo o tocando su caserío.

Los “pueblos promiscuos” o el “Couto Mixto” son un ejemplo claro de los reajustes que fueron necesarios para trazar la línea fronteriza, aunque no son los únicos, ya que los aprovechamientos comunales de las tierras de pasto son otra fuente de conflictos que están presentes en casi todo el borde septentrional de la frontera, y que en este tramo afecta a las inmediaciones de Tourem y al borde oriental de la Sierra de Larouco, reflejados en los artículos VI, VII, VIII y IX del Tratado.

4. Entre el río Tâmega y el río de Onor

Este tramo, de unos 120 kms. de longitud, sigue –como el tramo anterior- una dirección dominante de oeste a este; atraviesa un amplio sector montañoso entre el sector portugués de Tras os Montes y las provincias españolas de Orense y Zamora. El trazado de la línea fronteriza ha sido condicionado en buena medida por las vías de comunicación entre las costas atlánticas y el interior de la meseta

castellana, lo que explica en buena medida un curso aparentemente azaroso; para entenderlo es necesario hablar previamente de dichas vías de comunicación y más adelante se esbozarán los rasgos principales de la propia línea.

La vía de comunicación más antigua e importante de todo este sector peninsular era la calzada romana que desde la ciudad de Braga se dirigía a la de Astorga, atravesando el distrito minero de Tras os Montes entre Chaves y Braganza y, aún más al este, la zamorana Sierra de la Culebra tras vadear el río Manzanas, para alcanzar finalmente los páramos leoneses. Esta vía fue cortada al crearse la frontera, aunque haya sido utilizada en diferentes segmentos como un ramal del Camino de Santiago, del que queda como testimonio el monasterio románico de San Salvador de Castro de Avêlas, situado en las cercanías de Braganza, muy semejante en sus caracteres generales a los de la población de Sahagún, en el Camino de Santiago Francés.



Figura 3. El agreste valle de Aveleda, cercano a la frontera, se abre camino entre los “planaltos” de la región de Tras os Montes, al oeste del río Mente.

Tras la incorporación del territorio de Tras os Montes al reino de Portugal, el sur de Galicia no pudo utilizar ya aquella importante vía para comunicarse con Castilla, por lo que se debió de crear otra nueva. El trazado elegido era el que desde la villa de Verín, en el corredor del río Támega, orlaba por el sur y sureste

el sistema montañoso central de Orense, acoplado a otra vieja vía que alcanzaba el valle del Sil en Valdeorras; más al este atravesaba el macizo montañoso formado por las Sierras Segundera, Tejera y Gamoneda –con cumbres que superan ampliamente los 1.500 m.- a través de un surco intramontañoso orientado de oeste a este y que salvaba las zonas más elevadas por las portillas de La Canda y del Padornelo a cotas superiores a los 1.200 m.; finalmente, tras superar este obstáculo orográfico y alcanzar el valle del Tera en Sanabria, se dirigía al interior de la meseta castellana bien siguiendo el curso de dicho río o bien adentrándose al sur en el valle de Aliste.

La línea fronteriza quedó condicionada por esta nueva vía de comunicación, situándose siempre al sur de la misma, con un trazado perpendicular a la red hidrográfica de la margen derecha del río Duero, sobre todo la del río Túa, situado más al oeste –cuyos afluentes los ríos Tuela, Mente y Rabaçal, de rumbo meridiano, quedan atravesados por la raya, de forma que sus sectores de cabecera quedan por el lado español y sus tramos medios por el lado portugués-, y la del río Sabor, más al este y también de rumbo meridiano –las cabeceras de cuyos afluentes Calabor, Igrejas y Onor, situadas inmediatamente al sur del valle del Tera, también quedan desgajada por la raya-. De esta forma se protegía la seguridad en esta vía de comunicación, a salvo de las incursiones desde el otro lado de la frontera.

Visto en detalle, el trazado de la frontera se ajusta a las siguientes líneas generales:

En el sector más occidental, la frontera suele seguir las cresterías rocosas más destacadas, transversales a los cursos fluviales, en donde se angostan sus cauces y en los que no es infrecuente ver saltos de agua e incluso cascadas; son lugares especialmente elegidos para la instalación de aceñas y molinos. Por el lado español, como ya se ha indicado antes, quedan las cabeceras de los valles, más abiertos y de suaves pendientes, con las aldeas desperdigadas por las laderas o alineadas con los fondos de valles, rodeadas por un mosaico de prados y de campos de cultivo, y atravesadas por una densa red de caminos (sirvan como ejemplo las poblaciones de Soutochao, Cádavos o Castromil). Por el lado portugués los valles son mucho más encajados, inhabitados y fragosos, separados unos de otros por lomos interfluviales de topografía abrupta en sus bordes y de topografía aplanada en sus zonas centrales, las denominadas “lombas” o “planales”, en donde se ubican los pueblos y los campos de cultivo y por donde se traza la red de caminos (Segirey, Pinheiro Velho y Pinheiro Novo son buenos ejemplos de ello). Es por estos segmentos interfluviales, de “lomba” o de “pla-

nalto”, por donde se ha trazado la raya; cuando los atraviesa, se suele alinear con los afloramientos rocosos más sobresalientes –Penedo dos Tres Reinos- o sigue las cresterías rocosas transversales a los mismos cuando tienen cierta continuidad –Sierra de Escusaña-. En las “lombas” y los “planaltos” se sitúan también las pocas zonas del tramo de pastos comunales -Penedo de los Tres Reinos- que han mantenido viejos pleitos por su aprovechamiento y que finalmente han sido solucionados por el Tratado de Delimitación de Límites de 1864 (artículos XIII, XIV y XV).

Con menor frecuencia, la línea fronteriza remonta o desciende por el cauce de algunos valles laterales, especialmente cuando sus cursos son perpendiculares al rumbo meridiano. Sólo en un breve sector de unos 10 kms. sigue dicho rumbo, asomándose al curso del río Mente e incluso acoplándose a su cauce cuando éste discurre muy encajado, formando un profundo foso, entre Vilar Seco da Lomba y Segirey.

En el sector montañoso central de las Sierras Segundera, Tejera y Gamoneda sólo el río Tuela penetra en el corazón de su núcleo, dejando la raya su angosta cabecera por el lado español. Más al este la frontera contornea la cabecera del río Sabor, aunque curiosamente no va por la línea divisoria de aguas, por lo más alto de la sierra, pues atraviesa los tramos más altos de algunos de sus barrancos, como el que desciende hacia el embalse de Serra Serrada.

En el sector oriental la frontera corre hacia el este, paralela y al sur del río Tera, afluente del Esla. Pero una vez más no va por la divisoria de aguas, formada por las crestas rocosas de la Sierra de la Atalaya, paralelas al valle del Tera y que separan dicho río de las cabeceras de los ríos Calabor, Igrejas y Onor, de rumbo meridiano y afluentes del Sabor, sino algo más al sur de la misma, desgajando las cabeceras de estos ríos de sus tramos medios. Como se ha visto en el sector occidental, la frontera cruza el cauce de estos ríos y asciende por las abruptas vertientes o por los cursos de los valles afluentes hasta los “planaltos”, a los que atraviesa siguiendo las cresterías o los afloramientos rocosos más destacados.

El tramo concluye en el valle del río de Onor. En el fondo del valle se localiza el “pueblo promiscuo” de Rionor, compuesto por dos barrios, Rionor de Baixo del lado portugués y Rionor de Arriba –Rihonor de Castilla- del lado español, separados por la raya y que se han mantenido así hasta el presente, sin apenas modificaciones.



Figura 4. Los dos barrios de Río de Onor, situados en el fondo del valle de dicho río, están separados por un reducido espacio de prados y huertas, por donde pasa la línea fronteriza.

En este tramo de carácter montañoso apenas existen fortificaciones; por el lado portugués es destacable el castillo de Braganza, que protege el cercano paso del río Sabor en Gimonde, así como las ruinas de los castillos de Santo Estevão y Monforte de Riolivre -en las cercanías del valle del Tâmega y ya citadas en el tramo anterior-, la de Segirey sobre el tramo más angosto del río Mente, y la Vinhais sobre el río Tuela. Por la parte española es de destacar la importante fortaleza de Puebla de Sanabria —ésta, al igual que la de Monterrey, protegía la vía de comunicación en los extremos de este tramo-, y el arruinado fuerte de San Carlos, cercano a la estación de ferrocarril de esta población.

5. Entre el río de Onor y el río Duero

Este tramo, de una longitud inferior a los 110 kms. y con una orientación dominante NO-SE marca el límite entre la parte más interna de Tras os Montes y la provincia de Zamora. Como en los dos tramos anteriores, su trazado viene condicionado por el mantenimiento de nuevas vías de comunicación entre Galicia y la meseta castellana, ya que la calzada romana de Braga a Astorga por Tras os Montes había quedado cortada. Para conseguirlo fue necesario preservar en el lado español los afluentes del río Esla por su margen derecha, particularmente los

ríos Tera y Aliste (se debe recordar al respecto que desde la fundación del reino de Portugal hasta la firma del Tratado de Alcañices en 1297 el valle de Aliste fue buena parte de ese tiempo una posesión portuguesa). Su trazado se ha ajustado a la divisoria de aguas entre dichos ríos –Tera y Aliste- y los afluentes del río Sabor –Manzanas, Angueira-, así como a la de aquellos otros que desde el “planalto” de Miranda do Douro descienden directamente al río Duero –río Fresno-.

Desde el valle del río Onor la raya asciende a las estribaciones más noroccidentales de la Sierra de la Culebra, siguiendo su curso hacia el SE hasta alcanzar la cabecera del río Manzanas –Maças en portugués-. La línea fronteriza no corta el cauce del río y sigue las crestas de dicha sierra hasta su punto culminante en el pico Mira y aún más allá hasta el collado de San Pedro de las Herrerías, por donde atravesaba la sierra la vía romana de Braga a Astorga entre los valles del río Manzanas y del río Tera, sino que sigue su curso aguas abajo, hacia el sur, desde las inmediaciones de Santa Cruz de los Cuérragos hasta las cercanías de Villariño de Tras la Sierra, primero por sus vertientes occidentales y, más allá de la población de Riomanzanas, por el propio cauce.

Tras sobrepasar los estrechamientos producidos por las estribaciones nororientales de la Sierra de Casica y la desembocadura del Arroyo San Mamed, afluente por la margen izquierda del río Manzanas, la raya abandona el cauce del segundo y envuelve la cuenca del primero –en donde se sitúa Villariño de Tras la Sierra- hasta alcanzar el cordal cuarcítico de aquella sierra más al este; una vez alcanzado, y con rumbo sureste, lo sigue fielmente a lo largo de toda la sierra y por la de Bozas, que es su prolongación, hasta alcanzar el curso del río Duero, junto a la desembocadura del arroyo de Castro.

De esta forma, el valle de Aliste –importante vía de comunicación desde la ciudad de Zamora al valle del Tera en Sanabria y hacia la Galicia meridional-, limitado al norte por la Sierra de la Culebra, al sur por la sierras de Casica y Bozas, y cuya cabecera se sitúa en las inmediaciones del valle del río Manzanas, quedó preservado en el lado español. Una vez más se puede apreciar que el trazado de la raya no coincide con la divisoria de aguas; ésta, que separa la cuencas del río Aliste y las de los valles que descienden hacia el río Duero desde el “planalto” mirandés, se localiza sobre un lomazo situado más al norte, pero con unas formas de relieve poco destacadas; la alineación de las sierras de Casica y Bozas, por donde va la raya, es sin embargo un relieve en resalte, bien visible desde largas distancias, pero que segmenta las cabeceras de aquellos arroyos trasmontanos que alcanzan la propia divisoria –sirva como ejemplo el río Angueira, que nace en las cercanías de la villa de Alcañices-. Por tanto, la línea fronteriza en este tramo no se ha ajustado

a las divisorias de aguas; su trazado ha venido condicionado –como ya se ha visto en el tramo anterior- por la protección de las vías de comunicación.

Dentro de este tramo existen dos enclaves, situados en las inmediaciones del valle del río Manzanas, que no se ajustan a las líneas generales que sigue la frontera. El primero de ellos se localiza en su margen derecha, entre las poblaciones de Guadramil y Riomanzanas, en un terreno accidentado, por el que asciende la raya abandonando el curso del río para descender de nuevo a él un poco más al sur. En el Tratado de Delimitación de Fronteras de 1864 no se dice nada sobre él, solamente se le describe de la siguiente forma: “Desde aquí ((el Molino de la Ribeira Grande en el río Manzanas)) se encaminará ((la raya)) al marco de Candena o Picón, y torciendo hacia el Este volverá a encontrar otra vez en la Peña Furada al río Manzanas, cuya corriente marcará la frontera hasta la Piedra o Pozo de la Olla”.

El segundo enclave se sitúa en la margen izquierda y rodea el valle del Arroyo de San Mamed, al sur de las estribaciones noroccidentales de la Sierra de Casica, y en el fondo del cual se sitúa la población con el sugestivo nombre de Villariño de Tras la Sierra. Ninguno de los dos lugares se cita como lugar en litigio en el Tratado de 1864, por lo que su adscripción territorial es más antigua.

Apenas quedan restos de castillos o fortalezas que hayan protegido este tramo fronterizo, tan sólo se puede mencionar, por el lado español, las ruinas de los castillos de Alcañices y de Alba de Aliste, las referencias documentales a un castillo en las cercanías de Villariño de Tras la Sierra –Mal Vecino- o el destruido fuerte de San Carlos en Carbajales de Alba.

Segundo sector: desde el río Duero hasta la desembocadura del río Guadiana

Con una longitud aproximada de 820 kms. y una orientación dominante de norte a sur, en él la línea fronteriza va cortando transversalmente algunos de los ríos principales que con rumbo este-oeste atraviesan la Península Ibérica –Duero y Tajo-, a cuyos cauces se adapta en ciertos trechos para reajustar lo más posible su dirección meridiana. Se ha subdividido en siete tramos (6. Entre el río Duero y el río Águeda. 7. Entre el río Águeda y la Sierra Malcata. 8. Entre la Sierra Malcata y el río Tajo. 9. Entre el río Tajo y el río Guadiana. 10. Entre el río Guadiana y el Arroyo de Cuncos. 11. Entre el Arroyo de Cuncos y el río Chanzas. 12. Entre el río Chanzas y la desembocadura del Guadiana).

Aunque cada uno de estos tramos presenta sus caracteres específicos, en ellos se dan algunos rasgos comunes y que básicamente son los siguientes:

- Cuando la línea fronteriza se aproxima o abandona el curso de un río principal, se acerca o se aleja de él por el cauce de alguno de sus encajados afluentes, lo que es bien perceptible en la margen izquierda del río Duero, en ambas márgenes del Tajo y en el último tramo del río Guadiana —.

- En aquellos lugares en que esos encajados afluentes enrasan con el nivel de los “planaltos” o las penillanuras, la línea fronteriza se hace más difusa al no existir hitos topográficos que puedan dirigir su rumbo; si a ello se une que a ambos lados de la raya no hay apenas diferencias paisajísticas y que por allí se han encauzado las principales vías de comunicación, de remoto origen —casi siempre previo al ajuste de la frontera de 1297- que enlazan la costa atlántica con las tierras del interior de la Península Ibérica, se puede comprender que en dichos lugares haya resultado muy difícil trazar la línea de separación entre ambos países, por lo que es muy frecuente que hayan sido zonas de reyertas y contiendas, algunas de las cuales se han prolongado hasta el siglo XIX.

- En las divisorias de aguas de los ríos principales, cuando éstas son montañosas, la línea fronteriza corta transversalmente los cordales principales, ascendiendo o descendiendo por taludes y contrafuertes de rumbo meridiano hasta alcanzar el tramo alto del cauce de algún río menor —Erjas, Abrilongo- o apoyándose directamente en los “planaltos” o penillanuras.

En este sector la línea fronteriza se ha ido conformando a lo largo de la Edad Media según avanzaba la Reconquista tanto por el lado portugués como por el lado leonés. Como ya se ha indicado, en ella es dominante el rumbo meridiano siempre que es posible; pero cuando no es así y se inclina hacia el sureste o hacia el suroeste al seguir el curso de un río —Águeda, Guadiana- se rectifica su trazado en sentido contrario siguiendo el curso de otro —Duero, Tajo, Ardila- para acoplarla al máximo a aquel rumbo.

6. Entre el río Duero y el río Águeda

Este tramo es el más largo de toda la frontera, pero también el que presenta rasgos más homogéneos. Con una longitud aproximada de 170 kms. y una dirección NE-SO, el trazado de la raya no ha presentado ninguna dificultad, pues se acopla al cauce encajado del río Duero, desde su inicio en el brusco codo que hace en el punto de unión con el Arroyo de Castro, hasta aguas abajo de la presa de Saucelle, en donde se incurva hacia el oeste. Forma parte de la comarca de Los Arribes, a ca-

ballo entre el “planalto” mirandés y la penillanura zamorano-salmantina. El rumbo mantenido por el río es prácticamente constante, modificado en detalle por diversos meandros encajados, especialmente entre las poblaciones de Miranda do Douro y Aldeadávila de la Ribera. A lo largo de su recorrido se va encajando paulatinamente sobre las altiplanicies de uno y otro lado, hasta llegar a los 400 m. de ahondamiento aguas abajo de su unión con el río Tormes, en donde también se localizan las zonas más angostas. Tras sobrepasar la desembocadura del río Yeltes y antes de llegar a la del río Águeda se suavizan paulatinamente las angosturas y los desniveles, al mismo tiempo que el río va enderezando su rumbo hacia el oeste.

Desde los bordes de las altiplanicies que orlan Los Arribes se asoman al foso del río los pueblos de ambos lados fronterizos, constituyendo el propio foso la línea de defensa de la frontera. En muy pocos lugares ha sido posible vadear el río, tan sólo en aquellos puntos en que las laderas se suavizan y el cauce del río es menos angosto y la corriente del agua menos rápida; eran sobre todo pasos de barca, que permitían su tránsito en los momentos más bonancibles –Fermoselle, Barca de Alva-. La construcción de diversos embalses –Miranda, Picote, Bemposta, Aldeadávila y Saucelle- junto con el trazado de nuevas carreteras, algunas de las cuales pasan por encima de sus diques de represamiento, han amortiguado algo el aislamiento entre ambos lados de la frontera.



Figura 5. El encajado curso del río Duero en la comarca de los Arribes es uno de los más largos tramos de la denominada “raya húmeda”, entre la región de Tras os Montes y las provincias de Zamora y Salamanca.

Debido al rumbo NE-SO que sigue la frontera en este tramo, el planalto mirandés, situado en el extremo nororiental de Portugal se sitúa en una posición avanzada sobre la meseta castellana y la penillanuras zamorana y salmantina, tan sólo separado de ellas por el foso del río Duero. Aunque este foso ha sido la principal línea de defensa de la raya, no por ello han dejado de crearse fortalezas en este rincón fronterizo portugués, aunque la mayor parte de ellas han desaparecido o están en ruinas, como la de la ciudad de Miranda do Douro, colgada sobre la garganta, que ha sido reparada y adaptada para la artillería en sucesivas ocasiones.

Por el lado zamorano-salmantino la frontera fue llevada muy tempranamente por el reino de León hasta la unión del Duero con su afluente el río Còa, pero mediante el Tratado de Alcañices -1297- fue desplazada más al este, a la desembocadura del río Águeda. Aunque aguas arriba desembocan en el Duero los ríos Yeltes -tras unirse con el Huebra- y Tormes, en ningún momento la frontera siguió sus angostos cauces, pues hubiese penetrado muy al interior de la penillanura. La mayor parte de las poblaciones que se asoman a Los Arribes del Duero estuvieron defendidas por fortificaciones, pero buena parte de ellas fueron destruidas o arrasadas entre los siglos XV y XVII (Fermoselle, Pereña de la Ribera, Vilvestre, Hinojosa de Duero).

7. Entre el río Águeda y la Sierra de Malcata

Este tramo, de 110 kms. de longitud y de rumbo predominantemente meridiano, situado entre la Beira Alta y la provincia de Salamanca, atraviesa tres sectores bien diferenciados desde la unión de los ríos Duero y Águeda hasta la Sierra de Malcata, perteneciente al Sistema Central, divisoria de aguas entre las cuencas de los ríos Duero y Tajo y en la que se alcanzan cotas superiores a los 1.200 m.

En el primero de estos sectores la línea fronteriza discurre por el fondo de la garganta del río Águeda hacia aguas arriba que, paulatinamente, se va haciendo menos abrupta; más adelante abandona su cauce para seguir remontando por el de su afluente por margen izquierda el río Turones, hasta que alcanza su desdibujada cabecera sobre la penillanura que contornea por el oeste la depresión del Campo Arañuelo, en las inmediaciones de Aldea del Obispo.

En el segundo sector la raya, con rumbo meridiano, orla el borde occidental de la depresión del Campo Arañuelo entre Aldea del Obispo y Fuentes de Oñoro, para introducirse en ella desde esta última población hasta las de Casillas y Lajeosa, situadas más al sur. En este sector de topografía plana se establecen las difusas cabeceras de los torrentes que forman el río Azaba, afluente también del

río Águeda por su margen izquierda, al que se junta en el borde septentrional de dicha depresión. La línea fronteriza atraviesa esta planicie, seccionando en diversos lugares los cauces de los susodichos torrentes y dejando sus cabeceras en la parte portuguesa.

En el tercer sector la frontera va ascendiendo paulatinamente hacia el borde oriental de la Sierra de Malcata por uno de sus contrafuertes septentrionales que, aunque de relieve poco acusado, establece la divisoria de aguas entre la cabecera del río Águeda, en las cercanías del pueblo de Navasfrías, y el Côa, en las inmediaciones de la aldea de Foios.

La planitud topográfica del segundo sector, muy especialmente entre las poblaciones portuguesas de Almeida y Aldeia da Ponte, y entre las españolas de Aldea del Obispo y La Alberguería de Argañán, ha facilitado las comunicaciones de oeste a este en este sector peninsular, entre el valle del Mondego y la meseta castellana a través del campo charro, únicamente obstaculizadas por la garganta del río Côa; la existencia de una calzada romana entre Salamanca y Ciudad Rodrigo parece confirmar su antigüedad.

Cuando la Reconquista se expandió hacia el valle del Tajo, este territorio de la Beira Interior fue disputado por los reinos de León y de Portugal, hasta que la franja fronteriza quedó fijada definitivamente en el lugar actual en 1297, mediante el Tratado de Alcañices. Para asegurarse su posesión, Portugal erigió un conjunto de castillos alineados de norte a sur y que paulatinamente se han ido desplazando al este. La primera de estas alineaciones, situada en torno al alto valle del río Mondego, está formada principalmente por los de Marialva, Trancoso, Celorico da Beira, Linhares da Beira y Guarda; la segunda alineación, situada en la margen izquierda del río Côa, está formada por los de Pinhel, Castelo Mendo, Sabugal y Sortelha entre otros; la tercera alineación, situada entre la margen derecha del río Côa y la izquierda del río Águeda, que se creó tras la firma del Tratado de Alcañices, está formada sobre todo por las fortalezas de Castelo Rodrigo, Almeida, Castelo Bom y Alfaiates.

La línea defensiva leonesa, tras el Tratado de Alcañices, situada entre el río Águeda y el Campo Arañuelo, está formada sobre todo por las fortalezas de San Felices de los Gallegos –disputada permanentemente por leoneses y portugueses desde la firma del Tratado de Alcañices hasta el gobierno de los Reyes Católicos-, El Gardón –hoy lugar despoblado y del que apenas quedan unas ruinas-, Ciudad Rodrigo y La Alberguería de Argañán, pudiéndose añadir a ellas el Fuerte de la Concepción, del siglo XVII, situado en Aldea del Obispo.

La indefinición fronteriza de este segundo sector ha afectado a la seguridad de todo el tramo; los saqueos, las invasiones y las ocupaciones territoriales han sido muy frecuentes desde la firma del Tratado de Alcañices hasta la invasión napoleónica. Esta indefinición es perfectamente observable en el Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864, en cuyo artículo XIX se pueden observar las dificultades que ha supuesto el amojonamiento de la raya:

“Desde el punto indicado próximo al molino de Nave Cerdeira continuará la raya por el valle de A Medias para subir al Alto de las Viñas de la Alameda, desde donde se dirigirá por la derecha del camino español, que desde Aldea del Obispo conduce a Fuentes de Oñoro, a encontrar el valle de Golpina o de Provejo. Pasando después por cerca de la Cruz de la Raya y más adelante por la pared de la Tapada de la Huerta de la Calzada, irá por la ermita del Espíritu Santo al Alto o Texo de la Polida, atravesará el arroyo del Campo, y torciendo al Sur se encaminará por el monte de Cabeza de Caballo al Alto de los Campanarios. Desde aquí irá a entrar en el camino que conduce a Nave de Aver a Alamedilla, por el que continuará hasta Alto Redondo, marchando después por el Cabezo de la Atalaya, Cruz de la Raya, Monte Guardado, a la Peña de las Golondrinas.

El terreno de pertenencia dudosa situado entre el Monte Guardado y la Peña de las Golondrinas será dividido en dos partes iguales entre ambos países”.

8. Entre la Sierra de Malcata y el río Tajo

Este tramo fronterizo, con una longitud aproximada de 140 kms. y con rumbo meridiano dominante, situado entre la Beira Baja y la provincia de Cáceres, está formado por dos sectores; el primero de ellos, de unos 90 kms., se alarga siguiendo el rumbo meridiano del río Erjas, afluente del Tajo por su margen derecha, hasta su desembocadura; el segundo sector, de unos 50 kms., se dirige hacia el oeste por el cauce del río Tajo, y acaba en el lugar en donde a él confluye desde el sur su afluente el Sever.

En el primer sector la frontera desciende desde el borde oriental de la Sierra de Malcata —cumbre de Las Mesas— por un abrupto contrafuerte meridional que sirve de divisoria de aguas a las cabeceras de los ríos Tuerto y Basáliga, afluentes del Erjas. Al final de ese contrafuerte la raya penetra en el cauce del río Tuerto, al que sigue hacia el sur hasta su unión primero con el río Basáliga y más adelante con el Erjas, que viene de la vertiente sur de la Sierra de Gata; en este punto de unión se ubicaba la villa y el castillo de Salvaleón, actualmente convertido en un despoblado del que apenas quedan ruinas. A partir de este lugar la línea fronteriza

no abandona el cauce del río Erjas, encajado ya en las extensas planicies de la penillanura cacereña, atravesando primero la crestería cuarcítica de Monfortinho y más adelante el congosto granítico de Segura, para finalmente unirse al río Tajo aguas abajo del puente de Alcántara.

El segundo sector sigue el curso del río Tajo hacia el oeste, encajado entre la penillanura que forma el reborde meridional de la Beira Baja y las estribaciones noroccidentales de la Sierra de San Mamede, hasta alcanzar la desembocadura del río Sever, situado en su margen izquierda, que con dirección sureste-noroeste desciende desde los repliegues más internos de dicha sierra. Ambos cursos fluviales están actualmente represados por el embalse de Cedillo, cuyo dique se sitúa en el punto de unión de los dos ríos.

Este segundo sector fronterizo, junto con todo el territorio situado al sur del mismo, fue entregado por Portugal a León mediante el Tratado de Alcañices, como una de las compensaciones que se establecieron tras la cesión de la zona del río Côa, en la parte más oriental de la Beira Alta.

Diferentes castillos han vigilado este tramo de la frontera. Por el lado portugués destacan los de Penha Garcia y Rosaminhal, pero sobre todo quien ejerció el control de todo este vasto territorio fue la fortaleza de Monsanto –rehecha en diversas ocasiones, la última de las cuales fue en 1813, curiosamente poco antes de que saltara por los aires al estallar su polvorín en 1814– que se intentó reforzar en el siglo XVII con la edificación de otra en Zebreira, próxima a Segura, pero que nunca se levantó. Por el lado español aún son más o menos visibles las ruinas de los castillos de Eljas, Trevejo, Salvaleón, Benavente y Peñafiel –estos tres últimos en Zarza la Mayor-, y Segura; pero la fortaleza que vigilaba esta parte del territorio era la de Alcántara, situada más al este. Desde esta población, fundada en época romana, partía una importante calzada que cruzaba primero el río Tajo en el impresionante puente de Alcántara y después el río Erjas en el puente de origen también romano de Segura –situado sobre la línea fronteriza, y por tanto compartido por España y Portugal– para dirigirse después a Idanha-a-Velha y a la Beira Oriental.

9. Entre el río Tajo y el río Guadiana

Este tramo, de una longitud de 110 kms. aproximadamente, situado entre el Alto Alentejo y Extremadura, está formado por dos sectores de rumbos diferentes. El primero de ellos, con una longitud aproximada de 80 kms., sigue una dirección noroeste-sureste, adaptado al curso del río Sever, a los cordales rocosos

y a las vallonadas de la Sierra de San Mamede, y al curso del Arroyo Abrilongo, sobrepasada ya la divisoria de aguas entre las cuencas de los ríos Tajos y Guadiana. El segundo tramo, con una longitud de unos 30 kms. y con forma de semicírculo orientado hacia el este, no se adapta a ningún accidente geográfico específico, pues coincide con las zonas de “reyerta” de Arronches, Ouguela y Albuquerque, aunque en líneas generales separa el reborde oriental del Alto Alentejo de las vegas bajas del río Guadiana.

El primer sector sigue el encajado curso del río Sever, al que remonta hasta las estribaciones nororientales de la Sierra de San Mamede, cuyo cauce abandona, ya próximo a su cabecera, para internarse en la sierra, alargándose por las crestas cuarcíticas de la misma o cortando transversalmente las vallonadas que las separan. Tras sobrepasar la difusa divisoria de aguas entre las cuencas de los ríos Tajo y Guadiana, atraviesa primero la amplia vallonada que forma la cabecera del río Gévora, afluente de aquel último, e inmediatamente después se interna en la del arroyo Abrilongo, subafluente a su vez del Gévora, cuyo curso sigue hasta el final del sector.

Este trazado zigzagueante de la raya queda bien reflejado en el artículo XXII del Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864: “Desde ((la presa del Molino)) de el Pego de la Negra ((en el río Sever)) irá la raya al Canchal de la Gerencia y por aguas vertientes al de la Cueva del Oro, de donde se encaminará por las Peñas de la Limpia a recoger las cumbres de la Sierra Fría, seguirá luego por la Sierra de la Paja, pasando luego por Cerro Mallón y Portela de Jola, y descenderá después a cortar el río Gévora en Pego de la Raya, continuando por el Cabezo de Valdemouro y por el de los Tres Términos hasta entrar en el arroyo Abrilongo”.

El segundo sector abandona el curso del arroyo Abrilongo cuando éste sale del marco serrano y se abre a la planicie del Alto Alentejo y a las vegas bajas del Guadiana. Justo en este punto en el que se inicia una topografía plana sin apenas accidentes geográficos que resalten, la raya forma un semicírculo orientado al este, corta diversos arroyos afluentes del Gévora y de rumbo meridiano -e incluso el cauce de este último un par de veces- para finalmente introducirse en el curso del río Caya, que circula por entre el borde oriental de la planicie del Alto Alentejo y las vegas bajas del Guadiana, cuyo cauce sigue durante unos 10 kms. hasta su desembocadura en el río Guadiana por su margen derecha.

En el primer sector, la línea fronteriza por el río Sever fue fijada por el Tratado de Alcañices en 1297, desplazándose de la línea inicial, situada más al este, por el cauce del río Salor; en dicho Tratado Portugal también traspasó a León una am-

plia franja de territorio entre ambos ríos hasta la divisoria de aguas con la cuenca del Guadiana, que a su vez se cedió a la Orden de Alcántara para su defensa.

Justo en el lugar en que la raya abandona el curso del río Sever para internarse en la Sierra de San Mamede, en donde su trazado se hace zigzagueante entre crestas y vallonadas y en el que han existido tierras de “reyerta” hasta bien avanzada la Edad Media, pasa una vieja calzada romana que con dirección oeste-este iba desde Valencia de Alcántara hasta los yacimientos auríferos de Rodão, en el borde meridional de la Beira Baja. Por esta vía se han canalizado las comunicaciones de la margen izquierda del Tajo; adquirió notable importancia cuando la Reconquista de ambos reinos avanzó hasta el valle del Guadiana, desplazando a la que por la otra margen del Tajo se dirigía desde el puente de Alcántara a la Beira oriental. Debido a su importancia estratégica, esta vía está defendida por importantes fortalezas a ambos lados de la frontera, principalmente por las de Castelo de Vide y Marvão desde el lado portugués, y por la de Valencia de Alcántara desde el lado español.

Todo este territorio fronterizo de la Sierra de San Mamede, entre el cauce del río Sever y el del arroyo Abrilongo, ha estado siempre muy despoblado; sin embargo, sobre él y prácticamente adosados a la raya, existen varios caseríos y pedanías: San Pedro, Las Casillas, El Pino y Jola se sitúan en la provincia de Cáceres; La Rabaza, Bacoco y La Varse en la de Badajoz; San Julião, Rabaça y Parra por el lado portugués. Tres de ellos son auténticos “pueblos promiscuos”: en Cáceres, la aldea de La Fontañera y la alquería de Las Casas de la Duda –muy cercana a la aldea de El Pino y actualmente deshabitada– los muros de sus casas tocan los mojones o marcos fronterizos; ya en la provincia de Badajoz se sitúa en la raya el caserío de El Marco, separado de su homónimo portugués de O Marco por el estrechísimo cauce del arroyo Abrilongo por el que discurre la línea fronteriza.

Estos caseríos no aparecen referidos en el Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864; sin embargo se sabe que comenzaron a crearse a lo largo del siglo XVIII para instalarse en ellos de manera más o menos provisional familias de origen portugués; los más septentrionales, próximos a la vía de Valencia de Alcántara a Castelo de Vide, son los más antiguos, pero también los que presentan actualmente un mayor abandono; los más meridionales, en torno al arroyo Abrilongo, se han mantenido más habitados hasta tiempos recientes.

El segundo sector ha sido tradicionalmente la zona de paso entre los estuarios de los ríos Tajo y Sado y el valle del Guadiana a través del Alto Alentejo, y por él discurre actualmente la autovía de Lisboa a Madrid. La zona de demarcación

entre ambos países fue trazada por el Tratado de Alcañices de 1297, momento en que las poblaciones de Ouguela, Campo Maior y Olivenza fueron cedidas a Portugal, junto con el territorio situado al este del río Guadiana entre las poblaciones de Mourão y Serpa, a cambio de las de Aracena y Aroche, situadas más al sur, en las estribaciones de Sierra Morena y no muy lejos del bajo valle del Guadiana.

Las tierras que orlan este sector de la raya han sido durante mucho tiempo territorios indivisos, que se aprovechaban mancomunadamente por los habitantes de las poblaciones de ambos lados, y en los que los altercados, saqueos, usurpaciones y delitos de sangre no eran infrecuentes. Muchas de estas tierras se acabaron repartiendo a lo largo del tiempo, pero hasta el siglo XIX han subsistido las denominadas Reyertas de Arronches y Ouguela, que fueron definitivamente divididas por el artículo XXIII del Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864 de la siguiente forma: “El terreno que comprenden las Reyertas y que disfrutaban en común el pueblo español de Alburquerque y los portugueses de Arronches y Onguella será dividido a partes iguales entre ambos Estados de esta forma: la segunda reyerta de Onguella, o sea la de Abajo, pertenecerá íntegramente a España; la primera reyerta de Onguella, o sea la de Arriba, pertenecerá íntegramente a Portugal; la Reyerta de Arronches será dividida, quedando para Portugal la tercera parte del territorio contiguo a la primera de Onguella y para España las dos terceras partes restantes”.

Todo este sector está erizado de castillos y fortalezas a ambos lados de la frontera, especialmente en la parte portuguesa: Alegrete, Arronches, Ouguela, Campo Maior y sobre todo los sistema defensivos de Elvas, en contacto ya con el tramo siguiente; por la parte española destacan las fortalezas de Alburquerque y de Badajoz, aunque también subsisten más o menos arruinados los castillos de Mayorga y de Chantavila en La Codosera.

10. Entre el río Guadiana y el Arroyo de Cuncos

Los tres tramos que afectan al curso del río Guadiana no fueron incluidos en el Tratado de Delimitación de la Frontera de 1864, en primer lugar por el no reconocimiento de la actual frontera de Olivenza por Portugal, y en segundo lugar por la pervivencia en esas fechas de las zonas de “contienda” al sur de Badajoz. El trazado de la frontera de los tramos 11 y 12 fue fijado finalmente por el Convenio de Límites de 1926, aunque no así el del tramo 10, por las razones expuestas más arriba.

Este tramo, de 70 kms. de longitud aproximadamente, que sigue el curso del río Guadiana y que, tras el codo de Badajoz, se adapta a la dirección NNE-SSO., aún no ha sido reconocido por el estado portugués tras la ocupación de Olivenza y su territorio por las tropas españolas en 1801 y su usufructo por el gobierno español. En todo su recorrido apenas se encaja unos pocos metros entre las planicies alentejanas al oeste y las campiñas de Badajoz y Olivenza al este. Se puede dividir en tres sectores:

El primer sector, de unos 20 kms. de longitud, está limitado aguas arriba por la desembocadura del río Caya por la margen derecha, y aguas abajo por la del río de Olivenza por la margen izquierda. Por él discurre apaciblemente el río Guadiana, que divaga en unos pocos meandros y forma en el centro de su cauce algunas islas; ambas orillas presentan caracteres muy similares, y hacia ellas son desviadas las aguas del río para pasar por molinos y aceñas.

El segundo sector, de unos 25 kms. de longitud y con caracteres muy similares a los del tramo anterior, queda comprendido entre la desembocadura del río de Olivenza al norte y la de la Rivera de Alconchel al sur, ambas situadas en la margen izquierda del Guadiana. Muy cercano al comienzo de este sector se sitúa el arruinado puente de Nuestra Señora de Ajuda, única vía de paso que salvaba el Guadiana entre Olivenza y el resto del territorio portugués; hasta aquí llegan hoy las aguas embalsadas por la presa de Alqueva.

Este sector tuvo hasta 1801 un perfil bien diferente, pues hasta ese momento la frontera se alejaba del curso del río Guadiana por su margen izquierda y contorneaba el territorio de Olivenza, que a su vez rodeaba por el sur al de la ciudad de Badajoz. Dicho territorio, de unos 750 kilómetros cuadrados, lo integran la ciudad de Olivenza y las poblaciones de San Jorge, Santo Domingo, San Benito de la Contienda y Táliga, a las que se añadió, tras la ocupación del territorio por las tropas españolas en 1801, la población ribereña de Aldeia da Ribera -situada en la orilla del río Guadiana y justo enfrente de la villa y castillo de Juromenha, a cuyo concejo pertenecía- que desde entonces cambió su nombre por el de Villarreal. Ya en el siglo XX se fundaron junto al río de Olivenza, en el límite septentrional del territorio, dos pueblos de colonización, San Francisco y San Rafael de Olivenza.

Este territorio fue cedido a Portugal por el Tratado de Alcañices en 1297, pero su posesión ha sido muy disputada, por Castilla primero y por España después, especialmente entre los siglos XV y XVIII, debido a la fragilidad de su posición con respecto al resto del territorio portugués, en la otra orilla del Guadiana, y al deseo de anexión del mismo por parte española para así poder asegurar la frontera en la misma orilla del río. El puente de Ajuda, único paso sobre el Guadiana que

existe entre el territorio oliventino y el resto de Portugal, fue construido en 1501 y destruido en 1709, permaneciendo así hasta el presente, sin restaurar (en tiempos recientes se ha permitido la construcción de un nuevo puente, inmediato al anterior, para unir las ciudades de Olivenza y Elvas). En 1801, las tropas españolas al mando de Godoy invadieron el territorio portugués y ocuparon las poblaciones de Olivenza, Juromenha y Campo Maior, devolviéndose inmediatamente después a Portugal las dos últimas, pero no así Olivenza, que vio confirmada su posesión por parte de España mediante el Tratado de Paz de Badajoz de ese mismo año. Tras la invasión del territorio portugués por las tropas napoleónicas en 1808 se declaró nulo dicho Tratado, y así se mantiene hasta el día de hoy, en que Portugal sigue reclamando sus derechos sobre las tierras de Olivenza.

Alrededor del territorio de Olivenza y antes de su ocupación en 1801, han existido múltiples conflictos menores en torno al disfrute comunal de las tierras fronterizas desde ambos lados de la raya, lo que originó varias “contiendas”, entre las que cabe destacar las que se dieron entre San Benito –de la “Contienda”- y Alconchel de la Estrella al suroeste, y entre Táliga y Barcarrota al sureste.

El tercer sector, de unos 25 kms., va desde la desembocadura de la Rivera de Alconchel hasta la del Arroyo de Cuncos, cursos fluviales situados en la margen izquierda del Guadiana, constituyendo este último lugar el límite meridional del tramo. En este sector el río Guadiana se va encajando paulatinamente en un territorio cada vez más montañoso, con orillas más escarpadas, de forma que las poblaciones ribereñas, muy escasas, se alejan cada vez más de las mismas. Su curso, poco sinuoso, solamente forma un pronunciado meandro al final del sector, en las inmediaciones de la villa de Monsaraz, situada en su margen derecha. Actualmente las aguas embalsadas por la presa de Alqueva ocupan todo el espacio ribereño.

Solamente dos poblaciones se aproximan a sus orillas: la alentejana Monsaraz, villa fortificada que se eleva sobre un cerro situado en la margen derecha del río, que vigila el vado que comunica con el territorio portugués de Mourão y Moura, situado en la otra orilla del Guadiana. La villa extremeña de Cheles se sitúa en la margen izquierda del río, algo alejada de la misma y aguas arriba de Monsaraz; el lugar que ocupa no es el que corresponde a su primitivo emplazamiento, pues éste, villa y castillo, se ubicaba junto al río en el lugar que hoy se conoce como despoblado de San Blas, destruido y arrasado en 1643.

Igual que en el tramo anterior, son muy abundantes los castillos y fortalezas a lo largo de la frontera. Por el lado portugués se pueden distinguir –excluyendo los complejos sistemas defensivos de Elvas- las de Juromenha, Alandroal, Redondo,

Terena y, en el extremo meridional, la de Monsaraz; a ellas se podría unir la de Olivenza, en la otra margen del río Guadiana, y que junto a todas las anteriores y las de Ouguela y Campo Maior, situadas en el tramo anterior, formaba un gran arco ofensivo-defensivo en torno a la ciudad de Badajoz. Por la parte española destacan sobre todo los sistemas defensivos de la ciudad de Badajoz, y después la orla de castillos –actualmente más o menos arruinados– que contornean el territorio de Olivenza: Almendral, Barcarrota, Salvaleón, Alconchel de la Estrella y Cheles.

11. Entre el Arroyo de Cuncos y el río Chanzas

Este tramo, de 110 kms. de longitud aproximadamente, se sitúa entre el Bajo Alentejo y las provincias de Badajoz y Huelva. En él la línea fronteriza se aleja del curso del río Guadiana en una zona en que éste, manteniendo la dirección NNE-SSO penetra en la parte más oriental del Bajo Alentejo. Todo él forma un profundo entrante hacia el este, en el punto de contacto entre el borde oriental de la planicie del Bajo Alentejo y las estribaciones más noroccidentales de Sierra Morena. Abarca la parte baja de las cuencas de los ríos Alcarrache y Ardila –incluidos los subafluentes de este último, los ríos Múrtiga, Murtigao y Totaliga– afluentes ambos del Guadiana por su margen izquierda.



Figura 6. El río Ardila próximo a la frontera, tras abandonar las estribaciones más noroccidentales de Sierra Morena y antes de penetrar en el Bajo Alentejo, no muy lejos de su desembocadura en el río Guadiana.

Como este tramo no es susceptible de subdividir en sectores, se va a hacer una descripción general del mismo. Por el norte la raya sigue una dirección NO-SE, y tras comenzar por el cauce del arroyo de Cuncos pronto lo abandona para cortar transversalmente el río Alcarrache y sus afluentes los ríos Godolid y Zaos, hasta que alcanza el curso del río Ardila, a cuyo cauce sigue hacia aguas arriba hasta llegar a su extremo más oriental. En este lugar, que corresponde al sector más oriental y extremo del entrante, la raya se encamina al sur, abandonando el curso del río Ardila y atravesando los cauces de sus subafluentes los ríos Múrtiga y Murtigao. Por el sur la línea fronteriza, aprovechando las estribaciones más noroccidentales de Sierra Morena –Sierra de las Contiendas- se dirige al oeste por un cordal alomado que en líneas generales separa la cuenca del río Ardila, al norte, del corredor de Aroche a Cortegana, al sur, en donde establece su cabecera el río Chanzas, último afluente de cierta importancia del río Guadiana por su margen izquierda.

Como se verá más adelante, han sido los avatares históricos más que los condicionamientos geográficos los que han determinado el establecimiento de este tramo de la línea fronteriza. Avanzado el siglo XIII, cuando la Reconquista estaba muy avanzada, Portugal se aproximaba a las costas del Algarve y León se asomaba al valle del Guadalquivir, se vio la dificultad de trazar una línea de demarcación entre ambos reinos pues no había ningún accidente geográfico de importancia que valiera para estos fines, ya que el cauce del río Guadiana se interna en el interior del Bajo Alentejo y lo secciona en dos partes. Por ello la margen izquierda del Guadiana fue objeto de litigio: León conquistó en ella las poblaciones de Mourão y Moura, y Portugal la de Serpa, situada más al sur, desde la que penetró en el corredor de Aroche a Cortegana y tomó ambas fortalezas, así como la de Aracena, situada más al oeste.

El Tratado de Badajoz de 1267 puso fin a esta situación, al establecer la frontera en el curso del río Guadiana, desde el río Caya hasta su desembocadura, y así toda la margen izquierda del Guadiana quedaba en el lado leonés. Pero poco duraron los acuerdos del Tratado; a finales de ese siglo Portugal había vuelto a ocupar la margen izquierda del Guadiana e incluso, durante muy breve tiempo, las fortalezas de Aroche y Aracena. Finalmente, mediante el Tratado de Alcañices de 1297, se concedió a Portugal todo el sector alentejano de la margen izquierda del río Guadiana, con las villas de Mourão, Moura, Serpa y Noudar, y a Castilla el corredor de Aroche a Cortegana y la villa de Aracena.

Durante el reinado de Sancho IV el Bravo se proyectaron un conjunto de construcciones defensivas en torno a la Sierra de Aracena y al corredor de Aroche a Cortegana y que se fueron concluyendo más tarde. Se llamó la Banda Gallega y

estaba formada por tres arcos orientados hacia el sector alentejano de la margen izquierda del río Guadiana; el arco externo estaba formado por los castillos de Aroche, Encinasola y Fregenal de la Sierra, el intermedio, por los de Cortegana, Cumbres de San Bartolomé y Torres (Cumbres Mayores); el interno, por los de Aracena, Cala y Santa Olalla de Cala; previamente, como avanzadilla dentro del sector alentejano y próximo al río Guadiana, se construyó el castillo y la villa amurallada de Noudar, que muy pronto se cedió a Portugal.

En el siglo XV, buena parte de la escasa población de la villa de Noudar, situada en el borde septentrional del entrante y junto a la confluencia de los ríos Ardila y Múrtiga, la abandonó y se trasladó a la recién creada población de Barrancos, situada en el extremo oriental del entrante, inmediata a la raya, que vio aumentar sus casas no sólo con la gente venida de Noudar, sino también del otro lado de la frontera, especialmente de la villa vecina de Encinasola. Siempre se han mantenido relaciones de buena vecindad entre los dos pueblos, aunque en ellos nadie olvida que por entre ambos pasa una frontera que separa a dos estados.

El aprovechamiento colectivo de la tierra por los habitantes de ambos lados de la línea fronteriza en este tramo ha sido un hecho común desde los siglos XIII y XIV —aunque sus comienzos se pueden remontar al siglo XII— hasta tiempos bastante recientes. Este ha sido un factor clave para entender las dificultades que se han tenido para marcar con exactitud una línea demarcación, así como la presencia casi continua de zonas de contiendas, que afectan a casi todas las poblaciones que orlan la frontera: Mourão con Villanueva del Fresno y Valencia de Mombuey, Moura con Encinasola y Aroche.

La Contienda entre Mourão y Villanueva del Fresno, ubicada entre el arroyo de Cuncos y el río Godolid fue resuelta por el Convenio de Límites de 1926 mediante una división del territorio propuesta previamente en 1924. La Contienda entre Mourão y Valencia de Mombuey había sido resuelta ya con anterioridad.

La Contienda de Moura ha sido la más compleja de todas; situada entre los ríos Ardila, Múrtiga y Murtigao, ha afectado a la población portuguesa de Moura y a las españolas de Aroche y Encinasola. En el siglo XII surgieron los primeros conflictos entre Moura y Aroche por la posesión de esos amplios territorios comunales. Paulatinamente se han ido reduciendo los terrenos en litigio, pero la resolución del conflicto se hizo más compleja al incorporarse Encinasola al uso y aprovechamiento de los mismos. Finalmente la disolución de la Contienda y el reparto de su territorio, de poco más de 120 kilómetros cuadrados, fue resuelta por el Convenio de Límites de 1926.

El texto aportado por el Convenio de Límites es suficientemente expresivo de lo difícil que resultó el trazado de la raya en todo este tramo y la escasa o nula importancia que tuvieron los accidentes geográficos en su trazado, salvo el curso de los ríos y arroyos. Sirva como botón de muestra el siguiente párrafo:

“La Contienda de Villa Nueva del Fresno, comprendida entre los ríos Cuncos y Godelim será dividida en conformidad con la propuesta de división adoptada por la comisión mixta en los trabajos realizados en la primavera de 1924. A partir del último marco de la división de la Contienda de Villa Nueva del Fresno, seguirá la línea por el talweg de los arroyos de Guadelim, Zaos y Maías... hasta el primer marco de la división de la Contienda de Valencia de Mombuey, situada en las proximidades de la Fuente de las Maías.

Desde la Fuente de las Maías, que queda en el barranco del mismo nombre, junto de un antiguo marco y del camino viejo de Valencia de Mombuey a la Amaraleja, seguirá la línea de frontera por una pared ((construida en 1896)) hasta el camino habilitado de Amaraleja a Valencia de Mombuey y de allí, por los alineamientos rectos de la misma pared, hasta encontrar el barrancos del río de los Termes... por cuyo curso continuará hasta la confluencia con el Ardila.

Desde la confluencia con el arroyo de Termes... seguirá la línea por el talweg de este último arroyo en una extensión de 24 kms. hasta el punto en el que, en su margen izquierdo, incide con la pared límite de la heredad portuguesa de Russiana, continuando después por la dicha pared hasta encontrar el arroyo de Cadaval, por el cual sigue hasta su confluencia con la Ribeira de Múrtiga.

A partir de dicha confluencia, seguirá la línea para el Este por otra pared, también límite de la heredad portuguesa de Russiana, hasta el punto en que ésta encuentra la Ribeira del Múrtiga, por cuyo talweg continuará en una extensión de 3.000 metros, hasta el punto en que, por el margen izquierdo, en él ha confluído el barranco de Pedro Miguel.

A partir de la desembocadura del barranco de Pedro Miguel, sigue la línea de frontera por el curso del referido barranco en una extensión de 400 metros hasta el primer marco de la división de la Contienda de Moura, continuando después por el trazado fijado por el Convenio del 27 de Marzo de 1893 y por acta de demarcación del 18 de Julio de 1894”.

Las poblaciones que rodean el territorio de las “contiendas” han sido muy castigadas por los múltiples conflictos en que se han visto envueltas, especialmente durante los siglos XVII y XVIII: Villanueva del Fresno fue destruida en

1643 y tuvo que ser reedificada en la parte opuesta del cerro en que se asentaba; Valencia de Mombuey, arrasada en el siglo XIV, en 1641 y en 1704 –se la llegó a llamar “Valencita la Quemada”– fue reconstruida en un nuevo solar, situado a dos kilómetros del antiguo; Oliva de la Frontera fue asolada en 1654 y en 1704; el pueblo de Aldea Gallego, que estaba situado en el extremo occidental del corredor de Aroche a Cortegana, fue arrasado en el siglo XVIII, y hasta el siglo XIX no se fundó otro, Rosal de la Frontera, situado en sus inmediaciones.

Existen múltiples castillos en este tramo de la frontera para vigilar y defender un territorio especialmente conflictivo, por lo que fueron rehechos y destruidos en sucesivas ocasiones. Por el lado portugués son destacables los de Mourão, Moura y Serpa; por el lado español destacan sobre todo los que componen el cingulo de fortificaciones de la denominada Banda Gallega, ya citados anteriormente.

12. Entre el río Chanzas y la desembocadura del río Guadiana.

Este tramo, de 110 kms. de longitud aproximadamente, está dividido en dos sectores. El primero, de unos 60 kms. y con dirección NNE-SSO, la raya se adapta al cauce del río Chanzas, último afluente del Guadiana por su margen izquierda, hasta su desembocadura en el mismo. El segundo, de unos 50 kms. y con dirección N-S, la línea fronteriza sigue el curso de este último río hasta su abertura al Océano Atlántico.

El primer sector comienza justo donde el río Chanzas abandona el corredor de Aroche a Cortegana, próximo a su extremo más occidental, formando un codo para tomar una dirección NNE-SSO e internarse en los alomados relieves del borde noroccidental de Sierra Morena, a los que corta transversalmente según se va encajando de forma paulatina por un territorio vacío y en el que las escasas poblaciones fronterizas se sitúan a bastantes kilómetros de la raya. En su parte final las aguas del río han sido embalsadas por la presa de Chanzas, situada en las inmediaciones de su desembocadura al Guadiana.

El segundo sector comienza aguas abajo del punto en que el río Guadiana salva la zona de rápidos y cascadas del Pulo do Lobo, en donde abandona el Bajo Alentejo y se interna en el Algarve, y muy cerca de la villa de Mértola, puerto fluvial desde la época romana y desde donde el río ya no es navegable hacia aguas arriba. Ya unido al río Chanzas, la frontera sigue su curso, que se dirige hacia el sur a la búsqueda de su desembocadura; en sus orillas se suceden abruptos escarpes y suaves laderas que alternan con los diferentes barrancos que descienden a su cauce. A mitad de trayecto se sitúan frente por frente las villas de Alcútem –por

el lado portugués- y de Sanlúcar de Guadiana –por el lado español- con sus puer-tos fluviales en la ribera del río y sus fortalezas en lo alto, sobre cerros cercanos, vigilándose mutuamente.

Al final del sector, en la zona de influencia de las mareas, se forma un estre-cho estuario, en cuyas orillas se han establecido las poblaciones de Vila Real de Santo Antonio Castro Marim –por el lado portugués- y Ayamonte –por el lado español-; estas dos últimas, dotadas de fortalezas, han ejercido el control y la vigi-lancia de la frontera de todo el Bajo Guadiana.

En todo este tramo no han existido vías de comunicación que unan ambos lados de la frontera hasta tiempos muy recientes, si se exceptúan el paso de barca ente Alcoutim y Sanlúcar de Guadiana y el paso de barcazas y ferrys entre Vila Real de Santo Antonio y Ayamonte. Ya bien avanzado el siglo XX se han cons-truido dos puentes, el primero de ellos entre las dos villas fluviales para el tránsito local, y el segundo entre las dos poblaciones costeras para el paso de la autovía que enlaza el Algarve con Andalucía.

Conclusiones

La línea fronteriza se divide en dos sectores de caracteres bien diferenciados tanto por su trazado inicial como por su propia evolución histórica:

El primer sector, con dirección dominante de oeste a este y dividido en cinco tramos es en el que más se puede apreciar el acoplamiento de la raya a las pautas del relieve –tramos 2, 3 y 5-, aunque también están muy presentes en su trazado ciertas cuestiones de carácter estratégico –el mantenimiento de las vías de co-municación en los tramos 4 y 5- o pervivencias históricas –enclave de Tourem, Couto Mixto, “pueblos promiscuos” en los tramos 3, 4 y 5- .

El segundo sector, con dirección dominante de norte a sur y dividido en siete tramos es en el que ha ejercido mayor influencia el cauce de los ríos, pues por ellos va buena parte de la línea fronteriza –raya húmeda- tanto por los ríos principales como por su red de afluentes y subafluentes, lo que se puede apreciar en todos los tramos; muy rara vez el relieve ha ejercido alguna influencia en su trazado –tramos 7 y 8 en el Sistema Central-; en aquellas zonas en que la raya no está controlada por los cursos fluviales o por el relieve se sitúan los puntos de trazado más conflictivo, con la aparición en ellas de los lugares de “reyerta” y “contienda” –zonas 7, 9, 10 y 11- u otros tipos de pervivencias históricas –“pueblos promis-cuos en el tramo 9, contencioso de Olivenza en el tramo 10-.

La simetría entre los tramos extremos –1 y 12, desembocadura de los ríos Miño y Guadiana- con sus estuarios y sus riberas en las que se sitúan frente por frente las villas de ambos lados con sus castillos y fortalezas.

Bibliografía

Acta general da delimitação entre Portugal e Espanha desde a foz do Minho até a confluencia do rio Caia com o rio Guadiana assinada em Lisboa em 1 de Dezembro de 1906. Lisboa, Imprensa Nacional, 1907, 134 pgs.

Convenio de Límites entre Portugal e Espanha de 29 de Junho de 1926. Lisboa, Imprensa Nacional, 1928, 9 pgs.

Costa Gomes, Rita (1991): A construção das fronteiras, en Bethencourt, F.; Curto, D.R. (org.): A memoria da Nação. Lisboa. Librería Sá da Costa ed., pp. 357-382.

Martín Martín, J. (1996): La tierra de las “Contiendas” sobre la evolución de la Raya Meridional en la Edad Media. Norba. Cáceres, vol. 15, pp. 273-293.

Medeiros, C.A. (1985): Aspectos geográficos da formação de Portugal: individualização política e definição dos limites. Lisboa. Centro de Estudos Geográficos. Universidade de Lisboa, 42 pgs.

Medina García, E. (2006): Orígenes históricos y antigüedad de la frontera hispano-lusa: la raya. Revista de Estudios Extremeños. Badajoz, vol. LXII, nº 2, pp. 713-724.

Nárdiz Ortiz, C. (1992): El territorio y los caminos en Galicia. Planos históricos de la red viaria. Colegio de Caminos, Canales y Puertos – Xunta de Galicia. Colección Ciencias, Humanidades e Ingeniería, nº 46, 477 pgs.

Ribeiro, O. (1987): A formação de Portugal. Lisboa. Instituto de Cultura e Língua Portuguesa, 134 pgs.

MIXTURAS Y REDES EN EL PAISAJE: UN MODO DE APROXIMACIÓN A ESPACIOS DE FRONTERA

Esther Isabel Prada Llorente

Dra. Arquitecta

Resumen

La presente ponencia tiene por objeto mostrar un modo de aproximación al paisaje a través del entendimiento de un espacio fronterizo, la “raya” entre el occidente zamorano y el oriente trasmontano portugués. Un acercamiento a las formas espaciales, el lenguaje y las relaciones que se establecen en un territorio, basado en la vivencia y experiencia personal de este espacio rural para la definición de su imagen, de su paisaje agrario en trance de desaparición. Se propone la búsqueda de los “universales” para el entendimiento de este paisaje como una urdimbre cultural, un sistema, afrontándose no desde una óptica disciplinar aislada o cerrada, sino manteniendo una actitud más amplia hacia los fenómenos que determinan la construcción del territorio o paisaje cultural, teniendo en cuenta diversos campos del conocimiento. Los hechos locales aquí plasmados se consideran un marco cultural de referencia más universal, lo particular puede ser analizado desde lo general y viceversa.

Asimismo los documentos gráficos presentados en tanto que imágenes subjetivas, reproducen una realidad vista según un criterio intuitivo de representación, así como una experiencia subjetiva del espacio, un acercamiento a la realidad física, evocándola a través de la representación gráfica, cartografías de lo intangible y de los valores culturales del paisaje, elementos que nos hablan de formas pretéritas prácticamente desaparecidas, ocupando su lugar.

Palabras clave: Paisaje agrario, expresión gráfica, espacios de frontera.

La especie humana es la única a la que no le bastan los instintos para orientar su comportamiento, sino que tiene que acudir a esquemas “simbólicos” o culturales que den “sentido” y otorguen “racionalidad” a lo que hace. Y entre las creaciones de la mente humana que hoy gobiernan nuestra existencia destaca cada vez más la idea usual de lo económico, con la convención social del “dinero” que da la vida y sus afanes de crecimiento permanente, con evidente incidencia en el territorio, el urbanismo y la construcción. La expansión urbana apoyada en estos modelos requiere consumos de territorio y de recursos muy superiores a los que demandaba la arquitectura vernácula y la ciudad clásica o histórica, que inducen a considerar a la especie humana como una especie de patología terrestre.

José Manuel Naredo, 2011

1. Introducción: planteamiento metodológico de aproximación al paisaje agrario en la “raya” de Portugal

Apenas si quedan paisajes tradicionales supervivientes, existe una borrosidad creciente de nuestra configuración espacial y territorial, muchas cosas han desaparecido en el proceso de modernización del campo y en el crecimiento exponencial de la ciudad, en el caso español al entender todo el país como un solar, la aldea abandonada sería una de las manifestaciones de este proceso. También la modificación del lenguaje, de los nombres que evocaban trabajos o parajes ya desaparecidos como formas sutiles de plasmación de una construcción histórica tradicional, o dehesas y cercados de piedra seca que suponían estructuras representativas de identidades geográficas definidas.

Este abandono del medio rural y contaminación de los sistemas agrarios está directamente relacionado en nuestro país, con el “crecimiento rápido e incontrolado” de la urbanización con sus crecientes servidumbres territoriales (NAREDO, 2006).

No se trataría tanto de mantener o detener la capacidad de cambio de estos paisajes, sino evitar la pérdida de calidad que suponen muchos de los actuales procesos de transformación. En estos tiempos de globalización, el paisaje supone la inserción de lo urbano en todo el territorio, en el territorio rural, en el paisaje agrario, por tanto éste necesita un replanteamiento con términos nuevos de análisis. Los paisajes de este territorio urbanizado nos muestran que la fractura espacial es la fórmula globalmente aceptada y aplicada en la intervención sobre los ecosistemas vivos que son espacios de transmisión de materia, energía e información, sobre el medio y sobre el entorno (Prada, 2009).

Porque existe un saber hacer, un lenguaje ya escrito que hay que identificar, valorar y que se encuentra por encima de la domesticación progresiva de los territorios en su devenir histórico, el saber de los antepasados, entendemos que la descripción planteada en el presente trabajo ⁽¹⁾ pueda mitigar en cierta medida esa borrosidad creciente al tratar de recuperar un legado cultural de morfologías agrarias, claves para el entendimiento de nuestra identidad.

A través de las imágenes y esquemas presentados, hemos optado por aquellas que mejor nos permiten establecer, apoyándonos en los aspectos gráficos y en los pueblos del poniente zamorano y los situados a la otra parte de la línea fronteriza, el Tras-Os-Montes portugués, las diferentes tramas, estructuras o componentes que representan, interpretando a través de ellas, los paisajes agrarios de la “raya”, en tanto que cartografía necesaria para lugares intermedios, fronterizos, que sirvan a su vez para una comparación genérica entre lugares variables.

La riqueza del legado territorial y paisajístico en este área fronteriza rural y su conocimiento, representa asimismo un objetivo. El paisaje heredado es un “archivo del territorio” (Prada, 2005) del cual podemos extraer lecciones que la cultura contemporánea no nos ha aportado. La apariencia del paisaje tradicional en este entorno geográfico, así como en la práctica totalidad de los espacios agrarios patrimoniales, no deriva de un diseño, de una planificación, sino de la iteración en el tiempo de una forma de uso, una resultante involuntaria de procesos agregados de interacción con el medio. Estas comunidades rurales tradicionales ya prácticamente extintas, generaron un paisaje derivado de su cotidianeidad consiguiendo además, efectos compositivos de belleza orgánica (Prada, 2011).

En el ámbito objeto de estudio, el paisaje que todavía hoy podemos contemplar es un producto medieval, por este motivo, resulta imprescindible retrotraerse al momento histórico en el que surge y ahondar

1 Parte de este texto y la interpretación gráfica se enmarca dentro del estudio comparado relativo a los paisajes agrarios sitos a ambos lados de la “raya”, la frontera con Portugal, Sayago y Concelho de Miranda, promovido por el Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria. Agradezco a Eduardo Martínez de Pisón su empeño e interés así como su confianza en mi libre albedrío para la consecución de este trabajo.

Asimismo se enmarca dentro de la *Guía de Buenas Prácticas para la Observación del Paisaje Agrario en el Occidente Peninsular*, promovido por el MARM (Ministerio de Medio Ambiente, Rural y Marino) y en el proyecto de investigación: *Las unidades básicas de paisaje agrario en España: identificación, delimitación, caracterización y valorización. La España interior, septentrional y occidental* (Referencia CS02009-12225-C05-01, Ministerio de Ciencia e Innovación).

en los factores que pueden explicar su origen y formación, pero también, en la medida que la forma físico-espacial expresa una determinada forma de organización social en un momento histórico dado, ha sido necesario considerar desde una óptica multidisciplinar, el proceso de transformaciones desarrollado hasta nuestros días.

Una visión arquitectónica, congruente con la multiiformidad y realidad del paisaje, compuesto por hechos particulares atomizados en infinitud de datos y aspectos que expresan una determinada estructura social, una urdimbre cultural, un sistema, debe integrar al menos, tres órdenes de aproximaciones para entender la composición de los entornos que nos rodean: 1) un nivel esquemático, de diagrama, donde se bosquejen las estructuras de las correlaciones entre escalas, 2) un nivel modal, mixto, donde las estructuras de relación adquieren diversos estratos de tiempo, lugar e interpretación, y 3) un “nivel fronterizo”, continuo, donde se combinan progresivamente las redes y las mixturas, los modos de ser del paisaje.

Los niveles nunca se encuentran fijos o completamente determinados, más bien establecen una “dinámica de frontera”:

El problema de todo dominio de la cultura -conocimiento, moral, arte- puede ser entendido, en su conjunto, como el problema de las fronteras de ese dominio [...] El dominio cultural no tiene territorio interior: está situado en las fronteras; las fronteras le recorren por todas partes, a través de cada uno de sus aspectos; la unidad sistemática de la cultura penetra en los átomos de la vida cultural, de la misma manera que el sol se refleja en cada una de sus partículas. Todo acto cultural vive, de manera esencial, en las fronteras: en esto reside su seriedad e importancia; alejado de las fronteras pierde terreno, significación, deviene arrogante, degenera y muere.

(Mijail Bajtin. En Zalamea, 2004)

Asimismo dentro de esta cosmogonía, de esta visión, se produce un doble movimiento: 1) analítico o de descomposición que diferencia y precisa los términos, incide en lo otro y 2) sintético o integral que entrelaza, busca lo genérico, precisa gradaciones y escalas, descubre vecindades y “pega” lo infinitamente uno (ver Fig.1), dos polos opuestos sobre la misma línea que los une: análisis científico y síntesis creativa.

El primero ha sido abordado fundamentalmente por la Geografía Humana en tanto que estudia los objetos socioculturales situados en un territorio y en el otro extremo, las Bellas Artes aplicadas a la proyectación de cada lugar, cultura y momento, prácticas que pueden ser libremente adoptadas por su autor sin fundamentarse en razón, ni justificarse en el análisis científico (García-Bellido, 1999).

Esta cuestión puede expresarse de varias formas complementarias, ¿cuáles son los elementos, relaciones, y estructuras más simples que sean universales a las apariencias de los paisajes de los países actuales y las culturas pasadas, que puedan explicar las actuales diferencias entre los múltiples paisajes?, ¿cuál es la esencia de lo que, no obstante las apariencias, sea invariante en ellos?, ¿porqué se han diferenciado y como se inicia su diversificación?.

Este es el hilo del trabajo, indagar no tanto en las diversidades aparentes que ocultan las estructuras, sino en las analogías y homologías generativas, buscando los elementos y estructuras primigenias y las trazas de su evolución posterior.

Fig. 1.- *Análisis y síntesis.*



Fuente: La autora, 2011

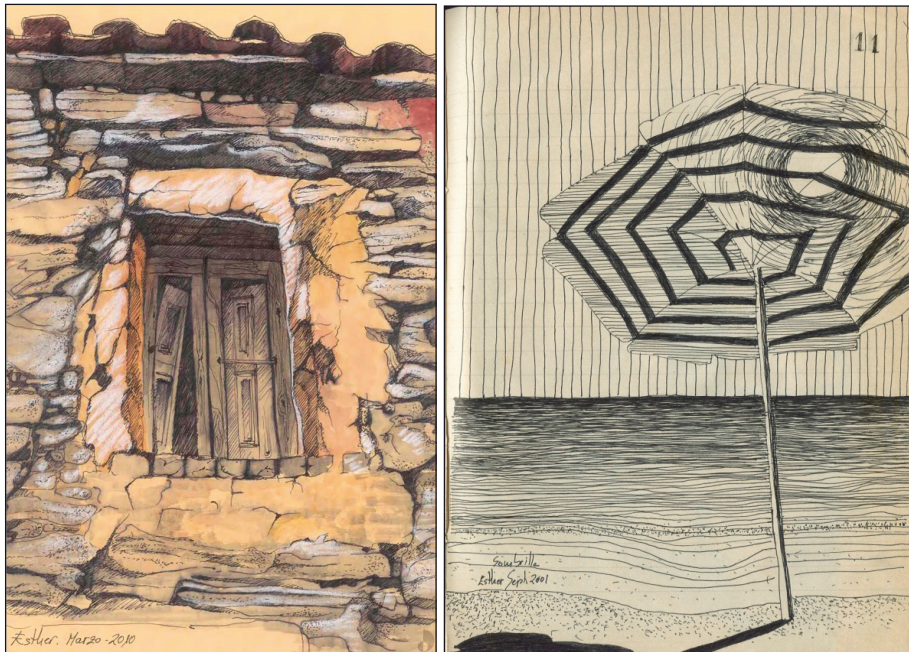
Lejos de ser una línea que demarca nítidamente dos regiones, la frontera es una “banda” de interacciones complejas, como el trazado en constante fluir que

establecen las mareas en una playa. La frontera es un lugar de enorme riqueza dialéctica y de creatividad, en cuya amplitud de banda se realizan muchas de las ósmosis fundamentales que han dado lugar al modelo cultural y al paisaje que aún hoy podemos contemplar (ver Fig.2).

Los que hemos nacido a un paso de la frontera, tenemos una cosa muy segura: existe una gran semejanza cultural entre los pueblos del occidente zamorano y los situados en la otra parte de la “raya”, su capacidad creadora ante las instancias del medio, ofrecen tantos rasgos comunes que casi se puede hablar de una sola área en términos antropológicos (Rodríguez, 1993). Tanto Zamora como la región vecina Tras-Os-Montes han tenido que padecer durante siglos la existencia de esa barrera, que ha terminado por convertir a estas tierras fronterizas en espacios marginales y abandonados, lo que algunos especialistas han dado en denominar “la periferia de la periferia” (San Francisco, 1993).

La “frontera del subdesarrollo” o “telón de corcho”, tal es la definición que ha venido caracterizando tradicionalmente este espacio (Pintado, 1972).

Fig. 2.- La frontera es una “banda”...como el trazo fluyente de las mareas de una playa...



Fuente: La autora, Sayago, 2010. Sombrilla, 2001. Tinta y lápiz

1. Nivel diagramático: escala local, escala global

A lo mejor, cuando nos fijamos en los acantilados de una línea costera, una montaña, un árbol o un copo de nieve, nos quedamos maravillados al intuir, cómo las fuerzas de la naturaleza han generado estas formas que en un principio, no parecen tener una lógica de relación aunque sí, una determinada génesis de formación interna. Una a una, estas formas en sí mismas se constituyen como partes de un todo en las que a su vez, se refleja la totalidad a modo de pequeños universos de creación repitiéndose en diferentes etapas o escalas, las mismas características de estructura y forma que podemos apreciar sobre su aspecto externo.

La estructura dendrítica, se repite en todas y cada una de las partes de configuración del elemento “árbol” a medida que nos aproximamos como en un zoom a cada una de ellas, el tronco se divide en ramas, éstas en otras más pequeñas que devienen hojas en las que a su vez, las nervaduras interiores vuelven a repetir el mismo esquema.

Del mismo modo la línea costera, la montaña y el copo de nieve en diferentes escalas, reflejan la característica interna de formación y crecimiento que “significa” su propio ser.

Esta repetición se constituye como la “autosemejanza” en las formas y aspectos fundamentales del elemento en cada una de las partes que configuran su propia totalidad, al tiempo que dichos elementos devienen partes de la totalidad del sistema que percibimos como entorno natural.

La escala local u orden espacial local se fundamenta en la morfología que se genera de las partes al todo. Unidades menores o células, generan por agregados de éstas, la organización del conjunto o sistema que se trate, natural como acabamos de ver o antropizado, como las chozas que configuran un poblado, o asentamientos y caminos de un territorio que organizan el conjunto total de éste. Orden espacial local serán las unidades de habitación que generan la casa, las obras arquitectónicas respecto a la ciudad y los núcleos urbanos, nodos y redes que conforman el ámbito metropolitano o territorial.

Por otra parte y basándose en la definición del gobierno del todo, del conjunto sobre lo pequeño, la escala global u orden espacial global, supondría la organización interna que un sistema genera a su vez sobre sus partes integrantes estableciendo la organización externa de ellas (Prada, 2009).

Las lógicas locales individuales, han gobernado el orden local para la conformación de las chozas redondas hasta que se impuso la lógica y el orden global, preconcebido, de la casa rectangular. Un ejemplo de aplicación acumulativa de lógicas localistas (no locales), sería el proceso imparable de destrucción del frágil medio rural español, acaecido fundamentalmente en los últimos años, produciendo estas actuaciones una gran perturbación en los ecosistemas agrarios. La acumulación en un mismo espacio de miles de pequeñas decisiones para satisfacer los intereses privados más inmediatos acaba configurando la irreversible alteración del propio espacio.

El espacio/territorio socialmente construido y por tanto, el paisaje, supone un sistema que se articula según diferentes escalas u órdenes de complejidad cuya célula elemental, la unidad de habitación, constituiría el espacio territorial unitario, la vinculación de ésta a otros espacios territoriales próximos formaría un núcleo mínimo de agrupamiento denominado caserío, manzana o barrio, ocurriendo así sucesivamente hasta llegar a la aldea, ciudad, municipio, metrópoli regional, nación, Estado, conjunto de Estados y aldea global o Gea. En cada uno de estos grupos escalares u órdenes de complejidad el espacio/territorio, el paisaje, participa tanto de la Ecología, como de la Geografía, la Urbanística, la Lingüística, la Física, la Arquitectura o la Antropología al modo de cajas dentro de cajas. El paisaje se ha construido de forma entrelazada según una serie de fases de una estructura profunda subyacente, al modo de homotecia fractal, configuradora del sistema territorial social.

La unidad de esa estructura profunda que llega articular lo minúsculo con las metrópolis, reside en las características de la celda elemental o unidad habitacional como territorio interior o privativo, que en combinación con otras celdas genera ámbitos superiores de complejidad (García-Bellido, 1999).

En este sentido, la imagen de este territorio fronterizo, su paisaje, fundamentado en todas y cada una de las huellas de su construcción histórica, en el trabajo de una comunidad, expone las relaciones estrechas entre las formas de cultivo y estructuras de propiedad de la tierra, los asentamientos urbanos y la casa como unidad elemental o microcosmos doméstico en la que se ha gestado todo un comportamiento cultural, un modo de vida, la de los labradores y ganaderos de ambos lados de la “raya”.

Fig.- 3. La casa, unidad elemental del paisaje en “la raya”



Fuente: La autora, 2009. Almeida de Sayago. Tinta, lápiz y acuarela

2. Nivel modal: mixtura Naturaleza-Cultura

Nuestro mundo es isótopo, nos falta todo sentido de la dirección (ver Fig.4), saber de dónde venimos y hacia dónde vamos, necesitamos un nuevo “croquis del lugar”, orientación, “integrar en red” las diversas perspectivas locales sin centros privilegiados.

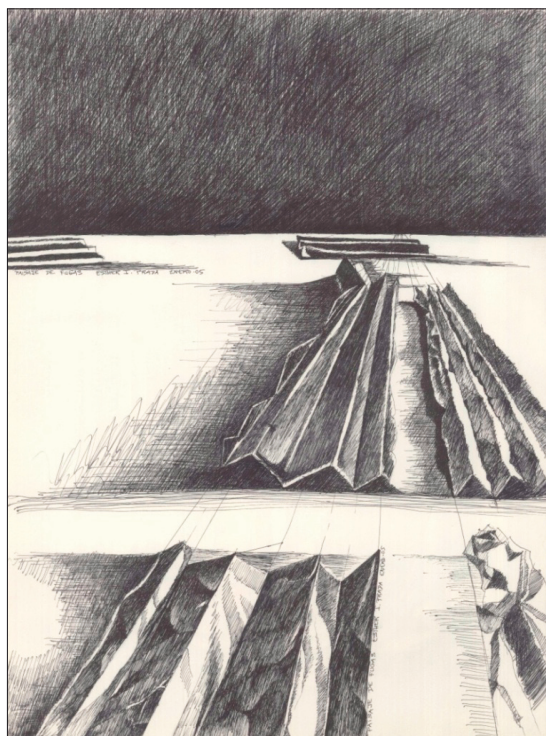
El mundo actual requiere de metodologías para construir lo global como “pegamiento articulado” integrando las diferencias en dominios más amplios. Sin sistemas de cruce, reticulares, estructuraciones mixtas, el mundo contemporáneo nos resulta incomprensible (Zalamea, 2004).

El lugar geográfico y el tiempo histórico en que se suceden las interacciones sociales definen un territorio social, el paisaje supondría su cristalización espacial cultural. Esa cristalización se produce porque los pueblos llevan con ellos su transmisión cultural, su lengua, sus costumbres, sus conocimientos técnicos, así como la facultad de hacer nidos y aldeas en comunidad, variando sus respuestas en función de los estímulos culturales que reciba y asimile. La distancia entre Naturaleza y Cultura deviene así, para ciertas estructuras, muy exigua (García-Bellido, 1999) (ver Fig.5).

Como consecuencia de estos procesos encadenados por la “tradición”, palabra cuyo significado es el de el don que se transmite, el paisaje se configura dotado de una biografía específica e identificado con nombres, sus topónimos, lo que le otorga una personalidad que nos permite interpretarlo (ver Fig.6). Las personas sabían por ejemplo, en qué dirección soplab el viento, con qué vigor o fuerza, si era presagio de lluvia, frío... “se ha levantado aire de arriba, es hora de ir a limpiar”, a toque de campana se realizaban tareas comunales, el arreglo de los caminos, las fuentes..., el olfato, también contribuye a una percepción específica del paisaje, la matanza en el invierno, el amasado del pan, el abono de las tierras... La toponimia y el léxico expresa la transmisión de una herencia que determina las diferentes capas de poblamiento de un país (Do Nascimento, 2003).

El paisaje en la frontera es el resultado de la relación entre la sociedad que ha habitado este espacio con su historia, su tradición, produciendo un tejido que integra un sistema de signos: a) signos como lenguaje espacial o exterior que genera un campo de manifestación o patrimonio material y b) signos como lenguaje hablado o interior que a su vez genera un campo de manifestación o patrimonio inmaterial (ver Fig.7, Fig.8).

Fig. 4.- Mundo contemporáneo: Horizonte sin direccionalidades



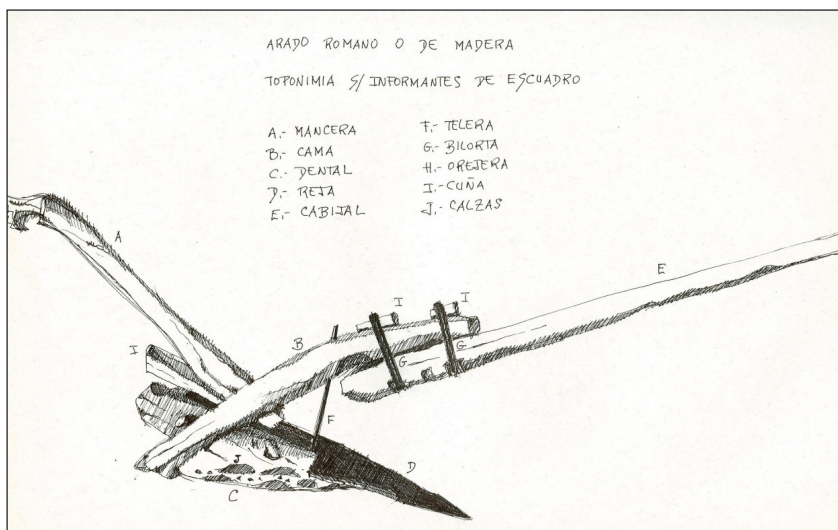
Fuente: La autora, 2005. Tinta

Fig. 7.- Tradición y paisaje: lenguaje espacial



Fuente: La autora, 2010. *Cereza de Aliste*. Tinta

Fig. 8.- Tradición y paisaje: lenguaje hablado

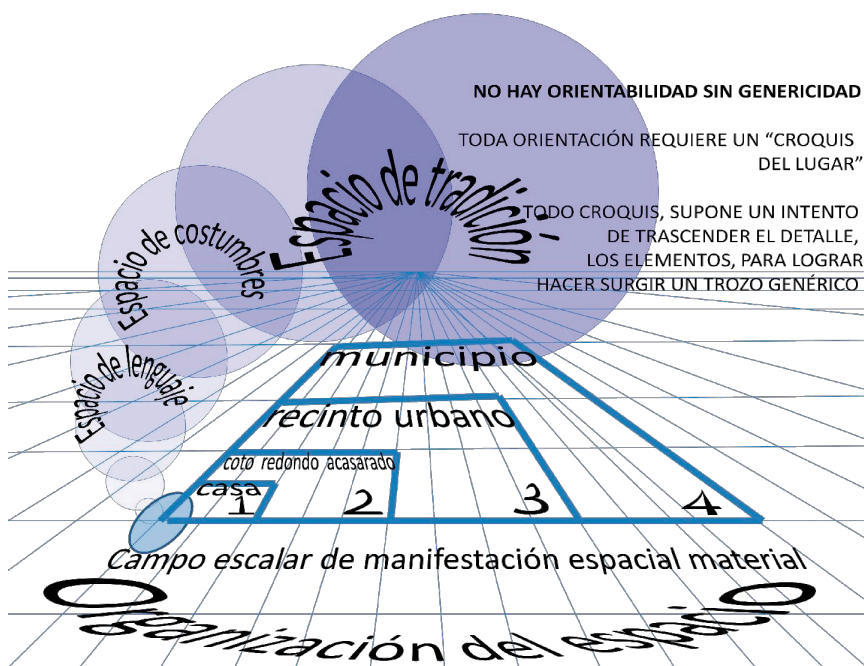


Fuente: La autora, 2005. *Los nombres del arado romano*. Tinta. En *Polígonos, Revista de Geografía* nº 16.

3. Nivel fronterizo: redes y mixturas

El paisaje agrario entendido como espacio antropizado aunque en parte semi-natural dadas las tradicionales condiciones de interrelación entre el hombre y el medio o mixtura entre naturaleza y cultura, entre lenguaje espacial y lenguaje hablado, se configura como un sistema que puede ser analizado en su totalidad a partir de los elementos que “significan” cada una de las etapas o escalas territorial, urbana y arquitectónica, categorías que reflejan la repetición de características genéricas a la totalidad del sistema, distribución espacial de formas tradicionales de entendimiento de la propiedad, organización del terrazgo y actividad agraria que interaccionan con el entorno natural sucediendo a éste de forma autosimilar (ver Fig.9).

Fig. 9.- Homotecia fractal de los ámbitos escalares en su evolución hacia una creciente complejidad espacial. Mixtura Naturaleza-Cultura

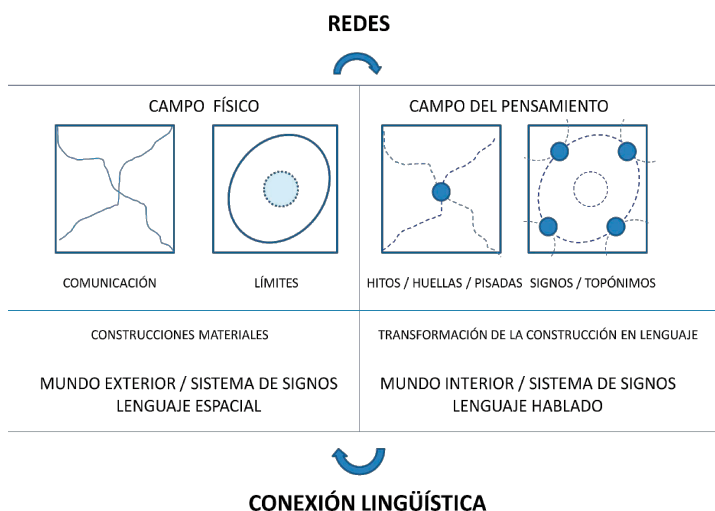


Fuente: La autora. 2011. Basado en la "Coranomía" de J. García-Bellido.

Este sistema se organiza en redes, la red de caminos y la red de límites, que pueden ser construcciones materiales o líneas virtuales señaladas por hitos puntuales, los signos o topónimos. Es en el "signo", término que proviene de *sek* -seguir-

e *iknos* -huella-, en el “seguir las huellas”, dónde hay que buscar la transformación de la construcción material en lenguaje. Jacques Derrida establece la conexión lingüística entre el campo territorial y el del pensamiento, a través del término francés *marche* marc(h)a, la marcha, el camino, la marca, a su vez proveniente del germánico *markon* -pisotear-, buscando en este sentido el signo, la huella, como base de la “comarca” (Menéndez de Lúcar, 2005) (ver Fig. 10, Fig. 11).

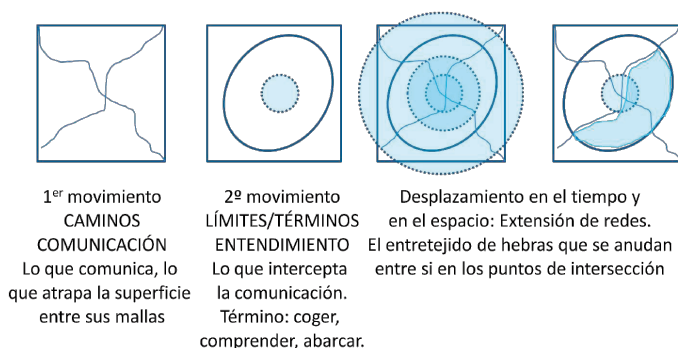
Fig. 10.- Esquema gráfico de relación lenguaje espacial-lenguaje hablado



Fuente: La autora, 2011.

Fig. 11.- Extensión de redes en el tiempo y en el espacio

ORGANIZACIÓN ESPACIAL DEL ENTORNO VITAL: REDES COMPLEMENTARIAS



Fuente: La autora, 2011.

Fig. 12.- Paisaje agrario: red de caminos y red de límites



Fuente: La autora, 2010. *El Duero en Castilla*. Tinta y acuarela

Fig. 13.- Límites geográficos



Fuente: La autora, 2011. *El Duero en "la raya" de Portugal*. Sayago/Concelho

de Miranda. Tinta y acuarela

La comarca, primera fase dentro de este recorrido en diferentes etapas o escalas a modo de categorías de esta banda fronteriza, de este sistema, de este paisaje agrario, Sayago/*Concelho do Miranda*, comarcas sitas a ambos lados de la “raya” en este caso históricas por factores naturales y culturales peculiares, recorte espacial y acotación de un territorio de características homogéneas.

Una siguiente etapa, el límite que supone la unidad territorial mínima o municipio/*freguesía* al que se da término en la alta Edad Media, rama que surge del tronco comarcal a su vez transformada en otras más pequeñas los poblamientos, villas y aldeas, escala o límite urbano que deviene punto de inflexión o tránsito a la escala arquitectónica, la casa de labranza/*casa de laboura*, el límite interior privativo, hoja en la que se realiza la transformación de la savia bruta en elaborada gracias a los intercambios con el medio ambiente, el espacio en el que el encaje de las partes se produce, el espacio en el que habitan las personas que invisten el carácter para cada una de ellas, escala humana ¿última? fase de este proceso de formación de un sistema en vías de extinción, el paisaje agrario de la frontera.

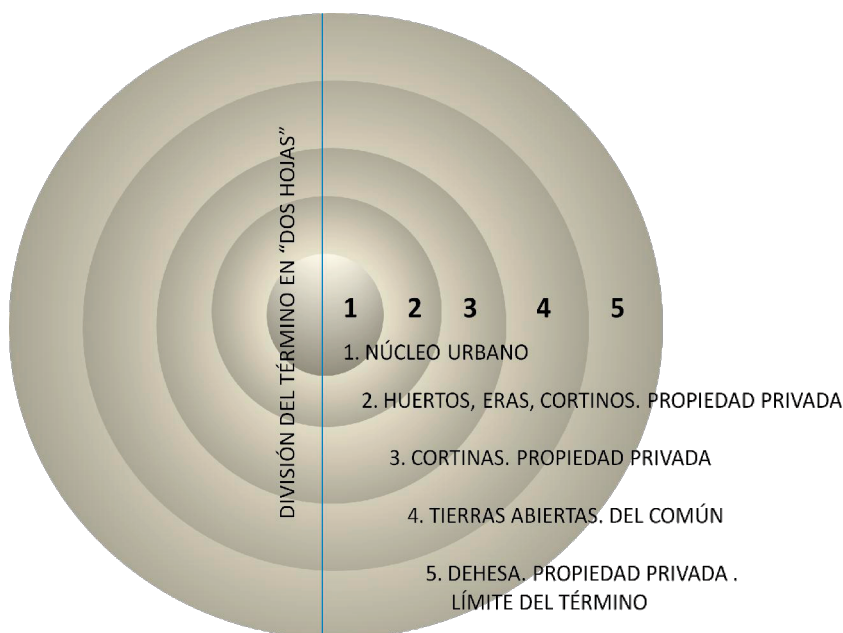
¿Cuáles son los modelos recurrentes encontrados que nos aportan la condición autosimilar del sistema?. En el análisis surgido con base en la conjunción de un doble tratamiento posible de relaciones entre las partes, relación sincrónica de los elementos pertenecientes a cada una de las escalas o relación interna propia de cada uno de ellos y relación diacrónica o determinante del acontecer en el ámbito de la historia sobre la distribución espacial de la propiedad, se encuentra la clave fundamental para la determinación de dichos modelos.

El gráfico que según una estructura concéntrica de trazas circulares (Prada, 2005) (ver Fig.14) delimitadoras de los diferentes tipos de propiedad de la tierra en torno a un asentamiento, esquematiza la característica paisajística básica de estas comarcas, la dualidad campo abierto-campo cerrado, espacio comunal-espacio privado, así como una tercera forma de dualidad traducida en un diferente sistema de cultivo que se mantiene todavía en algunos municipios de Sayago, las tierras comunales son cultivadas por un sistema de rotación generalmente de año y vez con partición en “hojas”, mientras los campos cercados más próximos a los núcleos de población con cultivos más intensivos generalmente continuos, fundamenta la distribución espacial de la propiedad de la tierra para todos los términos/*freguesías* de la comarca/*concelho* en dicho esquema.

Esta superposición de propiedad, cerramiento y forma de cultivo y la clara contraposición comunal-particular, denotan la dialéctica permanente entre dos formas de cultura y dos concepciones que se debaten desde los primeros tiempos de la historia.

Las “cortinas”, los *cerrados* ⁽²⁾, -el *bocage*- en ambos lados de la “raya”, del latín *cohor-tis* -la *cohorte* medieval, recinto cerrado y cercado con pared de piedra- (ver Fig. 15, Fig.16) desplazamiento en el tiempo y en el espacio de los límites, constituyen una de las estructuras básicas para la comprensión de la evolución de la propiedad o apropiación del terreno comunal -las tierras abiertas, los “valles”/ *bal*, *balhe* y los prados/*lameiros*-, inicial en torno a un asentamiento.

Fig. 14.- Estructura genérica de formación del paisaje agrario en la frontera



Fuente: La autora, 2011.

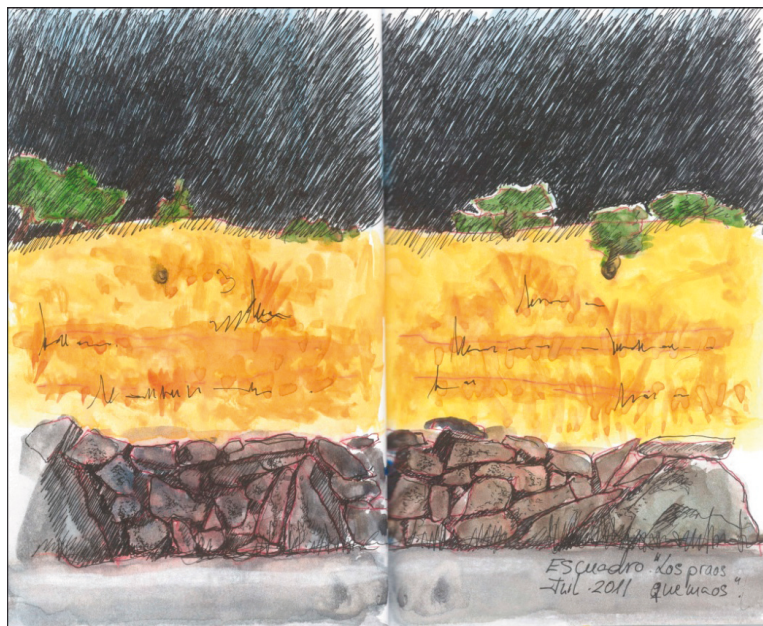
2 Agradezco a Antonio Bárbolo, lingüista, especialista en lengua mirandesa, así como a Duarte Martins, profesor del *Agrupamento de Escolas* de Miranda do Douro y a su tío abuelo José Antonio Pires, labrador y tejero, las conversaciones, correos, visitas..., en fin, la impagable ayuda prestada para el entendimiento a través del leguaje, de las formas espaciales construidas fundamento de este paisaje agrario trasmontano. También a Jorge Lourenço de la *Associação para o Desenvolvimento Integrado de Picote* FRAUGA y a Fernando Silva, arquitecto de la Cámara Municipal de Miranda, su ayuda desinteresada y documentación facilitada para la realización de este trabajo.

Fig. 15.- *Cerrados*. Concelho de Miranda (SENDIM)



Fuente: La autora, 2011. Tinta y acuarela.

Fig. 16.- “Cortinas”. Sayago



Fuente: La autora, 2011. Tinta y acuarela.

Es en la escala urbana donde se produce el nexo de unión entre la etapa anterior o territorial y la arquitectónica a través de las “cortes enteras” o “heredades”/*casas* que aglutinan arquitectura y territorio, casa de labranza/*casa de laboura* y tierras de cultivo, volviéndose a reflejar el esquema genérico en esta etapa, tierra de cultivo privada y tierra del común, era/*eira*, para la realización de actividades propias de la recolección, trillar/*trhilar* o “aventar” y “limpiar”/*lhimpar* (ver Fig.17).

En la morfología dispersa de la mayor parte de las aldeas de la “banda” fronteriza, dada la cantidad de tierras de cultivo desparramadas entre las edificaciones, se aprecia como a las tierras de cultivo y edificaciones privadas se accede desde la red viaria del núcleo urbano que en realidad, es una red de tránsito adaptada al paso de carros y animales, origen de la red de tránsito pecuario y caminos carreteros del término/*freguesia*, caminos que en algunos tramos dentro del poblamiento se ensanchan o abren para dar lugar a los espacios comunales en los que se realizaban las tareas citadas.

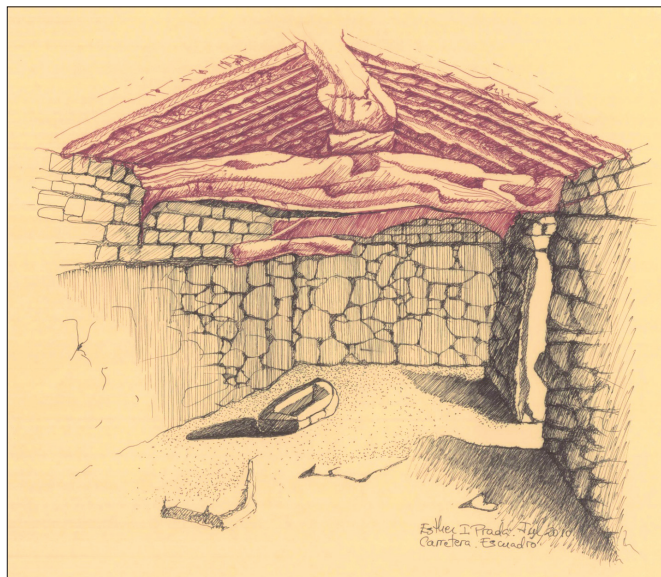
La heredad, formada “según costumbre de Sayago” por “una casa, un prado, un huerto, un prado y una tierra de pan llevar” (Prada, 2005), constituye el nexo de unión entre la escala territorial y la arquitectónica dado que un asentamiento se configura mediante un conjunto de heredades a su vez agrupadas en diferentes pagos o barrios/*bárrios*, posiblemente iniciales asentamientos de grupos suprafamiliares unidos con posterioridad para formalizar la aldea.

El esquema de distribución espacial en la heredad se vuelve a repetir de tal manera que, en torno al núcleo o espacio abierto del “corral”/*curral* (ver Fig.18, Fig.19), zona común para tránsito o estancia de personas y animales, se aglutinan tanto las construcciones que conforman la casa, -vivienda y dependencias anejas para el ganado/*loja* o labores propias relacionadas con el autoabastecimiento, “carreteras” (ver Fig.20), “comedero”, “pajar”/*palheiro*, “cernidero” con el horno/*forno*-, como las tierras de cultivo adscritas a ella.

Es a través de este espacio común mediante el que se accede por diferentes puertas, “puerta de afuera”/*puorta de fuora* (ver Fig. 21), “portalada”/*puortalada*, “postigos”/*postigos*, tanto a la vivienda como a las dependencias anejas y a las tierras de cultivo.

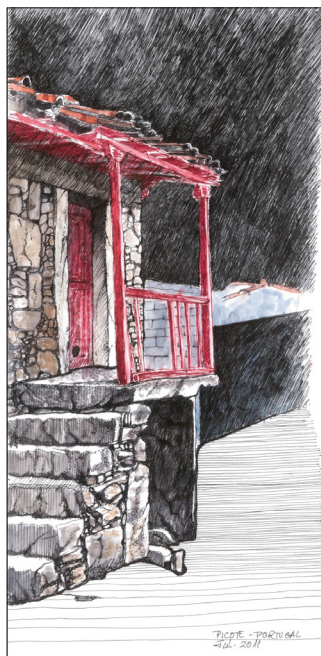
El corral/*curral* es el espacio de tránsito a la escala arquitectónica en tanto que ámbito inicial de la serie que, uno tras otro en recorrido secuencial, nos introduce hasta el espacio más privado de la vivienda, la cocina o antiguo *ater*, atrio, espacio oscuro y ennegrecido por el hollín, con un único hueco en su techo, la “campana”/*chupon* como pozo de luz y ventilación, bajo la que se situaba la lumbre/*L lhume* (masculino en mirandés) y se colgaban las “llares”/*lhares*, en torno a la que a su vez se ubicaban los “escaños”/*scanhos*.

Figura 20. “Carretera”. Sayago



Fuente: La autora, 2010. Tinta.

Fig. 21.- Postigos. Concelho de Miranda (Picote)



Fuente: La autora, 2011. Tinta.

La dialéctica continua exterior-interior, público-privado, abierto-cerrado, que se traduce en el recorrido que se establece desde las zonas estanciales más públicas, el portal -vestíbulo a la romana, espacio exterior abierto al corral donde se realizaban los “solanos”-, queda reflejada en la “mitad de casa” o “prezacasa”/ *preça de casa* -vestíbulo interior a la griega zona estancial semi-pública a la que se accede desde el portal a través de los postigos exteriores, núcleo central que organiza el resto de estancias incluido el “sabrado” situado en una planta superior, almacén para productos recolectados y aperos de labranza-, ya perdida según informantes en el Concelho de Miranda, pieza central que, rodeada y cerrada, viene a completar el sistema concéntrico que hemos seguido desde su comienzo en las abiertas, comunales y más alejadas explotaciones montaraces de cada término (Cabo, 1956).

La forma de tránsito secuencial de unos espacios a otros a través de huecos horadados en los muros, con tipos de puertas y postigos de configuración partida, permiten esa relación entre dos conceptos que devienen la dualidad base de autosemejanza reflejada en las formas construidas sobre el territorio para las escalas territorial, urbana y arquitectónica, partes de un todo en las que a su vez se “significa” la característica interna de formación de este paisaje agrario.

4. Cartografía para una comparación genérica entre lugares variables

Para vislumbrar las redes y mixturas genéricas que pueden ayudarnos a recomponer la multiplicidad del paisaje, hay que bosquejar un diagrama que entrelace análisis y síntesis, crear una cartografía atenta al modo, la diferencia, lo local, pero a la vez capaz de reintegrar la pluralidad, un proceso semiótico que requiere de tres factores: un signo u objeto, un signo del signo o representación y un signo del signo del signo o interpretación, construyendo así una geografía de lo intermedio.

Para estructurar esos lugares intermedios, se necesita una proyección que permita obtener comparaciones genéricas entre lugares variables adaptando las geometrías a fragmentos de lo real. Uno de dichos fragmentos, la propiedad, inseparable de su contexto cultural y por ende del sentido innato de la territorialidad humana y del paisaje como producto de la misma, representa una respuesta culturalmente creada y transmitida frente a problemas humanos sólo expresables en el grupo social concreto, que responde a requerimientos tales como la fijación en un lugar, que otorga continuidad al linaje de la familia o *gens*, configurando la llamada “controversia naturaleza-aprendizaje” (García-Bellido, 1999), otro, los mapas y representaciones relativos a cada lugar.

Dado que ningún punto de vista puede atrapar a todos los demás, este sistema no se puede considerar definitivo y estable ya que al hilo de impulsos particulares, cada quién configura su propio fragmento de realidad virtual y lo considera tan acertado como cualquier otro, reconstruyéndose de esta manera el tejido del mundo. El fragmento de realidad virtual que plantea la autora que suscribe, supone un proceso expresivo.

Dicho proceso no es algo externo, se trata de un proceso en el que una realidad configuradora, interna, ensambla a modo de costura planos materiales separados. La combinación de los tres modos básicos de hacer: tejer, ensamblar y modelar, supone la base de cualquier actividad artesanal (Rykwert, 1975), el dibujo, como manifestación del lenguaje gráfico, posee entre sus características la de ser una actividad artesanal, aunque en la actualidad pueda ser ejecutado con procedimientos informáticos.

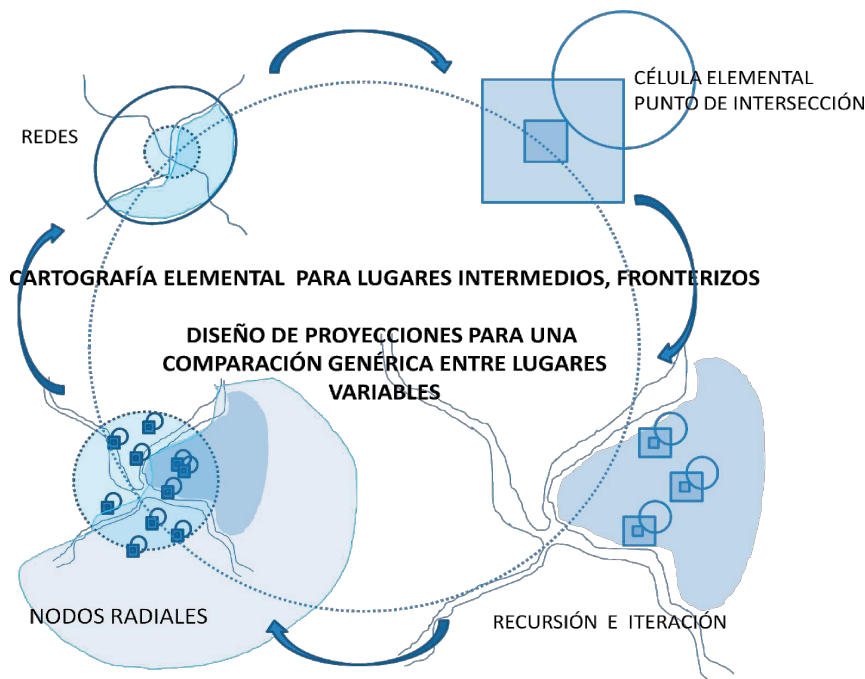
Es intención del presente trabajo, apoyándonos en los aspectos gráficos, establecer criterios comparativos sobre el paisaje agrario en la “raya”, definido por la cultura que le sirve de marco y evocado en las imágenes que en este trabajo se muestran, en términos de lugares, sitios, enclaves, entornos y parajes, con una extensión o escalas determinados, con la carga emotiva de historia colectiva que contienen.

Ligado a la expresión gráfica el concepto de escala, término que viene determinado por una equivalencia matemática de medidas entre el dibujo y el objeto, en el caso que nos ocupa, se trataría de aquella propiedad que permite identificar lo que la imagen representa deduciendo su tamaño real aproximado.

La escala también, hace surgir los niveles estructurales del conjunto, la forma global, los trazos genéricos, en un intento de trascender el detalle, el colorido, los elementos, para lograr un “croquis del lugar”, una orientación, una geometría adaptada a fragmentos de lo real que interpreta la pluralidad.

Ya que no hay orientabilidad sin genericidad, se recoge en la Fig. 22 el diagrama de la proyección fundamentada en los aspectos descritos del paisaje en la frontera para entender la estructura de formación profunda de este espacio, permitiendo a su vez una representación genérica que articule lo minúsculo con ámbitos superiores de complejidad (ver Fig. 22).

Fig. 22.- Diagrama de fijación en un lugar



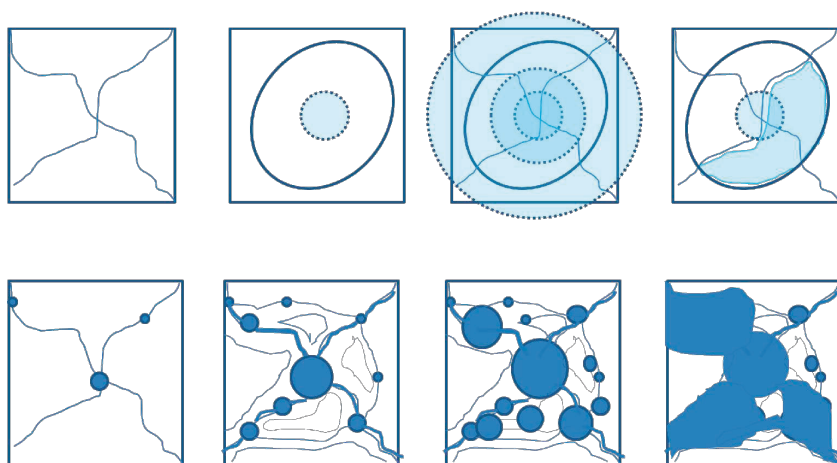
Fuente: La autora, 2011.

4. Conclusiones

Para representar adecuadamente y poder “realmente ver”, necesitamos una lógica visual no lineal, atenta a singularidades, diagramas, fragmentos, los múltiples residuos que nos rodean, apreciando la especificidad cultural -el paisaje- de cada lugar, pero sin perder una visión del conjunto, integrando las diversas perspectivas locales sin centros privilegiados.

La característica espacial contemporánea supondría la red descentrada, la *world wide web -www-*, la anulación de escalas y puntos focales (Zalamea, 2004), del mismo modo que las innumerables partes de la ciudad dispersa se integran en red abarcando todo el espacio útil urbanizable, constituyéndose también como ciudad los “vacíos” no edificados entre los nervios del tejido urbanizable, totalmente dependientes de la ciudad total y servidores de ella (ver Fig. 23).

Fig. 23.- Secuencia comparativa de la formación de redes en espacios agrarios tradicionales y redes urbanas



SECUENCIA DE FORMACIÓN DE REDES URBANAS POR EXCLUSIÓN DE LOS ESPACIOS NATURALES O AGRARIOS

Fuente: La autora, 2011. Basado en la Teoría de la Ciudad de JGB.

La mirada desde la tradición, eminentemente dinámica por el concepto de “transmisión”, demuestra que cualquier sistema fijo, se encuentra limitado y solo con la reconstrucción de una multitud de puntos de vista, puede esperarse una más plena comprensión de la realidad, la frontera, ámbito geográfico siempre movable entre local y global, permite elevarse de lo particular a lo general y descender de lo general a lo particular, permitiendo la comprensión de la mixtura Naturaleza-Cultura a través de su cristalización como paisaje.

Este es un trabajo abierto, no tiene un principio ni un final cerrado, nada de lo que se expone, comienza o concluye en este relato. Los temas que aquí se abordan, proceden de diversas fuentes y tienen innumerables raíces, producto de trabajos, investigaciones anteriores o actuales que se plantea como una aportación de material útil para otras perspectivas, es pues, un eslabón más de la cadena que desde varias disciplinas y en diferentes momentos se ocupan de los temas aquí expuestos.

No se trata tanto de un elogio de lo rural, como de su conocimiento para respetarlo y mejorar nuestra capacidad de intervención cuando las necesidades lo requieran.

Se trata de empezar a pensar en ponerle “cara” a estos espacios “vacíos” como proceso inicial de regeneración urbana, cambiando la mentalidad sobre el suelo únicamente como valor de cambio, aportando nuestra contribución al conocimiento fundamentado del paisaje en este territorio, valorarlo como patrimonio cultural heredado, pero dinámico y en continua transformación.

El problema “actual del futuro” a escala global -porque el “futuro” ha llegado y ya está entre nosotros, pero algunos no quieren ni mirarlo- no es dónde y cómo encajar el crecimiento difuso e incontenible de las megaciudades en un reducido territorio, ni cómo dibujar la ciudad ideal, ni ponernos a pensar en instalaciones ingeniosas de arquitectos-ingenieros con rascacielos gigantescos, pasos multielevados o inmensas cúpulas geodésicas...El problema, el gran problema de toda teoría sobre la ciudad se ha desplazado...a tratar aquello que no es la ciudad, del “negativo” de la ciudad: la ciudad depende del campo. Las ciudades y su devenir dependen de lo que ofrezcan, sean y quede de los espacios agrarios, bosques, montañas, lugares de vertidos y su reciclado, del aire, de los océanos y, sobre todo, del agua potable, ya muy escasa y muy mal repartida.

Javier García-Bellido García de Diego, 2003



*Fuente: La autora, 2011.
Tinta y acuarela.*

Bibliografía

- BÁRBOLO ALVES, A. (1997): *A lingua mirandesa: contributos para o estudo da sua história e do seu léxico*. Mestrado em Ensino da Língua e Literatura Portuguesas. Universidad do Minho.
- CABO ALONSO, A. (1956): *El colectivismo agrario en Tierras de Sayago*. Revista Estudios Geográficos nº 65. Instituto Juan Sebastián Elcano. CSIC. Madrid
- DO NASCIMENTO FERREIRA, C. (2003): *Toponímia, Paisagem e Ambiente: um abordagem geotoponímica de Sendim em Terra de Miranda*. Tesis doctoral. Universidad de Salamanca.
- GARCÍA-BELLIDO GARCÍA DE DIEGO, J. (2007). *Coranomia. Los universales de la Urbanística: estudio sobre las estructuras generativas de las ciencias del territorio*. Tesis doctoral. Resumen en ACE, Arquitectura, Ciudad y Entorno. Nº 3. Homenaje a Javier García-Bellido. UPC.
- (2003). *Teoría de la Ciudad: de sus orígenes a su disolución en la pantópolis universal*. Mediterráneo Económico. pág. 335-424.
- MENÉNDEZ DE LUARCA, J.R. (2005). *El lenguaje de la construcción territorial*. Ciudad y Territorio, nº 144. Ministerio de Vivienda.
- NAREDO, J.M., MONTIEL MÁRQUEZ, A. (2011). *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*. Icaria. Barcelona.
- NAREDO, J.M., (2006). *Metabolismo económico y deterioro territorial. Tendencias en curso a principios del siglo XXI*. Revista Archipiélago. Nº 71.
- PINTADO, E., BARRENECHEA, E. (1972). *La raya de Portugal. La frontera del subdesarrollo*. Cuadernos para el diálogo. Edicusa. Madrid.
- PRADA LLORENTE, E. (2005). *El paisaje como archivo del territorio*. Cuadernos de Investigación Urbanística Ci(ur) 40. Departamento de Urbanística y Ordenación del Territorio. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.
- (2005). *Paisaje agrario: antropología de un territorio*. Ciudad y Territorio, nº 144. Ministerio de Vivienda.
- (2009). *Escalas, paisaje y territorio social*. 3ª Jornada sobre Investigación en Arquitectura y Urbanismo. I+D+U. Escuela T.S. de Arquitectura. Madrid
- (2011). *Aproximación gráfica y escalar al paisaje y al patrimonio territorial en el occidente de Castilla y León*. Polígonos. Revista de Geografía, Nº 21.

- RODRÍGUEZ PASCUAL, F. (1993). *La cultura tradicional en los pueblos fronterizos*. Tras-Os-Montes*Zamora. ZA-Nº 195. Diputación de Zamora.
- RYKWERT, J.(1975): *En el principio eran la guirnalda y el nudo*. Arquitecturas bis, nº 10. En “Sobre el concepto de tipo en arquitectura” 1982. Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid.
- SAN FRANCISCO, C., RUBIO COBOS, J. (1993). *Tras-Os-Montes*Zamora. La frontera que nos une*. ZA-Nº 195. Diputación de Zamora.
- ZALAMEA TRABA, F. (2004). *Ariadna y Penélope*. Ediciones Nobel, S.A. Oviedo.

PAYSAGE DES ARTISTES ET AMÉNAGEMENT FORESTIER: L'EXEMPLE DE LA FORÊT DE FONTAINEBLEAU (XIX^E SIÈCLE)

Hélène Saule-Sorbé

Université Michel de Montaigne - Bordeaux 3

Laboratoire SET (Société, Environnement, Territoire), CNRS -

Université de Pau

Jean-Yves Puyo

Université de Pau et des Pays de l'Adour

Laboratoire SET (Société, Environnement, Territoire), CNRS -

Université de Pau

Situé à une soixantaine de kilomètres au sud de Paris, le massif forestier de Fontainebleau couvre près de 25 000 hectares, dont 21 600 en forêt domaniale à savoir donc propriété de l'État. Cette proximité avec la capitale française a fait que, depuis plusieurs siècles, il s'est retrouvé au cœur d'intérêts multiples et changeants au gré de l'évolution politique mais aussi sociale du pays. L'épisode le plus connu demeure toutefois sa mutation durant la première moitié du XIX^e siècle en un lieu emblématique du monde artistique français. En effet, autour de 1830, se constitue à Barbizon, aux abords de la forêt de Fontainebleau, une communauté d'artistes qui s'intéressent de près, voire exclusivement, à l'arbre et à ses milieux naturels comme sujet de représentation. Ce temps fort, de 1830 à 1860, s'insère entre le Romantisme dont il retient le sentiment d'une nature amène et protectrice, et l'impressionnisme dont il est le laboratoire. Notre recherche montrera que ce culte et cette «école de l'arbre» ou du «paysage anti-idéal» puisent leurs racines dans les traités de paysage des XVII^e et XVIII^e siècles. À travers ces derniers, l'on note la montée en puissance d'une quête artistique du naturel qui trouve son plein épanouissement durant ces trois décennies, en une époque où l'élan du progrès industriel et technique, l'accroissement des grands foyers urbains, corollaires de l'exode rural, engendrent la nostalgie d'un âge d'or rural et simple. Parmi les jeunes peintres qui émigrent vers la forêt, nous mettrons plus particulièrement en valeur la figure emblématique de Théodore Rousseau, qui, à peindre arbre après arbre, au cœur des bois, mesure les menaces qui pèsent sur ces lieux et leur peuplement végétal.

C'est à son initiative pionnière, élargie à la communauté artistique et aux intellectuels du moment (dont Victor Hugo), qu'est redevable à partir de 1853 le projet visant à établir une première réserve artistique d'une étendue de 624 hectares, soustrayant de l'aménagement forestier de vieilles futaies dotées d'une valeur esthétique jugée remarquable. Le grand forestier français Philibert Guinier, en 1950, affirmait que c'est à Fontainebleau que serait née l'idée de protection de la nature et que «[...] *pour la première fois dans le monde, une réserve naturelle a [aurait?] été instituée*»¹. Certes, depuis cette date, de nombreux travaux ont montré que cette affirmation est à nuancer, voire discutable ; il n'en demeure pas moins que cette réalisation marqua son époque et précéda de presque 20 ans l'établissement du premier Parc naturel national, à savoir Yellowstone (1872)². Aussi, notre étude poursuit-elle deux grands objectifs ; en premier lieu, si de nombreux écrits scientifiques ont déjà été consacrés à la *réserve artistique* de Fontainebleau, parmi lesquels nous pouvons citer les travaux précurseurs du sociologue Bernard Kalaora, à ce jour, personne (à notre connaissance) ne s'y est intéressée par l'entrée aménagement forestier. Or, comme nous le verrons plus loin, l'apparition progressive, à partir du XVII^e siècle, d'un nouveau et large panel d'attentes (esthétiques, artistiques, touristiques puis environnementalistes), liées à ce même massif forestier, allait durablement interroger et parfois irriter les forestiers et ce, jusqu'à nos jours. Et plus d'un siècle plus tard, ces débats et controverses s'avèrent encore d'actualité, ce qui rend d'autant plus pertinent, à notre sens, l'étude de ces épisodes passés.

En second lieu, nous montrerons comment les œuvres de Théodore Rousseau, la reconnaissance en haut lieu de son art et les premières images photographiques des mêmes lieux ont pu constituer un argument en faveur de la toute première décision de patrimonialisation de la nature, avec la création de la réserve artistique de Fontainebleau. Il en découle le questionnement suivant : comment et pourquoi ces lieux ont-ils attiré les peintres, mais aussi les photographes «primitifs» et ce, au point de former une petite capitale artistique excentrée, enfouie dans le territoire des feuillus, en marge d'un Paris dominé par l'académisme ? Et comment leur combat pour une autre peinture va-t-il se muer en une croisade en faveur des arbres ?

1 Philibert Guinier, «Foresterie et protection de la nature – l'exemple de Fontainebleau», *Revue forestière française*, décembre 1950, pp. 703-717 (p. 707).

2 Stéphane Héritier, «Les parcs nationaux entre conservation durable et développement local», *Géocarrefour*, vol. 82/4, 2007, pp. 171-175.

Les premiers temps de l'aménagement d'une «vieille forêt royale», reflet fidèle de l'évolution de la politique forestière française: de l'activité cynégétique au *mesnagement* des peuplements

Connue sous le nom de Forêt de Bière (ou encore Bierre) au XI^e siècle, elle incorpore le domaine royal en 1067, devenant un lieu apprécié des rois de France qui y venaient chasser. Cette activité cynégétique fut ainsi à l'origine des premières interventions étatiques françaises dans le domaine de l'aménagement. Ainsi, le roi de France Philippe Auguste (1165-1223), de la dynastie des Capétiens, «[...] *qui chérissait le plaisir de courir les fauves*»³, aurait doté la forêt de Bière d'un personnel de surveillance sous la responsabilité d'un «*Grand Forestier*», personnel qui, on peut le penser, ne devait alors pas manquer d'ouvrage. En effet, ce vaste domaine forestier – certains auteurs parlent pour cette époque de 30 000 hectares – présentait alors en son sein quantité de fiefs («*au nombre de 200 et plus*»⁴) indépendants de la couronne, dont de vastes domaines forestiers appartenant à divers nobles. Pour le forestier et historien Pierre Buffault, si la valeur économique des forêts avait longtemps échappé aux royautes précédentes (et notamment aux Carolingiens), il n'en fut pas été de même sous ces mêmes Capétiens⁵. Et effet, les premières grandes lois «françaises» visant à réglementer quelque peu les exploitations forestières apparurent dès la fin du XIII^e siècle, répondant au constat suivant: les forêts du domaine royal, soit alors environ 200 000 hectares⁶, présentaient un état fort dégradé consécutif à la multiplication «anarchique» des coupes et à une forte pression pastorale, le tout combiné à une absence de surveillance dans ces mêmes peuplements forestiers. La mise en place d'une première administration forestière chargée de la gestion des forêts du domaine royal français intervient sous le règne de Philippe V (dit Le Long, 1292-1322, 14^e roi de la dynastie capétienne), avec «l'ordonnance forestière» de 1318. Ce texte instituait des *Maîtres des Eaux et Forêts* chargés d'appliquer les ordonnances, aidés en cela par un corps de subalternes constitué de *Sergents* et de *Gardes*, plus particulièrement préposés à la surveillance des peuplements forestiers. De même (et entre autres), l'ordonnance interdisait sous peine d'amende le pacage du bétail dans les bois de *taillis*⁷ avant que ces derniers ne soient défensables, à savoir

3 Par *bêtes fauves*, on entend les cerfs et les chevreuils, les *bêtes noires* étant les sangliers. Abbé Guibert, *Description historique des château, bourg et forest de Fontainebleau*, Paris, Chez André Cailleau, 1731, 310 p. (p. 178).

4 *Ibid.*, p. 179.

5 Pierre Buffault, «La législation forestière de 1219 à 1376», *Revue Forestière Française*, février 1936, p. 142-152).

6 Chiffre avancé par Gustave Huffel et, cité par René Lefebvre, «Les services forestiers de la féodalité», in *Histoire de l'administration française – les Eaux et Forêts, du 12^e au 20^e siècle*, Paris, éditions du CNRS, 1990, p. 32.

7 Par *taillis*, on entend un peuplement qui est régénéré par l'évolution des rejets et drageons apparaissant sur les souches une fois la coupe du peuplement forestier, à savoir la «récolte» de tous les bois (coupe dite à *blanc-étoc*). À noter que si les feuillus (chênes, hêtres, charmes, châtaigniers) peuvent se régénérer par cette voie dite végétative, ce n'est pas le cas des conifères (pins, sapins, épicéas, mélèzes, etc.).

avant qu'ils aient atteint une taille suffisante permettant aux jeunes tiges d'être soustraites à la dent du bétail.

Cette première ordonnance constitue en fait le premier réglementaire français matérialisant en quelque sorte le souci d'aménager la ressource forestière, en veillant à la régénération des peuplements et à la reproduction de la ressource au cours du temps. Elle fondait le socle disciplinaire sur lequel par la suite aller reposer l'œuvre des générations successives de forestiers au service de l'État français puis, bien plus tard dans le temps, de la propriété forestière privée. Ainsi, selon Adolphe Parade, *«L'art d'aménager les forêts est né d'un besoin d'ordre et de la préoccupation de sauvegarder les nécessités de l'avenir, tout en donnant satisfaction aux exigences du présent»*⁸. Il n'en demeure pas moins vrai que le volet «production de bois» a durant longtemps été éclipsé par la fonction cynégétique ; la passion des rois de France pour la chasse est à l'origine des premiers aménagements forestiers visant à convertir de grands massifs forestiers en *futaie*⁹, soit un type de peuplement composé d'arbres de taille élevée, plus adapté aux chasses à courre que les ensembles buissonnants et touffus, les taillis. Ainsi, sous Henri IV qui venait chasser dans la forêt de Fontainebleau, les routes anciennes déjà existantes étaient élargies, passant à 9 mètres de large, et prolongées de façon à permettre aux dames de suivre en carrosse le déroulement de la chasse. De même, il était ouvert un grand nombre de routes et de layons forestiers *«[...] pour placer commodément les relais de chasse & traverser toute la forêt par le milieu»*¹⁰. Par la suite, cet effort fut poursuivi sous les règnes de Louis XIV et de Louis XV pour représenter, vers 1730, l'équivalent d'un linéaire de près de 700 kilomètres, donnant à cette forêt *«[...] un parfait dégagement & une grande commodité aux chasseurs»*¹¹. De nombreuses croix furent de même installées au centre des grands carrefours, ces derniers servant traditionnellement de rendez-vous de chasse¹². Au nombre de 15 au milieu du XVIII^e siècle, il n'en demeurait plus que 9 un siècle plus tard¹³. Chacune de ces croix donnait alors son nom à un *canton* (forestier), chaque can-

8 Adolphe Parade, «Notice historique sur l'art des aménagements», introduction (pp. IV-XXVI) de l'ouvrage d'Henri Nanquette, *Cours d'aménagement des forêts*, Nancy, Imprimerie Grimblot, 1860, p. IV de l'introduction.

9 Le même dictionnaire Robert date de 1375 la création du terme de futaie, issu du vieux français *fustaye*.

10 Abbé Guibert, *Description historique des châteaux, bourg et forest de Fontainebleau*, op. cit., p. 186.

11 L'abbé Guibert signale un total de 350 000 toises.

12 «Aujourd'hui, il y a 640 routes, non compris 100 carrefours, dans la forêt de Fontainebleau». E. Jamin, *Quatre promenades dans la forêt de Fontainebleau ou description physique et topographique de cette forêt royale*, Fontainebleau, Chez H. Rabotin, 1837, 301 p.

13 La croix de Guise, la croix du Grand-Maitre, la croix de Saint-Hérem, la croix de Souvray, la croix de Franchard, la croix du Grand-Veneur, la belle-Croix, la croix de Vitry, la croix d'Augas.

ton étant lui même divisé en *trriages*¹⁴, au nombre de 175 dans les années 1730. Ce découpage spatial est l'expression de l'effort de conception du corps forestier français dans le domaine de la production de bois, volet qui monta en puissance progressivement, en parallèle de la fonction cynégétique des peuplements forestiers de la couronne.

Le XIV^e siècle puis les siècles suivants se caractérisent en France par une cascade d'ordonnances royales visant à mettre de l'ordre dans les forêts, à savoir les *mesnager* (initialement, «mettre de l'ordre dans une maison»), terme qui donna par la suite le verbe *aménager*, relevé dans le vocabulaire forestier à partir du XV^e siècle. Ainsi, l'ordonnance de 1346 de Philippe de Valois précisait la façon de réaliser les coupes ; celles-ci devront être réalisées en rapport avec l'état des peuplements «[...] en regard à ce que les dites forez se puissent perpétuellement soutenir en bon état»¹⁵. Mais l'étape la plus importante pour la législation forestière française intervient 30 années plus tard, avec l'ordonnance de 1376. Celle dernière servit de base conceptuelle à presque 4 siècles de réglementation forestière française, en définissant pour la première fois des normes sylvicoles à appliquer pour assurer la pérennité des peuplements au cours du temps. Ce texte prescrit en effet de réserver dans les coupes huit ou dix jeunes arbres (des *baliveaux*)¹⁶ par arpent (soit un 0,51 hectare), tant dans les futaies que dans les taillis, tiges destinées à être soustraites des ventes et que les marchands avaient interdiction absolue de couper. Ainsi, en soustrayant de la coupe certaines tiges (les baliveaux) appelées à fournir en vieillissant du bois d'œuvre de gros diamètre (les futures *réserves*) et des graines pour leur renouvellement, on provoquait un changement de nature des peuplements forestiers, en passant d'un *taillis* à une forme composée appelée *taillis-sous-futaie*, présentant à la fois des rejets, le futur taillis, et des *réserves*, issues principalement de l'évolution de semis naturels donnant par la suite des arbres dits de *franc-pied*. L'*aménagiste* (à savoir l'homme de l'art chargé de concevoir le plan d'aménagement des forêts) intervenait directement –et ce pour la première fois de façon normée– sur la nature même des peuplements, et donc sur la future qualité des bois produits.

14 Du verbe *trier*, faire choix. Dans le vocabulaire des eaux et forêts d'alors, le mot *triage* se réfère à un sous-ensemble d'un *canton*, plusieurs triages formant une *garde*, confiée à la surveillance d'un Garde des bois du Roi. Chailland, *Dictionnaire raisonné des Eaux et Forêts*, Paris, Chez Ganeau, 1769, t. 1, 621 p. (p. 550). Hélas, le sens donné à ce vocabulaire évolua par la suite, compliquant singulièrement l'analyse des textes anciens. Ainsi au XIX^e siècle, le terme de *canton* peut être employé pour désigner aussi bien un lieu-dit qu'une garde...

15 Sainctyon, *Les édits et ordonnances des roys*, Chez la veuve Abal Langelier, Paris, 1610. Cité par Pierre Buffault, «Pour la défense des futaies», *Revue des Eaux et Forêts*, mai 1926, pp. 224-236 (p. 226).

16 Le terme de *baliveaux* s'applique «[aux] arbres qu'on réserve, à chaque coupe, pour croître en futaie et repeupler les bois». Jacques-Joseph Baudrillart, *Traité général des Eaux et Forêts*, t. I, *op. cit.*, p. 331.

Les études manquent encore pour savoir si ces premières normes de la fin du XIV^e siècle ont été abondamment appliquées (on peut même en douter). Néanmoins, le plus ancien aménagement de forêt de plaine connu remonterait lui aussi à 1376 et concerne la forêt normande de Roumare, dédiée alors à la fourniture de bois de marine pour l'arsenal de Rouen¹⁷.

Ces belles recommandations, comme toutes les ordonnances suivantes (et elles furent nombreuses: 1402, 1515, 1518, 1540, 1543, 1550, etc.) restèrent en très grande partie lettre morte dans un royaume de France où se succédèrent guerres et troubles politiques propices «[...] à un retour en force des bois sur les terres abandonnées et des confusions sur les limites de propriété encourageant ultérieurement des défrichements frauduleux¹⁸.» Toutefois, le XVI^e siècle fut riche en réformations, à savoir de vastes enquêtes réalisées par l'administration forestière du royaume à la demande de seigneurs laïques ou ecclésiastiques, destinées à faire le point sur l'exploitation forestière d'un massif forestier et à proposer de nouveaux règlements d'exploitation (forêt d'Orléans, forêts de Villers-Cotterêts, etc.). Mais le délabrement du domaine forestier se poursuivit à une telle vitesse qu'en octobre 1561, Charles IX prescrivit par ordonnance la mise en réserve, pour croître en futaie, d'un tiers des bois royaux mais aussi ecclésiastiques, mesure que prolongea Henri IV (ordonnance de mai 1597), «[...] pour remettre aussi et conserver à l'avenir le plus possible de bois en nature de haute fustaye¹⁹». Un troisième type de peuplements désormais recherché apparaissait, à savoir donc la *futaie*, composé d'arbres élancés et de hautes tailles, appelés à donner des bois de fort diamètre et pour ce, à croître durant des décennies, voire des siècles. Il faut noter que ce type de peuplement répondait alors à une demande en gros bois (pour les constructions navales mais aussi les besoins «domestiques»: poutres, planchers, etc.) mais favorisait aussi la pratique cynégétique, comme nous l'avons déjà souligné.

Les réformations successives (XVII^e-XVIII^e siècle): la montée en puissance de fonction «productrice» du massif forestier

Tout au long de ces mêmes siècles, la mise en ordre des forêts du royaume de France passait par des phases d'enquêtes lancées par les rois successifs, dénommées des *réformations*. Il s'agissait alors, sous la responsabilité d'un grand maître

17 Le règlement d'exploitation prévoyait «une assiette annuelle de coupes rases de 5 à 6 hectares réservant de 16 à 20 baliveaux par hectare». Louis Bourgenot, «Histoire des forêts feuillues en France», *Revue forestière française*, vol. XXIX, numéro spécial *Éléments d'histoire forestière*, 1977, pp. 7-26 (p. 11).

18 R. Lefebvre, «Les services forestiers de la féodalité», *op. cit.*, p. 67.

19 Sainctyon, *Les édits et ordonnances des rois*, *op. cit.*, p. 227.

enquêteur, de visiter le massif forestier et d'en vérifier les *droits d'usage*²⁰: «*Une réformation quelconque se commence ordinairement par une visite générale de la forêt que l'on veut réformer: et c'est de cette visite générale que dépend le plus souvent le sort d'une forêt*»²¹. Pour ce faire, la clôture des forêts était solennellement annoncée par un crieur public²². Et cette interdiction durait jusqu'à ce que la légitimité des droits revendiqués ait été vérifiée. C'est ainsi qu'en l'an 1400, Charles VI ordonna une première réformation de la forêt de Fontainebleau, menée par Hector de Chartres, «*maistre des eaues et forez es parties de Normandie et Picardie*»²³. En matière de droits d'usage, les villages et hameaux voisins avaient alors le droit de ramasser le bois sec et de faire paître leurs troupeaux de porcs et bêtes à cornes durant l'année - exceptée la période allant du 15 avril au 15 juin - dans les peuplements forestiers déclarés «*en défense de se garantir du brou des fauves et autres animaux*»²⁴ par leur taille. Mais en contrepartie, ces mêmes usagers s'engageaient à payer une redevance par famille et à porter secours lors des incendies.

L'exercice de la réformation évolua par la suite. En plus de la vérification des droits d'usage, on y adjoignait généralement le bornage des propriétés publiques puis la mise en ordre des peuplements, à savoir leur aménagement. Ainsi, entre le XVII^e et le XVIII^e siècle, la forêt de Fontainebleau connut trois réformations successives à savoir en 1664, 1716 puis 1750. L'intervalle relativement court entre chaque révision ne peut qu'interroger: faut-il y voir l'attention plus particulière de la royauté pour une forêt proche de Paris et chère aux yeux de la cours française pour la pratique de la chasse à courre? Ou bien, cette succession traduit-elle l'ampleur de la tâche à laquelle sont alors confrontés les forestiers français quant à l'aménagement de ce massif forestier? En fait, nous pensons que les deux hypothèses avancées se combinent.

La réformation de 1664 intervint à un moment majeur de l'évolution de la politique forestière française, l'épisode appelé la *Grande réformation* de Colbert (pre-

20 Les droits d'usage correspondent à une servitude dite réelle, à savoir le droit de se servir des produits d'un fonds, ici de nature forestière. Appartenant à une communauté d'habitants, ils prennent selon les régions une grande variété de forme: coupes de bois de chauffage, de bois d'œuvre pour la construction et l'entretien des bâtiments, extraction de feuilles, droit de pacage pour els bovins, de panage et de glandée pour les porcs, etc. Cf M. Proudhon, *Traité des droits d'usage*, Dijon, Victor Lagier, 1836, 624 p.

21 Plinquet, *Traité sur les réformations et les aménagements des forêts, avec une application à celles d'Orléans & de Montargis*, Orléans, imprimerie Jacob l'Aîné, 1789, 265 p. (p. 93).

22 «*Il n'était plus permis à personne d'y entrer, ni aux usagers pour jouir de leurs droits, ni aux marchands pour l'exploitation de leurs ventes*». Edouard Decq, «L'administration des eaux et forêts dans le domaine royal en France, aux XIV^e et XV^e siècles», Paris, Bibliothèque de l'Ecole des Chartes, 1922, t. 83, pp. 331-361 (p. 341).

23 Hiltrud Gerner, «Il y a 600 ans: Hector de Chartres commença la visitation des forêts de Normandie», *Revue forestière française*, n° 4, 1998, pp. 379-383.

24 Abbé Guibert, *Description historique des château, bourg et forest de Fontainebleau*, op. cit, p. 196.

mier ministre de Louis XIV), qui dura de 1661 à 1680. Comme le souligne Louis Bourgenot, l'intérêt du bras droit de Louis XIV pour le domaine forestier «[...] *n'était pas dû à une sensibilité irraisonnée et purement intuitive*²⁵.» En fait, la législation forestière nationale et l'état de la ressource ne permettaient plus d'entretenir une marine (de guerre et marchande) puissante, gages alors de suprématie des grandes puissances européennes. Aussi, le constat de déliquescence des forêts et des arsenaux navals du royaume poussa-t-il Colbert à faire adopter des mesures énergiques comme une sévère réorganisation de l'administration des Eaux et Forêts renforçant les pouvoirs des maîtrises des Eaux et Forêts (arrêt du 15 octobre 1661)²⁶ - la reconnaissance générale des forêts du royaume (instruction du 10 mars 1663) - et l'adoption d'une réglementation, avec la célèbre ordonnance de 1669, dite «Ordonnance de Colbert», sur «*le fait des Eaux et Forêts*»²⁷.

Désormais, les coupes réalisées dans les forêts royales devaient obéir à un règlement d'exploitation arrêté en conseil du roi. De plus, dans les forêts royales, ecclésiastiques, «*paroisses, communautés et gens de main-morte*», après reconnaissance des limites et des peuplements, un quart au moins des bois «les plus bien venant» est destiné à être mis en réserve («au repos») pour croître en futaie. L'effort de transformation des peuplements forestiers se poursuivait donc. Enfin, les droits d'usage dans les forêts du domaine royal mais aussi dans les peuplements appartenant aux communautés rurales se voient sévèrement réglementés. Ce fort bouillonnement «aménagiste» se traduit donc pour Fontainebleau sous l'Ancien Régime par une première réformation réalisée en 1664, sous la direction de Barillon, légiste «[...] *dont les connaissances forestières présentaient sans doute beaucoup de lacunes*»²⁸, secondé heureusement par un forestier de grande renommée, Louis de Froidour, futur grand maître des eaux et forêts de la grande maîtrise de Toulouse.

25 Louis Bourgenot; «La réformation de Colbert (1661-1680)», in *Histoire de l'administration française – les Eaux et Forêts, du 12^e au 20^e siècle*, Paris, CNRS, 1987, pp. 131-164 (p. 131).

26 Les agents forestiers du Roi sont désormais qualifiés pour intervenir non seulement dans les forêts royales mais aussi dans les propriétés ecclésiastiques et privées.

27 «Quoique le désordre qui s'était glissé dans les Eaux et Forêts de notre Royaume fût si universel et si invétéré que le remède en apparaissait presque impossible ; néanmoins le Ciel a tellement favorisé l'application de huit années que nous avons donnée au rétablissement de cette noble et précieuse partie de notre Domaine, que nous la voyons aujourd'hui en état de reflleurir plus que jamais et de produire avec abondance au Public tous les avantages qu'il ne peut espérer, soit pour les commodités de la vie privée, soit pour les nécessités de la guerre ou enfin pour l'ornement de la paix, et accroissement du Commerce par les voyages de long cours dans toutes les parties du Monde». Introduction de l'Ordonnance de Louis XIV sur *le Fait des Eaux et Forêts*, in Jacques-Joseph Baudrillart, *Recueil chronologique des règlements forestiers*, Paris, Chez Madame Huzard, 1821, 723 p. (p. 41).

28 Eugène Reuss, «Une légende forestière – le tire et aire», *Annales de l'École forestière des Eaux et Forêts et de la station de recherches et expériences*, tome VII, fasc. 1, 1938, pp. 3-166 (p. 27).

Cette vaste enquête nous laisse une description de la forêt à cette même époque. On apprend ainsi que plus de la moitié de sa superficie, soit 14 000 arpents (équivalent de 7 000 hectares) sur un total de plus près de 27 200, est en *places vides et vagues*, appelées aussi des *solitudes* ou *déserts*, à savoir des landes à bruyères parsemées de genévriers et de bouleaux. Cette végétation spontanée recouvre alors les terrains pauvres et arides, souvent accidentés, héritages des épandages de sables et grès siliceux datant de l'étage stampien. Ces *sables* et *grès de Fontainebleau* forment soit des dépôts meubles de sables siliceux blancs, soit des grès durs armant l'ossature des (fameux) reliefs de la forêt²⁹. Il en découle un paysage très particulier qui fut en fait recherché pour la promenade et ce, bien avant le mouvement romantique. Ainsi, à la toute fin du XVII^e siècle, un officier polonais aurait fait graver sur certains rochers «[...] *et même sur certains arbres des passages et sentences de la Sainte Ecriture* [...] *pour servir d'entretien à ceux qui s'y promènent & les engager à profiter des précieux moments & des salutaires pensées qu'inspire la solitude*»³⁰. De même, comme le souligne Eugène Reuss, bien avant le XIX^e siècle, les considérations d'ordre esthétique, sous l'Ancien régime, ont parfois guidé les aménagistes, à l'exemple de cette recommandation du règlement de coupes de 1664 à propos du canton du *Petit Mont Chauvin*, à savoir 40 arpents présentant alors quelques vieux chênes épars de 200 ans et plus, «*pillés et étêtés*» par la population voisine de Fontainebleau: ces arbres étant de faible valeur, il est recommandé de conserver tel quel ce peuplement «[...] *d'autant qu'il sert d'ornement du château, à la vue duquel il est exposé et cache des roches qui serviront d'objets de vue*»³¹.

La réformation de 1664 laissa de côté les terrains jugés «inutiles» d'un point de vue forestier pour concentrer son action sur la forêt «utile», soit alors 13 212 arpents. Pour les 7 000 arpents estimés comme de première qualité, en «*fustayes, demy-fustayes et quart de fustayes*»³², il est décidé de ne rien faire: ils ne seront mis en réserve, leur coupe n'intervenant qu'une fois terminée la régénération par recépage de l'autre grand ensemble composé des peuplements restants, soit 6 212 arpents, rassemblant les peuplements considérés comme fortement dégradés par des coupes abusives et/ou par le surpâturage. Cette opération était prévue pour durer 25 ans, à raison de 200 arpents par an mis à la vente ; il en découle que la mise en réserve des plus beaux peuplements devait donc courir sur au moins un quart de siècle. Enfin, Barillon reconduisait les droits d'usage reconnus jadis par ses prédécesseurs.

29 Au dessus de cet étage, on retrouve des dépôts de calcaire de Beauce, datant de l'Aquitaniien, affleurant sous forme de «monts» et de «buttes».

30 Abbé Guibert, *Description historique des château, bourg et forest de Fontainebleau*, op. cit, p. 196.

31 Eugène Reuss, «Une légende forestière – le tire et aire», op. cit, p. 45.

32 Soit des futaies pleines, des peuplements en présentant que la moitié de leur superficie en arbres de futaies, ou encore un quart. *Ibid.*, p. 28.

La seconde grande réformation de la forêt de Fontainebleau sous l'Ancien Régime intervint 50 années plus tard, en 1716, sous la direction de M. de La Faluère, l'un des deux grands maîtres des forêts de l'Île de France. Il semblerait que, jusque là, le règlement de 1664 n'avait guère été observé ou que du moins, le désordre s'était «réintroduit». Un nouvel arpentage était lancé, aboutissant à une contenance totale de 27 925 arpents, «*tan plein que vuide*» (contre 27 212 précédemment). Pour Eugène Reuss, qui fut en charge de cette même forêt de Fontainebleau (entre 1897 et 1912, puis, bien que retraité, entre 1914 et 1918), alors que la réformation de 1664 s'était principalement consacrée à réprimer les abus en tout genre qui appauvrirent cette forêt royale, La Faluère, pour sa part, s'est plus particulièrement penché sur le volet sylvicole. À l'exemple de son prédécesseur, il différencie l'ensemble composé des «meilleurs» peuplements (les futaies pleines ou encore incomplètes) des peuplements plus pauvres, composés «*des vieux arbres épars, places vagues à planter, terrains ingrats et roches stériles à abandonner*»³³. Mais globalement, l'état de la forêt est décrit comme préoccupant, ayant particulièrement souffert d'une grande gelée en 1709 et de divers autres abus. Le réformateur concentra ses efforts sur un premier ensemble composé de cinq grands groupes de peuplements, rassemblant chacun les triages présentant les peuplements de même âge³⁴. À partir de ces groupes, il définissait un plan de coupes minutieux (un *état d'assiettes*) couvrant une période de 102 ans (1717 à 1818), listant la succession des triages ou portions de triages à mettre en exploitation, avec les superficies prévues pour chaque triage³⁵. En parallèle, d'importantes opérations de régénération de la forêt étaient entreprises avec 13 000 arpentsensemencés et/ou replantés, entre 1720 et 1791³⁶.

Mais une nouvelle fois, la réformation prescrite eut peu d'impacts, les officiers de la maîtrise ne tenant guère compte du plan d'aménagement planté par l'auteur et ce, dès les tous premiers temps de la révision réalisée: La Faluère, qu'Eugène Reuss considérait comme un précurseur des aménagistes modernes, avait prévu une sorte de sommier de contrôle où les officiers chargés du massif forestier devaient inscrire, année après année, les coupes réalisées, de même que

33 *Ibid.*, p. 33.

34 Le premier groupe regroupe les triages dont les peuplements présentent un âge moyen inférieur ou égal à 30 ans - le deuxième groupe, de 30 à 50 ans - puis de 50 à 80 ans - 80 à 100 ans - enfin, de 100 à 120 ans.

35 Pour les spécialistes, il faut noter que l'aménagiste n'a pas recherché à obtenir un *rendement soutenu* en matière au cours du temps. Ainsi, pour 1720, les coupes devaient mobiliser 720 arpents contre par exemple 461 pour 1723 ou encore 166 pour 1734: La Faluère «[...] a systématiquement éparpillé les ventes (et sans doute aussi, fait varier systématiquement leur étendue), de façon à éviter le plus possible les sacrifices d'aménagement». *Ibid.*, p. 34.

36 Jean-Claude Waquet, *Les grands maîtres des eaux et forêts de France, de 1689 à la Révolution, suivi d'un dictionnaire des grands maîtres*, Genève-Paris, Droz, 1978, 439 p. (p. 287).

tous évènements importants relatifs à la gestion forestière. Or, ce document cessa d'être tenu à partir de 1722...³⁷ Aussi, la réalisation des coupes ayant tourné très rapidement au désordre général, une troisième réformation était-elle confiée en 1750 à Louis-François Duvaucel, *grand maître enquêteur et général réformateur des eaux & forêts de France au département de Paris et Île de France*³⁸. La superficie totale du massif est désormais évalué à 30 445 arpents, avec une surface considérée comme impropre à la production forestière ne représentant plus que 4 000 arpents, conséquence - on peut le penser - des efforts de reboisement entrepris depuis plus de 30 ans. Toutefois, la situation quant aux peuplements dégradés n'a pour sa part guère évoluée: elle représente encore 14 260 arpents que le réformateur propose en 40 ans de régénérer par recépages et plantations. Quant aux beaux peuplements, ils continueront à être menés en futaies, à 120 ans. Enfin, Duvaucel ne prévoyait pas un règlement d'exploitation aussi minutieux que celui de 1716, préférant laisser toute latitude au personnel de gestion, à savoir alors 2 maîtres particuliers et 7 officiers³⁹, chapeautés par de même Duvaucel.

Par la suite, le bilan de cette troisième et dernière réformation pour la période de l'Ancien régime s'avère contrasté. Malgré les efforts de Duvaucel, les abus se poursuivirent en nombre de telle sorte que pour tenter d'y remédier, une nouvelle ordonnance royale consacrée au *Règlement, tant à l'occasion des usagers & usages de la forêt de Fontainebleau, que du cantonnement des gardes*, était publiée en juin 1763, riche de 26 articles. Ainsi par exemple, les gardes de la forêt, les pâtissiers, boulangers, hôteliers, taverniers, cabaretiers, menuisiers, charrons, tourneurs «*& autres ouvriers du bois*», en activité, étaient privés des droits d'usage en vigueur (article VII)⁴⁰ ; quant à l'article XXIV, il excluait du droit de pâturage des animaux n'appartenant pas en propre aux usagers, *etc.*

De même, l'effort de reboisement des vides et des peuplements très dégradés se poursuivait tout au long du XVIII^e siècle, avec toutefois une nouveauté, à savoir l'introduction de conifères destinés à peupler les vastes superficies en landes, sur sols sableux (défavorables aux feuillus). Des premiers semis des pins maritimes, essence caractéristique des régions atlantiques et donc non spontanée en Île de France, ont été introduits en 1515, sous François I^{er}, par l'Intendant du

37 *Ibid.*, p. 35.

38 Il assura durant 30 ans la direction de la grande maîtrise de Paris dont relevait la forêt de Fontainebleau.

39 Michel Devèze, «Une admirable réforme administrative – la grande réformation des forêts royales sous Colbert (1661-1680)», *Annales de l'École forestière des Eaux et Forêts et de la station de recherches et expériences*, tome XIX, fasc. 2, 1962, pp. 169-296 (p. 279).

40 Chailland, *Dictionnaire raisonné des Eaux et Forêts*, Paris, Chez Ganeau, 1769, t. 2, 656 p. (p. 614).

château de Fontainebleau⁴¹. Ces peuplements connurent des fortunes diverses au cours des siècles suivant ; ainsi les grandes gelées de 1689 puis de 1709, détruisirent les peuplements existants qui furent par la suite reconstitués⁴². Il fallut ensuite attendre 1784 pour que des reboisements avec de nouvelles essences de conifères soient retentés en nombre ; sous la direction de M. de Chessac, grand-maître des Eaux et Forêts de l'Île de France, les peuplements de pins maritimes étaient complétés par des semis de pins sylvestres (dont les graines provenaient de Riga) et de pins laricio de Corse, essences plus adaptées à des conditions climatiques «continentales»«[et] dont la rusticité a pu seule triompher de l'ingrate nature du sol»⁴³. Ces deux essences prospérèrent de sorte qu'après plusieurs campagnes de reboisement (en 1802, 1807 puis plus régulièrement après 1811), la forêt de Fontainebleau, dans les années 1820, présentait en cette nature «[...] de trente à quarante mille pieds d'arbres de la plus belle venue, [formant] une des parties les plus précieuses de cette grande forêt»⁴⁴. Toutefois, malgré ces efforts de reboisements des vides, la superficie des terrains vagues était encore estimée à cette même époque à «3 ou 4000 hectares»⁴⁵, chiffre qui n'aura guère varié depuis 1789 et ce, malgré les reboisements en pins⁴⁶. Et sur le point de la richesse des peuplements, la situation se dégrada significativement durant la Révolution française, en particulier en 1792 et 1793, années où la dévastation de la forêt fut dénoncée comme «à son comble». Le personnel des eaux et forêts, mal payé, est alors présenté sinon comme complice des dévastations, du moins aveugle et sourd⁴⁷, avec en plus des officiers municipaux réalisant des bénéfices importants en rachetant à vil prix les

41 Mentionné par Gaston Bonnier, *La forêt de Fontainebleau*, Paris, E. Orlhac éditeur, 1920, 59 p. (p. 9)

42 «Un procès verbal de visite de toute la forêt, par M. de la Faluère, alors Grand-Maître, exprime que dans ce parquet [*parquet des pins*] existaient des pins âgés de 120 ans qu'il fit vendre en 1710 parce qu'ils étaient morts en cime et en racine par suite de la grande gelée de 1709 [...] Il est évident que les pins dont parle M. de la Faluère étaient des pins maritimes. Ce qui porte à le croire, c'est que pareille chose est arrivée en 1689 à tous les semis de cette essence faits dans les parties basses». «Documents sur la culture des pins dans la forêt de Fontainebleau», auteur anonyme, in E. Jamin, *Quatre promenades dans la forêt de Fontainebleau ou description physique et topographique de cette forêt royale*, op. cit., p. 270.

43 Marrier de Boisdhyver, «Greffage des pins dans la forêt de Fontainebleau», *Annales forestières et métallurgiques*, avril 1843, pp. 220-224 (p. 220).

44 Jaume de Saint-Hilaire, *Recueil de mémoires sur l'administration des forêts, sur les arbres forestiers et l'économie rurale*, Paris, Dondey-Duprès, 1832, 90 p. (p. 21).

45 «Documents sur la culture des pins dans la forêt de Fontainebleau», auteur anonyme, in E. Jamin, *Quatre promenades dans la forêt de Fontainebleau ou description physique et topographique de cette forêt royale*, op. cit., p. 272.

46 En 1789, la forêt de Fontainebleau présente 2 366 arpents en futaie (bois de 100 ans et plus) / 3 021 en gaulis (bois de 50 à 100 ans) / 12 492 en taillis de tous âges / 7 040 en plantations (on peut penser qu'il s'agit des surfaces en pins) / 7 956 «en rochers et places vaines et vagues». E. Sinturel, «La forêt de Fontainebleau de 1789 à 1794», *Revue des Eaux et Forêts*, août 1920, pp. 218-226 (p. 225).

47 «Si ventre affamé n'a point d'oreilles, il est peut-être logique de conclure que le personnel forestier entend fort mal le bruit des cognées des délinquants». E. Sinturel, «La forêt de Fontainebleau de 1789 à 1794», *Revue des Eaux et Forêts*, septembre 1920, pp. 255-263 (p. 263)

bois pillés: «*Si les gardes forestiers veulent s'opposer à cette violation de la propriété nationale, les délinquants les menacent et la main forte [les officiers municipaux], loin de les soutenir, semble plutôt prête à les livrer*»⁴⁸. Le retour à l'autorité n'intervint qu'après la chute de Robespierre et le démantèlement du gouvernement révolutionnaire, sous la Convention thermidorienne (juillet 1794 – octobre 1795).

Enfin, il faut noter au bilan de cette période de l'Ancien régime la montée en puissance de la dimension esthétique dans les objectifs d'aménagement, comme nous l'avons déjà souligné pour la réformation de 1664. Ainsi, le règlement d'exploitation de 1750 recommandait de préserver au sein du groupe représenté par les futaies de plus de 100 ans (alors évalué à 3 776 arpents) «[...] douze à quinze cent arpents pour perpétuer dans cette forêt des parties de fustayes toujours utiles, non seulement pour la décoration, mais encore pour les ressources que l'on peut en tirer»⁴⁹. Et malgré toutes les vicissitudes que connut par la suite la forêt, elle demeurait aux tous débuts du XIX^e remarquable entre autres pour ses vieux peuplements de chêne, estimés à au moins 300 ans - si non plus - par les auteurs de l'époque. Et c'est à cette même période que ce même massif se voyait allouer une nouvelle fonction, portée par le monde artistique et littéraire français.

Quand l'arbre et la forêt vinrent aux artistes: le goût de l'arbre

Les facteurs à mettre au compte de l'éclosion d'une nouvelle façon de peindre, hors de l'atelier, sont nombreux et interdépendants. Certains sont culturels, d'autres contingents.

À partir de 1830, les valeurs de l'art académique sont en voie de péremption au regard d'une société qui évolue à la même vitesse que le progrès, lequel, par effet de contrepoids, engendre chez les artistes et écrivains la nostalgie d'un âge d'or rustique et simple. Paris vit l'avènement d'une bourgeoisie capitaliste, corollaire d'un prolétariat qui se développe dans la misère et l'insalubrité les plus totales. Barbizon et sa forêt, ponctuellement fréquentés par les peintres, de la fin du siècle précédent à 1820, s'imposent comme une terre d'asile, une terre maternelle et généreuse pour les plus démunis⁵⁰. L'univers de la forêt panse les blessures d'orgueil, les échecs et les déceptions qui refroidirent les espoirs manifestés par la communauté artistique en 1830.

48 Destournelle, courrier du 5 ventose de l'an 2 de la République (23 février 1794), cité par E. Sinturel, «La forêt de Fontainebleau de 1789 à 1794», *Revue des Eaux et Forêts*, octobre 1920, pp. 281-288 (p. 286.)

49 Cité par Eugène Reuss, «Une légende forestière – le tire et aire», *op. cit.*, p. 45.

50 On pense ici au peintre Millet et à sa nombreuse famille qui y furent accueillis et bénéficièrent de la solidarité de l'Auberge Ganne et de ses disciples.

Pour la plupart, les peintres qui viennent à Barbizon ont été rejetés des circuits officiels et d'une institution des Beaux-Arts, sclérosée, où les sujets convenus et les conventions plastiques règnent sans partage, parce qu'ils ont envie d'autre chose, un «autre chose» qu'ils trouvent dans «l'ici et maintenant» d'un rapport sensible au monde. La forêt de Fontainebleau leur offre un vaste atelier à l'air libre. L'éphémère et le sensoriel s'imposent comme les forces motrices du paysage en tant que nature éprouvée, ressentie, dont les scènes n'ont désormais plus rien à voir avec le paysage idéalisé néo-classique mis au goût du jour par l'Empire.



Non étrangère à la prédilection accrue pour les sites ruraux, pastoraux et rustiques de Barbizon et de la forêt proche, une nouvelle destination artistique se substitue au voyage en Italie. Il s'agit de la Hollande dont les jeunes peintres ont pu admirer au Louvre, et même copier, les paysages, peints au XVII^e siècle par Jacob Ruysdael (fig. 1) ou Meindert Hobbema⁵¹. À ce titre, il est important de souligner le rôle des collections nationales dans cette sensibilisation. À l'instigation de Napoléon Bonaparte avait ouvert, le 10 août 1793, le Musée du Louvre, initialement pensé pour la formation des futurs artistes⁵².

Autre facteur, l'arrivée du train Paris-Lyon en gare de Melun en 1849 à 10 km de Barbizon va sérieusement favoriser l'émigration saisonnière ou prolongée

51 Citons parmi les collections du Louvre: *Le Coup de soleil*, *L'entrée d'un bois*, *Le Buisson* (maintes fois copié par les jeunes peintres de la nature, et même interprété à la gravure par Daubigny) pour Ruysdael et *La ferme dans les bois*, *La forêt de chênes*, *Le moulin à eau* pour Hobbema.

52 L'accès au Musée était réservé jusqu'en 1855 en priorité aux artistes qui pouvaient y venir toute la semaine, le public n'y étant admis que les samedis et les dimanches.

vers la forêt de Fontainebleau. Toutefois, l'atout le plus important, au regard de notre réflexion, est l'extraordinaire galerie de milieux naturels et de physionomies d'arbres que recèle la forêt. Cela dit, si l'arbre s'avère le régénérateur d'une peinture en mal de souffle nouveau, son intérêt pour les artistes n'est pas neuf. Pourquoi et à partir de quand l'arbre va-t-il devenir le motif privilégié voire exclusif du paysage peint ? Cet arbre par lequel l'artiste est venu à la forêt réclame une rapide mise en perspective historique.



C'est à la Renaissance, que l'arbre s'est imposé progressivement dans la peinture, ponctuellement dans la pratique de l'étude sur le motif et des vues rapportées de voyages —on pense à Dürer se rendant en Italie—, puis dans l'élaboration du tableau.

Jalonnant la profondeur fictive de la scène peinte, l'arbre est par excellence un élément structurant et ornemental, parfois symbolique. Rejeté vers les bords du tableau d'atelier et d'essence indéfinissable, il s'impose comme l'un des signes d'énonciation forts du paysage dit «classique», dont l'archétype est élaboré et fixé au XVII^e par deux peintres français fixés à Rome: Poussin et Le Lorrain (fig. 2 et 3⁵³).

La peinture au naturel

Un siècle après les *Cours de peinture par principes* (1668-1708)⁵⁴ de Roger De Piles, les *Conseils*⁵⁵ que dispense Pierre-Henri de Valenciennes (1850-1818) en 1801 à qui se destine au paysage sont les dignes continuateurs des principes de son prédécesseur. Ils incitent cependant à pousser plus avant l'étude directe de la nature en extérieur et à l'huile, conformément à sa propre pratique de la pochade sur de petits formats, ces derniers privilégiant deux motifs: les arbres et les nuages (fig. 4 à 7⁵⁶). Intitulée «Etudes d'après nature», une longue partie est notamment réservée aux «Etudes d'arbres, de rochers, de plantes, etc.». En voici la teneur dans un paragraphe-tableau dont nous ne résistons pas à livrer l'intégralité.

«En général, tous les moments sont bons pour copier et représenter la nature ; elle est toujours belle quand on sait bien la choisir ; mais il est des circonstances plus ou moins favorables pour en saisir le brillant et l'agréable. Il faut, par exemple, avoir attention de ne pas la peindre à la suite des grands vents, parce que la poussière qu'ils ont élevée, portée sur les arbres et tous les autres objets, les décolore, les fane, et leur donne des teintes fausses. Attendez que la pluie les ait nettoyés et leur ait rendu leur éclat. Ce n'est pourtant pas immédiatement après la pluie qu'il faut peindre ; donnez le temps à la terre de boire l'eau de sa surface, qui la rendrait trop brune ; aux arbres de laisser sécher leurs écorces et les branches dont la couleur est foncée par l'humidité ; tous les tons seraient alors noirâtres, mais au bout d'une heure, quand tous les objets ont repris leur couleur naturelle: voilà le moment qu'il faut saisir avec empressement. Les nuages

53 Par exemple: Nicolas Poussin, *Le Ponte Molle près de Rome*, plume et encre brune, pinceau et lavis brun sur traits à la pointe de métal, 18,7 x 25,6 cm, Vienne, Albertina, et Nicolas Poussin, *Les funérailles de Phocion*, 1648, Louvre, Paris

54 Cf. R. De Piles, *Cours de peinture par principes* (1668-1708), rééd. J. Chambon, Nîmes, 1990 ; cet ouvrage capital réserve une part conséquente à l'étude du paysage en plein air.

55 Cf. Pierre-Henri de Valenciennes, «Réflexions et conseils à un élève sur la peinture et particulièrement sur le genre du paysage», in *Eléments de Perspective pratique à l'usage des Artistes (...)*, 1801, reprint Minkoff, Genève, 1973, voir rééd. Rumeur des âges, La Rochelle, 2005, pp. 42-43.

56 *Les jardins de la Villa Borghèse*, vers 1782-1824, huile sur papier, 35,4x27,5 cm, coll. part. ; *À la Villa Borghèse, la maison forestière*, vers 1782-1824, huile sur papier marouflé sur carton, 28,3x42,4 cm, Poitiers, Musée Sainte-Croix ; *À la Villa Borghèse, la maison forestière*, vers 1782-1824, huile sur papier marouflé sur carton 28 x 40,5 cm, Louvre ; *À la Villa Borghèse, la maison forestière*, vers 1782-1824, huile sur papier marouflé sur toile, 28 x 41,3 cm, Louvre.

sont déchirés et dispersés ; leurs masses sont imposantes et diversement éclairées ; les rayons du soleil les percent et les traits de lumière se répandent avec éclat. Les rochers se trouvent vivement colorés ; les arbres, les plantes reprennent une nouvelle vigueur ; les feuilles, naguère penchées et flétries, se relèvent sur leur tige et se parent d'une verdure fraîche et brillante. Les fleurs rouvrent leur calice ; les mousses, les gazons recouvrent leur ton d'émeraude. Tout ce qui est animé dans la nature paraît recevoir une nouvelle vie. L'eau salubre a pénétré et développé toutes les facultés végétales ; les oiseaux qui s'étaient tapis ou cachés dans le temps de l'orage, reparaissent avec joie et présentent leurs plumes mouillées aux rayons bienfaisants du soleil qui les sèche et les colore. Ils semblent, par leur ramage, remercier l'Être suprême et chanter les merveilles de la Nature. Quel est l'homme qui peut rester insensible à ce sublime spectacle ? A plus forte raison quel est le peintre qui pourra le voir sans enthousiasme ? »⁵⁷



L'exaltation des dynamiques à l'œuvre dans la nature est ici révélatrice d'un tempérament préromantique qui cerne les jeux d'échelle et d'interaction entre éléments et phénoménologie de la nature. L'épreuve peinte est l'expression de l'osmose entre la sensibilité physique et spirituelle du peintre d'une part et la réactivité de la nature aux forces qui la dominent comme le vent la pluie, l'air, la

⁵⁷ *Idem*, pp. 42-43.

lumière, *etc.*, d'autre part. Les études de sous-bois de Valenciennes témoignent de ses considérations écrites:

«Ne manquez pas de faire quelques études peintes de beaux arbres isolés ou en masse. Attachez-vous à tous les détails de l'écorce, de la mousse, des racines, de l'embranchement, du lierre qui les entoure et qui leur est attaché [...]»⁵⁸

Comment ne pas mettre ce sentiment de l'écorce, de l'humidité, du brin d'herbe, en relation complice avec ces mots pré-romantiques et romantiques célèbres, qu'il s'agisse en Grande-Bretagne du poète Wordsworth lorsqu'il écrit: «*Notre esprit va boire par tous les pores*»⁵⁹, de Constable qui éprouve le monde qu'il peint plus qu'il ne le voit, ressent la pluie et le soleil à la manière d'un animal ou d'un arbre et déclare: «*Pour moi, peindre n'est qu'un autre mot pour sentir...*»⁶⁰, ou encore de l'Allemand Friedrich pour lequel «*le sentiment de l'artiste*» a force de loi, «*la sensation pure ne peut jamais être contraire à la nature, elle est toujours conforme à la nature*»⁶¹?



58 *Ibid.*, p. 35

59 La complicité entre les œuvres du poète et de Constable a été soulignée par l'historien de l'art britannique K. Clark, *L'art du paysage*, G. Monfort éd., coll. Imago mundi, Brionne, 1988, pp. 101-108.

60 Propos de Constable cité par Henri Zerner, in *Tout l'œuvre peint de Friedrich, Les classiques de l'art* Flammarion, Paris, 1982, p. 9.

61 *Idem.*

Le traité de Valenciennes et surtout sa portée pédagogique dans le cadre de l'école des Beaux-Arts à partir de 1812 vont jouer un rôle capital pour la peinture à venir, dont la concrétisation pourrait bien être la démarche de Monet. Par ailleurs, Valenciennes va jouer, en 1816, un rôle majeur dans la création d'un prix de Rome du «paysage historique», faisant ainsi remonter le paysage dans la hiérarchie des genres alors dominée par la peinture d'histoire. L'une des deux phases probatoires de ce nouveau prix est l'épreuve dite du «concours de l'arbre». L'assertion de R. De Piles, à savoir que le mérite d'un peintre se mesure à sa virtuosité en matière d'arbres, se trouve confortée et, d'une certaine façon, institutionnalisée.

Par ailleurs, correspondant peu ou prou à la date des réflexions de Valenciennes et à l'avènement de l'Ecole de Barbizon, une lettre de Chateaubriand, datant de 1795 et publiée en 1830 dans le tome XXII de ses œuvres complètes, mérite attention. A mettre au compte d'une observation rigoureuse de la nature, la *Lettre sur le paysage en peinture* critique sans ménagement la façon dont l'art envisage la nature. «En général, les paysagistes n'aiment point assez la nature et la connaissent peu» remarque-t-il, ajoutant plus loin: «Quelquefois la paysagiste comme le poète, faute d'avoir étudié la nature, viole le caractère des sites. Il place des pins au bord d'un ruisseau, et des peupliers sur la montagne [...]. L'étude de la botanique me semble utile au paysagiste, quand ce ne serait que pour apprendre le feuillé et ne pas donner aux feuilles de tous les arbres le même limbe et la même forme.»⁶²



62 François-René de Chateaubriand, *Lettre sur le paysage en peinture* [1795, publiée pour la première fois en 1830 dans *Œuvres complètes*, t.XXII, Paris, Ladvocat], et rééd. Rumeur des âges, La Rochelle, 1993, pp. 8-14.

De cet art détaché de la réalité biologique de la nature à la montée en puissance de l'observation pratiquée par Valenciennes —au sens plein de l'étymologie latine du mot: *ob-servare* = «servir, respecter ce qui est devant», la racine indo-européenne serf connotant l'idée d'«être esclave de»—, l'on sent bien que le pouvoir de l'art et son idéologie vont changer de référent.



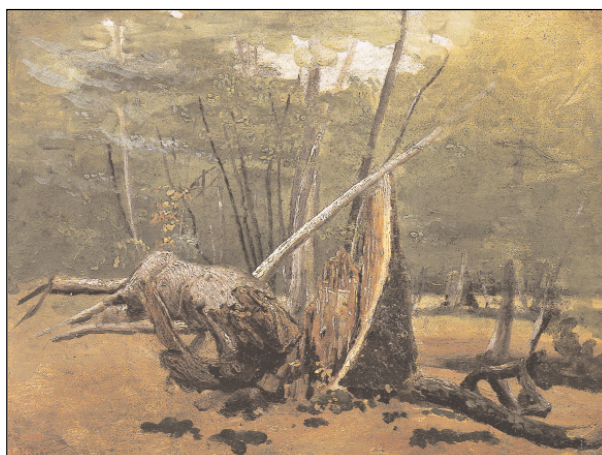
Corot (1796-1875), tout au long de sa carrière, incarnera sans complexe ces deux partis-pris antagonistes: celui d'un paysage idéalisé qui ressasse les mêmes ingrédients en des tableaux fort prisés de la bourgeoisie de l'époque, et celui de l'étude enlevée sur le vif, débordante de vie et de fraîcheur dont la facture s'est épanouie sous le ciel d'Italie puis en forêt de Fontainebleau, forte des conseils de Michallon, premier lauréat du prix de paysage historique. Pour exemple, il suffit de confronter l'étude *Vue prise à Narni*, datant de 1826, et le tableau qu'elle a nourri, présenté au Salon de 1827 (fig. 8 et 9⁶³).

De l'arbre à la forêt

L'épreuve dite de l'arbre ayant jeté pour un temps les artistes à travers les chemins forestiers de Saint-Cloud, Villers-Cotterêts, Fontainebleau, des habitu-

63 Camille COROT, *Vue prise à Narni*, septembre 1826, 34x48 cm, Musée du Louvre ; *Vue prise à Narni*, 1826-27, 68X94,5 cm, Ottawa, National Gallery of Canada.

des se sont progressivement imposées. C'est ainsi que Corot y est venu, très régulièrement, entretenir son œil et son pinceau à la belle saison autour de Barbizon, souvent accompagné de jeunes peintres, auxquels il communique les ressorts de son métier. Il a laissé de ces séjours de vibrantes études comme *Détails de troncs d'arbres en forêt* en octobre 1822 (fig. 10). La clairière qui se déploie autour de l'arbre brisé et de sa souche fait office de «boîte à lumière», de réflecteur ; elle baigne la scène dans une atmosphère vert doré. Ce choix nous incline à penser que la qualité de lumière joue ici un rôle déterminant ; le peintre traduit sur le support à travers elle cette conjonction d'éléments qui renvoie à l'intimité profonde d'un milieu spécifique à un moment donné du jour.





Après son séjour en Italie (1825-1828), retrouvant ses lieux inspirateurs favoris, il brosse *Le Rageur, forêt de Fontainebleau* (vers 1830, fig. 11), *Fontainebleau, chênes noirs du Bas-Bréau* (vers 1831-1833, fig. 12)⁶⁴.

Comme nombre de ses semblables avant et après lui, Corot aborde les vieux chênes, comme l'on dialoguerait avec quelqu'un de vénérable qui nous tiendrait en respect, à cette juste distance qui permet de les contenir tout entiers dans la toile. C'est ainsi qu'avec le temps, la tradition orale des autochtones ou la fantaisie des artistes, ce culte –cette fraternité– a fini par leur décerner un nom: ainsi *Le Rageur* peint par Corot⁶⁵ et Antoine-Louis Barye⁶⁶, *Le Cageux*, *Le Charlemagne* peint par Constant Dutilleux, disciple de Corot⁶⁷, *Le Jean-de-Paris*, *L'Empereur*, *Le Braconnier* peint en 1869 par Narcisse Diaz, disciple et admirateur de Th. Rousseau⁶⁸, *Le chêne Bodmer* peint par Claude Monet⁶⁹, etc. Mais nul n'a mieux et autant peint ces colosses façonnés par les intempéries, ressuscités par d'innombrables printemps, que Théodore Rousseau (1812-1867)⁷⁰ dont la

64 Huile sur papier marouflé sur bois, 39,7x49,5 cm cf. catalogue d'exposition, *Corot 1796-1875*, Galeries nationales du Grand-Palais, Paris, 1996.

65 Collection particulière.

66 Conservé par la Ville de Fontainebleau.

67 Huile sur Toile, 54,5x65,5 cm, Arras, Musée des Beaux-Arts.

68 Huile sur toile, 80x105 cm, conservée au Musée d'Orsay, Paris.

69 *Le Chêne Bodmer, Forêt de Fontainebleau*, huile sur toile, 96,2x129,2 cm, New York, Metropolitan Museum of Art. Bodmer était le nom d'un artiste suisse venu à Barbizon vers 1840, l'aura artistique de ces lieux attirant de nombreux peintres européens.

70 Né à Paris d'un père tailleur d'habits et d'une mère fille de sculpteur marbrier ; sa famille compte quelques personnalités liées à l'art: un peintre doreur, un élève de David, un paysagiste Pau de Saint-Martin qui lui donnera ses premières leçons de peinture. Il commence à peindre *in situ* autour de Paris, trouve sa vocation de peintre dans le bois de Boulogne. Puis il entrera dans l'atelier du peintre néo-classique Rémond, Grand Prix de Rome, et il n'est pas impossible que ce maître qui avait été l'ami de Michallon ait été son initiateur dans la découverte de la forêt de Fontainebleau.

forêt de Fontainebleau accueille, à partir de 1829, la foulée et le regard à l'affût de motifs.

Théodore Rousseau est l'un des rares artistes à prolonger ses séjours à Barbizon au-delà de la belle saison, tard dans l'automne, voire à y passer l'hiver et presque toute l'année. Il est aussi parmi les peintres celui qui nous a laissé le plus de notations quant à son sentiment de la nature, entretenu et vivifié par une immersion solitaire au cœur de la forêt, à l'orée des clairières. Pour preuve, quelques extraits :

«Moi lorsque je peins un ciel, j'ouvre mon intelligence»

«Le silence est d'or. Quand je suis à mon observatoire de Belle-Croix, je n'ose bouger, car le silence m'ouvre le cœur des découvertes. La famille des bois se met alors en action. C'est le silence qui m'a permis, immobile que j'étais comme un tronc d'arbre, de voir le cerf à son gîte et à sa toilette. Celui qui vit dans le silence devient le centre du monde.»

«La voix des arbres, les surprises de leurs mouvements, leurs vérités de forme et jusqu'à leur singularité d'attraction vers la lumière m'avaient tout d'un coup révélé le langage des forêts. Tout ce monde de flore vivait en muets dont je devinais les signes.»⁷¹

«Notre art est capable d'atteindre au pathétique que nous voulons retrouver, par la sincérité de la portraiture, par la vérité exacte ; en observant toute la religion de son cœur, on finit par songer à la vie de l'immensité, on ne copie pas ce qu'on voit avec la précision mathématique, mais on sent et on traduit un monde réel dont toutes les fatalités vous enlacent»⁷².

À ce point de notre exposé, mention doit être faite de la concomitance, autour de 1850 dans la forêt de Fontainebleau, de l'exercice de la peinture et des premiers pas de la calotypie⁷³, la première préfigurant l'esthétique de la seconde, et la seconde confirmant le caractère novateur de la première. Le choléra sévissant dans Paris, l'un des brillants acteurs de la photographie dite «primitive», Gustave Le Gray⁷⁴, débarque à Barbizon en 1849. Il suivait

Par ailleurs, il se familiarise au Louvre, par la copie, avec les œuvres du Lorrain et des maîtres hollandais et flamands.

71 Sensier, p. 52, cité par P. Miquel, *op. cit.*, p. 434.

72 *Propos* cité in André Parinaud, *op. cit.*, p. 34.

73 Principe du négatif/positif mis au point par W. H. Fox Talbot en Angleterre (1839), procédé qui supplantera rapidement le daguerréotype.

74 Une exposition et un ouvrage-catalogue de référence ont été consacrés à ce photographe primitif, ingénieux autant qu'artiste: *Gustave Le Gray 1820-1884*, catalogue d'exposition, BNF / Gallimard, Paris, 2002.

l'enseignement classique de Delaroche, peintre d'histoire très en vue. Invité par Arago à la présentation officielle de la photographie à l'Académie des sciences en 1839, ce dernier serait rentré à l'atelier en disant à ses élèves: «*la photographie est née, la peinture est morte*». Aux questions du scientifique quant à l'intérêt de la nouvelle technique, il avait répondu: «*l'admirable découverte de M. Daguerre est un immense service rendu aux art*». ⁷⁵ Rien d'étonnant donc à ce qu'un peintre photographe rallie la colonie artistique de Barbizon. Son exemple sera suivi par d'autres, notamment Charles Marville et surtout Eugène Cuvelier qui épouse en 1859 la fille de l'aubergiste de Barbizon, le père Ganne, avec Corot pour témoin. La mise en page et le choix des sites des peintres les inspireront et réciproquement leurs épreuves serviront parfois d'étude préparatoire à ces derniers. Toutefois leurs calotypes, épreuves à partir de négatifs papier exposés dans la chambre noire, iront plus avant dans l'exaltation de l'intimité forestière, de ses fourrés inextricables, de la confusion entre roches recouvertes de lichens, écorces et feuillages induite par les taches de lumière (fig. 13, 14⁷⁶). C'est un tout autre récit des lieux, tension entre poésie formelle et lumineuse, constat fragmentaire et éclairage instantané.



On peut saisir la mutation que l'épreuve argentique induit, par contamination du regard des peintres, en mettant en regard les premières exploitations sérieuses rigoureuses de deux motifs: *Sortie de forêt à Fontainebleau* selon deux versions

⁷⁵ Propos de Delaroche inclus dans le discours de D.-F. Arago (1839), *Le daguerréotype*, La Rochelle, Rumeur des Ages, 2003, p. 41.

⁷⁶ Gustave Le Gray, 1852, *Fontainebleau. Chêne rogneux près du carrefour de l'Épine*, 252 x 373 mm ; Eugène Cuvelier, *Tronc de pin sylvestre*, vers 1860.

(fig. 15, 16⁷⁷), le matin et le soir, peintes par Rousseau et présentées au Salon de 1850, puis *Le Pavé de Chailly. Route du Bas-Breau*, et *Le Pavé de Chailly dans la Forêt de Fontainebleau*, peintes vers 1865 par Monet (fig. 17, 18⁷⁸).



Les premières sont inspirées par les lumières extrêmes du jour, l'une émergeant des brumes matinales, l'autre tirant son rideau d'arbres ténébreux sur la même scène: un âge d'or pastoral en passe de disparaître. Les secondes aspirent le grand jour, des hautes lumières, d'un réel analysé en termes de taches juxtaposées, supports d'effets de contraste. Monet ne peint pas les choses, mais veut rendre «l'enveloppe» d'air et de lumière qui les environne et s'interpose entre elles et lui⁷⁹. Pour lui, un motif en vaut un autre.

77 Th. Rousseau, *Sortie de forêt à Fontainebleau*, vers 1848, huile sur toile, 96,5x132,4 cm, Paris, Musée du Louvre, et *Sortie de forêt*, vers 1848, huile sur toile, 142x197,5 cm, Londres, Wallace collection.

78 Respectivement: *Le Pavé de Chailly. Route du Bas-Breau*, huile sur toile, 59 cm x 44 cm, vers 1865 [Musée d'Orsay, Collection Moreau-Nélaton], et *Le Pavé de Chailly dans la Forêt de Fontainebleau*, vers 1865, huile sur toile, 97 x 130,5 cm, Copenhague.

79 Monet, dans une lettre à G. Geffroy le 7 octobre 1890, emploie le terme d'enveloppe pour définir l'objet de sa peinture: «mais plus je vais, plus je vois qu'il faut beaucoup travailler pour arriver à rendre ce que je cherche: l'instantanéité, surtout l'enveloppe, la même lumière répandue partout...»; «C'est à rendre fou furieux, quand on cherche à rendre le temps, l'atmosphère, l'ambiance» (21 juillet 1890), in *Monet sa vie, son œuvre*, par Gustave Geffroy, Macula, Paris, 1980, p. 308.

Par l'art pour la forêt

Toutefois, c'est l'un des aspects pragmatiques de la photographie –et plus globalement des représentations fidèles– qui nous intéresse ici dans le sens où, preuve par l'image⁸⁰, elle va emboîter le pas au militantisme en faveur de la protection de la forêt initié par Rousseau. Ainsi lit-on dans une lettre datée du 30 décembre 1861 adressée par le peintre Millet à Rousseau, son ami le plus intime: «[Eugène Cuvelier] m'a fait voir quelques photographies très-belles, prises dans son pays et d'autres dans la forêt. C'est pris avec goût et dans les plus beaux endroits destinés à disparaître»⁸¹.

Si l'on perçoit le rôle que va jouer la photographie comme argument visuel dans l'instruction des dossiers de protection des sites, il convient de revenir à Rousseau qui associe les sites naturels à l'un des chevaux de bataille du Romantisme. Nous touchons là celui des charmes et des valeurs de la ruine, de la précarité et des effets néfastes du temps qui passe, qui a engendré des prises de conscience radicales. En effet, les sommes iconographiques composées par le baron Taylor pour les *Voyages pittoresques et romantiques dans l'ancienne France*⁸² dès 1820 ont constitué la base documentaire à partir de laquelle travaillera la Commission des monuments historiques créée le 29 septembre 1837. Rousseau est aux arbres centenaires de sa forêt ce qu'a été Taylor pour les témoignages architecturaux du passé: un inlassable et ardent défenseur. Le Romantisme, avec sa nostalgie positive, l'extension pragmatique de son attachement aux signes d'un passé remarquable –l'arbre centenaire est à sa manière un héros– a alerté les consciences européennes, et réussi à mobiliser les pouvoirs.

Ainsi Rousseau proteste-t-il dès 1839 contre les coupes planifiées par l'administration des eaux et forêts parmi les chênes de Barbizon, publiant un article dans *l'Artiste*. Ralliés à la cause de la forêt, peintres et écrivains dont Victor Hugo, s'associent en 1872 pour pétitionner à Paris et créent un *Comité de protection artistique de Fontainebleau*. «Ils contemplant la nature comme des mystiques et adoptent de véritables attitudes politiques, proches des écologistes d'aujourd'hui, con-

80 Cf. Discours d'Arago (1839) sur le daguerréotype et son intérêt pour les mesures de protection: «les travaux qui s'exécutent aujourd'hui dans notre propre pays, sous le contrôle de la commission des monuments historiques. D'un coup d'œil, chacun apercevra alors l'immense rôle que les procédés photographiques sont destinés à jouer dans cette grande entreprise nationale.», cf. note 41, pp. 40-41.

81 Lettre citée par R. L. Herbert, «Millet et la photographie» in *L'Ecole de Barbizon. peindre en plein air avant l'Impressionnisme*, catalogue d'exposition, Musée des beaux-Arts de Lyon-RMN, Paris, 2002, p. 69.

82 Voir à ce propos: H. Saule-Sorbé, *Languedoc. Voyages pittoresques et romantiques dans l'ancienne France*, Bibliothèque de l'image, Paris, 2002

tre les «abus civilisés» commente André Parinaud⁸³. Ils réagissent aussi aux excès d'aménagement lorsque l'administration forestière entreprend de remplacer les «vides stériles» – adieu le désert des Gorges d'Apremont – par des plantations:

«La forêt d'avant les grandes plantations de pins du règne de Louis-Philippe avait un caractère désertique, désolé, grandiose, qu'elle a perdu depuis que les 15 millions de pins sylvestres de M. de Boisdhyver on fait d'elle une immense usine végétale, un peu trop semblable aux forêts industrielles des Landes.»⁸⁴

Le 29 novembre 1850, la *Commission des Monuments historiques* examine «une réclamation adressée au Ministre par un certain nombre de peintres paysagistes au sujet d'un projet conçu par l'administration des forêts d'abattre les futaies du Bas-Bréau». L'Académie des Beaux-Arts estime quant à elle que «la *Commission doit intervenir en faveur de la conservation de ces arbres qui sont la meilleure école de paysage que les peintres puissent trouver dans notre pays*»⁸⁵. Cette intervention n'ira pas sans mal, les forestiers s'insurgeant contre cette intrusion dans leur domaine de compétence, comme nous allons le voir...

La promotion d'un paysage grandiose: Denecourt, le «Sylvain»

Comme le souligne fort justement Bernard Kalaora, dès 1840, il devint évident «pour les esprits intuitifs ou avertis» que la forêt de Fontainebleau se transformerait en un faubourg parisien⁸⁶. Et parmi ces personnes «éclairées», le plus grand artisan du mouvement de découverte du massif forestier fut sans nul doute possible Claude-François Denecourt (1788-1875). Originaire de la Haute-Saône, ses parents, vignerons, gagnaient par la suite le département des Vosges pour tenir une auberge. Et c'est au contact des montagnes vosgiennes que notre personnage aurait pris goût au spectacle de la Nature⁸⁷. Sans grande instruction, il s'engageait par la suite à 21 ans dans les armées napoléoniennes, obtenant un congé après avoir été blessé en Espagne en 1812. Après un court passage dans les douanes où il restaura une santé dégradée, il démissionnait de cette fonction pour se réengager, terminant les guerres

83 In *Barbizon, les origines de l'Impressionnisme*, Adam Biro–Bonfini, Paris, 1994, p. 137-138.

84 André Billy, *Les beaux jours de Barbizon*, Presses du Village, Etrépilly (77), 1985, p. 67.

85 Cf. Archives du Patrimoine, 80/15/7, séance de la commission des Monuments historiques, 29 novembre 1850, éléments cités par Arlette Auduc, in «Paysage, architecture rurale, territoire: de la prise de conscience patrimoniale à la protection», revue électronique *In Situ* n°7 - février 2006. http://www.insitu.culture.fr/article.xsp?numero=7&id_article=auduc-912

86 Bernard Kalaora & Valentin Pelosse, «La forêt loisir, un équipement de pouvoir – l'exemple de la forêt de Fontainebleau», *Hérodote*, n°7, 1977, pp. 92-128 (p. 98).

87 «Ceci nous explique le mysticisme un peu sauvage de son caractère, sa tendance à rechercher et à supposer le merveilleux, sa passion pour les spectacles éternels». Auguste Lichet, «Pour qui ce livre est fait», in Asselineau & alii, *Hommage à C. F. Denecourt*, Paris, Hachette, 1855, 368 p. ; pp. 1-23 (p. 9).

de l'Empire au grade de sergent. Par la suite, il assura durant 14 ans les fonctions de concierge de caserne, à Melun puis à Versailles, avant d'être licencié, par ordre du maréchal Soult, «*comme suspect de républicanisme*»⁸⁸. Ayant appris le métier de bijoutier durant la période des 100 jours, il s'installait à Fontainebleau en 1832 pour y assurer cette profession ; il en tira une honnête aisance qu'il consacra par la suite en grande partie à l'aménagement touristique⁸⁹ du massif forestier voisin.

En effet, Denecourt est présenté par ses contemporains comme ayant développé pour cette forêt «[...] *une passion ardente, pure, généreuse que le temps a exaltée*»⁹⁰. Et il fut pour cette forêt «[...] *ce qu'Alphand fut aux jardins, parcs, promenades, et espaces boisés de la capitale*»⁹¹. Il joua en fait un rôle double, en premier lieu, en éditant des guides du voyageur en forêt de Fontainebleau, un formidable succès, avec pas moins de 11 éditions entre en 1839 et 1848 (pour un total de 35 à la veille de la Première Guerre mondiale). À noter que contrairement à ce qu'affirment certains auteurs, Denecourt n'est pas le premier à avoir édité un guide du voyageur en forêt de Fontainebleau. Dans cette fin de décennie 1830, suite à la nouvelle attention portée par le monde artistique et littéraire français à la forêt de Fontainebleau, cette dernière devint un sujet d'édition prisé. On relève ainsi des textes littéraires - comme par exemple les *Souvenirs poétiques* du Baron de Cès Caupenne⁹² (1835) ou encore en 1836 un poème «flamboyant» en quatre chants suivi de poésies diverses signé par un certain Alexis Durand, menuisier à Fontainebleau⁹³ - mais aussi des ouvrages plus descriptifs consacrés au château et à son massif forestier environnant. Par exemple, le conservateur de la bibliothèque du château royal de Fontainebleau, Charles Rémond, rédigeait en 1820 un *Guide du Voyageur à Fontainebleau* dans lequel la description de la forêt occupe un long paragraphe⁹⁴. Il y vantait son intérêt naturaliste mais aussi la beauté des

88 *Ibid.*, p. 9.

89 Louis Jourdan, en 1859, cite la somme de 50 000 francs investis par Denecourt dans le massif forestier, soit «*toute sa fortune*». Chronique dans *Le Causeur - revue hebdomadaire des lettres, des sciences et des arts*, n° 29, 18 septembre 1858, pp. 33-39 (p. 39).

90 *Ibid.*, p. 35.

91 Bernard Kalaora & Valentin Pelosse, «Les Salons verts: parcours de la ville à la forêt», *Recherches*, n° spécial, *Tant qu'il y aura des arbres - pratiques et politiques de nature, 1870-1960*, n° 45, septembre 1981, pp. 85-109 (p. 95).

92 Paris, Imprimerie Le Petit, 1835, 42 p.

93 «Sur ces vastes coteaux laissons errer nos yeux. / Vallons, bois et rochers, sauvage amphithéâtre, / Où le cerf orgueilleux, où la biche folâtre, / Dans le calme du soir viennent brouter en paix, / Pittoresques débris couverts de bois épais, / Est-ce un feu souterrain, qui, du sein des abîmes, / A vomé les rochers qui couronnent vos cimes?» Etc. Alexis Durand, *La forêt de Fontainebleau*, Paris, Delaunay, 1836, 180 p. (p. 43).

94 Charles Rémond, conservateur de la bibliothèque du château royal de Fontainebleau, publie un *Guide du Voyageur à Fontainebleau ou Nouvelle description historique abrégée de cette ville, mais principalement du château royal, des jardins et du parc qui en font l'ornement ; de la forêt et de quelques lieux qui l'environnent*, Fontainebleau, Durand, 1820, 150 p.

lieux, telle cette citation: «*Le paysagiste peut aussi venir faire des études dans la forêt. Des arbres et des rochers de toutes sortes de formes lui fourniront abondamment de quoi exercer ses crayons et ses pinceaux [...] Ce n'est qu'un panorama ravissant depuis les plaines de Chailly et de Fleury jusqu'au bois de Clamart. Il serait trop long de nommer tous les endroits qui ont des agréments particuliers car les fonds comme les hauteurs en sont pourvus*»⁹⁵.

Par la suite, en 1837, sur la même thématique et structure d'ouvrage, H. Hion publiait *La Salamandre, ou histoire abrégée et description complète de la ville, du palais, des jardins, de la forêt et des environs de Fontainebleau*, dont 17 des 19 pages consacrées à la description de la forêt sont empruntées à l'ouvrage de Rémond, cité néanmoins fidèlement en ouvrant des guillemets⁹⁶. Et surtout, trois ans plus tôt (1834) paraît le premier «vrai guide» centré uniquement sur la forêt de Fontainebleau, soit 5 ans avant la première édition de l'ouvrage de Denecourt. Il est signé la aussi par un habitant de Fontainebleau, un certain E. Jamin, qui dédit son ouvrage à son compatriote, le menuisier poète Alexis Durand⁹⁷. L'auteur se proposait de mener le promeneur, à l'exemple d'un chien d'aveugle, vers les endroits les plus remarquables de la forêt et de cette façon, de lui éviter de se perdre «[...] dans ce dédale de routes qui se croisent et se multiplie à l'infini»⁹⁸. Et estimant qu'il fallait alors au moins quatre journées pour faire le tour des lieux plus remarquables, l'auteur, après une longue description du cadre physique de la forêt⁹⁹, présentait quatre promenades distinctes¹⁰⁰. Le détail des cheminements est précis, avec de plus, une indication de la durée de la promenade, tel cet extrait: «*De Franchard, gagner le carrefour de la gorge aux néfliers, franchir les monts Girard et prendre la nouvelle route de calèche qui traverser les gorges d'Apremont, lieu sauvage, entièrement hérissé de rocs bizarrement groupés dans l'état de nature la plus complète et offrant l'aspect le plus extraordinaire qu'on puisse imaginer [...] Cette*

95 *Ibid.*, p. 131.

96 H. Hion, *La Salamandre ou histoire abrégée et description complète de la ville, du palais, des jardins, de la forêt et des environs de Fontainebleau*, Fontainebleau, Carré-Soubiran, 1837, 236 p.

97 «Loin de moi, humble prosateur, la pensée d'entrer en lice avec le poète [...] À vous l'honneur de la peindre ! à moi le soin modeste d'y conduire pas à pas ses admirateurs et les vôtres». E. Jamin, *Quatre promenades dans la forêt de Fontainebleau ou description physique et topographique de cette forêt royale*, op. cit., p. II.

98 *Ibid.*, p. 18.

99 Dont des passages consacrés à la botanique assez complets, allant des principales essences forestières jusqu'aux champignons, comme 9 pages pour les seules oronges sur pour un total de 46 pages dédiées aux richesses mycologiques !

100 De Fontainebleau à l'ancien ermitage de Franchard et retour par les hauteurs de la vallée de la Solle / de Fontainebleau à la mare aux Évées / de Fontainebleau à la gorge aux Loups / et enfin, «Dans les parties les plus sauvages et les plus agrestes de la forêt, en prenant toujours pour point de départ Fontainebleau, et pour point de rendez-vous, Franchard».

*division de la quatrième et dernière promenade pourra durer environ cinq heures*¹⁰¹. Et deux ans plus tard, Denecourt proposait à son tour 5 promenades principales, plus 8 variables secondaires comme «l'essentiel» en deux promenades de huit heures ou encore «*la forêt en six promenades d'environ quatre heures chacune*». Et surtout, l'auteur innovait réellement en dotant son guide de cartes, ce que Jamin n'avait pas fait.

En second lieu, Denecourt se lançait dans l'aménagement et le «remodelage» de la forêt pour l'activité touristique. Ainsi, il traça près de 300 kilomètres de sentiers de promenade, fléchés afin de guider le promeneur: «*Aux carrefours douteux, vous trouvez sur les pierres blanches des flèches qu'on croirait tombées du carquois de Diane ; leur points vous dirige vers le but: un grès d'une difformité curieuse, une grotte aux accidents pittoresques, un arbre séculaire ou historique, un point de vue d'une étendue immense*»¹⁰².

Mais il ne s'arrêta pas à ces seuls sentiers, en faisant œuvre de paysagiste. Précisons préalablement que la base de départ, par son cadre naturel, sa topographique et la diversité de ses peuplements, ne manquait déjà pas de qualités paysagères, comme le souligne en 1837 Jamin: «*Ce qui crée le plus l'esprit et la vue, ce sont les changements continuels de scène, au moyen desquels apparaissent à des distances très rapprochées, tantôt des rochers nus, tantôt une futaie, un taillis, une plantation, une plaine sur la surface de laquelle on voit ça et là quelques arbres épars [...] Quelques fois, au milieu d'une chaîne de rochers, on se croirait transporté sur les décombres d'une cité fameuse, d'un palais gigantesque, ou sur l'une de ces plages découvertes à la suite d'une marée basse ; mais à chaque instant, l'uniformité est rompue, l'œil se repaît d'un nouvel objet*»¹⁰³. Etc. Néanmoins, Denecourt n'hésita pas à façonner la forêt à son goût, en détruisant des rochers¹⁰⁴, en creusant des tunnels, en aplanissant des obstacles, mettant à jours des grottes jusque là méconnues par la suite quelque peu améliorées pour certaines (comme la grotte du Serment¹⁰⁵),

101 E. Jamin, *Quatre promenades dans la forêt de Fontainebleau ou description physique et topographique de cette forêt royale*, op. cit., p. 250.

102 Théophile Gautier, «Sylvain», in Fernand Desnoyers, *L'Almanach parisien*, 1861, pp. 47-53 (p. 49).

103 E. Jamin, *Quatre promenades dans la forêt de Fontainebleau ou description physique et topographique de cette forêt royale*, op. cit., p. 181.

104 «Quand les rochers barraient ses tracés, il les taillait à coup de marteaux ou les faisait sauter par la mine». Louis Jourdan, «La forêt de Fontainebleau», op. cit., p. 36.

105 «C'est la plus surprenante création de M. Denecourt [...] Un jour, abrité sous une roche énorme pendant un violent orage, le sol céda tout à coup sous ses pieds et il tomba dans une cavité de 2 mètres environs dans tous les sens. Peu de temps après, il venait s'y installait avec quinze carriers. La grotte a une entrée et une sortie et une soixantaine de mètres d'étendue, tantôt à ciel ouvert, tantôt sous un plafond de grès [...] Des amis firent promettre à M. Denecourt que cette grotte serait sa dernière folie ; il le promit et viola quelque temps après son serment». Adolphe Joanne, *Les environs de Paris illustrés: itinéraire descriptif et historique*, Paris, Hachette, 1856, 846 p. (p. 665).

en réunissant des sources pour créer de nouvelles fontaines, en cherchant en vain des vestiges des temps passés, comme des puits «[ou] *d'autres constructions anciennes qu'on croit avoir existé dans la forêt*»¹⁰⁶, entre autres. Il construisit même en 1851 un belvédère sur un point culminant qu'il fit aplanir à ses frais¹⁰⁷, appelé alors *Fort l'Empereur*, et qui fut visité en grandes pompes par le couple impérial à l'automne 1859:

*«Des calèches sans nombre, aux six chevaux de race,
Qu'à l'anglaise menaient des postillons fringants,
Aux ailes de pigeon, aux poudreux cadogans,
Arrivaient à la file ; et le fouet, sur leur trace,
Faisait retentir l'air de nombreux cinglements.
Cette vive rumeur, ce brillant équipage,
De louis-Napoléon représentaient la cour,
D'un fort à l'Empereur accourant voir l'hommage,
Dernière illustration du sylvain Denecourt ;» Etc.*¹⁰⁸.

Toutefois, cet interventionnisme fort de Denecourt allait finir par indisposer des forestiers déjà mis sous pression par l'intelligentsia «parisiano-barbizonienne».

Les oppositions «forestiers – artistes»

Il semble que les crispations entre les deux communautés apparurent dès la fin des années 1830. Comme nous l'avons déjà montré, la prise en compte de la valeur esthétique du paysage avait amené les forestiers de Fontainebleau, durant les deux derniers siècles, à préserver certains peuplements remarquables. Mais on peut imaginer aisément que des malentendus découlant d'interprétations esthétiques différentes soient apparus progressivement. Prenons par exemple le cas des vastes landes à bruyères ou *déserts* qui marquent les plateaux: l'artiste célébrait «*ses bruyères colorées*», «*un désert majestueux de ses roches amoncelées par un cataclysme fabuleux*», «*un type original que la nature n'a probablement pas reproduit une seconde fois*», «*enfin, une sorte de monument que les âges transmettent à l'admiration*

106 François Denecourt, *Guide du voyageur dans le palais et la forêt de Fontainebleau ou histoire et description abrégées de ces lieux remarquables et pittoresques*, Fontainebleau, F. Lhuillier, 1840, 113 p. (p. 16).

107 Ce fut l'opération la plus onéreuse entreprise par Denecourt, dépensant à cette occasion 3 500 francs. Bâti sans mortier, le belvédère initial s'écroula par la suite en janvier 1878, une souscription publique permettant de relever la tour, cette fois-ci plus solidement. Elle fut rebaptisée en 1882 *Tour Denecourt* à la suite d'un vœu du conseil municipal de Fontainebleau. Colinet, *Indicateur de Fontainebleau – palais, forêts, environs* (37^e édition des guides Denecourt-Colinet), Fontainebleau, édition de l'auteur, non daté (vraisemblablement 1917-1925), 276 p. (p. 60).

108 P.-L. Hartville, *Fontainebleau et les gloires européennes*, Paris, Tinterlin, 1859, 107 p. (p. 39).

*des âges suivants*¹⁰⁹, donc, indubitablement, un patrimoine paysager à conserver tel quel et à transmettre. Le forestier, quant à lui, était alors bien moins ému par ces peuplements non sylvicoles: il ne voyait dans ces mêmes superficies de landes que d'anciens peuplements jadis forestiers et fortement dégradés, soit un terrain improductif et «*embarrassé de plantes parasites*»¹¹⁰, à valoriser en poursuivant les semis et plantations de pins maritimes.

La polémique entre les deux parties enfla particulièrement durant les années 1840. Les reproches des non forestiers (artistes et promeneurs) étaient alors de trois grands ordres. Ils reprochaient aux forestiers de couper les vieux arbres¹¹¹, pratiques présentées comme absentes à Fontainebleau sous l'Ancien Régime (ce qui est inexact, sauf quelques peuplements bien particuliers et couvrant de faibles espaces). L'autre grief majeur dénoncé était l'extension des superficies en pins (maritimes), tant sur les étendues de landes qu'à la place des vieilles futaies feuillues et ce, pour un profit immédiat jugé bien faible, la vente des vieux arbres «*rabougris, tordus et de mauvaise qualité*» rapportant peu: «*La pinomanie est telle qu'on plante des pins dans les vallées comme sur les hauteurs*»¹¹². Soulignons en effet que les repeuplements en conifères (pins maritimes, pins sylvestres et pins laricio de Corse), bien que contestés, s'étaient considérablement étendus durant les années 1830, représentant près de 4 600 hectares¹¹³. Enfin, les forestiers étaient de même accusés d'avoir asséché certaines zones marécageuses (telle la *Mare aux Évées*) pour y implanter des alignements de peupliers blancs de Hollande - «*cette ignoble pépinière*»-, afin d'en tirer un profit financier à court terme, ces derniers arbres étant menés à 20 ans.

Certes, les forestiers protestèrent énergiquement contre le procès qui leur était alors fait, vilipendant «*[le] poète chevelu criant à l'anathème, parce qu'on a arraché des bruyères fleuries, couvert des roches nues, fertilisé des plaines de sable aride au moyen de plantations utiles*»¹¹⁴. Et si les opérations entreprises étaient justifiées au titre de l'intérêt sylvicole et économique - «*Pauvre public, comme on te trompe !*»¹¹⁵-, ils n'en allaient pas moins composer avec l'opinion «publique», portée

109 A. S., «La forêt de Fontainebleau - dévastations», *L'Artiste, journal de la littérature et des beaux-arts*, 1839, pp. 290-292 (p. 290).

110 Delbet, «visites aux forêts de la Couronne - Fontainebleau», *Annales forestières*, janvier 1848, pp. 11-20 (p. 14).

111 «Nos rois en ont toujours généreusement pris leur parti. On n'y coupe pas les grands arbres, on les laisse tomber de vieillesse» A. S., «La forêt de Fontainebleau - dévastations», *op. cit.*, p. 290.

112 Ibid., p. 292.

113 Marrier de Boisdyver, «Greffage des pins dans la forêt de Fontainebleau», *Annales forestières*, avril 1843, pp. 220-224 (p. 220).

114 Delbet, «Visites aux forêts de la Couronne - Fontainebleau», *op. cit.*, p. 20.

115 Anonyme, «Une visite à la forêt de Fontainebleau», *Annales forestières*, 1847, pp. 396-999 (p. 397).

par Théodore Rousseau. Dès 1837, ils renonçaient à exploiter certaines vieilles futaies présentées comme «[ayant] *pas moins de 300 ans [...] afin de les conserver le plus longtemps possible comme monument de végétation que l'on ne trouverait nulle part en France*»¹¹⁶.

L'effet de cette suspension des coupes dans les vieux peuplements ne se fit toutefois sentir que bien peu de temps, les campagnes publiques contre l'action des forestiers en forêt de Fontainebleau reprenant dès 1839 ; cette même année, un certain A. S. s'élevait dans *l'Artiste - Journal de la littérature et des beaux-arts* contre le «zèle» des forestiers, hostiles à l'idée de conserver «[un arbre] **qui ne fait plus de bois**»¹¹⁷ pour que des rapins, un peu vauriens, qui s'établissent annuellement à Barbizon et Chantilly, puissent les copier à leur aise»¹¹⁸. Mais l'attaque la plus cruelle vint de la part d'une grande figure alors du journalisme et de d'Art, Théophile Thoré¹¹⁹. Au sein du très sérieux journal *Le Constitutionnel*, il profitait d'un long article consacré au récit d'un séjour de découverte dans la forêt de Fontainebleau, réalisé en compagnie de Théodore Rousseau, pour faire un portrait à l'acide des aménagements forestiers alors réalisés sous les ordres de l'inspecteur Achille Marrier de Boisdyver, à la tête de la forêt de 1830 à 1848, et alors qualifié de *directeur malfaisant*¹²⁰... L'auteur s'élevait contre l'extension des «sapins» (il s'agit en fait de pins) «semés comme des parasites sur la fleur rose des bruyères»: «Nous avons appelé le feu du ciel sur cette Sodome incestueuse où l'on tente, contre-nature, d'allier une race justement maudite [les pins], à la noble et majestueuse race des chênes du pays»¹²¹. Il dénonçait de même la destruction des vieilles futaies de chênes, dont celle du Parc aux Bœufs, remplacée par une plantation de robiniers faux acacias: «ce ravage n'a rien laissé debout sur une superficie de treize hectares, pas un baliveau, pas une touffe de bruyères. Tout a été rasé, la terre déchirée et retournée sens dessus dessous»¹²². À noter que Thoré développe aussi un argumentaire que l'on qualifierait de nos jours «d'environnementaliste» ou «d'écologique», associant la coupe des futaies de chênes à une disparation constatée, par les deux randonneurs, des animaux

116 À savoir les futaies suivantes: le gros Fouteau, le Nid de l'Aigle, la Mare aux Évées, le Chêne au chien, la Queue de Foys, le Triage d'Ury, les Érables et le Déluge. Anonyme, «Documents sur la culture des pins dans la forêt de Fontainebleau», in: E. Jamin, *Quatre promenades dans la forêt de Fontainebleau ou description physique et topographique de cette forêt royale*, op. cit., p. 275.

117 En italique dans le texte original.

118 A. S. «La forêt de Fontainebleau - dévastations», op. cit., p. 291.

119 1807-1869. Ce découvreur de Veermer et grand défenseur du Réalisme (Coubert, Millet, Corot, etc.) est l'auteur de nombreux ouvrages consacrés notamment aux peintres flamands et hollandais, étudiés à l'occasion d'une longue période d'exil consécutive à un engagement politique hostile à la Seconde République française et au coup d'état du futur Napoléon III (1854).

120 Théophile Thoré, «Par monts et par bois, la forêt de Fontainebleau», *Le Constitutionnel*, 27 novembre 1847.

121 *Ibid.*

122 *Ibid.*

peuplant habituellement les peuplements: «*Les animaux disparaîtront comme le paysage [...] Plus de futaie, plus de cerf*»¹²³.

On peut penser que cet article eut un retentissement considérable car il donna lieu seulement un mois plus tard à une dénonciation en règle, sous la forme d'une lettre ouverte adressée au directeur des *Annales forestières* qui la publia telle quelle dans son numéro de janvier 1848: «*N'est-ce pas la gloire d'un administrateur que d'avoir préparé pour l'administration qui lui succèdera un produit considérable sur le terrain qu'il a trouvé inculte et que sa persévérance a fertilisé? [...] Loin de faire disparaître les futaies, on les a plus que doublées dans la forêt de Fontainebleau, par les semis et plantations de pins ; car cet arbre ne peut s'élever qu'en futaie*»¹²⁴.

Quoiqu'il en soit de la justesse des argumentaires développés par les uns et les autres, les forestiers durent en partie «plier». Il faut dire qu'avec l'arrivée en 1850 des premiers «*trains du plaisir*» en gare de Fontainebleau, c'était désormais par milliers que débarquaient les promeneurs du dimanche. Ces derniers étaient dans les faits honnis tant par les forestiers que par les artistes, ces derniers ne se gênant pas pour les ridiculiser: «*Depuis un mois, ces bourgeois rêvaient d'aller manger un pâté dans la forêt de Fontainebleau [...] Allaient-ils en forêt pour manger du pâté, ou mangeaient-ils du pâté pour voir la forêt?*»¹²⁵

Quoiqu'il en soit, l'accueil d'un large public d'urbains en mal de nature s'ajoutait désormais à la fonction «production» et «artistique» du massif. Aussi, en 1853, Sthème (inspecteur des Eaux et Forêts) proposait-il un aménagement du massif forestier prévoyant la création d'une réserve de vieux peuplements (soustraite des exploitations), dite *réserve artistique*, d'une étendue de 624 hectares, présentée comme «*délimitée d'accord entre forestiers et artistes*»¹²⁶. Ce plan ne fut pas agréé par l'administration centrale des Eaux et Forêts, non pas à cause de cette création mais parce qu'il faisait la part trop belle au traitement en taillis des peuplements feuillus.

En parallèle, Rousseau ne désarma pas pour autant et ne manqua jamais les occasions que lui offrirent expositions, salons et soirées mondaines ou officielles, d'utiliser ses relations pour éviter la destruction des arbres. Il écrivait ainsi à l'une d'elle, en date du 1^{er} mai 1855:

123 Théophile Thoré, «Par monts et par bois, la forêt de Fontainebleau», *Le Constitutionnel*, 28 novembre 1847.

124 Delbet, «visites aux forêts de la Couronne – Fontainebleau», *op. cit.*, p. 14.

125 Champfleury, «Vision dans la forêt», in *Fontainebleau*, p. 105.

126 Philibert Guinier, «Foresterie et protection de la nature – l'exemple de Fontainebleau», *op. cit.*, p. 709.

«Je désirerais bien que le tableau vous plût assez pour que vous ayez la bonté d'en accepter les conséquences. Elles seraient aussi de vous intéresser aux lieux où il a été fait dans la forêt de Fontainebleau, et de bien vouloir être notre interprète auprès de l'Empereur pour y obtenir une conservation d'art. Nous avons fait une pétition qui va être signée par l'élite des artistes.»¹²⁷

La situation évolua par la suite «positivement», dans le sens souhaité par la communauté artistique: le plan d'aménagement - agréé par le décret du 13 août 1863 - instituait une *série artistique* de 1097 hectares (542 hectares de vieilles futaies pour 555 ha de rochers), soustraite à toute exploitation et affichée comme le résultat d'une collaboration «*de tout instant*»¹²⁸ entre les artistes et les forestiers. Mais une nouvelle fois, l'entente cordiale entre les artistes et les forestiers n'allait guère durer... En 1865, grâce à l'entremise du duc de Morny, Rousseau répondait positivement à une invitation de Napoléon III au château de Compiègne (du 29 novembre au 6 décembre 1865) ; les abattages continuant en forêt de Fontainebleau, il y plaida à nouveau le sauvetage de la forêt et la primauté de l'art. Le renouvellement de l'invitation en 1866 lui permit encore une fois d'aborder le sujet avec l'Empereur. De même, par un décret en date du 6 septembre 1870, la forêt de Fontainebleau abandonnait la *liste civile* de l'empereur (ses biens privés) pour devenir domaine de l'État français.

Deux ans plus tard, comme nous l'avons déjà signalé, l'année 1872 voyait la création du *Comité de protection artistique de la forêt de Fontainebleau* rassemblant des personnalités de premier plan du monde artistique et littéraire, tels que le peintre Jean-François Millet, Victor Hugo, George Sand ou encore l'incontournable Charles François Denecourt. Ce comité, constitué afin de lutter contre les pratiques des forestiers mais aussi des touristes, demandait l'*assimilation du massif* aux monuments nationaux historiques. Son action fut notamment relayée au niveau du Sénat par Foucher de Careil ; celui-ci plaida en son nom l'adjonction de 500 hectares à la première réserve artistique. *Le Figaro* s'en fit alors l'écho, en reproduisant fidèlement son argumentaire: «*Il ne faut pas le nier: la forêt de Fontainebleau rapporte plus par les étrangers qu'elle attire, par les tableaux qu'elle inspire que par les planches qu'elle produit*»¹²⁹. Cette proposition, refusée dans un premier temps - «*Peu artiste, le Sénat*»¹³⁰ -, incorporait néanmoins l'aménagement de 1892, la réserve artistique passant à 1514 hectares, puis 1693 hectares en 1904.

Mais malgré les efforts des forestiers, la mésentente allait perdurer jusqu'à la Première Guerre mondiale. Ainsi, par exemple, la *Société des Amis de la*

127 Cf. P. Miquel, *op.cit.*, p. 462.

128 Philibert Guinier, citant le directeur général des Eaux et Forêts, Faré, *Ibid.*, p. 709.

129 Henry Denysse, «Chronique parlementaire», *Le Figaro*, 15 juin 1876.

130 *Ibid.*

forêt de Fontainebleau, fondée en 1907, obtenait coup sur coup l'arrêt des exploitations de grès de même que l'abandon d'une importante vente de bois de chêne (canton des Ventes à la Reine) planifiée pour l'année 1912. Comme le soulignait alors toujours *Le Figaro*, «*tout ceci est excellent, mais ce qui serait mieux encore, c'est que l'Agriculture et les Beaux-Arts se mettent d'accord pour classer la forêt de Fontainebleau et ses plus beaux sites, paysages et monuments historiques. Ainsi seraient évités pour toujours les incidents*»¹³¹. Hélas, ce ne seront que des vœux pieux...

Conclusion

Dès le tout début du XX^e siècle la veille, la forêt de Fontainebleau avait acquis un nouveau «statut» qui s'est prolongé jusqu'à nos jours. «*Par l'art, pour la nature*» aurait pu être la maxime de Théodore Rousseau. Il est évident que nous devons en grande partie à la postérité de sa démarche pionnière de peintre-défenseur, et à son entêtement, de pouvoir jouir aujourd'hui en forêt de Fontainebleau d'une part de nos paysages d'origine –disons d'avant la révolution industrielle– et que nous sommes redevables au Romantisme de l'attachement fertile à ces lieux où la présence du passé est plus dense qu'ailleurs parce qu'elle enrichit le présent.

Désormais, comme le souligne en 1916 le conservateur Geneau, en charge de sa gestion, «*le premier service qu'on demande à la forêt [de Fontainebleau], c'est l'agrément du public ; le revenu en argent n'est plus qu'un service accessoire*»¹³². Pour ce, l'aménagement de 1904 (dit aménagement Duchaufour) constitua indéniablement un tournant. Il prônait en effet –du moins en théorie– une gestion d'arbres et non de peuplement, sans âge d'exploitabilité fixé en avance, sans volumes préétablis à récolter période par période afin d'assurer un rendement soutenu (en matière) au cours du temps –à savoir «le» grand dogme sylvicole français apparu au milieu du XIX^e siècle –, avec des traitements irréguliers recherchés. Pour synthétiser, les recommandations de l'aménagiste cherchaient, selon Geneau, «[...] à laisser en un mot chaque groupe d'arbres et même tout individu intéressant vivre sa vie, sans autre limite que celle indiquée par la nature elle-même, c'est-à-dire l'entier dépérissement ou tout au moins «la maturité accentuée»»¹³³. L'auteur du plan d'aménagement (Duchaufour) voyait en la recommandation visant à couper des arbres au début de leur stade de dégénérescence le moyen de «conserver à la forêt son caractère de

131 *Le Figaro*, 2 octobre 1912.

132 M. Geneau, *L'administration forestière et les artistes*, Paris, Ministère de l'Agriculture – direction générale des Eaux et Forêts, 1916, 21 p. (p. 14).

133 *Ibid.*, p. 14.

musée végétal»¹³⁴. C'est pourquoi son supérieur, Geneau, considérait qu'en plus de la «vieille» série artistique, cette forêt jusqu'alors de production se trouvait désormais entièrement subordonnée «aux intérêts artistiques». Faut-il en déduire que le groupe de pression représenté par le monde artistique avait désormais gagné la partie? Ce n'est pas si simple, surtout qu'apparaissaient en ce même début de XX^e siècle des concurrents redoutables, appelés à les remplacer au titre de «meilleurs ennemis» des forestiers, à savoir, les naturalistes. Ainsi, par exemple, en 1911, le docteur H. Dalmon, au nom de la *Société zoologique de France*, appuyait le projet du député de l'arrondissement de Fontainebleau Dumesnil visant à transformer la forêt en un Parc national. Son argumentaire soulignait que jusqu'alors, seuls les artistes avaient osé prendre la parole pour défendre leurs positions, alors que les naturalistes, «[...] d'ordinaire gens tranquilles et de peu de bruit», n'avaient jamais rien réclamé¹³⁵. Et à côté de la forêt «usine à bois des forestiers», «réserve artistique par les peintres et hommes de lettres» et «lieu de promenade par le Touring-Club et les sylvains créateurs de sentiers», il s'agissait désormais pour les naturalistes de défendre son «intérêt scientifique incontestable»¹³⁶.

Pour conclure, si la fonction esthétique de la forêt semble toutefois n'être plus que le souvenir d'un âge d'or bien lointain, le massif demeure toujours «tiraillé» entre sa fonction d'accueil d'un vaste public de promeneurs, et des intérêts naturalistes très présents, avec en premier lieu des peuplements forestiers intégrés en l'an 2000 au sein d'un vaste espace de 70 000 hectares, appelé *Pays de Fontainebleau*, classé en réserve *Man and Biosphère* (MAB), et en second lieu, un projet de Parc national toujours en débat.

134 Duchaufour, cité par Poupardin, «Les racines des conflits sur le statut du massif forestier belifontain», communication au colloque *Un parc national à Fontainebleau: quelle faisabilité ?* (Fontainebleau, 7 avril 2010).

135 H. Dalmon, «La forêt de Fontainebleau envisagée comme milieu biologique. Nécessité de sauvegarder son caractère primitif», *Bulletin de la Société de société zoologique de France*, 1911, vol. 36, pp. 198-201 (p. 199).

136 *Ibid.*

LA MEMORIA DELL'ABBANDONO

Marcella Schmidt di Friedberg

Stefano Malatesta

Università di Milano - Bicocca

In diversi periodi della storia passata, dall'Impero Romano al Rinascimento, ci si è cimentati con il tentativo di custodire, restaurare e valorizzare oggetti appartenenti a epoche precedenti; solo dalla fine del XX secolo, tuttavia, tale pratica si è estesa genericamente a tutti i reperti del passato, agli stili di vita e alle tradizioni. Il critico d'arte Bruno Pedretti ha osservato come questo tentativo sia destinato a scontrarsi con:

“L'inaudita estensione semantica che ha invaso i concetti di monumento, di opera storico artistica, di bene culturale, di eredità sociale, di qualità estetica” (Pedretti, 1997, p.3).

E' importante riuscire a cogliere in profondità le implicazioni nascoste in questo *boom* del conservazionismo monumentale, cercando di afferrarne il significato, dal punto di vista storico-culturale e socio-antropologico: esaminare, quindi, le motivazioni più profonde che ci portano a impostare una politica conservazionista per noi e per le generazioni future, nonché le molteplici sfaccettature di una problematica che si inserisce in un preciso contesto spaziale e temporale con le sue caratterizzazioni regionali e locali. Se si accetta una visione dinamica del passato, come processo in via di continua rielaborazione, non si può, infatti, prescindere da tale posizionamento storico.

Il culto del passato fa parte, per alcuni autori (Lowenthal, 1985, Hewison, 1987, Harvey, 1993), del discorso post-moderno, nel senso che cospira a creare uno schermo di superficie tra la nostra vita presente e la nostra storia. Hewison spiega:

“Il concetto di post-modernismo è difficile, poiché si compone di elementi contraddittori. Come ha detto lo storico dell'arte Clive Dilnot ‘Cos'è il “post-moderno”? è in primo luogo un'incertezza, un'insicurezza, un dubbio'. [...] Il post-modernismo è il modernismo privato dell'ottimismo.

Il prefisso suggerisce anche che non sia più successo nulla in seguito. Nel senso peggiore, il post-modernismo significa il più totale rifiuto del presente. [...] Nel senso migliore, il post-modernismo radicale riconosce che stiamo vivendo in una cultura frantumata e che dobbiamo ricomporne i frammenti in una nuova forma, non puntellarli contro la nostra rovina. Anche se contraddittorie, ambedue queste attitudini tradiscono una malsana dipendenza dal passato” (Hewison, 1987, p.132).

Tale enfasi postmoderna sul passato si può contrapporre significativamente al rifiuto dello stesso, all’entusiasmo per il futuro e al progresso del modernismo. Riscontrabile, ad esempio, all’inizio del XX secolo, nel movimento futurista che fu in prima linea nel condannare l’influenza tirannica dell’antico. Perché, si chiede Marinetti:

“Sprecare tutte le tue forze migliori in questo eterno e futile culto del passato?” - gloriandosi di - “aver provocato una nausea crescente per l’antico, per ciò che è roso dai vermi e coperto di muschio”, di cercare “di liberare questo paese dalla cancrena puzzolente dei professori, archeologi, ciceroni e antiquari. Troppo a lungo l’Italia è diventata un commerciante di abiti usati. Ci proponiamo di liberarla dai suoi innumerevoli musei che la ricoprono come altrettanti cimiteri” (Marinetti, 1909).

Lowenthal ricorda, invece, la proposta di Le Corbusier di rinchiudere le rovine nei musei affinché essi, come piccoli cimiteri ben mantenuti, non interferiscano con la scena contemporanea, “così il passato non è più pericoloso per la vita”; questo il commento di F.L. Wright:

“Londra è senile. Se aveste una nonna senile senza speranza, probabilmente non la imbalsamereste e preservereste in una vetrina dopo la morte”. La vecchia Londra deve essere, quindi, onorata “preservandone il meglio come memoria in un grande parco verde”, ma non deve assolutamente intralciare il cammino del nuovo. In questo senso la preservazione sottolinea la nostra libertà dall’antichità” (Lowenthal, 1985, p.405).

Il conservazionismo storico, per molti autori¹ da inserire nella più ampia riflessione sull'epoca contemporanea, ci mette di fronte ad una scelta per molti aspetti molto simile a quella della tutela della natura: quale passato vogliamo preservare o conservare, e per chi? Preservazione e conservazione sia storico-culturale, sia ambientale, tendono oggi a fondersi anche nel linguaggio delle scelte politiche e della normativa²: nasce così il concetto di *patrimonio* (o *bene* o *eredità*) collettivo dell'umanità, da conservare per le generazioni future in base al principio alquanto ambiguo di "eccezionale valore universale"; il patrimonio diventa un bene unico, finito e irriproducibile: quest'approccio, sostenuto dalla Convenzione dell'UNESCO del 1972 sul patrimonio Mondiale dell'Umanità, considera la natura e la cultura complementari e mette l'accento sulla loro funzione educativa e sul loro potenziale d' "interpretazione"; si tratta di un'idea nuova e forte che domina tra le preoccupazioni "globali" della fine XX secolo. Ola Soederstroem sostiene, addirittura, che:

"L'idea stessa del patrimonio collettivo è un'invenzione della modernità occidentale e che è collegata alla progressiva imposizione nella società occidentale del primato del visibile e del materiale. Anziché una pratica universale e permanente, la conservazione del patrimonio è in effetti un modo, culturalmente e storicamente situato, di regolare il problema della morte e della scomparsa" (Soederstroem, 1994, p. 33).

Patrimonio³, *patrimoine*.

La commemorazione storica, implicita nell'idea di bene culturale, ha conservato a lungo una matrice eminentemente occidentale, quasi che altri contesti culturali, a parte qualche eccezione in Oriente, non fossero degni di un vero passato da celebrare. L'idea patrimoniale del passato è rimasta, comunque, strettamente legata alle complesse vicende storico-politiche delle nazioni europee: è molto importante riconoscere tale matrice culturale, e le sue diverse inflessioni a livello locale, perché in essa si trovano le radici e la spiegazione di molte differenze nelle stesse misure di tutela e, spesso anche l'origine del "successo" o meno di tali politiche. L'idea di *World Heritage*, o di patrimonio globale dell'umanità, risente a sua volta dell'influenza di un modello occidentale, come se i reperti antichi potessero

1 Vedi Hewison, 1987, Dear, 1988, Lowenthal, 1985, 1993, 1998, Harvey, 1996, ecc.

2 In un certo modo, tale fusione si riscontra anche leggendo la *Convenzione europea del paesaggio*, dove, nel preambolo, si legge che il paesaggio: "rappresenta una componente fondamentale del patrimonio culturale e naturale dell'Europa" (Consiglio d'Europa, 2000, p. 1)

3 La parola *patrimonio* deriva dal latino *patrem monet* che significa e indica il padre, il soggetto cioè al quale il bene appartiene (Cerutti, p.349, 1993).

essere custoditi meglio nei musei di Londra e Parigi, piuttosto che nelle loro patrie d'origine. Spiega Lowenthal:

“Il linguaggio dello *heritage* che pervade il mondo è essenzialmente occidentale. [...] Sotto l'egida del patrimonio nazionale si profila un'impresa multinazionale” (Lowenthal, 1998, p.5)

Con attributi diversi, secondo i diversi contesti politici e storici, il culto del passato si è diffuso di recente dall'ambito anglosassone al resto dell'Occidente, e poi, rapidamente, alle altre regioni del mondo. Il termine inglese *heritage*⁴ trova una corrispondenza più o meno precisa in altri contesti culturali e in altre lingue. In francese, ad esempio, la parola *patrimoine*⁵, intesa come “bene pubblico da conservare” (Davallon, Grandmont, Schiele, 1992, p.56), è stata resa progressivamente universale, fino ad includervi anche la natura. Per contro in Italia, l'idea di “eredità” e “patrimonio”⁶ culturale e ambientale è recente ed è stata tradotta sommariamente, in un primo tempo, con il nostro “beni culturali e ambientali” (Caldo, Guarasi, 1994). Solo negli anni '90 si è giunti a concepire “la conservazione e la valorizzazione del patrimonio naturale del Paese” a livello legislativo con la L.394/91 (art.1)⁷. In questa legge, che dota finalmente il sistema dei parchi e delle aree protette italiane di una struttura organizzativa, classificandoli, si definisce il “parco naturale” come “un sistema omogeneo individuato dagli assetti naturali dei luoghi, dai valori paesaggistici ed artistici e dalle tradizioni culturali delle popolazioni locali” (art. 2, comma2). Il nodo chiave resta la modalità di definizione di “un sistema omogeneo”, di “tradizioni culturali” e di “popolazioni locali” all'interno di una società, una realtà culturale e un paesaggio in continua e rapida trasformazione.

Nel contesto francese, ancora, possiamo notare come l'idea patrimoniale appaia legata alle vicende della Rivoluzione Francese e agli ideali collettivistici e nazionalistici del 1789. Dopo la Rivoluzione, infatti, l'Assemblea Costituente

4 Hewison propone la definizione di *heritage* elaborata nella prima conferenza sullo *heritage* nazionale inglese del 1983: “Ciò che una generazione passata ha conservato e trasmesso a quella presente e che un gruppo significativo di popolazione desidera trasmettere a quella futura” (Hewison, 1987, p.16)

5 Sull'idea francese di *patrimoine* vedi de Mongolfier, Natali (1985), Poulot (1992).

6 Negli ultimi anni il concetto si è andato ampliando, raffinando e caricando di accezioni nuove e complesse. Nel gennaio del 2003, ad esempio, il gatto che vive in colonie tra le rovine è stato definito dal Municipio di Roma “patrimonio bioculturale della città” e fatto oggetto di precise misure di tutela.

7 “Ai fini della presente legge costituiscono il patrimonio naturale le formazioni fisiche, geologiche, geomorfologiche e biologiche, o gruppi di esse, che hanno rilevante valore naturalistico e ambientale” (L.394/91, art.1., c.2). Per l'ispirazione crociata della legislazione italiana precedente, vedi Cerutti, 1993.

si assunse, tra l'altro, la responsabilità dei beni confiscati alla Chiesa, ai nobili emigrati e alla Corona, confrontandosi con la difficile scelta di cosa conservare e trasmettere alle generazioni future. Nel 1790 venne istituita una Commissione, composta da artisti e personalità della cultura contemporanea, al fine di censire i *Monuments historiques*, stabilire delle norme di tutela e comminare pene ai responsabili di ogni tipo di distruzione. Le misure prese, tuttavia, non furono sufficienti a placare la febbre rivoluzionaria e a evitare la demolizione totale di opere di elevato valore simbolico, come le tombe dei re francesi, conservate a Saint-Denis. Nel 1794, l'Abbé Grégoire denuncia violentemente, come manovra controrivoluzionaria, la distruzione degli *objets nationaux* "che non essendo di nessuno, sono di tutti" e conia il termine "vandali" per coloro che non li rispettano. L'idea patrimoniale rimane al centro del dibattito intellettuale francese per tutto il corso dell'Ottocento e voci celebri, come quella di Chateaubriand, di Victor Hugo, e soprattutto di Prosper Mérimée, Ispettore Generale dei Monumenti Storici, si levano in difesa dei monumenti e delle rovine. Infine nel corso del XIX secolo si crea una Amministrazione specifica, con il compito di censire, proteggere e restaurare un patrimonio divenuto e sentito profondamente come proprietà comune (Sire, 1996).

Conservare per le generazioni future

Se accettiamo una concezione patrimoniale del passato, dobbiamo considerare con attenzione i destinatari di questo processo; si tratta di un tema che rimane avvolto da dubbi e contraddizioni, valide per la conservazione sia della natura, sia della cultura. Passmore offre, a questo proposito, un contributo fondamentale con la sua opera *La nostra responsabilità per la natura* (1986), dove dedica un'ampia riflessione ai problemi della conservazione e della preservazione⁸: egli, tra l'altro, consapevole della vaghezza dei concetti di "posterità" e di "generazioni future", mostra la difficoltà di prevederne bisogni, gusti e valori:

"L'idea che l'uomo debba porsi il problema non solo della sua reputazione, delle sue proprietà, del bene dei suoi figli, ma anche del destino delle generazioni future è tipicamente occidentale e si è diffusa solo negli ultimi duecento anni. Deriva da una concezione moderna della natura del mondo, del posto occupato nel mondo dall'uomo e delle capacità dell'uomo" (Passmore, 1986, p.91).

⁸ Cfr. Passmore, 1986, p. 91.

Se si rinuncia, quindi, a cercare una spiegazione teleologica della storia, secondo la quale l'umanità progressivamente si libera o, al contrario, decade da uno "stato di Natura" originale, e si osserva ancora una volta il processo di continuo cambiamento nell'organizzazione delle società umane e nella natura, viene da chiedersi se veramente abbia un senso anche solo porsi il problema, così spesso dato per scontato, delle risorse per le generazioni future⁹.

L'incognita delle generazioni future, per Passmore, non si limita al problema della conservazione delle risorse, ma riguarda anche la preservazione e i giudizi di valore a essa collegati:

"E' infatti soltanto una supposizione che i nostri discendenti continuino ad apprezzare la natura da un punto di vista estetico, e non è affatto certo che continuino a trovare piacere nella solitudine. Nessuna disposizione d'animo ha un valore universale; si può affermare che i nostri discendenti troveranno piacere nel mangiare, nel bere, e nel fare l'amore. [...] D'altra parte non ci è richiesto di sacrificare i nostri piaceri per quelli futuri; anche noi possiamo fruire della ricerca biologica e del contatto con la natura selvaggia, della vista, dell'odore e dei suoni delle piante, degli animali selvatici, benché la maggior parte di noi preferisca paesaggi più domestici" (Passmore, 1986, p.119-120).

Heritage

L'idea di conservare il passato (qui verrebbe da chiedersi quale preciso momento del passato preferire), come eredità e patrimonio delle generazioni future, contribuisce a creare un senso di identità nazionale. E' interessante notare, infatti, come non vi sia una relazione diretta tra la presenza "quantitativa" di beni culturali e la loro valorizzazione; l'importanza culturale della conservazione sembra così slegata dal suo oggetto. Dalla sfera culturale di lingua inglese, come abbiamo visto, il termine *heritage*, anch'esso non privo, comunque, di una certa ambiguità, si è andato affermando su scala mondiale, entrando a fare parte del linguaggio comune; si tratta di una parola piuttosto recente in questa accezione (nel 1975 per la prima volta fu celebrato lo European Architectural *Heritage* Year), non facilmente riconducibile a una definizione precisa: in essa l'idea di *cultural heritage*, l'eredità

⁹ Il tema delle generazioni future ha un posto centrale sia per la Deep Ecology, sia per l'idea di sviluppo sostenibile.

culturale creata dagli uomini, tende a fondersi con quella di *natural heritage*, le ricchezze naturali, fino a diventare il *world heritage*, il patrimonio dell'umanità, sancito dall'UNESCO. La spiegazione del termine rimane comunque imprecisa: secondo Schouten, la definizione semplicistica di *heritage*¹⁰, come "resto tangibile del processo storico", ne esclude, infatti, ogni attribuzione di valore e contestualizzazione. Scrive Schouten:

"Lo *heritage* è un prodotto e come tale può venire convalidato ed interpretato in modo diverso, come lo stesso processo storico. Lo *heritage* cambia con il tempo, a seconda di come esso venga presentato e di come il pubblico reagisca alla sua presentazione" (Schouten, 1995, p.26).

Lo storico Hewison, uno dei più attenti osservatori della situazione britannica, mette in luce la difficoltà di arrivare ad una spiegazione precisa del termine:

"Non siamo in grado di definire lo *heritage* nazionale, come, allo stesso modo non possiamo definire l'arte o la bellezza. [...] Abbiamo quindi deciso di lasciare che lo *heritage* nazionale si definisca da solo. [...] Lo *heritage* nazionale di questo Paese è particolarmente ampio e ricco. E', allo stesso tempo, una rappresentazione, lo sviluppo di un'espressione estetica e una testimonianza del ruolo giocato da questa nazione nella storia mondiale. Lo *heritage* nazionale include anche le ricchezze naturali britanniche - i grandi paesaggi, la flora e la fauna - che così facilmente potrebbero andare persi a causa di uno sviluppo sconsiderato. Bisogna mantenere i beni potenzialmente godibili, arricchirne i valori educativi per le prossime generazioni e apprezzare e sviluppare i valori economici di attrattiva turistica. Ma questo *heritage* nazionale è costantemente minacciato" (Hewison, 1987, p.137).

10 Il termine *heritage* entra a fare parte della lingua ufficiale abbastanza di recente. In Gran Bretagna, ci informa Hewison: "La parola è stata investita di approvazione parlamentare con i *Heritage Acts* del 1980 e del 1983, che hanno creato rispettivamente il *National Heritage Memorial Fund* e lo *English Heritage*. [...] Esiste un Comitato di tutto il Parlamento per lo *Heritage*, una Società per l'Interpretazione dello *Heritage* britannico, una fondazione per l'Educazione allo *Heritage* e un Gruppo di Coordinamento dello *Heritage*. Centri e fondazioni per lo *Heritage* si moltiplicano e c'è una *World Heritage Convention*" (Hewison, 1987, p.31).

Nel mondo anglosassone, dove la ricerca¹¹ sull'interpretazione e la definizione dello *heritage* nazionale è ormai ampia e assodata, il dibattito si presenta stimolante, ricco di spunti e di implicazioni culturali. Richard Clarke scrive:

“Lo *heritage* non esiste solamente come una passiva raccolta di manufatti, di natura o di paesaggi, privi di più ampie connessioni ambientali e sociali o di contenuti politici per i quali amministrazione è sinonimo di preservazione. Lo *heritage* è una categoria dinamica, la cui definizione e i cui confini riflettono l'impegno che anima forze sociali e culturali, spesso in conflitto. Lo *heritage* riguarda un processo oltre che un prodotto” (Clarke, 1996, p.158).

David Lowenthal dedica al concetto di *heritage* un'indagine approfondita¹², cercando di coglierne le implicazioni e seguendone il diffondersi come “moda”: in Gran Bretagna e nel resto del mondo, tra gli anni '70 e '80, il culto dello *heritage*, infatti, ha preso le caratteristiche di una tendenza culturale dominante e la passione per ogni vestigia del passato si è trasformata in una vera e propria ossessione che conduce ad “amare fino alla morte” i propri oggetti di tutela. La valorizzazione del passato mette l'accento, ancora una volta, sul cambiamento e sul timore della fine e della scomparsa del passato stesso. Commenta Lowenthal:

“L'attuale mania per lo *heritage* mi sembra durevole e quindi è indispensabile comprenderla. Il suo potenziale, nel bene e nel male, è enorme. Da una parte ci offre una ragione per gestire in modo rispettoso tutto ciò che ci sta a cuore; dall'altra segnala un'eclisse della ragione e una regressione verso un tribalismo bellicoso. [...] Ma le parole risonanti e l'accento sulla natura selvaggia, l'etnicità e l'infanzia caratterizzano ovunque lo *heritage*” (Lowenthal, 1998, pp. 3-4).

E ancora:

“L'espansione dello *heritage* genera problemi e critiche oltre che prospettive e opportunità. Alcuni lamentano che lo *heritage* sia così ampio da renderne impossibile una definizione. Altri lo rifiutano come un passato reso splendente dalla de-

11 Si rimanda alle opere di Hewison, Lowenthal, Schouten, Clarke, ecc., solo per citare alcuni autori.

12 Vedi Lowenthal, 1975; 1985; 1988; 1999.

lusione del presente e dal timore del futuro. Altri ancora ne contestano la volgarizzazione e la falsificazione del passato; lo *heritage* rivende a un pubblico credulone, rifugge la 'vera' storia per una sua versione insulsa, espurgata, anacronistica e 'Disneyzzata'. Molti critici deplorano la popolarità dello *heritage* come una minaccia per la struttura e l'atmosfera del passato; esso è stato amato fino alla morte" (Lowenthal, 1993, p.4)

Per Lowenthal è importante innanzitutto situare precisamente la nozione di *heritage* distinguendola dalla storia; se, infatti, dal punto di vista della storia, il "passato è un paese straniero"¹³, come *heritage* esso ci diviene immediatamente familiare:

"Lo *heritage*, insomma, non solo tollera, ma prospera l'errore storico e anzi lo richiede. I lasciti falsificati sono parte integrante dell'unico obiettivo dell'identità di gruppo. Coloro che cercano un passato 'sano come una campana', dimenticano che le campane hanno bisogno di difetti incorporati per metterne in risalto la loro particolare sonorità" (Lowenthal, 1998, p.132).

E aggiunge:

"Lo *heritage*, infatti, non è un resoconto verificabile o anche ragionevolmente plausibile del passato quanto, piuttosto, una dichiarazione di fede nel passato: non è storia, neppure quando imita la storia" (Lowenthal, 1998, p. 139).¹⁴

La storia perde così di oggettività: non potremo mai arrivare a comprenderla in profondità, mentre lo *heritage* ci offre invece una creazione contemporanea, più dramma in costume e rievitazione, che discorso storico. Siamo - scrive Jameson - condannati a cercare la Storia attraverso le nostre proprie immagini pop e i simulacri di quella storia che di per sé stessa rimane per sempre irraggiungibile (Jameson, 1984).

13 *The Past is a Foreign Country* (1985) è il titolo di una delle più note opere di Lowenthal: tale titolo, spiega Lowenthal, a sua volta riprende una frase di H.E. Bates.

14 Lowenthal spiega ancora: "La storia e lo *heritage* trasmettono cose differenti a un pubblico differente. La storia narra a chiunque voglia ascoltare ciò che è successo e come si sono svolti i fatti. Lo *heritage* tramanda esclusivamente miti di origine e di continuità, rifornendo un gruppo selezionato di prestigio e di uno scopo comune. La storia si amplia con la diffusione; lo *heritage* viene diminuito e saccheggiato dalla sua divulgazione" (Lowenthal, 1998, p. 128).

La visione di un passato alterabile e, quindi, non “vero”, può contribuire a generare quel senso di insicurezza e inquietudine che, come abbiamo visto, fa parte delle premesse per la nascita dello stesso culto dello *heritage*:

“Un passato aperto alla manipolazione non solo mina le cosiddette verità storiche, ma anche implica un presente fragile e preannuncia un futuro precario. Quando scopriamo che i documenti antichi vengono regolarmente falsificati, i quadri imitati, i reperti inventati, gli edifici antichi modernizzati e quelli nuovi antichizzati, l'identità di tutto ciò che ci circonda diviene dubbia. Quando il passato dal quale dipendiamo per lo *heritage* e la continuità diventa un complesso di resti originali e alterati, alterati da successivi pensieri e azioni, se non addirittura un'imitazione, perdiamo la fiducia nella nostra stessa percezione” (Lowenthal, 1985, p.411).

L'enfasi rimane sempre sul cambiamento, sia esso aggiunta o distruzione. Bisogna rinunciare all'idea del passato, come un'entità fissa e stabile, un paese straniero che si può rivisitare; esso fa parte di noi, del nostro instabile presente e muta con esso. Ma proprio l'idea della continuità della trasformazione e della produzione e manipolazione del passato ci può assicurare e rendere più liberi dal suo condizionamento. La decisione di cosa preservare, sostiene Fowler, implica comunque sempre un elemento di irrazionalità e di imprevisto (Fowler, p.190); si tende ad ignorare eventi che sfuggono alla nostra comprensione o alle nostre aspettative, a isolare la novità e a etichettare come deviante tutto ciò che non rientra entro canoni stabiliti; la delusione del presente ci riporta al passato, o meglio a quegli elementi del passato che sopravvivono oggi, mentre la loro protezione diventa l'unico oggetto delle nostre energie (Hewison, 1987). Riportano Chase e Shaw:

“Soprattutto, immaginano un tempo in cui la gente non si sentiva frammentata, in cui il dubbio era assente o evidente, in cui il pensiero si fondeva con l'azione, in cui si riusciva a soddisfare le aspirazioni, in cui la vita era cordiale; in breve, un passato unificato e comprensibile, a differenza del presente incoerente e diviso” (Lowenthal, 1989, p. 29).

Sia in Gran Bretagna, sia negli Stati Uniti, dove appare sovente legata alla nuova destra politica, l'idea di *heritage* spesso nasconde punti di vista conservatori e tradizionalisti; nello stesso tempo, la tutela della *heritage* fa parte dell'ambientalismo progressista e del tentativo di allargare a tutti la fruizione del

patrimonio culturale: si tratta, in ogni caso, di un'idea forte che travalica gli schieramenti politici e viene invocata sia da destra, sia da sinistra. Per Lowenthal:

“Lo *heritage* è troppo complesso, vario e diffuso per classificarlo secondo la fede politica. Sinistra e destra, rappresentanti della élite e delle masse in eguale misura inchiodano lo *heritage* al loro albero maestro o prendono le distanze dalle sue follie” (Lowenthal, 1998, p.94).

Secondo Hewison, il boom di quella che egli definisce “*heritage industry*” in Gran Bretagna affonda le radici nella storia del dopoguerra; nel clima di declino e spaesamento che, a partire dalla fine dell'Impero, raggiunse l'apice dopo la recessione economica degli anni '70, con la crisi del Welfare State. La società inglese, o almeno una parte di essa, ha continuato a vivere con lo sguardo rivolto al passato, respirando un'atmosfera di sconfitta e di generale sfiducia verso le innovazioni e verso il futuro; il passato diventa così un rifugio e lo *heritage* un punto di riferimento e una sicurezza. Ovunque si possono scorgere i segni di un “retroismo strisciante” (Hewison, 1987, p. 30) che porta a crogiolarsi nel culto del *pastiche* e della parodia, falsificando deliberatamente la memoria autentica (Shaw, Chase, 1989). La minaccia di rimozione o di scomparsa danno impeto alla preservazione dei beni nazionali. Scrive ancora Lowenthal:

“Il passato viene apprezzato perché è concluso; ciò che in esso è accaduto è ormai terminato. La fine gli attribuisce un senso di completezza, di stabilità, di permanenza che manca nel presente attuale. Nulla può più accadere al passato; è sicuro dall'imprevisto, dalla disgrazia, dall'accidente o dal tradimento. Poiché è finito, il passato può essere ordinato e addomesticato e gli si può attribuire una coerenza estranea al presente caotico e mutevole. Ormai, nel passato, più nulla può andare storto” (Lowenthal, 1985, p.62).

Sia Hewison, sia Lowenthal mettono l'accento così sugli aspetti più retrogradi e nostalgici del culto dello *heritage* e riportano entrambi, come esempio, le parole di Patrick Cormack, parlamentare britannico, tra i più impegnati nel discorso conservazionista, al quale si deve la compilazione dello *Heritage in Danger* (heritage in pericolo) britannico:

“Quando mi chiedono una definizione di *heritage* io non ragiono in termini di dizionario ma piuttosto rifletto su alcune visioni e suoni. Penso ad un mattino nebbioso sul Twe-

ed a Dryburgh dove sia la magia di Turner, sia i romanzi di Scott sembrano prendere fuggacemente vita; alla celebrazione dell'Eucarestia in una tranquilla chiesa del Norfolk, con le vetrate medievali che filtrano i colori, mentre dalla porta aperta si sentono i rumori mattutini della mietitura. [...] Ognuna di queste scene richiama un aspetto di un'eredità indivisibile e fa parte della struttura ed espressione della nostra civiltà" (Hewison, 1987, p.32; Lowenthal, 1985, p. 37).

Il passato, così rivisitato e ricostruito, tende molto spesso ad allontanarsi dalla realtà e ad entrare in un tempo mitico; la vita quotidiana del passato viene proposta ai visitatori con un'immagine addolcita e falsata, che esprime solo uno stereotipo vuoto di contenuti. Lo *heritage* diventa uno strumento di identificazione: attraverso i dialetti, il folklore, l'artigianato e i monumenti si crea (Lowenthal, 1985) il senso di appartenenza ad un gruppo; il tribalismo diventa essenziale per la sopravvivenza e il benessere del gruppo stesso. Lowenthal, nella convinzione che "una xenofobia aggressiva sia un tratto caratteristico dello *heritage*" (Lowenthal, 1998, p.237), spiega ancora:

"Lo heritage provoca rivalità interne oltre che internazionali. [...] La nostra più forte animosità è diretta contro coloro che bramano il nostro *heritage* o ne contestano i meriti. L'idea stessa di un'eredità universale, in effetti, si contraddice da sola; [...] limitare il possesso a qualcuno, mentre si escludono gli altri è la ragione d'essere dello *heritage* [...] non possiamo conoscere lo *heritage* altrui. La mutua esclusione ci lascia all'oscuro della loro eredità, come loro della nostra" (Lowenthal, 1998, p.229-230).

Il tema acquista ancora più rilievo se legato a quello dell'identità; il patrimonio diventa uno strumento di identificazione, un'espressione materiale di una memoria collettiva dove ritrovare le proprie radici e ribadire la propria appartenenza di genere, gruppo etnico e stato sociale. Si accusa, dunque, lo *heritage* di aggravare gli eccessi sciovinisti e xenofobi; di svendere ciò che è sacro e senza prezzo, rimanendo in mano ad élite escludiviste, distorcendo il vero passato (Lowenthal, 1998, p. 89). Lowenthal aggiunge:

"Tutti noi, sia come individui, nazioni, gruppi etnici o altri adattiamo il passato ai nostri vantaggi presunti. Tali azioni, senza dubbio, deformano la storia per gli obiettivi dello *heritage*; ed esso è ulteriormente corrotto dal fatto di essere reso

popolare, trasformato in un prodotto e politicizzato (Lowenthal, 1998, p.87).

Turnbridge e Ashworth introducono il concetto di “dissonanza” come chiave di lettura in grado di strutturare la relazione conflittuale tra passato, storia e *heritage* e di descrivere le percezioni e le attitudini dei diversi gruppi a loro riguardo:

“Tutto lo *heritage* appartiene a qualcuno e, quindi, logicamente non a qualcun altro: il significato originale di eredità implica la possibilità di diseredare e, comunque, la creazione di un *heritage* dal passato disereda qualcuno, completamente o parzialmente, in modo attivo o potenziale. [...] di conseguenza la dissonanza è universale in quanto è una condizione, sia attiva, sia latente, in qualche modo comune a tutto lo *heritage*” (Turnbridge and Ashworth, 1996, p.20”).

Il concetto di dissonanza riferito allo *heritage* non ha un interesse puramente accademico ma può essere utilizzato per spiegare i conflitti culturali legati al turismo nei siti culturali, spesso inevitabili, in quanto riflettono relazioni di potere squilibrate nel controllo delle risorse patrimoniali:

“Il passato è ovunque un terreno di scontro di attaccamenti rivali. Nello scoprire, correggere, elaborare, inventare e celebrare le loro storie, gruppi antagonisti lottano per convalidare i loro scopi attuali, invocando una continuità con antenati e altri precursori e con la loro eredità. La politica del passato non è un futile gioco accademico, ma una parte della ricerca di tutte le persone per uno *heritage* indispensabile per l'autonomia e l'identità” (Gathercole, Lowenthal, 1990, p.303).

La ricerca sullo *heritage* con toni spesso nostalgici ha trovato, abbiamo visto, un terreno particolarmente fecondo in Gran Bretagna. Qui, l'idea tradizionale di un patrimonio storico risalente all'epoca medievale, se non ad una storia ancora più recente, si è andata estendendo, invece, mediante le testimonianze archeologiche a tracce umane sempre più antiche, ovunque diffuse: i continui progressi dell'aerofotografia e delle immagini satellitari, infatti, hanno messo in evidenza la quasi ubiquità dell'impronta umana nel paesaggio. Lo sforzo

di conservare i resti tangibili del passato si è progressivamente esteso, quindi, sia nello spazio, sia nel tempo: “Il passato non ha fine”, scrive Fowler (Fowler, 1994, p. 177).

Tale espansione dell’eredità storica, anche solo dal punto di vista quantitativo, rende più difficile la tutela e la gestione dello *heritage*, se non altro per la difficoltà di custodia dei reperti e dei siti; si ampliano sempre di più il tempo, lo spazio e lo spettro degli oggetti da conservare, non più limitato ai monumenti e alle opere d’arte, ma esteso dagli oggetti della vita quotidiana, fino ai siti, moderni e contemporanei, dell’archeologia industriale¹⁵; non meno complessa appare l’applicazione di vincoli di tutela ad interi paesaggi, quali le coste, le aree umide, i boschi, dove l’impronta umana diventa inscindibile da quella naturale.

Emerge e si consolida, dunque, una definizione del concetto stesso di *heritage* sempre più globalizzante; tendenza sancita dal “discorso universalista” (Palumbo, 2003) inaugurato e perpetrato dall’UNESCO, ovvero un’estensione nel tempo e nello spazio dell’idea di patrimonio che viene, in questo modo, svincolata dal valore attribuito ai luoghi direttamente dalle comunità locali. Estensione che, alle contraddizioni appena descritte, aggiunge quella insita nella scelta di conservare il passato dietro un’attribuzione aprioristica di valore a prescindere dalle differenze culturali, storiche, religiose e politiche.

Il National Trust

La storia dell’istituzione britannica del *National Trust for Places of Historic Interest or Natural Beauty*¹⁶ ci offre uno degli esempi più interessanti di come il discorso conservazionista si sia evoluto, divenendo sempre più articolato e complesso. Il National¹⁷ Trust, forse l’istituzione che meglio esprime le novità e le caratteristiche del conservazionismo britannico, nasce nel 1895 come *Corporation for the Holding of lands of natural beauty and sites and houses of historic interest to*

15 Fowler ricorda il premio per la miglior lavoro di archeologia tra gli allievi delle scuole, attribuito a *Archeological Evidence for the American Air Force 94th Combat Wing in North Northamptonshire between 1943 and 1945*, una copia del quale è conservata nel *National Monuments Record*, di fianco a resti del paleolitico (Fowler, 1987, p.177).

16 In Italia, sul modello inglese, è stato fondato nel 1975 il FAI (Fondo per l’Ambiente Italiano), una fondazione privata senza scopi di lucro che riceve per donazione e comodato beni di valore artistico, storico, naturalistico e, dopo averli restaurati li apre al pubblico.

17 Clarke fa notare come il Trust in effetti non sia veramente “nazionale” in quanto esso riguarda solo l’Inghilterra, il Galles e l’Irlanda del Nord, mentre in Scozia agisce un’istituzione indipendente dal resto del Regno, il *National Trust for Scotland*. Non si tratta, tuttavia di un caso isolato, seguendo un’impostazione per certi versi simile, infatti *National Curriculum* per la scuola primaria è valido in Inghilterra, Galles e Irlanda del Nord, mentre in Scozia vige il *Curriculum for Excellence*.

be preserved intact for the nation's use and enjoyment (Corporazione per la proprietà di terre di bellezza naturale e di siti e case d'interesse storico da preservare intatti per l'uso e il godimento della nazione)¹⁸, allo scopo di acquistare proprietà private di valore monumentale ed estetico, aprendole alla visita del pubblico; tali proprietà, in base ad una legge del parlamento del 1907, sono inalienabili e non possono essere vendute. Nei primi tempi dell'istituzione l'accento fu messo sull'impatto dell'industrializzazione e dell'esplosione urbana sul patrimonio rurale e storico britannico e sul rischio di vedere sconvolto l'ordine sociale e i "valori tradizionali".

Oggi il National Trust costituisce un ente morale che possiede e gestisce vaste aree, anche all'interno dei parchi nazionali; è un'associazione indipendente dal governo, ma sovvenzionata da esso in quanto proprietaria di beni culturali nazionali. Per il proprio autofinanziamento essa utilizza le quote associative, i biglietti d'ingresso alle proprietà, oltre ai proventi dei propri investimenti, delle proprietà fondiarie e di varie manifestazioni (teatro, concerti, ecc.). Ad oltre un secolo dalla sua istituzione, il National Trust è oggi il maggiore proprietario fondiario privato del regno Unito (con un totale di 242.281 ha, 1,5% del territorio nazionale), superato solo dallo Stato. Esso conta 2.5 milioni di soci ed è quindi, a livello mondiale, la maggiore organizzazione per la conservazione dei beni culturali del mondo (Clarke, 1996). La prima donazione ricevuta dal Trust (1895) fu Dinas Oleu, un tratto di costa affacciato sulla baia di Cardigan, presso Barmouth in Galles; fu seguita, nel 1899, dalla proprietà di Wicken Fen (Cambridgeshire), importante per il suo valore storico-naturale (Adams, 1993) e della casa della scrittrice per bambini Beatrix Potter nel villaggio di Sawrey, nel Lake District: da queste prime acquisizioni storiche il *National Trust* ha contribuito alla creazione del mito della campagna inglese, una realtà anti-urbana, anti-industriale, pacifica e anti-tecnologica; un piccolo mondo chiuso, popolato da deliziosi animaletti e da eccentrici abitanti, come dalle illustrazioni dei libri per bambini di Pietro Coniglio o di Postman Pat:¹⁹ resta da chiedersi se ciò che comunemente si intende per "tipica campagna inglese" sia veramente un'eredità naturale antica o piuttosto uno stato di fatto, da mantenere con le sue implicazioni di tipo politico e sociale (Massey, Jess, 2001).

18 Si ricordano come fondatori del Trust Miss Octavia Hill, Sir Robert Hunter e il reverendo Canon Hardwicke Rawnsley, sotto l'autorevole influenza di John Ruskin.

19 Resta da chiedersi se ciò che comunemente si intende per "tipica campagna inglese" sia veramente un'eredità naturale antica o piuttosto uno stato di fatto, da mantenere con le sue implicazioni di tipo politico e sociale (Massey, Jess, 2001).

La *Country House*, l'antica dimora rurale gentilizia, uno tra i primi e più noti oggetti di acquisizione e tutela, secondo Hewison, è diventato in tutto il paese e all'estero il più celebre simbolo dello *heritage* britannico in quanto espressione di valori elitari, quali la gerarchia, l'individualismo, il privilegio temperato dal dovere sociale, la deferenza e il rispetto verso l'ordine costituito e i suoi rappresentanti, valori che essa non solo contribuisce a preservare, ma si adopera a rafforzare nel presente²⁰: si tratta di un organismo privato con un'importante funzione pubblica (Hewison, 1987). Un'altra componente del Trust, precedente alla protezione degli edifici storici, è invece legata al riformismo sociale e al diritto di godere il paesaggio in quanto fonte di rigenerazione estetica; essa ha origine dalla *Commons, Open Spaces and Footpaths Preservation Society*, fondata nel 1865, con l'obiettivo di garantire al pubblico l'accesso alle campagne, di preservare le foreste e le aree verdi intorno a Londra (Epping Forest, Hampstead Heath), evitandone la privatizzazione, in un contesto che accosta la preoccupazione per le trasformazioni dell'ordine sociale ad uno zelo filantropico nei confronti dei ceti disagiati (Clarke, 1996). Tale visione tradizionale, secondo Clarke, è entrata in crisi a partire dagli anni '60 e oggi il Trust si propone nuovi obiettivi. Scrive, a tal proposito, Clarke:

“Da un punto di vista critico, il Trust, sinonimo di castelli, dimore e giardini, è divenuto il custode di un falso *heritage* nazionale, il cui ruolo è rivolto verso l'interno, inefficace, ridicolo, ignorante delle differenze culturali, resistente al cambiamento e un veicolo di falsa coscienza (nazionale), in definitiva, negativa e reazionaria (Clarke, 1996, p.147).

Tra le nuove tendenze si osserva una ridefinizione del concetto stesso di *heritage* con l'emergere di un maggiore eclettismo: il Trust si è aperto alle tematiche ecologiche e a una dimensione storica più estesa, con l'acquisizione di numerosi siti di valore archeologico e naturalistico. Nel 1963, la *Enterprise Neptune* per la tutela delle coste, per esempio, è riuscita a sensibilizzare l'opinione pubblica sul problema di questi ambienti fragili, minacciati sempre più dallo sviluppo edilizio e industriale: a partire dal 1973 sono nate le *Heritage Coasts*, sottoposte a vincoli di tutela. Le città e i loro problemi sono diventati, a loro volta, oggetto d'attenzione, con una dichiarata enfasi sulle differenze locali. Il Trust si sforza così di ampliare i propri orizzonti culturali, con un maggior impegno in attività di conservazione della bellezza naturale e dei luoghi storici anche al di fuori delle sue proprietà, oltre che al loro interno; si osserva, inoltre, il rafforzarsi dell'impegno sociale e un maggior coinvolgimento nell'economia e nella politica locale, comprese i diritti

20 Il National Trust è stato definito da uno dei suoi direttori, Lord Antrim: “un'oligarchia auto-perpetuantesi” (Hewison, 1987, p.55)

delle minoranze. Lo *heritage*, infatti, può trasformarsi in un fattore di democratizzazione e di livellamento sociale; in un momento di soddisfazione nazionale, di partecipazione e impegno che permetta a milioni di persone un coinvolgimento attivo nel passato della nazione. Alcune acquisizioni recenti mostrano un deciso cambiamento di rotta in questo senso, di certo non immaginabile qualche decennio fa, oltre ad un'interpretazione molto più elastica dei criteri di scelta. Secondo questa nuova tendenza, dovuta sia a pressioni esterne, sia interne, il passato recente viene reinterpretato e si trasforma in *heritage*; le più recenti acquisizioni del Trust comprendono esempi di architettura dei sobborghi popolari urbani: si tratta di edifici spesso privi di particolare "eccezionalità" monumentale, ma significativi come testimonianze di stili di vita (tra di essi si può ricordare, ad esempio, la casa dove trascorse l'infanzia Paul McCartney). Ci troviamo di fronte non solo ad un ripensamento della stessa istituzione, ma anche ad una precisa scelta di cosa mantenere del passato, col rischio di una rincorsa senza fine di nuove mode e nuove tendenze a seconda dello scenario politico dominante: dalle dimore gentilizie della campagna inglese, alla vita dei ceti popolari e borghesi delle periferie, ai più recenti sviluppi culturali del XX secolo. Forse la più significativa tra le acquisizioni recenti, ricorda Clarke, è quella dell'installazione militare abbandonata di Orford Ness, sulla costa del Suffolk, utilizzata per esperimenti legati all'industria nucleare: il sito, dove non si prevede la distruzione degli edifici militari dismessi, una volta bonificato, offrirà al pubblico, oltre alla ricca vita selvatica dell'ambiente costiero, un paesaggio lunare post-bellico. Spiega Clarke:

"Il significato principale di Orford Ness non è la trasformazione in *heritage* della seconda Guerra Mondiale (neppure della Guerra Fredda, non che il National Trust sia tenuto a farlo) ma piuttosto il fatto che l'area sia esplicitamente mantenuta come un derelitto paesaggio culturale postmoderno" (Clarke, 1996, p.150).

La scelta implicita nel discorso conservazionista si complica ancora di più all'interno di una società multiculturale e multi-etnica, come tende a presentarsi oggi quella britannica, rompendo con una visione nazionalistica e monolitica della storia. Nell'interpretazione dei siti, alla ricerca di un senso di appartenenza allargato ad un numero sempre più ampio di gruppi e di ceti sociali, ci si sforza di mettere in evidenza i legami tra le diverse classi e le diverse culture che hanno contribuito a formare il Paese. A questo proposito si può ricordare l'esempio, riportato sempre da Clarke, del forte di Aballava, sul muro di Adriano, nei pressi di Carlisle, occupato, nel terzo secolo d.C. da una guarnigione di soldati proveniente dal Nord Africa:

le persone di colore rappresentate nei pannelli esplicativi vogliono testimoniare la presenza di africani in Gran Bretagna, ancora prima degli “inglesi”.

Heritage, memoria, conflitto

Determinati luoghi hanno più forza di altri nel rappresentare materialmente le vicende storiche e la memoria collettiva delle comunità locali e nazionali. Massey (2001) e Rose (2001) hanno mostrato come il luogo non esista al di fuori del senso, o meglio del significato, attribuito dalle comunità che lo vivono e che ne fanno il simbolo di una memoria pubblica o privata. Un unico sito può corrispondere, così, ad infiniti luoghi, a seconda di diverse attribuzioni di senso politiche, religiose, culturali o storiche. Proprio l'unione tra queste due dimensioni - il locale e il simbolismo - è all'origine della stessa possibilità, per un gruppo umano, di riconoscere uno *heritage* comune, ovvero di materializzare un concetto di natura essenzialmente astratta in una traccia tangibile, compiendo un'operazione di reificazione della propria memoria o tradizione culturale. In questo modo un artefatto, un sito geografico o un paesaggio non solo “raccontano” una storia, ma diventano la forma visibile e sperimentabile –e dunque conservabile attraverso azioni legali o politiche– di quella stessa storia.

In alcuni casi tale associazione può generare dei conflitti di carattere etnico, religioso, politico o economico. Tali conflitti possono essere causati da volontà di attribuzione contrastanti e riconducibili a differenti gruppi umani che rivendicano un luogo, un monumento o un bene naturale come parte integrante, e esclusiva, della propria memoria etnica, religiosa o nazionale; oppure dipendere dai diversi interessi economici, nel caso, ad esempio, dei processi di *comodification* dei luoghi-simbolo, quando un gruppo di potere quantifica, attribuendole un valore commerciale, l'esperienza di un luogo o di un paesaggio, facendone un mezzo per la promozione del turismo o come strumento per accrescere il valore economico di un territorio.

Al di là di questo genere di dispute legate, nella maggioranza dei casi, all'assegnazione di una legittima proprietà o di un valore al patrimonio, vi sono siti, forse anche più interessanti per la geografia culturale, nei quali l'elemento contraddittorio coincide con la stessa funzione che tali luoghi simbolo hanno rivestito negli anni e che, in molti casi, è all'origine della loro stessa esistenza. Un esempio è costituito dalla conservazione dei relitti bellici come parte del paesaggio culturale di una regione.

Se si discute di *heritage*, patrimonio e memoria nazionale, in Italia si deve fare riferimento, prioritariamente, alle tracce connesse alla Grande Guerra. In questa

categoria si intende includere soprattutto quegli artefatti che hanno esercitato in passato e, in taluni casi, continuano a esercitare nel presente, una grande forza evocativa delle vicende belliche che hanno coinvolto le terre di confine. La centralità della funzione evocativa e l'utilizzo di questi artefatti come supporti materiali della memoria pubblicamente condivisa sono avallati dai contenuti e dall'impostazione forniti dalla legge numero 78 del 7 marzo 2001, titolata, non a caso, *Tutela del patrimonio storico della Prima guerra mondiale*. Nel testo della legge, infatti, è usato il termine "vestigia" che suggerisce la volontà di tutelare un'ampia gamma di segni materiali e immateriali, come ci ricorda Giovanni Losavio:

"nel significato pregnante di orma, traccia, segno, impronta [...] ma anche ricordo, monumento [...] la diretta testimonianza materiale impressa indelebilmente nell'ambiente fisico di questa specialissima guerra [...] è stata negli anni successivi commemorata e celebrata attraverso interventi rituali e monumentali" (Losavio, 2005, p. 54).

In questo modo – a distanza di quasi un secolo – si legittimano l'intervento e le competenze dello Stato, nelle sue declinazioni amministrative locali e in collaborazione con il mondo dell'associazionismo, quale soggetto deputato alla tutela e conservazione di tali tracce. Inoltre si descrive l'insieme di segni accumulati per ragioni tattiche, logistiche, organizzative, ma anche celebrative – si pensi ai cippi commemorativi, ai cimiteri monumentali o agli ossari – come elementi peculiari della geografia locale che non solo esercitano una funzione di "diretta testimonianza materiale", ma che ne costituiscono l'impronta fondamentale per la lettura del paesaggio culturale.

Da ultimo si compie una sorta di sovrapposizione tra il significato universale che tali elementi commemorativi potrebbero esercitare, quale evocazione dei sacrifici e del prezzo in vite umane alla base della *pax* europea del XXI secolo, e un'attribuzione di carattere sostanzialmente nazionale richiamata da espressioni quali "vestigia" e "patrimonio".

Tale sovrapposizione è esemplificata dal contenuto dei primi articoli della legge. Dopo un generico "la Repubblica riconosce il valore storico e culturale delle vestigia della Prima guerra mondiale" (art. 1), infatti, nell'art. 2 si dichiara che:

"lo Stato e le regioni, nell'ambito delle rispettive competenze, promuovono la ricognizione, la catalogazione, la manutenzione, il restauro, la gestione e la valorizzazione delle vestigia relative a entrambe le parti del conflitto",

per poi specificare, nel art. 4 che:

“la Repubblica promuove, particolarmente nella ricorrenza del 4 novembre, la riflessione storica sulla Prima guerra mondiale e sul suo significato per il raggiungimento dell’unità nazionale”.

Vale la pena ricordare che le tracce della Grande Guerra si situano, quasi esclusivamente, lungo la linea che, prima del 1919, segnava il confine tra il Regno d’Italia e l’Impero Austroungarico e che, dunque, insistere sull’associazione tra vestigia belliche e paesaggio locale, promuovendone la tutela e la valorizzazione, in questo caso, equivale a rappresentare sul territorio un “paesaggio di confine”, con tutte le implicazioni storiche, culturali e identitarie ancora oggi aperte.

Appare, dunque, chiaro che scegliere di conservare i segni del passato quali “diretta testimonianza materiale impressa indelebilmente nell’ambiente fisico” non possa mai risultare un’operazione neutra dal punto di vista politico o culturale, anche quando tali tracce hanno perso la loro funzione originaria e anche quando il contesto storico e politico sembrerebbe giustificare tale volontà evocativa.

Un ulteriore piano d’analisi emerge quando si riflette sui luoghi o sugli oggetti che hanno perduto il loro valore funzionale, trasmettendoci la memoria di un passato “perduto” e abbandonato, in aperto conflitto con le evoluzioni seguite dal paesaggio umano che li circonda; è il caso, ad esempio, dei siti industriali da tempo dismessi e inglobati da nuove forme urbane.

Patrimonio dell’abbandono: la candidatura di Sesto San Giovanni a patrimonio dell’UNESCO

Il comune di Sesto San Giovanni, a nord est di Milano, dai primi anni del XX secolo fino agli anni Novanta, è stato scelto come luogo per l’insediamento di decine di siti di produzione di alcune delle imprese più rilevanti dell’industria pesante italiana: la Breda, le Acciaierie e Ferrerie Lombarde Falk e la Magneti Marelli, oltre ad altre imprese di dimensioni minori. In seguito a questa scelta di natura localizzativa la popolazione della città raddoppiò nel primo decennio del XX secolo, raggiungendo i 15.000 residenti nel 1911. Tale trend di crescita proseguì anche nei decenni successivi, attraversando i due conflitti mondiali, le politiche industriali degli anni Cinquanta e Sessanta e le crisi del decennio successivo, tanto che nel 1951 la popolazione del comune ammontava a 40.000 abitanti, con oltre 45.000 operai impiegati nelle fabbriche, e quasi trent’anni dopo, nel 1978, superava le 100000 unità (Ottolenghi, 2011).

Gli eventi e i processi storici appena descritti hanno rappresentato il più forte volano per l'evoluzione di questa storia industriale, iniziata con l'apertura della prima fabbrica della Breda nel 1903 e conclusasi con le ultime attività della Falck nel 1996. Nei primi decenni del XX secolo la posizione geografica di Sesto San Giovanni, tra Monza e Milano, le assicurò un vantaggio in termini di accessibilità: da qui passava la linea ferroviaria che, oltre a garantire l'approvvigionamento delle materie prime, connetteva Milano agli altri capoluoghi di provincia più popolosi. Sempre all'inizio del secolo quest'area veniva raggiunta dalla fornitura di energia elettrica prodotta dalle centrali situate lungo il corso del fiume Adda; in questo senso la crescita delle imprese insediatesi a Sesto San Giovanni si è legata a doppio filo al periodo d'oro della produzione idroelettrica, soprattutto durante il fascismo. Dal punto di vista delle commesse, poi, sia gli eventi bellici, sia la crescita del tessuto urbano milanese, sono stati - per oltre un trentennio - una spinta fondamentale per lo sviluppo dell'industria pesante sestese. Infine gli investimenti nella produzione industriale a Sesto San Giovanni, come in altri centri adiacenti a Milano, sono stati uno dei fattori cruciali di attrazione per il movimento migratorio interno tra gli anni Cinquanta e gli anni Sessanta.

Per queste ragioni, ancora prima dicostituire un sito industriale, certamente peculiare tanto da essere definito una "città-fabbrica" (Morabito, 2011), la città di Sesto San Giovanni rappresenta la materializzazione di un complesso sistema di sviluppo economico, sociale, politico e culturale articolatosi nel XX secolo e riconoscibile in uno specifico territorio. Infatti, al di là delle decine di fabbriche erette qui situate, a Sesto San Giovanni si materializzò un complesso, e in qualche modo unico, sistema sociale generato dalle scelte produttive e padronali delle grandi famiglie industriali italiane, ma anche dai meccanismi aggregativi di un'intera città -abitata da decine di migliaia di abitanti, vale la pena ricordarlo- le cui evoluzioni demografiche, economiche e sociali si possono ricondurre in misura quasi esclusiva, per oltre otto decenni, alla storia della sua produzione industriale.

Per questa ragione, recentemente, l'amministrazione locale ha avviato la procedura per candidare il patrimonio industriale di Sesto San Giovanni all'interno della categoria "paesaggio culturale evolutivo" del patrimonio mondiale UNESCO.²¹ Tale sistema industriale è stato quantificato in 37 siti individuati all'interno dei centri di produzione industriale ed energetica in disuso, quali intere fabbriche o anche strutture industriali abbandonate, ma anche tra i luoghi deputati alla socialità, come scuole o centri aggregativi, fino a interi quartieri residenziali sorti, dietro iniziativa delle famiglie imprenditoriali, per ospitare le famiglie degli operai.

²¹ Le ragioni della candidatura e la mappatura dei siti sono descritte nel portale ufficiale <http://www.sestosg.net/sportelli/sestounesco/>



Fig. 1.- Ingresso di una delle abitazioni del Villaggio Falck.
Il complesso, il cui progetto risale al 1908, è tuttora abitato.

Le ragioni di questa candidatura sono riassunte, dall'estensore del dossier di presentazione all'UNESCO, in alcuni punti fondanti:

“In primo luogo la forza e la testimonianza della civiltà della fabbrica: parliamo di una realtà produttiva e di una comunità urbana che ha comandato un sistema sovra regionale. [...] In secondo luogo la peculiarità e la riconoscibilità di un paesaggio che esprime la fase della grande industrializzazione [non solo in Italia ma anche in altre regioni d'Europa *n.d.a.*].

Infine, gli eventi, le idee, le tradizioni che sono alla base dei principi e delle istituzioni della democrazia” (Ottolenghi, 2011, p. 43).

Se dunque, alla luce di queste valutazioni, appare evidente la “solidità della candidatura” (Bergeron, 2011) di Sesto San Giovanni, vi sono, comunque, alcune riflessioni che meriterebbero ulteriore approfondimento.

Parisi ci ricorda come il patrimonio industriale di Sesto San Giovanni rappresenta sostanzialmente un “insieme ambientale” (2011), dunque il suo carattere eccezionale e unico, motivo cardine per la sua candidatura, non deve essere ricercato esclusivamente, come fin qui sostenuto, nella:

“trasmissione dell’immagine evocativa di un determinato modello urbanistico di sviluppo economico o socio-politico, quali per lungo tempo sono stati considerati ad esempio Manchester o Stalingrado”;

quanto, piuttosto, nella

“restituzione critica e culturalmente integrale di una delle tante modalità secondo cui si è declinata la storia industriale del nostro paese. Una storia di uomini e di comunità, di istituzioni e di regimi, come di imprenditori e di operai, di imprese e sindacati, di corporativismo e di precariato, a partire però dalle testimonianze materiali” (Parisi, 2011, pp. 24-25).

Attraverso l’associazione tra luoghi simbolo e memoria, dunque, sono state scelte delle testimonianze materiali con l’obiettivo specifico di reificare una storia collettiva, incarnata dal patrimonio industriale e residenziale di un’intera città.

Gli aspetti più rilevanti, in questo senso, riguardano sia il processo storico attraverso il quale si è giunti all’associazione tra patrimonio e collettività, sia il dibattito sulle scelte da attuare in futuro.

Nel primo caso va ricordato che la maggior parte dei 37 siti che compongono ciò che oggi viene definito come un “sistema industriale” candidato alla lista del patrimonio mondiale UNESCO, nacque dietro iniziativa di un limitato numero di famiglie industriali e venne realizzata su terreni di loro proprietà, con l’obiettivo di comporre un complesso sistema socio-economico finalizzato a garantire l’accessibilità e la residenzialità per gli operai intorno ai siti di produzione industriale.

Solo dopo la dismissione di questi siti, nel 2004, la politica locale, nella persona dall'amministrazione comunale, formalizzò - attraverso il Piano Regolatore Generale, allora strumento principale per il governo del territorio in Italia su scala comunale - la volontà di porre il patrimonio industriale sestese a tutela e valorizzazione con:

“l'obiettivo prioritario per le aree in trasformazione [...] recuperabili fattivamente, garantendone nel tempo l'utilizzo e la gestione e quindi la permanenza della memoria materiale”
(Comune di Sesto San Giovanni, 2004, art. 41)

Da ultimo, recentemente, sempre l'amministrazione comunale e il *Comitato di sostegno alla candidatura all'UNESCO del patrimonio industriale di Sesto San Giovanni* hanno congiuntamente intrapreso l'impresa di motivare l'attribuzione di un valore universale alle tracce materiali del sistema industriale cittadino ormai in disuso.



Fig. 2.- Il “Carroponte” è stato recentemente convertito in uno spazio adibito a concerti e eventi pubblici. E' parte integrante del Parco archeologico e industriale ex-Breda

Nel secondo caso, dalla valutazione dei progetti, in alcuni casi già compiutamente realizzati (<http://www.sestosg.net/sportelli/sestounesco/>), nonché dalla lettura documenti ufficiali emerge chiaramente come il principio guida di questa operazione, non sia solo quello di conservare il patrimonio esistente, ma di convertire i siti a nuova funzione celebrativa, sociale o culturale, trasformandoli in musei, centri visita e spazi permanenti per l'organizzazione di eventi e manifestazioni.



Fig. 3.- Dettaglio della linea ferroviaria che collega Milano a Bergamo e Lecco. Sullo sfondo l'imponente figura del forno elettrico T3 "Pagoda", uno dei simboli più celebri dell'intero complesso industriale sestese.

Ci troviamo, come discusso nel paragrafo precedente, di fronte a due diverse sovrapposizioni tra valori, significati e utilizzi associati ad un'intera area urbana. Da una parte l'attribuzione di un valore universale, civile e nazionale ad un patrimonio nato con una funzione economica produttiva riconducibile, originariamente, ad una precisa proprietà; in questo caso siamo dunque in presenza di un conflitto sull'attribuzione, e in un certo modo sulla proprietà stessa, della memoria che questo sistema dovrebbe evocare: Sesto San Giovanni dovrebbe raccontare la storia delle imprese e del paternalismo della Falck e della Breda, oppure la capacità delle comunità locali di creare un'aggregazione sociale unica e esemplare. Dall'altra si cerca, in alcuni casi ottenendo grandi risultati, di far convivere la volontà di tutelare il patrimonio esistente con le scelte mirate alla riconversione delle strutture o dei siti in disuso.

Forse la sintesi di queste sovrapposizioni va ricercata nella categoria all'interno della quale i promotori vorrebbero inserire il patrimonio industriale sestese –il paesaggio culturale evolutivo– e considerare questa città come una struttura in evoluzione le cui tracce non solo fungono da memoria esemplare di un passato, in parte contestato, bensì come spazio di concertazione dove sperimentare nuovi modelli sociali, culturali e politici.

Bibliografia

- Bergeron L., 2011, La candidatura di Sesto San Giovanni come paesaggio culturale evolutivo, *Urbanistica Dossier. Il patrimonio industriale risorsa strategica per lo sviluppo urbano di Sesto San Giovanni*, XV, 126, pp. 40-41.
- Bonfanti M., 2011, La Sesto San Giovanni: una storia, un futuro. Un patrimonio industriale per tutto il mondo, *Urbanistica Dossier. Il patrimonio industriale risorsa strategica per lo sviluppo urbano di Sesto San Giovanni*, XV, 126, p. 5.
- Caldo C., Guarrasi V. (a cura di), 2004, *Beni culturali e geografia*. Bologna: Patron.
- Comune di Sesto San Giovanni, 2004, *Piano Regolatore Generale*, Delibera n.14, 5 aprile 2004.
- Cerruti V., 2011, La tutela del patrimonio industriale nella pianificazione urbanistica di Sesto San Giovanni, *Urbanistica Dossier. Il patrimonio industriale risorsa strategica per lo sviluppo urbano di Sesto San Giovanni*, XV, 126, pp. 8-10.
- Cerutti G. (a cura di), 1993, *Aree naturali protette. Commentario alla legge n.349/1991*. Milano: Documenti, Domus.
- Clarke R., 1996, Heritage in Trust: sustainable stewardship in transition, *International Journal of Heritage Studies*, 2-3, pp. 145-159.
- Consiglio d'Europa, 2000, *Convenzione Europea del paesaggio*. Firenze: Consiglio d'Europa.
- Davallon J., Grandmont G., Schiele B., 1992, *L'environnement entre au Musée*. Lyon: Presse Universitaire de Lyon.
- Dear M.J., 1988, The Postmodern Challenge: Reconstructing Human Geography, *Transaction of the Institute of British Geographers*, 13, pp. 262-274.

- Di Biase C., 2011, Davanti alla fabbrica. Patrimonio industriale come insieme di permanenze, *Urbanistica Dossier. Il patrimonio industriale risorsa strategica per lo sviluppo urbano di Sesto San Giovanni*, XV, 126, pp. 25-29.
- Fowler P.J., 1987, The Contemporary Past, in J.M. Wagstaff (a cura di), *Landscape and culture. Geographical & Archeological Perspectives*. Oxford: Basil Blackwell, pp. 173-191.
- Gathercole P., Lowenthal D. (a cura di), 1990, *The Politics of the past. One World Archeology*. London: Routledge.
- Harvey D., 1993, *La crisi della modernità*. Milano: Il Saggiatore.
- Harvey D., 1996, *Justice, Nature & the Geography of Difference*. Oxford: Blackwell.
- Hewison R., 1987, *The heritage industry. Britain in a climate of decline*. London: Mathuen.
- Jameson F., 1984, Postmodernism and consumer society, *American Studies*, 29, 1, pp. 55-735.
- Losavio G., 2005, *L'innovativa tutela di uno speciale bene ambientale*, in M. Piva, C. Zadra (a cura di) *La memoria della Grande Guerra in Trentino, progetti ed iniziative di recupero e valorizzazione nel quadro della legislazione nazionale e provinciale, atti del convegno Rovereto 22 marzo 2003*, Trento: Provincia Autonoma di Trento, Soprintendenza per i Beni Architettonici, pp. 53-62.
- Lowenthal D., 1975, Past Time, Present Place: Landscape and Memory, *Geographical Review*, LXV, 1, pp. 1-36.
- Lowenthal D., 1985, *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lowenthal D., 1989, Nostalgia tells it like it wasn't, in C. Shaw, M. Chase (a cura di), *The imagined past. History and nostalgia*. Manchester: Manchester University Press, pp. 18-32.
- Lowenthal D., 1993, Landscape as Heritage. National Scenes and Global Changes, in J.M. Fladmark (a cura di), *Heritage. Conservation, Interpretation and Enterprise*. London: Donhead, pp. 3-15.
- Lowenthal D., 1998, *The heritage Crusade and the Spoils of History*. Cambridge: Cambridge University Press.

- Marinetti F., 1909, *Manifesto del Futurismo*, Paris: Le Figaro
- Massey D., 2001, Pensare il luogo, in D. Massey, P. Jess (a cura di), *Luoghi, culture e globalizzazione*. Torino: UTET, pp. 33-63.
- Mongolfier de J., Natali J.M., 1985, *Le Patrimoine du futur. Approche pour une gestion patrimoniale des ressources naturelles*. Paris: Economica.
- Morabito D., 2011, Identità e memoria della città in trasformazione, *Urbanistica Dossier. Il patrimonio industriale risorsa strategica per lo sviluppo urbano di Sesto San Giovanni*, XV, 126, pp. 6-7.
- Ottolenghi F., 2011, Per Sesto San Giovanni patrimonio dell'umanità, *Urbanistica Dossier. Il patrimonio industriale risorsa strategica per lo sviluppo urbano di Sesto San Giovanni*, XV, 126, pp. 41-44.
- Palumbo B., 2003, *L'UNESCO e il campanile. Antropologia, politiche e beni culturali in Sicilia orientale*. Meltemi: Roma.
- Parisi R., 2011, Periferie urbano-industriali in Italia. Questioni di storia, memoria e riuso, *Urbanistica Dossier. Il patrimonio industriale risorsa strategica per lo sviluppo urbano di Sesto San Giovanni*, XV, 126, pp. 23-25.
- Passmore J., 1986, *La nostra responsabilità per la natura*. Milano: Feltrinelli
- Pedretti, B. (a cura di), 1997, *Il progetto del passato. Memoria, conservazione, restauro, architettura*. Milano: B. Mondadori.
- Poulot D., 1992, Le patrimoine universel: un modèle culturel français, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 39, 1, pp. 29-55.
- Rose J., 2011, Luogo e identità: un senso del luogo, in D. Massey, P. Jess (a cura di), *Luoghi, culture e globalizzazione*. Torino: UTET, pp. 65-95.
- Schouten F.F.J., 1995, Heritage as Historical Reality, in D.T. Herbert (a cura di), *Heritage, Tourism and Society*. London: Mansell.
- Sire M.A. 1996, *La France du Patrimoine*. Paris: Gallimard.
- Soederstroem O., 1994, I beni culturali come risorse sociali di progetti territoriali, in C. Caldo, V. Guarrasi (a cura di), *Beni culturali e geografia*. Bologna: Patron, pp. 31-38.
- Turnbridge J.E., Ashworth G.J., *Dissonant Heritage: The Management of the past as a resource in conflict*. Chicester: Wiley and Sons.
- UNESCO, 1972, *Convenzione riguardante la protezione sul piano mondiale del patrimonio culturale e naturale*. Paris: UNESCO.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS TATRAS POLACOS Y SU CONSERVACIÓN¹

Manuel Mollá Ruiz-Gómez
Universidad Autónoma de Madrid

Los montes Tatras son el sector más elevado de la cordillera de los Cárpatos, en la frontera entre Polonia y Eslovaquia. Aunque su máxima altura apenas pasa de los 2.500 metros (Gerlachovsky stit -2.655 m.-, en el lado eslovaco, y Rysy -2.499 m.- en el polaco), es un conjunto de marcado carácter alpino, lo que llevó a denominarlos como “la alta montaña más pequeña del mundo” por algunos de sus estudiosos, geógrafos alemanes, en el siglo XIX. En efecto, a pequeña escala, no falta ninguno de los elementos característicos de los paisajes alpinos, como la importante huella glaciar, cumbres piramidales y sugestivos valles. Sin embargo, sus altitudes medias, en torno a los 2.000 metros, hacen que carezca de la fiereza de la montaña alpina y, en general, sea un paisaje más amable y accesible.



Fig. 1.- Vista de los Tatras en la frontera polaco-eslovaca
Fotografía: Manuel Mollá

Desde 1954 los Tatras polacos adquirieron la categoría de parque nacional con una superficie inicial de 21.556 ha., reducido algo, posteriormente, hasta quedar con las 21.164 ha. que tiene en la actualidad. Unos años antes, la vertiente sur de estas montañas, la eslovaca, había sido logrado su protección con la misma figura (1949),

¹ Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación CSO2008-03877, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y el FEDER.

con 73.800 ha. Además, en 1992, la UNESCO (Man and the Biosphere Programme –MAB–) declaró reserva de la biosfera una amplia zona de ambos parques, convertida en una de las nueve reservas internacionales que existen hasta la actualidad. La reserva tiene 145.600 ha., de las cuales corresponden a Polonia alrededor de 20.000.

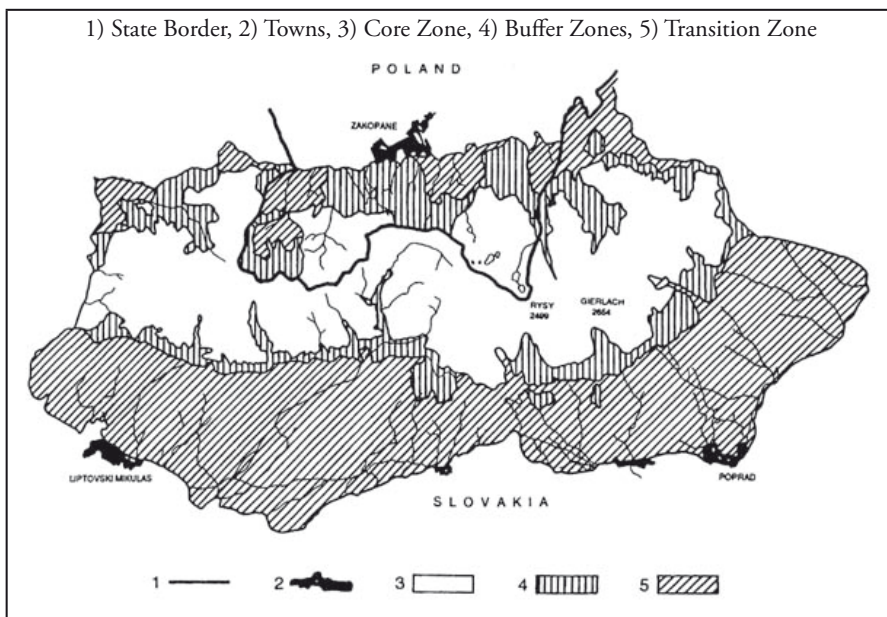


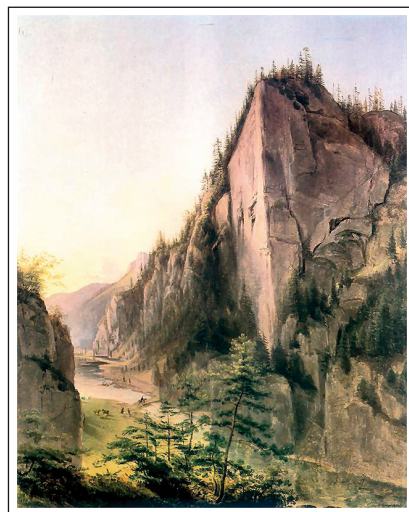
Fig. 2.- Reserva de la Biosfera de los Tatras (UNESCO)

Fuente: KRZAN, Zbigniew, 1996, 119.

La historia del parque nacional de los Tatras polacos comienza, sin embargo, a finales del siglo XIX, con los decisivos impulsos de un médico de Varsovia, Tytus Chalubinski. Esto tendrá un primer y real intento en 1925, en colaboración con Checoslovaquia, país al que unos años antes, por el tratado de Trianon (1920), se le había otorgado el actual territorio eslovaco. Formalmente, el primer parque se crea en 1937, bajo la tutela de las autoridades forestales polacas. En 1947 se organiza una administración independiente y aparece como parque de los Tatras, hasta que el gobierno polaco, en 1954, decide la creación del parque nacional.

Desde comienzos del siglo XIX los Tatras polacos fueron visitados. Por ejemplo, el geólogo y geógrafo Stanislaw Staszic (en Cracovia hay un centro universitario dedicado a la minería y la metalurgia que lleva su nombre) hizo un estudio muy detenido que culminó en su obra, publicada en 1815, *Sobre el origen de los Cárpatos en Polonia*, con un gran mapa geológico y vistas panorámicas de esas montañas pintadas por Zygmunt Vogel.

En esos mismos años, en concreto entre 1817 y 1824, la pequeña villa de Zakopane, escasamente visitada, fue vendida al húngaro Emanuel Homolacs. Esta familia tuvo una actividad muy importante en Zakopane y los Tatras entre los años 1807 y 1869. Llevaron el trabajo del acero y del cobre a la región y mejoraron notablemente los servicios médicos y educativos. El mismo Emanuel Homolacs construyó el primer hostel en el lago Morskie y su mansión fue muy visitada por artistas, científicos y turistas. La familia organizaba excursiones por las montañas con guías y porteadores de la región. Por el contrario, la siguiente generación de Homolacs tuvo mucho que ver en la destrucción de muchísimas hectáreas de los bosques próximos a Zakopane. Entre los más destacados por sus paisajes de los Tatras, se puede citar a dos importantes pintores polacos, Jan Nepomucen Glowacki (1802-1847) y a Wojciech Gerson (1831-1901), que pintó bastantes paisajes de esa región entre los años 1860 y 1896.



Figs. 3 y 4.- Dos cuadros de J. N. Glowacki: el lago Morskie, a la izquierda, y el valle de Koscieliska, a la derecha

Fuente: <http://www.pinakoteka.zascianek.pl/Glowacki/Index.htm>

El mayor impulso al conocimiento de estas montañas, como ya se ha señalado, vino de la mano del médico de Varsovia, Tytus Chalubinski (1820-1889), a quien se llegó a conocer como “el rey de los Tatras”. Su primera visita a la región tuvo un carácter meramente profesional, ya que fue a Zakopane en 1873 como consecuencia de una epidemia de cólera declarada en la región. Chalubinski quedó seducido por el clima de la montaña y sus virtudes en todo lo referente a la salud, sin olvidar los aspectos excursionistas y deportivos que la región ofrecía,

tanto para la práctica de deportes de invierno como para la escalada o, sencillamente, el senderismo. Estas cualidades climáticas y físicas de los Tatras lo impulsaron a desarrollar una importante actividad para dar a conocer las montañas en sus múltiples beneficios. Así, el Dr. Chalubinski creó la Sociedad Polaca de los Tatras (Polskie Towarzystwo Tatrzańskie), para mejor cumplir sus objetivos. Además, fue un incansable promotor de excursiones, siempre dirigidas por expertos montañeros y gentes de las tierras altas. Su amor e interés por esas tierras hizo que se construyera una casa en Zakopane, que rápidamente se convirtió en el gran centro social y cultural de la ciudad. Él mismo realizó numerosas excursiones por esas montañas, acompañado siempre por guías expertos y, con mucha frecuencia por dos de sus grandes amigos, los violinistas Jan Sabala y Bartus Obrochta. Su defensa del clima para la curación de la tuberculosis hizo que, en 1886, Zakopane fuera reconocida oficialmente como centro de salud. Muy pronto se construyeron algunos hospitales antituberculosos en la región.



Fig. 5-. Museo de los Tatras Tytus Chalubinski

Fotografía: Manuel Mollá

También la cultura regional influyó en los visitantes, de manera que en 1889, año de la muerte de Chalubinski, un grupo de amigos, como homenaje al médico, creó en Zakopane el Museo de los Tatras Tytus Chalubinski, primer museo regional que se hizo en Polonia. En 1922 se construyó un nuevo edificio para el museo, en el llamado estilo Zakopane, muy popular en toda la región. Se podría decir que es un pequeño museo de historia natural, con colecciones de botánica, geología y zoología de esas montañas, a las que acompaña una colección de carácter más etnográfico.

Sin embargo, los años de actividad industrial y minera habían diezgado los bosques de esas montañas, encabezados por la segunda generación de Homolacs, menos sensibles que el padre al significado que los Tatras tenían desde un punto de vista excursionista y cultural. De nuevo, en el significativo año de la muerte de Chalubinski, otro notable personaje dio un giro a la situación, el conde Wladyslaw Zamoyski (1853-1924). La presencia de este noble polaco en Zakopane tiene que ver con sus orígenes. Nacido en París, estudió en la École Polytechnique y fue representante del gobierno francés en algunas misiones internacionales. Llegó a Polonia en 1881, al heredar el castillo de Kórnik, además de otras propiedades en el país. Al ser ciudadano francés, fue expulsado, en 1885, por los prusianos de su castillo y se refugió en Zakopane. Cuatro años después, adquirió en subasta (hecha por los alemanes) una gran parte de los Tatras polacos, lo que cambió definitivamente el destino de la región. Su primera actuación como nuevo propietario de esas montañas fue la de impulsar una política de reforestación de las áreas destruidas y limitó las actividades de tala en sus propiedades. Pocos años después, en 1902, cedió las tierras al Congreso polaco, lo que inicia el proceso que culminaría con la declaración de parque nacional en 1954.



Figura 6. Valle de Koscieliska
Fotografía: Manuel Mollá

A los personajes ya nombrados en páginas anteriores, se podría sumar una buena cantidad de intelectuales, artistas, deportistas, militares y profesionales de la alta sociedad de Varsovia, atraídos, fundamentalmente, por la obra y la actividad de Chalubinski, muchos de los cuales jugaron un importante papel en el proceso de protección de los Tatras. Entre los más destacados, por no hacer una lista interminable de nombres, se puede citar a los siguientes:

Walery Eljasz-Radzikowski (1841-1905). Pintor y fotógrafo; cofundador de la Sociedad de las Montañas Tatras y notable montañero. Escaló muchas de las cumbres más difíciles.

Mariusz Zaruski (1867-1941). General del ejército polaco, escritor, poeta, fotógrafo y pintor. Reconocido escalador de las cumbres de los Tatras y espeleólogo.

Ignacy Jan Paderewski (1860-1941). Pianista, compositor, diplomático y político. Fue el tercer Primer Ministro de Polonia.

Stanisław Ignacy Witkiewicz (1885-1939). Escritor, fotógrafo, filósofo y pintor.

Helena Modrzejewska (1840-1909). Famosa actriz dramática, especialista en Shakespeare.

Como conclusión a esta breve historia que describe algunos precedentes de la creación del parque nacional de los Tatras polacos (el primero de los veintitrés que tiene ese país en la actualidad), conviene destacar, entre otros asuntos, la importancia que a lo largo del siglo XIX tuvieron las concepciones modernas de la ciencia (en muy diversos campos), de la cultura, y hasta del excursionismo, para el conocimiento de los paisajes más valorados del planeta (especialmente las montañas) y el consiguiente paso, la lucha por su conservación. Científicos de la naturaleza, filósofos, pintores o escritores, entre otros, dedicaron sus esfuerzos a mostrar a las sociedades urbanas de su tiempo la belleza de los paisajes de montaña y contribuyeron a crear una conciencia conservacionista que culmina en 1872 con la declaración del primer parque nacional en el mundo, el de Yellowstone, en los estados de Wyoming, Idaho y Montana. Sin embargo, como demuestra la historia del parque nacional de los Tatras, esta voluntad no es suficiente si no se dan otras circunstancias que pasan por algo mucho más material, la propiedad de la tierra. La intervención del conde Władysław Zamoyski y su adquisición de buena parte de los Tatras polacos dio un giro fundamental a la historia de la región. El hecho es relevante y trae a la memoria los problemas que se adujeron en los años veinte del siglo pasado para no proceder por parte de la autoridad española de parques nacionales a la declaración de la sierra de Guadarrama. Ya en aquellos años hubo

una interesante polémica sobre el caso madrileño, y sería muy útil hacer algún tipo de estudio comparado para conocer las circunstancias que, al respecto, han rodeado a la creación o no de parques nacionales a lo largo de la historia.

La cuestión de la propiedad sería la gran diferencia entre el parque polaco, declarado en 1954, y el madrileño, que sigue a la espera después de casi cien años. Sin olvidar, por supuesto, el hecho de que la sierra de Guadarrama está a 50 kilómetros de Madrid y los Tatras a 400 de Varsovia, de donde procedían Chalubinski y los demás miembros de esa élite que consagró parte de su vida y de sus esfuerzos a estudiar y promover la protección de sus montañas. Las semejanzas tienen mucho que ver con el impulso de unos hombres, al margen de las diferencias de intenciones iniciales y profesiones, que entendieron el valor de las montañas en sus variadas perspectivas (salud, conocimiento científico, excursionismo...) y cómo, en pocos años, fueron capaces de transmitir la idea de la protección.

Algunos casos son bien conocidos, como la historia del Guadarrama o de algunos de los primeros parques nacionales norteamericanos. Otros no lo son tanto, por lo que sería interesante recopilar unos e investigar en los más desconocidos, en diferentes países, y poder ofrecer una panorámica más completa de los orígenes del conservacionismo en el mundo que sirva, al mismo tiempo, de reconocimiento a los personajes que lo hicieron posible.

BIBLIOGRAFÍA

- BREYMEYER, Alicja and NOBLE, Reginald (ed.) (1996): *Biodiversity Conservation in Transboundary Protected Areas*, Office of Central Europe and Eurasia, National Research Council, 288 págs.
- KRZAN, Zbigniew (1996): "The Tatra National Park and Transboundary Biosphere Reserve", en BREYMEYER, A. and NOBLE, R. (ed.), *op. cit.*, pág. 119.
- STASZIC, Stanislaw (1815): *O ziemioródtwie Karpatów i innych gór i równin Polski* (*Sobre el origen de los Cárpatos en Polonia*)
- UNESCO: <http://www.unesco.org/new/es/natural-sciences/environment/ecological-sciences/biosphere-reserves/>

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DEL PAISAJE (FDS)

El Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria, dirigido por Eduardo Martínez de Pisón, organiza anualmente en Soria, durante el mes de julio, un Seminario del Paisaje, destinado a investigadores y estudiantes avanzados. Estos Seminarios han estado dirigidos sucesivamente, desde 1996, por Eduardo Martínez de Pisón (1996-1998), Florencio Zoido Naranjo (1999-2001), Nicolás Ortega Cantero (2003-2005), y, desde 2006, Eduardo Martínez de Pisón y Nicolás Ortega Cantero. Sus resultados, junto a los de alguna otra reunión científica igualmente organizada por el Instituto del Paisaje, han dado lugar a la serie de publicaciones que sigue.

Martínez de Pisón, Eduardo (dir.): *Paisaje y medio ambiente*, Valladolid, Universidad de Valladolid y Fundación Duques de Soria, 1998, 152 págs. [ISBN: 84-7762-80-8]

Eduardo Martínez de Pisón: “El concepto de paisaje como instrumento de conocimiento ambiental” ♦ Florencio Zoido Naranjo: “Paisaje y actuación pública. Inserción en la legislación y planificación europeas” ♦ Julio Muñoz Jiménez: “Paisaje y geosistema. Una aproximación desde la geografía física” ♦ Concepción Sanz Herráiz: “Métodos y resultados del estudio de un paisaje natural concreto: la Sierra de Guadarrama” ♦ Valentín Cabero Diéguez: “Los paisajes rurales. Contrastes y procesos de transformación” ♦ Luis Vicente García Merino: “Naturaleza y ciudad. Presencia y significado de la naturaleza en el paisaje y en la organización del espacio urbano” ♦ Miguel Ángel Troitiño Vinuesa: “Paisaje urbano y patrimonio cultural: el centro histórico de Cuenca” ♦ Nicolás Ortega Cantero: “Paisaje y cultura”.



Martínez de Pisón, Eduardo y Sanz Herráiz, Concepción (eds.): *Estudios sobre el paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2000, 368 págs. [ISBN: 84-7477-801-8]

Primera parte: Los paisajes de montaña. Caracteres, usos y protección.

Eduardo Martínez de Pisón: “Imagen de la naturaleza de las montañas” ♦ Concepción Sanz Herráiz: “Rasgos naturales del paisaje de las montañas españolas” ♦ Julio Muñoz Jiménez: “El factor climático en los paisajes de montaña españoles” ♦ Josefina Gómez Mendoza: “Historia reciente del paisaje forestal español en

áreas de montaña” ♦ Valentín Cabero Diéguez: “El carácter rural de las montañas” ♦ Rafael Mas Hernández: “La urbanización de la montaña” ♦ Pedro Nicolás Martínez: “Actividades deportivas y conservación de la naturaleza. El caso de la Sierra de Guadarrama” ♦ Paloma Martínez Lasierra: “Conservación de paisajes de montaña. Un caso específico: los espacios naturales protegidos pirenaicos” ♦ Nicolás Ortega Cantero: “Viajeros e institucionistas: una visión de la montaña”.

Segunda parte: Paisajes protegidos. Paisajes desprotegidos.

Eduardo Martínez de Pisón: “La protección del paisaje. Una reflexión” ♦ Nicolás Ortega Cantero: “Las raíces culturales de la conservación de los paisajes” ♦ Rafael Mata Olmo: “Los orígenes de la conservación de la naturaleza en España” ♦ Concepción Sanz Herráiz: “El paisaje como recurso” ♦ Florencio Zoido Naranjo: “El paisaje, ideas para la actuación” ♦ Julio Muñoz Jiménez: “Naturaleza e historia en el paisaje y en la protección de Cabañeros” ♦ Juan Luis Arsuaga: “La conservación del paisaje arqueológico. El ejemplo de Atapuerca” ♦ Juan Luis Muriel Gómez: “La conservación de la naturaleza y del paisaje” ♦ Juan F. Ojeda Rivera, J. Carlos González Faraco y Juan Villa Díaz: “El paisaje como mito romántico: su génesis y pervivencia en Doñana” ♦ Francisco Alonso Otero: “Trabajo de campo: visita al cañón del río Lobos (Soria)”.



Zoido Naranjo, Florencio y Venegas Moreno, Carmen (coords.): ***Paisaje y ordenación del territorio***, Sevilla, Junta de Andalucía (Consejería de Obras Públicas y Transportes) y Fundación Duques de Soria, 2002, 353 págs. [ISBN: 84-8095-293-8]

1. Aspectos conceptuales, de conocimiento y fundamentos legales.

Florencio Zoido Naranjo: “El paisaje y su utilidad para la ordenación del territorio” ♦ Rafael Mata Olmo: “Paisajes españoles. Cuestiones sobre su conocimiento, caracterización e identificación” ♦ Fernando Sancho Royo: “El paisaje y la carretera” ♦ Fernando Amores Carredano: “Paisajes con valores patrimoniales: objetivos y estrategias para su protección y gestión” ♦ Juan Francisco Ojeda Rivera y Rocío Silva Pérez: “Aproximación a los paisajes de la Sierra Morena andaluza” ♦ Riccardo Priore: “Derecho al paisaje, derecho del paisaje. Motivaciones sociales y objetivos políticos de la evolución de la aproximación al paisaje en el derecho europeo” ♦ Giorgio Pizziolo: “Experiencia europea de valoración social del paisaje”.

2. *Desarrollos instrumentales y metodológicos.*

Julio Muñoz Jiménez: “La representación cartográfica del paisaje: problemática y potencialidades” ♦ José Ojeda Zújar: “Los sistemas de información geográfica y la modelización del paisaje” ♦ Emma Pérez-Chacón Espino: “Unidades de paisaje: aproximación científica y aplicaciones” ♦ José Vicente de Lucio Fernández: “Avances en la evaluación de los paisajes” ♦ Carmen Venegas Moreno y Jesús Rodríguez Rodríguez: “Paisaje y planeamiento urbanístico” ♦ Carmen Venegas Moreno y Jesús Rodríguez Rodríguez: “Valoración de los paisajes monumentales. Una propuesta metodológica para la integración paisajística de los conjuntos históricos” ♦ Rafael Escribano Bombín: “Prouesta de una metodología para la integración de las actuaciones forestales en el paisaje”.

3. *Experiencias de gestión y aplicaciones.*

Philippe Roudié: “El paisaje y los parajes del patrimonio mundial de la humanidad de la UNESCO” ♦ Andreas Hildenbrand Scheid: “Instrumentos de intervención sobre el paisaje. Ejemplos de buenas prácticas de la experiencia internacional” ♦ Yves Luginbühl: “La política de paisaje en Francia y sus desarrollos” ♦ Damián Álvarez Sala: “Un programa de actuaciones para los paisajes de Andalucía” ♦ Régis Ambroise: “Paisaje y agricultura: un proyecto nuevo” ♦ Josefina Gómez Mendoza: “Paisajes forestales e ingeniería de montes” ♦ Rodolfo Caparrós Lorenzo, Francisco Ortega Alba y Miguel Ángel Sánchez del Árbol: “Bases para el establecimiento de una red de miradores en Andalucía” ♦ Amador Ferrer i Aixalá: “La valoración y gestión del paisaje urbano: estrategias de actuación” ♦ José Martínez Sarandeses: “Valor paisajístico de los espacios libres urbanos” ♦ Francisco Pellicer Corellano: “Ordenación paisajística de espacios fluviales en las ciudades mediterráneas” ♦ César Portela Fernández-Jardón: “Paisaje y proyecto” ♦ Jesús María Bachiller Martínez: “Medinaceli: ejercicio de análisis, diagnóstico y propuesta de mejora paisajística” ♦ Guido Schmidt: “Elementos para una metodología transparente para el estudio del paisaje” ♦ Carmen Móniz Sánchez: “El ámbito municipal como marco territorial básico para la gestión y la participación en las políticas paisajísticas”.

4. *Anexo y conclusiones.*



Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Estudios sobre historia del paisaje español*, Universidad Autónoma de Madrid, Fundación Duques de Soria y Los Libros de la Catarata, 2002, 186 págs. [ISBN: 84-8319-134-2]

Eduardo Martínez de Pisón: “Reflexiones sobre el paisaje” ♦ Ángel García Sanz: “Paisaje e historia: cañadas, esquilos y lavaderos de la lana en el piedemonte de la sierra de Segovia. Pasado, presente y futuro” ♦ Antonio Morales Moya: “Notas para una geografía cultural de la Ilustración española” ♦ Joaquín del Moral Ruiz: “Capitalismo y capitalistas: nuevas mentalidades, otros paisajes (1836-1882)” ♦ Aurora Rabanal Yus: “El paisaje transformado: jardines españoles de los siglos XVII y XVIII” ♦ Antonio López Ontiveros: “Del prerromanticismo al romanticismo: el paisaje de Andalucía en los viajeros de los siglos XVIII y XIX” ♦ Francisco Quirós Linares: “El paisaje urbano español en el siglo XIX” ♦ Nicolás Ortega Cantero: “La valoración institucionista del paisaje de la Sierra de Guadarrama”.



Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Naturaleza y cultura del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2004, 221 págs. [ISBN: 84-7477-920-0]

Nicolás Ortega Cantero: “Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje” ♦ Julio Muñoz Jiménez: “El orden natural del paisaje” ♦ Eduardo Martínez de Pisón: “El paisaje de montaña. La formación de un canon natural del paisajismo moderno” ♦ Antonio López Ontiveros: “Descubrimiento y conformación histórica de los paisajes rurales” ♦ Josefina Gómez Mendoza: “Paisaje y jardín: la plasmación de la idea de naturaleza” ♦ Francisco Quirós Linares: “El paisaje urbano en la geografía española moderna” ♦ Valentín Cabero Diéguez: “El paisaje en la geografía española actual” ♦ Guillermo Morales Matos y Daniel Marías Martínez: “Naturaleza, cultura y paisaje en las Islas Canarias: el ejemplo del bosque de Doramas”.



Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2005, 294 págs. [ISBN: 84-7477-985-5]

Nicolás Ortega Cantero: “Paisaje, historia y nación (A propósito del *Tableau de la géographie de la France*, de Paul Vidal de la Blache)” ♦ Eduardo Martínez de Pisón: “El paisaje como encuentro y expresión de identidad. Literatura, excursionismo, conservación” ♦ Mariano Esteban de Vega: “Los historiadores y la construcción de la identidad nacional española: el papel de Castilla” ♦ Joan Nogué: “Nacionalismo, territorio y paisaje en Cataluña” ♦ Jacobo García Álvarez:

“Territorio, paisaje y nacionalismo: la construcción geográfica de la identidad gallega” ♦ Francisco Alonso Otero: “Las vías pecuarias y su inserción en los paisajes tradicionales sorianos” ♦ José Naranjo Ramírez y Luisa Ramírez López: “El ‘Archivo de Paisaje’ de Andalucía” ♦ Valerià Paül y Joan Tort: “Las escalas del paisaje en Josep Pla. Una lectura en clave de identidad y memoria histórica” ♦ Juan Fco. Ojeda Rivera: “Los paisajes, totalizadores históricos. Paisajes paralelos en Doñana y Sierra Morena”.



Ortega Cantero, Nicolás (ed.): *Imágenes del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2006, 332 págs. [ISBN: 84-8344-029-6]

Nicolás Ortega Cantero: “Ver, pensar, sentir el paisaje. Expresiones literarias del paisajismo moderno” ♦ Hélène Saule-Sorbé: “Ante la prueba del motivo artístico: algunas reflexiones sobre la observación en el arte del paisaje” ♦ Eduardo Martínez de Pisón y Juan Carlos Castañón Álvarez: “Evolución del empleo de los bloques-diagrama en la representación gráfica del relieve” ♦ Didier Mendibil: “Iconografía geográfica de los paisajes de Francia: contextos, formatos, posiciones” ♦ Dolores Brandis e Isabel del Río: “Las imágenes de la ciudad histórica y el turismo” ♦ Manuel Mollá Ruiz-Gómez: “Excursionismo y visión del paisaje” ♦ Julio Muñoz Jiménez: “Las formas tabulares en la imagen del paisaje soriano: sierras llanas, altos y parameras” ♦ José Naranjo Ramírez y Antonio López Ontiveros: “El relieve de Andalucía en la obra gráfica de Juan Carandell Pericay” ♦ Joan Tort: “Ildefonso Cerdà, ¿paisajista?” ♦ Francisco Alonso Otero: “Cómo hacer una guía geográfica del paisaje”.



Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.): *La conservación del paisaje en los Parques Nacionales*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2007, 237 págs. [ISBN: 978-84-8344-071-1]

Eduardo Martínez de Pisón: “Reflexión geográfica sobre los paisajes y los Parques Nacionales. Una mirada al futuro” ♦ Joan Nogué: “El Observatorio del paisaje y los catálogos de paisaje de Cataluña” ♦ Nicolás Ortega Cantero: “El significado cultural del Parque Nacional del Guadarrama” ♦ Isabelle Degrémont y Jean-Yves Puyo: “De la Reserva de Néouvielle al Parque Nacional de los Pirineos: ¿a favor o en contra del hombre?” ♦ Hélène Saule-Sorbé: “El Parque Nacional de los

Pirineos y el arte” ♦ Juan Carlos Castañón Álvarez y Manuel Frochoso Sánchez: “La naturaleza del paisaje en el Parque Nacional de los Picos de Europa” ♦ M. Eugenia Arozena: “El paisaje del Parque Nacional del Teide”.



Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.): *La recuperación del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2008, 311 págs. [ISBN: 978-84-8344-114-5]

Eduardo Martínez de Pisón: “La recuperación del paisaje. Una mirada al proceso de retorno desde la geografía española” ♦ Nicolás Ortega Cantero: “Visiones históricas del paisaje: entre la ciencia y el sentimiento” ♦ Antonio Morales Moya: “Historia, literatura, paisaje” ♦ Isabelle Degrémont y Jean-Yves Puyo: “Le paysage à la croisée des chemins ou 35 ans d’atermoiements de la géographie française” ♦ Hélène Saule-Sorbé: “La récupération du paysage par l’art et par la ville: De l’image et du jardinage comme agents de la récupération du paysage” ♦ Daniel Zarza: “Arquitectura y paisaje” ♦ María Medina Muro: “El paisaje y los paisajistas. Una evolución profesional” ♦ Miguel Aguiló: “Ingeniería y recuperación del paisaje” ♦ Marcella Schmidt di Friedberg: “Il paesaggio nella tutela del territorio” ♦ Francisco Alonso Otero: “Naturaleza, campo y ciudades. Tres paisajes protegidos del occidente soriano”.



Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.): *Los valores del paisaje*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2009, 322 págs. [ISBN: 978-84-8344-151-0]

Eduardo Martínez de Pisón: “Valores escondidos de los paisajes. Calidades ocultas de la ascensión a la montaña” ♦ Nicolás Ortega Cantero y Jacobo García Álvarez: “Paisaje y lugares de memoria: Covadonga y El Páular” ♦ Isabelle Degrémont y Jean-Yves Puyo: “Le paysage dans les lois de conservation et d’urbanisme en France. L’exemple des stations touristiques pyrénéennes. Première moitié du XXe siècle” ♦ Juan F. Mateu: “La valoración científica del paisaje: Luis Pardo y los *Lagos de España* (1932)” ♦ Elia Canosa Zamora y Manuel Mollá Ruiz-Gómez: “Otras valoraciones del paisaje: el excursionismo militar” ♦ Danièle Laplace-Treytore: “Les valeurs du paysage dans les guides touristiques: l’exemple de trois guides récents de la ville de Bordeaux” ♦ Javier Maderuelo: “La mirada del arquitecto” ♦ Hélène Saule-Sorbé: “Les valeurs du pittoresque: définitions,

évolution, applications” ♦ Francisco Alonso Otero: “Los paisajes sorianos de Antonio Machado. Recreación de algunos paisajes evocadores” ♦ José Naranjo Ramírez: “El valor paisajístico de lo utilitario. La casa rural en el viñedo cordobés: ‘los lagares’ “.



Martínez de Pisón, Eduardo y Ortega Cantero, Nicolás (eds.): ***El paisaje: valores e identidades***, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid y Fundación Duques de Soria, 2010, 208 págs. [ISBN: 978-84-8344-154-1]

Eduardo Martínez de Pisón: “Valores e identidades” ♦ Nicolás Ortega Cantero: “Paisaje e identidad en la cultura española moderna” ♦ Jacobo García Álvarez: “Toledo como paisaje de memoria” ♦ Manuel Mollá Ruiz-Gómez: “Paisajes identitarios: México” ♦ Francisco Alonso Otero: “El Camino de Santiago Francés. Paisaje y territorio” ♦ Elia Canosa Zamora: “El espacio público abierto y el paisaje urbano de Madrid” ♦ Rodrigo Torija Santos: “Patrimonio natural y desarrollo rural: los paisajes forestales de la comarca soriana de Pinares Llanos y la gestión del recurso micológico”.

